

Homero
ILÍADA

CANTO I*
Peste - Cólera

Después de una corta invocación a la divinidad para que cante "la perniciosa ira de Aquiles", nos cuenta el poeta que Crises, sacerdote de Apolo, va al campamento aqueo para rescatar a su hija, que ha sido hecha cautiva y adjudicada como esclava a Agamenón; éste desprecia al sacerdote, se niega a rescatar a su hija y lo despide con amenazadoras palabras; Apolo, indignado, suscita una terrible peste en el campamento; Aquiles reúne a los guerreros en el ágora por inspiración de la diosa Hera, y, habiendo consultado al adivino Calcante que hablara sin miedo, aunque tuviera que referirse a Agamenón, se sabe por el comportamiento de Agamenón con el sacerdote Crises ha sido la causa del enojo del dios. Esta acción irrita al rey, que pide que, si ha de devolver la esclava, se le prepare otra recompensa; y Apolo le responde que ya se la darán cuando tomen Troya. Así, de un modo tan natural, se origina la rivalidad entre el caudillo supremo del ejército y el héroe más valiente. La riña llega a tal punto que Agamenón desenvaina la espada y habría matado a Agamenón si no se lo hubiese impedido la diosa Atenea; entonces Aquiles insulta a Agamenón, éste se irrita y amenaza a Aquiles con quitarle la esclava Briseida, de la prudente amonestación que le dirige Néstor; se disuelve el ágora y Agamenón envía a dos mensajeros a la tienda de Aquiles que se llevan a Briseide; Ulises y otros griegos se embarcan con Briseida para volver a su padre; y, mientras tanto, Aquiles pide a su madre Tetis que suba al Olimpo a impetrear que conceda la victoria a los troyanos para que Agamenón comprenda la falta que ha cometido; para cumplir el deseo de su hijo, Zeus accede, y este hecho produce una violenta disputa entre Zeus y Hefesto, quienes apacigua su hijo Hefesto; la concordia vuelve a reinar en el Olimpo y los dioses celebran una fiesta espléndida hasta la puesta del sol, en que se recogen en sus palacios.

¡Ay, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males a los aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa de la muerte y pasto de aves -cumplíase la voluntad de Zeus- desde que se separaron del Atrida, rey de hombres, y el divino Aquiles.

¿Por qué, hijo de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de Zeus. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres pelearon por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su hija, había presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de la diosa, o, el que hierde de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los aqueos y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos rayos, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria! Poned pronto a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hierde

de los aqueos aprobaron a voces que se respetara al sacerdote y se admitiera el rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le despidió de la tienda y con altanereras voces:

¡No te dé yo contigo, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque ahora demores a mi hija, ya porque vuelvas luego, pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del dios; aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de Troya, trabajando en el telar y aderezando mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que yo me quede más sano y salvo.

¡ dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Fuese en silencio por la l estruendoso mar; y, mientras se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano . quien parió Leto, la de hermosa cabellera:

¡yeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, a imperas dos poderosamente! ¡Oh Esminteo! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o n tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los nis lágrimas con tus flechas!

¡ dijo rogando. Oyóle Febo Apolo e, irritado en su corazón, descendió de las del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. lejos de las naves, tiró una flecha y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres. rante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, convocó al pueblo al ágora: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los níveos ue se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez , Aquiles, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si os de la muerte; pues, si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. , consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños -pues también el ocede de Zeus-, para que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de y de cabras escogidas, querrá libramos de la peste.

ando así hubo hablado, se sentó. Levantóse entre ellos Calcante Testórida, el e los augures -conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves asta Ilio por medio del arte adivinatoria que le die ra Febo Apolo-, y benévolo los liciendo:

h Aquiles, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera de Apolo, del dios que hiere . Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos s obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien ; y, si bien en el mismo día refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra o en el pecho de aquél. Dime, pues, si me salvarás.

ontestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

anifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes; pues ¡por Apolo, caro a quien tú, Calcante, invocas siempre que revelas oráculos a los dánaos!, ninguno pondrá en ti sus pesadas manos, cerca de las cóncavas naves, mientras yo viva y z acá en la tierra, aunque hablares de Agamenón, que al presente se jacta de ser o el más poderoso de todos los aqueos.

onces cobró ánimo y dijo el eximio vate:

o está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del ue Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el Por esto el que hiere de lejos nos causó males y todavía nos causará otros. Y no los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni la joven de ojos vivos, y llevemos a Crisa una sagrada hecatombe. Cuando así le ; aplacado, renacerá nuestra esperanza.

ichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al nte fuego; y, encarando a Calcante la torva vista, exclamó:

Adivino de males! jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en ir desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste nada bueno. Y ahora, vaticinando ante los dioses, afirmas que el que hiere de lejos les envía calamidades, porque no quisiste el espléndido rescate de la joven Criseide, a quien anhelo tener en mi casa. La doy, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el valor ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en dársela, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero dame pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que sin ella se va a la guerra, lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se va a otra parte la que me había dado.

Aplicó en seguida el celerípede divino Aquiles:

¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra recompensa los magnánimos aqueos? No sabemos que existan en parte alguna cosas de la guerra, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente reunir a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los dioses te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite algún día tomar la bien amada ciudad de Troya.

Contestándole, el rey Agamenón le dijo:

Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no ocultes así tu pensamiento, pues no puedo Burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me den la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos aqueos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieran, yo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Ulises, y montará a aquél a quien me llegue. Mas sobre esto deliberaremos otro día. Ahora, ea, vamos a la guerra, una nave negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, vamos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseide, la de hermosas mejillas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayante, Idomeneo, el divino Ulises o tú, el más portentoso de todos los hombres, para que nos aplaques con sacrificios al dios y a los dioses de lejos.

Dirigiéndose con torva faz, exclamó Aquiles, el de los pies ligeros:

Ah, impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes un hombre cualquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros aqueos? No he venido a pelear obligado por los belicosos troyanos, pues en nada se me pueden considerar culpables -no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás mi casa en la fértil Ftía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el mar nos separan-, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el placer de vengarnos de los troyanos a Menelao y a ti, ojos de perro. No fijás en esto la culpa, ni por ello te tomas ningún cuidado, y aun me amenazas con quitarme la recompensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que me iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad de los troyanos: la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu recompensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ftía, porque mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin hacer nada para procurararte ganancia y riqueza.

Contestó en seguida el rey de hombres, Agamenón:

¡Oye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay que me honrarán, y especialmente el pródigo Zeus. Me eres más odioso que cualquiera otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas,

peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las
los compañeros, y reina sobre los mirmidones, no me importa que estés irritado,
lo me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a
, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu
te llevaré a Briseide, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien
tás poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo.

sí dijo. Acongojóse el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos
desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al
o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su
en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envióla
diosa de los niveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se
ya. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blonda cabellera, apareciéndose a él tan
los demás, ninguno la veía. Aquiles, sorprendido, volvióse y al instante conoció a
teneas, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella,
dijo estas aladas palabras:

Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, has venido? ¿Acaso para
ar el ultraje que me infiere Agamenón Atrida? Pues te diré lo que me figuro que
rrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

¡jole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

engo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieras; y me envía Hera, la diosa
veos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa. Ea,
lisputar, no desenvaines la espada a injúrialo de palabra como te parezca. Lo que
decir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos pre-
domínate y obedéceos.

, contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

reciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado.

así es lo mejor. Quien a los dioses obedece es por ellos muy atendido.

jole; y puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no
eció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora
e lleva la égida, entre las demás deidades.

Pelida, no amainando en su cólera, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas

Ebrioso, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar
s con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más
aqueos: ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatarse
s, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de
o, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último
Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro
io producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá,
el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos
ministran justicia y guardan las leyes de Zeus (grande será para ti este juramento):
a los aqueos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás
los cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de
. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los

sí dijo el Pelida; y, tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó
El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave
clar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces
niel -había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que

y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera-, y benévolo los liciendo:

Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! anse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si as palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos así en el como en el combate. Pero dejaos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que otro tiempo traté con hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me ron. No he visto todavía ni veré hombres como Pirítoo, Driante, pastor de Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egeida, que parecía un in- Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy combatieron: con los montaraces centauros, a quienes exterminaron de un modo lo. Y yo estuve en su compañía- habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde toda tierra, porque ellos mismos me llamaron- y combatí según mis fuerzas. Con nbres no pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros cia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la no déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos; ni a, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la gún otro soberano que usara cetro y a quien Zeus diera gloria. Si tú eres más o, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre úmero de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira Aquiles, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso

, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

¡Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere rerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron , ¿le permiten por esto proferir injurias?

terrumpiéndole, exclamó el divino Aquiles:

¡obarde y vil podría llamárseme si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no órdenes, pues yo no pienso ya obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la : No he de combatir con estas manos por la joven ni contigo, ni con otro alguno, ñin me quitáis lo que me disteis; pero, de lo demás que tengo junto a mi negra y nbarcación, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea,), para que éstos se enteren también; y presto tu negruzca sangre brotará en torno nza.

espués de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron el e cerca de las naves aqueas se celebraba. Fuese el Pelida hacia sus tiendas y sus porcionados bajeles con el Meneciada y otros amigos; y el Atrida echó al mar ra nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe para el dios, iciendo a Criseide, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el o Ulises.

sí que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por líquidos caminos. El andó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al mpurezas, y sacrificaron junto a la orilla del estéril mar hecatombes perfectas de le cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose r del humo.

En tales cosas ocupábanse éstos en el ejército. Agamenón no olvidó la amenaza a contienda había hecho a Aquiles, y dijo a Taltibio y Euríbates, sus heraldos y sus servidores:

Id a la tienda del Pelida Aquiles, y asiendo de la mano a Briseide, la de hermosas mejillas, traedla acá, y, si no os la diere, ire yo mismo a quitársela, con más gente, y será más duro.

Alabrándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los aqueos, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquiles, al verlos, no habló. Ellos se turbaron, y, habiendo hecho una reverencia, paráronse sin decir ni hacer nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no son otros los culpables sino Agamenón, que os envía por la joven Briseide. ¡Ea, Pelida, el linaje de Zeus! Saca la joven y entrégasela para que se la lleven. Sed ambos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, a la vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades. Él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo presente a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves.

Así dijo. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseide, la de hermosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las naves, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquiles rompió en llanto, alejóse de los compañeros, y, sentándose a orillas del blanquecino mar con los ojos clavados en el cielo y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos:

Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía cuidar de mí y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, y me ha quitado mi recompensa, que él mismo me arrebató.

Así dijo derramando lágrimas. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, y cuando hallaba junto al padre anciano, a inmediatamente emergió de las blanquecinas aguas como niebla, sentóse delante de aquél, que derramaba lágrimas, acariciólo con la mano y le habló de esta manera:

Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes los pensamientos, para que ambos lo sepamos.

Alabando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

¿No sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Teba, la sagrada ciudad de los tebanos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los aqueos separando para el Atrida a Criseide, la de hermosas mejillas. Luego Crises, el de Apolo, el que hiere de lejos, deseando redimir a su hija, se presentó en las naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a los reyes Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se aceptara al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no le plugo el acuerdo, lo despidió de mal modo y con altaneras voces. El anciano se enfadó; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos con la saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por todas partes en el vasto campamento de los aqueos. Un adivino bien enterado nos explicó el mal del que hiere de lejos, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. Pero cuando se encendió en ira; y, levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha cumplido. A aquélla los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con un rescate para el dios; y a la hija de Briseo, que los aqueos me dieron, unos heraldos se la

ado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. veces, hallándonos en el palacio de mi padre, oí que te gloriabas de haber tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Cronida, el de las s pubes, cuando quisieron atarlo otros dioses olímpicos, Hera, Posidón y Palas. Tú, oh diosa, acudiste y lo libraste de las ataduras, llamando en seguida al Olimpo al centímano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de fano de su gloria; temiéronlo los bienaventurados dioses y desistieron del o. Recuérdaselo, siéntate a su lado y abraza sus rodillas: quizás decida favorecer yanos y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que tido no honrando al mejor de los aqueos.

espondióle en seguida Tetis, derramando lágrimas:

Ay, hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá as en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga ! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se e en lanzar rayos, por si se deja convencer. Tú quédate en las naves de ligero onserva la cólera contra los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos es lo siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré rlo.

ichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la : bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado.

n tanto, Ulises llegaba a Crisa con las víctimas para la sagrada hecatombe. arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; 1 rápidamente por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía, y llevaron la nave, a e remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, rcaron las víctimas de la hecatombe para Apolo, el que hiere de lejos, y Criseide la nave surcadora del ponto. El ingenioso Ulises llevó la doncella al altar y, ola en manos de su padre, dijo:

Oh Crises! Envíame al rey de hombres, Agamenón, a traerte la hija y ofrecer en los dánaos una sagrada hecatombe a Febo, para que aplaquemos a este dios que rables males ha causado a los argivos.

abiendo hablado así, puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con Acto continuo, ordenaron la sagrada hecatombe en torno del bien construido rónense las manos y tomaron la mola. Y Crises oró en alta voz y con las manos as:

Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila a imperas dos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y, para honrarme, oprirramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los a abominable peste!

sí dijo rogando, y Febo Apolo lo oyó. Hecha la rogativa y esparcida la mola, 1 las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; da cortaron los muslos, y, después de pringarlos con gordura por uno y otro lado rirlos con trozos de carne, el anciano los puso sobre la leña encendida y los roció tinto. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas.

os los muslos, probaron las entrañas, y, dividiendo lo restante en pedazos muy
s, lo atravesaron con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego.
da la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva

Cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, los mancebos
n de vino las crateras y lo distribuyeron a todos los presentes después de haber
en copas las primicias. Y durante todo el día los aqueos aplacaron al dios con el
ntonando un hermoso peán a Apolo, el que hiere de lejos, que los oía con el
complacido.

uando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cerca de las amarras de la
as, así que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, hiciéronse a
ara volver al espacioso campamento aqueo, y Apolo, el que hiere de lejos, les
óspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las
is olas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su
Jna vez llegados al vasto campamento de los aqueos, sacaron la negra nave a sie-
e y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y
dispersaron por las tiendas y los bajeles.

l hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquiles, el de los pies ligeros, seguía
en las veleras naves, y ni frecuentaba el ágora donde los varones cobran fama, ni
a a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en las naves, y
le menos la gritería y el combate.

uando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos
olvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de
saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al
y halló al largovidente Cronida sentado aparte de los demás dioses en la más alta
uchas cumbres del monte. Acomodóse ante él, abrazó sus rodillas con la mano
a, tocóle la barba con la derecha y dirigió esta súplica al soberano Zeus Cronión:
Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras a obras,
ne este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres,
ón, lo ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Véngalo tú,
Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den
ión a mi hijo y lo colmen de honores.

sí dijo. Zeus, que amontona las nubes, nada contestó guardando silencio un buen
o Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

Prométemelo claramente, asintiendo, o niégamelo -pues en ti no cabe el temor-
sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades.

us, que amontona las nubes, díjole afligidísimo:

¡Inestas acciones! Pues harás que me malquiste con Hera, cuando me zahiera con
is palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice
as batallas favorezco a los troyanos. Pero ahora vete, no sea que Hera advierta
me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal
imiento para que tengas confianza. Éste es el signo más seguro, irrevocable y
ra los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza.

ijo el Cronida, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos
se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su intlujo estremeciósse el
Olimpo.

espués de deliberar así, se separaron: ella saltó al profundo mar desde el
eciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron al ver
dre, y ninguno aguardó que llegara, sino que todos salieron a su encuentro.
Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de

los pies, hija del anciano del mar, con él había departido, dirigió al momento sus palabras a Zeus Cronida:

¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, estás lejos de mí, pensar y resolver algo secretamente, y jamás te has dignado una sola palabra de lo que acuerdas.

Respondióle el padre de los hombres y de los dioses:

Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun ni esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures ello.

Aplicó en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya oído o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de argénteos pies, hija del del mar. Al amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las naves.

Contestándole, Zeus, que amontona las nubes, le dijo:

Ah, desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás ir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que dices, así debe de serme grato. Pero siéntate en silencio y obedece mis palabras. No te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, acercándose a ti, cuando te ponga en mis invictas manos.

Así dijo. Temió Hera veneranda, la de ojos de novilla, y, refrenando el coraje, se sentó en silencio. Indignáronse en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, el artífice, comenzó a arengarlos para consolar a su madre Hera, la de los niveos brazos:

Unesto a insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales y veis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, que al padre querido, a Zeus, para que no vuelva a reñirla y a turbarnos el festín. El Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en esto y yo halágoalo con palabras cariñosas y en seguida el Olímpico nos será propicio. En este modo habló y, tomando una copa de doble asa, ofrecióla a su madre,

Así dijo. Sofre, madre mía, y sopórtalo todo, aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no me mis ojos apaleada sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al dolor. Ya otra vez que quise defenderte me asió por el pie y me arrojó de los divinos brazos. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida me hallaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído.

Así dijo. Sonrióse Hera, la diosa de los niveos brazos; y, sonriente aún, tomó la copa que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras diosas, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los dioses al verlos alabados por el artífice. Los dioses alabados por el artífice.

Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su parte, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas que con linda voz cantaban alternando.

Después, cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a sus respectivos palacios, que había construido Hefesto, el ilustre cojo de ambos pies, con

eligencia. Zeus olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Hera, la trono.

CANTO II*

Sueño- Beocia o catálogo de las naves

cumplir lo prometido a Tetis, Zeus envía un engadoso sueño a Agamenón, y le aconseja que el campamento y regrese a casa; Agamenón convoca el consejo de los jefes y luego la asamblea de todos los guerreros, que aceptan la propuesta, por lo que Agamenón (bajo la incitación de debe intervenir para insuflar coraje y buenas esperanzas a los aqueos. Después de varios es y de enumerar cuantos pueblos formaban los ejércitos griego y troiano, sucedense tres grandes

demás deidades y los hombres que en carros combaten, durmieron toda la noche; is no probó las dulzuras del sueño, porque su mente buscaba el medio de honrar a y causar gran matanza junto a las naves aqueas. Al fin creyó que lo mejor sería n pernicioso sueño al Atrida Agamenón; y, hablándole, pronunció estas aladas :

la, ve, pernicioso Sueño, encamínate a las veleras naves aqueas, introdúctete en la e Agamenón Atrida, y dile cuidadosamente lo que voy a encargarte. Ordénale que los melencidos aqueos y saque toda la hueste: ahora podría tomar a Troya, la e anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están s, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios a los troyanos.

í dijo. Partió el Sueño al oír el mandato, llegó en un instante a las veleras naves y, hallando dormido en su tienda al Atrida Agamenón -alrededor del héroe había- dido el sueño inmortal-, púsose sobre su cabeza, y tomó la figura de Néstor, hijo o, que era el anciano a quien aquél más honraba. Así transfigurado, dijo el divino

Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos? No debe dormir toda la príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas hora atiéndeme en seguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los melencidos r sacar toda la hueste: ahora podrías tomar Troya, la ciudad de anchas calles, pues ortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos do Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troyanos por la l de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria, para que no las olvides cuando el ño to desampare.

habiendo hablado, se fue y dejó a Agamenón revolviendo en su ánimo lo que nó mplirse. Figurábase que iba a tomar la ciudad de Troya aquel mismo día. to! No sabía lo que tramaba Zeus, quien había de causar nuevos males y llanto a nos y a los dánaos por medio de terribles peleas. Cuando despertó, la voz divina i aún en torno suyo. Incorporóse, y, habiéndose sentado, vistió la túnica fina, , nueva; se echó el gran manto, calzó sus nítidos pies con bellas sandalias y colgó bro la espada guarnecida con clavazón de plata. Tomó el imperecedero cetro de y se encaminó hacia las naves de los aqueos, de bronceíneas corazas.

oía la diosa Aurora al vasto Olimpo para anunciar el día a Zeus y a los demás les, cuando Agamenón ordenó que los heraldos de voz sonora convocaran al os melencidos aqueos. Convocáronlos aquéllos, y éstos se reunieron en seguida.

o celebróse antes un consejo de magnánimos próceres junto a la nave del rey natural de Pilos. Agamenón los llamó para hacerles una discreta consulta:

¡Oh amigos! Dormía durante la noche inmortal, cuando se me acercó un Sueño muy semejante al ilustre Néstor en la forma, estatura y natural. Púsose sobre mi y profirió estas palabras: «¿Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de Troya? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros y cuyo cargo se hallan tantas cosas. Ahora atiéndeme en seguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Me ordena a los melencolios aqueos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar a la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya se agitan por discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios que azota a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria.» Después de haber hablado así, fue volando, y el dulce sueño me desamparó. Mas, ahora veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas. Para probarlos como es debido les aconsejaré que huyan en las naves de muchos bancos; y vosotros, hablándoles uno por un lado y otros por el opuesto, procurad detenerlos.

Después de haber expresado en estos términos, se sentó. Seguidamente levantóse Néstor, rey de la arenosa Pilos, y benévolo les arengó diciendo:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Si algún otro aqueo nos refiriese que yo me había desconfiado, te creeríamos falso y desconfiaríamos aún más; pero lo ha tenido quien se gloria de ser el más poderoso de los aqueos. Ea, veamos cómo podremos conseguir que los aqueos tomen las armas.

Después de haber hablado así, fue el primero en salir del consejo. Los reyes portadores de escudo se levantaron, obedeciendo al pastor de hombres, y la gente del pueblo acudió a él. Como de la hendidura de un peñasco salen sin cesar enjambres copiosos de aves que vuelan arracimadas sobre las flores primaverales y unas revolotean a este lado y otras a aquél; así las numerosas familias de guerreros marchaban en grupos, por la baja lesde las naves y tiendas al ágora. En medio, la Fama, mensajera de Zeus, andaba, dando a los troyanos, y ellos se iban reuniendo. Agitóse el ágora, y en la tierra y se produjo tumulto, mientras los hombres tomaron sitio. Nueve heraldos con voces para que callaran y oyeran a los reyes, alumnos de Zeus. Sentáronse al fin, con dificultad, y enmudecieron tan pronto como ocuparon los asientos. Entonces levantó el rey Agamenón, empuñando el cetro que Hefesto hizo para el soberano Zeus - éste lo dio al mensajero Argicida; Hermes lo regaló al excelente jinete Pélope, su vez, lo entregó a Atreo, pastor de hombres; Atreo al morir lo legó a Tiestes, su hijo, y Tiestes lo dejó a Agamenón para que reinara en muchas islas y en todo el reino de Argos-, y, descansando el rey sobre el arrimo del cetro, habló así a los argivos: Oh amigos, héroes dánaos, ministros de Ares! En grave infortunio involucrióme este día. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada Troya, pero ahora ha sido funesto engaño; pues ahora me ordena regresar a Argos, sin gloria, de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que me ha ordenado destruir las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras porque su poder es grande. Vergonzoso será para nosotros que lleguen a saberlo los hombres de mañana. No cito aqueo tal y tan grande hacer una guerra vana e ineficaz! ¡Combatir contra un ejército menor de hombres y no saberse aún cuándo la contienda tendrá fin! Pues, si yo y los troyanos, jurando la paz, quisiéramos contarnos, y reunidos cuantos troyanos usamos hogares y agrupados nosotros los aqueos en décadas, cada una de éstas eligiera un jefe, no para que escanciara el vino, muchas décadas se quedarían sin escanciador. ¡En fin! ¡Oh! que superan los aqueos a los troyanos que en la ciudad moran! Pero han venido

uda hombres de muchas ciudades, que saben blandir la lanza, me apartan de mí / no me permiten, como quisiera, tomar la populosa ciudad de Ilio. Nueve años Zeus transcurrieron ya; los maderos de las naves se han podrido y las cuerdas esechas; nuestras esposas a hijitos nos aguardan en los palacios; y aún no hemos na a la empresa para la cual vinimos. Ea, procedamos todos como voy a decir: s en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos Troya, la de anchas

sí dijo; y a todos los que no habían asistido al consejo se les conmovió el corazón ho. Agitóse el ágora como las grandes olas que en el mar Icaro levantan el Euro o cayendo impetuosos de las nubes amontonadas por el padre Zeus. Como el nueve con violento soplo un crecido trigal y se cierne sobre las espigas, de igual se movió toda el ágora. Con gran gritería y levantando nubes de polvo, corren s bajeles; exhórtanse a tirar de ellos para echarlos al mar divino; limpian los ca- tizan los soportes, y el vocerío de los que se disponen a volver a la patria llega cielo.

efectuárase entonces, antes de lo dispuesto por el destino, el regreso de los si Hera no hubiese dicho a Atenea:

Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! ¿Huirán los argivos a sus su patria tierra por el ancho dorso del mar, y dejarán como trofeo a Príamo y a nos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos perecieron en Troya, lejos de su ve en seguida al ejército de los aqueos de bronceas corazas, detén con suaves a cada guerrero y no permitas que echen al mar los corvos bajeles.

sí habló. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no fue desobediente. Bajando en ielo de las cumbres del Olimpo llegó presto a las veloces naves aqueas y halló a gual a Zeus en prudencia, que permanecía inmóvil y sin tocar la negra nave de bancos, porque el pesar le llegaba al corazón y al alma. Y poniéndose a su lado, tenea, la de ojos de lechuza:

Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! ¿Así, pues, huiréis a casas, a la patria tierra, embarcados en las naves de muchos bancos, y dejaréis ofeo a Príamo y a los troyanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos on en Troya, lejos de su patria? Ve en seguida al ejército de los aqueos y no stén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los ajeles.

sí dijo. Ulises conoció la voz de la diosa en cuanto le habló; tiró el manto, que el heraldo Euríates de Ítaca, que lo acompañaba; corrió hacia el Atrida ón, para que le diera el imperecedero cetro paterno; y, con éste en la mano, í a las naves de los aqueos, de bronceas corazas.

uando encontraba a un rey o a un capitán eximio, parábase y lo detenía con alabras.

Ilustre! No es digno de ti temblar como un cobarde. Deténte y haz que los demás gan también. Aún no conoces claramente la intención del Atrida: ahora nos y pronto castigará a los aqueos. En el consejo no todos comprendimos lo que sea que, irritándose, maltrate a los aqueos; la cólera de los reyes, alumnos de terrible, porque su dignidad procede del pródigo Zeus y éste los ama.

uando encontraba a un hombre del pueblo gritando, dábale con el cetro y lo a de esta manera:

Desdichado! Estáte quieto y escucha a los que te aventajan en bravura; tú, débil a ara la guerra, no eres estimado ni en el combate ni en el consejo. Aquí no todos os podemos ser reyes; no es un bien la soberanía de muchos; uno solo sea

, uno solo rey: aquél a quien el hijo del artero Crono ha dado cetro y leyes para
e sobre nosotros.

así Ulises, actuando como supremo jefe, imponía su voluntad al ejército; y ellos
araban a volver de las tiendas y naves al ágora, con gran vocerío, como cuando el
el estruendoso mar brama en la playa anchurosa y el ponto resuena.

odos se sentaron y permanecieron quietos en su sitio, a excepción de Tersites,
poner freno a la lengua, alborotaba. Ése sabía muchas palabras groseras para
temerariamente, no de un modo decoroso, con los reyes, y lo que a él le
a hacerlo ridículo para los argivos. Fue el hombre más feo que llegó a Troya,
bizco y cojo de un pie; sus hombros corcovados se contraían sobre el pecho, y
cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera. Aborrecíanlo de un modo
Aquiles y Ulises, a quienes zahería; y entonces, dando estridentes voces, decía
; al divino Agamenón. Y por más que los aqueos se indignaban a irritaban mucho
, seguía increpándolo a voz en grito:

Atrida! ¿De qué te quejas o de qué careces? Tus tiendas están repletas de bronce
as tienes muchas y escogidas mujeres que los aqueos te ofrecemos antes que a
iendo tomamos alguna ciudad. ¿Necesitas, acaso, el oro que alguno de los
; domadores de caballos, te traiga de Ilio para redimir al hijo que yo a otro aqueo
cho prisionero? ¿O, por ventura, una joven con quien te junte el amor y que tú
eas? No es justo que, siendo el caudillo, ocasiones tantos males a los aqueos. ¡Oh
s, hombres sin dignidad, aqueas más bien que aqueos! Volvamos en las naves a la
dejémoslo aquí, en Troya, para que devore el botín y sepa si le sirve o no nuestra
ra que ha ofendido a Aquiles, varón muy superior, arrebatándole la recompensa
vía retiene. Poca cólera siente Aquiles en su pecho y es grande su indolencia; si
así, Atrida, éste sería tu último ultraje.

ales palabras dijo Tersites, zahiriendo a Agamenón, pastor de hombres. En
el divino Ulises se detuvo a su lado; y mirándolo con torva faz, lo increpó
ite:

Tersites parlero! Aunque seas orador facundo, calla y no quieras tú solo disputar
reyes. No creo que haya un hombre peor que tú entre cuantos han venido a Ilio
Atridas. Por tanto, no tomes en boca a los reyes, ni los injuries, ni pienses en el
No sabemos aún con certeza cómo esto acabará y si la vuelta de los aqueos será
esgraciada. Mas tú denuestras al Atrida Agamenón, porque los héroes dánaos le
has cosas; por esto lo zahieres. Lo que voy a decir se cumplirá: Si vuelvo a en-
delirando como ahora, no conserve Ulises la cabeza sobre los hombros, ni sea
padre de Telémaco, si no te echo mano, te despojo del vestido (el manto y la tú-
; cubren tus partes verendas) y te envío lloroso del ágora a las veleras naves
de castigarte con afrentosos azotes.

sí, pues, dijo, y con el cetro dióle un golpe en la espalda y los hombros. Tersites
vó, mientras una gruesa lágrima caía de sus ojos y un cruento cardenal aparecía
palda debajo del áureo cetro. Sentóse, turbado y dolorido; miró a todos con aire
le, y se enjugó las lágrimas. Ellos, aunque afligidos, rieron con gusto y no faltó
jera a su vecino:

Oh dioses! Muchas cosas buenas hizo Ulises, ya dando consejos saludables, ya
do la guerra; pero esto es lo mejor que ha ejecutado entre los argivos: hacer
insolente charlatán, cuyo ánimo osado no lo impulsará en lo sucesivo a zaherir
riosas palabras a los reyes.

así hablaba la multitud. Levantóse Ulises, asolador de ciudades, con el cetro en la
atenea, la de ojos de lechuza, que, transfigurada en heraldo, junto a él estaba, im-

ncio para que todos los aqueos, desde los primeros hasta los últimos, oyeran su y meditaran sus consejos), y benévolo los arengó diciendo:

Atrida! Los aqueos, oh rey, quieren cubrirte de baldón ante todos los mortales de ulada y no cumplen lo que te prometieron al venir de Argos, criador de caballos: e irías sin destruir la bien murada Ilio. Cual si fuesen niños o viudas, se lamentan otros y desean regresar a su casa. Y es, en verdad, penoso que hayamos de volidos. Cierto que cualquiera se impacienta al mes de estar separado de su mujer, ve detenida su nave de muchos bancos por las borrascas invernales y el mar do; y nosotros hace ya nueve años, con el presente, que aquí permanecemos. No o, pues, porque los aqueos se impacienten junto a las cóncavas naves; pero sería oso haber estado aquí tanto tiempo y volvernos sin conseguir nuestro propósito. ciencia, amigos, y aguardad un poco más, para que sepamos si fue verídica la ón de Calcante. Bien grabada la tenemos en la memoria, y todos vosotros, los que s sido arrebatados día tras día por las parcas de la muerte, sois testigos de lo que en Áulide cuando se reunieron las naves aqueas que cantos males habían de traer o y a los troyanos. En sacros altares inmolábamos hecatombes perfectas a los es, junto a una fuente y a la sombra de un hermoso plátano a cuyo pie manaba stalina. Allí se nos ofreció un gran portento. Un horrible dragón de roja espalda, mismo Olímpico sacara a la luz, saltó de debajo del altar al plátano. En la rama de éste hallábanse los hijuelos recién nacidos de un ave, que medrosos se ban debajo de las hojas; eran ocho, y, con la madre que los parió, nueve. El levoró a los pajarillos, que piaban lastimeramente; la madre revoleaba en torno de s quejándose, y aquél volvióse y la cogió por el ala, mientras ella chillaba.

que el dragón se hubo comido al ave y a los polluelos, el dios que lo había o obró en él un prodigio: el hijo del artero Crono transformólo en piedra, y , inmóviles, admirábamos lo que ocurría. De este modo, las grandes y sas acciones de los dioses interrumpieron las hecatombes. Y en seguida Calcante, ndo, exclamó: «¿Por qué enmudecéis, melenudos aqueos? El pródigo Zeus es is muestra ese prodigio grande, tardío, de lejano cumplimiento, pero cuya gloria rrecerá. Como el dragón devoró a los polluelos del ave y al ave misma, los cuales o, y, con la madre que los dio a luz, nueve, así nosotros combatiremos allí igual de años, y al décimo tomaremos la ciudad de anchas calles.» Tal fue lo que dijo y va cumpliendo. ¡Ea, aqueos de hermosas grebas, quedaos todos hasta que s la gran ciudad de Príamo!

sí habló. Los argivos, con agudos gritos que hacían retumbar horriblemente las plaudieron el discurso del divino Ulises. Y Néstor, caballero gerenio, los arengó :

Oh dioses! Habláis como niños chiquitos que no están ejercitados en los bélicos ¿Qué es de nuestros convenios y juramentos? ¿Se fueron, pues, en humo los , los afanes de los guerreros, los pactos consagrados con libaciones de vino puro retones de manos en que confiábamos? Nos entretenemos en contender con y sin motivo, y en tan largo espacio no hemos podido encontrar un medio eficaz seguir nuestro intento. ¡Atrida! Tú, como siempre, manda con firme decisión a os en el duro combate y deja que se consuman uno o dos que en discordancia lemas aqueos desean, aunque no lograran su propósito, regresar a Argos antes de fue o no falsa la promesa de Zeus, que lleva la égida. Pues yo os aseguro que el ite Cronida nos prestó su asentimiento, relampagueando por el diestro lado y nos favorables señales, el día en que los argivos se embarcaron en las naves de dar para traer a los troyanos la muerte y el destino. Nadie, pues, se dé prisa por

su casa, hasta haber dormido con la esposa de un troyano y haber vengado los gemidos de Helena. Y si alguno tanto anhelare el regreso, toque la negra nave los bancos para que delante de todos sea muerto y cumpla su destino. ¡Oh rey! No pensar tú mismo y sigue también los consejos que nosotros lo damos. No es deseo lo que voy a decirte: Agrupa a los hombres, oh Agamenón, por tribus y para que una tribu ayude a otra tribu y una familia a otra familia. Si así lo y lo obedecieren los aqueos, sabrás pronto cuáles jefes y soldados son cobardes y alerosos, pues pelearán distintamente; y conocerás si no puedes tomar la ciudad voluntad de los dioses o por la cobardía de tus hombres y su impericia en la guerra.

respondiéndole, el rey Agamenón le dijo:

De nuevo, oh anciano, superas en el ágora a los aqueos todos. Ojalá, ¡padre Zeus, Apolo!, tuviera yo entre los aqueos diez consejeros semejantes; entonces la del rey Príamo sería pronto tomada y destruida por nuestras manos. Pero Zeus, que lleva la égida, me envía penas, enredándome en inútiles disputas y riñas. y yo peleamos con encontradas razones por una joven, y fui el primero en ; si ambos procediéramos de acuerdo, no se diferiría ni un solo momento la ruina yanos. Ahora, id a comer para que luego trabemos el combate; cada uno afile la repare el escudo, dé el pasto a los corceles de pies ligeros a inspeccione el carro, ándose para la lucha; pues durante todo el día nos pondrá a prueba el horrendo i un breve descanso ha de haber siquiera, hasta que la noche obligue a los ; guerreros a separarse. La correa del escudo que al combatiente cubre, sudará en el pecho; el brazo se fatigará con el manejo de la lanza, y también sudarán los arrastrando los pulimentados carros. Y aquél que se quede voluntariamente en las naves, lejos de la batalla, como yo lo vea, no se librá de los perros y de las apiña.

sí dijo. Los argivos promovían gran clamoreo, como cuando las olas, movidas oto, baten un elevado risco que se adelanta sobre el mar y no to dejan mientras os vientos en contrarias direcciones. Luego, levantándose, se dispersaron por las ncendieron lumbre en las tiendas, tomaron la comida y ofrecieron sacrificios, a uno, quiénes a otro de los sempiternos dioses, para que los libra sen de la muerte igoso trabajo de Ares. Agamenón, rey de hombres, inmoló un pingüe buey de os al prepotente Cronión, habiendo llamado a su tienda a los principales caudillos queos todos: primeramente a Néstor y al rey Idomeneo, luego a entrambos y al hijo de Tideo, y en sexto lugar a Ulises, igual a Zeus en prudencia. Es- amente se presentó Menelao, valiente en la pelea, porque sabía lo que su hermano reparando. Colocaronse todos alrededor del buey y tomaron la mola. Y puesto en el poderoso Agamenón oró diciendo:

Zeus gloriosísimo, máximo, que amontonas las sombrías nubes y vives en el éter! ponga el sol ni sobrevenga la obscuridad antes que yo destruya el palacio de entregándolo a las llamas; pegue voraz fuego a las puertas; rompa con mi lanza a de Héctor en su mismo pecho, y vea a muchos de sus compañeros caídos de el polvo y mordiendo la tierra!

¡dijo; pero el Cronión no accedió y, aceptando los sacrificios, preparóles no le labor. Hecha la rogativa y esparcida la mola, cogieron las víctimas por la que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; cortaron los muslos, y de pringarlos con gordura por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, araron con leña sin hojas; y atravesando las entrañas con los asadores, las pusieron). Quemados los muslos, probaron las entrañas; y dividiendo to restante en muy pequeños, atravesáronlo con pinchos, to asaron cuidadosamente y lo re-

del fuego. Terminada la faena y dispuesto el festín, comieron y nadie careció de cívica porción. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, Néstor el ballero geranio, comenzó a decirles:

Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! No nos entretengamos en hablar, nos por más tiempo la empresa que un dios pone en nuestras manos. Mas, ea, los de los aqueos, de bronceas corazas, pregonen que el ejército se reúna cerca de es, y nosotros recorramos juntos el espacioso campamento para promover cuanto vivo combate.

Así dijo; y Agamenón, rey de hombres, no desobedeció. Al momento dispuso que todos de voz sonora llamaran al combate a los melenudos aqueos; hízose el y ellos se reunieron prontamente. El Atrida y los reyes, alumnos de Zeus, hacían a los guerreros, y los acompañaba Atenea, la de ojos de lechuga, llevando la inmortal égida que no envejece y de la cual cuelgan cien áureos borlones, bien y del valor de cien bueyes cada uno. Con ella en la mano, movíase la diosa entre los, instigábalos a salir al campo y ponía fortaleza en sus corazones para que y combatieran sin descanso. Pronto les fue más agradable el combate, que la patria tierra en las cóncavas naves.

Así se columbra desde lejos el resplandor de un incendio, cuando el voraz fuego llega por vasta selva en la cumbre de un monte, así el brillo de las bronceas armaduras que se ponían en marcha llegaba al cielo a través del éter.

Como la suerte que las aligeras aves - gansos, grullas o cisnes cuellilargos- se posan en las bandadas y chillando en la pradera Asia, cerca de la corriente del Caístro, acá y allá ufanas de sus alas, y el campo resuena; de esta manera las numerosas afluían de las naves y tiendas a la llanura escamandria y la tierra retumbaba ruidosamente bajo los pies de los guerreros y de los caballos. Y los que en el florido campo del Escamandrio llegaron a juntarse fueron innumerables; tantos, cuantas son las flores que en la primavera nacen.

Como enjambres copiosos de moscas que en la primaveral estación vuelan sobre las pasas por el establo del pastor, cuando la leche llena los tarros, en tan gran número se poseen en la llanura los melenudos aqueos, deseosos de acabar con los troyanos.

Como se manejan los caudillos en orden de batalla fácilmente, como los pastores separan las manadas de grandes rebaños cuando se mezclan en el pasto; y en medio aparecía el polígono de Agamenón, semejante en la cabeza y en los ojos a Zeus, que se goza en lanzar el cinturón, a Ares, y en el pecho, a Posidón. Como en el hato el macho vacuno el elemento es el toro, que sobresale entre las vacas reunidas, de igual manera hizo que Agamenón fuera aquel día insigne y eximio entre muchos héroes.

Como me acordáis ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios y como diosas lo presenciáis todo, mientras que nosotros oímos tan sólo la fama y nada cierto sabemos, como se manejan los caudillos y príncipes de los dánaos. A la muchedumbre no podría nombrarla ni nombrarla, aunque tuviera diez lenguas, diez bocas, voz infatigable y de bronce: sólo las Musas olímpicas, hijas de Zeus, que lleva la égida, podrían nombrarlos a Ilio fueron. Pero mencionaré los caudillos y las naves todas.

Como andaban a los beocios Penéleo, Leito, Arcesilao, Protoenor y Clonio. Los que eran en los campos de Hiria, Áulide pétrea, Esqueno, Escolio, Eteono fragosa, Tespía, la vasta Micaleso, los que moraban en Harma, Ilesio y Eritras; los que residían en Itila, Peteón, Océlea, Medeón, ciudad bien construida, Copas, Eutresis y Tisbe, como se te en palomas; los que habitaban en Coronea, Haliarto herbosa, Platea y Glisante; como poseían la bien edificada ciudad de Hipotebas, la sacra Onquesto, delicioso de Posidón, y las ciudades de Arne, abundante en uvas, Midea, Nisa divina y

fronteriza: todos estos llegaron en cincuenta naves. En cada una se habían do ciento veinte beocios.

Los que habitaban en Aspledón y Orcómeno Minieo eran caudillos Ascálafo y Polídamo, hijos de Ares y de Astíoque, que los había dado a luz en el palacio de Áctor Astíoque, que era virgen ruborosa, subió al piso superior, y el terrible dios se unió clandestinamente. Treinta cóncavas naves en orden los seguían.

Los que iban a los focos Esquedio y Epístrofo, hijos del magnánimo Ífito Naubólida. Hipariso, Pitón pedregosa, Crisa divina, Dáulide y Panopeo; los que habitaban en Argos, Jámpolis y la ribera del divino río Cefiso; los que poseían la ciudad de Lilea y los habitantes del mismo río: todos éstos habían llegado en cuarenta negras naves. Los reyes ordenaban entonces las filas de los focios, que en las batallas combatían a la cabeza de los beocios.

Los que iban a la cabeza de los locrios que vivían en Cino, Opunte, Calíaro, Besa, Escarfe, Amena, Tarfe y Tronio, a orillas del Boagrio, el ligero Ayante de Oileo, menor, menor que Ayante Telamonio: era bajo de cuerpo, llevaba coraza de lino y en el uso de la lanza superaba a todos los helenos y aqueos. Seguíanlo cuarenta negras naves y las cuales habían venido los locrios que viven más allá de la sagrada Eubea.

Los que iban a la cabeza de Eubea, que respiraban valor y residían en Calcis, Eretria, Histiaea, Teos, Teos en uvas, Cerinto marítima, Dío, ciudad excelsa, Caristo y Estira, eran mandados por el magnánimo Elefénor Calcodontiada, vástago de Ares. Con tal llegaron los ligeros abantes, que dejaban crecer la cabellera en la parte posterior del casco: eran belicosos y deseaban siempre romper con sus lanzas de fresno las escamas en los pechos de los enemigos. Seguíanlo cuarenta negras naves.

Los que habitaban en la bien edificada ciudad de Atenas y constituían el pueblo del nombre Erecteo, a quien Atenea, hija de Zeus, crió -habíale dado a luz la fértil tierra- en su rico templo de Atenas, donde los jóvenes atenienses ofrecen todos los años sacrificios propiciatorios de toros y corderos a la diosa, tenían por jefe a Menesteo, hijo de Erichon. Ningún hombre de la tierra sabía como ése poner en orden de batalla, así a los abantes combatían en carros, como a los peones armados de escudos; sólo Néstor competía porque era más anciano. Cincuenta negras naves los seguían.

El rey Ayante había partido de Salamina con doce naves, que colocó cerca de las falanges de los focios.

Los habitantes de Argos, Tirinto amurallada, Hermíone y Ásine en profundo golfo, Trecén, Eyones y Epidauro, abundante en vides, y los jóvenes aqueos de Egina y Salamina, eran acaudillados por Diomedes, valiente en la pelea; Esténelo, hijo del famoso Nestor, y Euríalo, igual a un dios, que tenía por padre al rey Mecisteo Talayónida. Era el primero Diomedes, valiente en la pelea. Ochenta negras naves los seguían.

Los que poseían la bien construida ciudad de Micenas, la opulenta Corinto y la rica Argos Cleonas; los que cultivaban la tierra en Ornías, Aretírea deleitosa y Sición, antiguamente reinó Adrasto; los que residían en Hiperesia y Gonoesa excelsa, y los que iban a la cabeza en Pelene, Egio, el Egíalo todo y la espaciosa Hélice: todos éstos habían ido en cien naves a las órdenes del rey Agamenón Atrida. Muchos y valientes condujo este príncipe que entonces vestía el luciente bronce, ufano de sobresalir por los héroes por su valor y por mandar a mayor número de hombres.

Los que iban a la cabeza de la honda y cavernosa Lacedemonia que residían en Faris, Esparta y Mesa, Teos en palomas; moraban en Brisías o Augías amena; poseían las ciudades de Argos y Helos marítima, y habitaban en Laa y Étilo: todos éstos llegaron en sesenta naves a las órdenes del hermano de Agamenón, de Menelao, valiente en el combate, y se

formando unidad aparte. Menelao, impulsado por su propio ardor, los animaba a ir y anhelaba en su corazón vengar la huida y los gemidos de Helena.

Los que cultivaban el campo en Pilos, Arene deliciosa, Trío, vado del Alfeo, y la fértil Epi, y los que habitaban en Ciparisente, Anfigenia, Pteleo, Helos y Dorio las Musas, saliéndole al camino a Támiris el tracio, lo privaron de cantar cuando se fue a la casa de Éurito el ecalieo; pues jactóse de que saldría vencedor, aunque no con las propias Musas, hijas de Zeus, que lleva la égida, y ellas irritadas lo ce garon, no con el divino canto y le hicieron olvidar el arte de pulsar la cítara) eran los reyes por Néstor, caballero gerenio, y habían llegado en noventa cóncavas naves.

Los que habitaban en la Arcadia al pie del alto monte de Cilene y cerca de la tumba de Polixeno, país de belicosos guerreros; los de Féneo, Orcómeno, abundante en ovejas, y de la fértil stratia y Enispe ventosa; y los que poseían las ciudades de Tegea, Mantinea, Estínfalo y Parrasia: todos éstos llegaron al mando del rey Agapenor, hijo de Menelao, en sesenta naves. En cada una de éstas se embarcaron muchos arcadios para ir a la guerra. El mismo rey de hombres, Agamenón, les facilitó las naves de los reyes, para que atravesaran el vinoso ponto; pues ellos no se cuidaban de las naves del mar.

Los que habitaban en Buprasio y en el resto de la divina Élide, desde Hirmina y hasta la fronteriza, por un lado y la roca Olenia y Alesio por el otro, tenían cuatro naves y cada uno de éstos mandaba diez veleras naves tripuladas por muchos epeos. Los reyes de las divisiones eran respectivamente jefes Anfímaco y Talpio, hijo aquél de Ctéato y nieto de Éurito y nietos de Actor; de la tercera, el fuerte Diores Amarincida, y de la cuarta, el rey Polixino, hijo del rey Agástenes Augeida.

Los reyes de Duliquio y las sagradas islas Equinas, situadas al otro lado del mar frente a las islas, eran mandados por Meges Filida, igual a Ares, a quien engendró el jinete Fileo, hijo de Zeus, cuando por haberse enemistado con su padre emigró a Duliquio. Cuarenta naves lo seguían.

Ulises acaudillaba a los cefalenios de ánimo altivo. Los de Ítaca y su frondoso campo, los que cultivaban los campos de Crocilea y de la escarpada Egílope; los que vivían en Zacinto; los que vivían en Samos y sus alrededores; los que estaban en el punto de la costa y los que ocupaban la orilla opuesta: todos ellos obedecían a Ulises, igual a Ares, de prudencia. Doce naves de rojas proas lo seguían.

Toante, hijo de Andremón, regía a los etolios que habitaban en Pleurón, Oleno, Calcis marítima y Calidón pedregosa. Ya no existían los hijos del magnánimo rey; y muerto también el rubio Meleagro, diéronse a Toante todos los poderes para que reinara sobre los etolios. Cuarenta negras naves lo seguían.

Ulises mandaba a los cretenses Idomeneo, famoso por su lanza. Los que vivían en Cnosos, amurallada, Licto, Mileto, blanca Licasto, Festo y Ritio, ciudades populosas, y ocupaban la isla de Creta con sus cien ciudades: todos éstos eran gobernados por Idomeneo, famoso por su lanza, que con Meriones, igual al homicida Enialio, compartía el mando. Seguíanlo ochenta negras naves.

Ulises mandaba a Tlepólemo Heraclida, valiente y alto de cuerpo, condujo en nueve buques a los reyes de los dios que vivían, divididos en tres pueblos, en Lindo, Yálico y Camiro la blanca. Tlepólemo era caudillo Tlepólemo, famoso por su lanza, a quien Astioquía concibió del rey Heracles, cuando el héroe se la llevó de Éfira, de la ribera del río Seleente, para que, de haber asolado muchas ciudades defendidas por nobles mancebos. Cuando Tlepólemo, criado en el magnífico palacio, hubo llegado a la juventud, mató al anciano rey de su padre, a Licimnio, vástago de Ares; y como los demás hijos y nietos del rey Heracles lo amenazaron, construyó naves, reunió mucha gente y huyó por el ponto.

y sufriendo penalidades pudo llegar a Rodas, y allí se estableció con los suyos, y nacieron tres tribus. Se hicieron querer de Zeus, que reina sobre los dioses y los mortales, y el Cronión les dio abundante riqueza.

Nireo condujo desde Sime tres naves bien proporcionadas; Nireo, hijo de Aglaya y Néstor; Néstor, el más hermoso de los dánaos que fueron a Ilio, si exceptuamos al Aquiles; pero era tímido, y poca la gente que mandaba.

Los que habitaban en Nísiros, Crápatos, Caso, Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas de Cos, tenían por jefes a Fidipo y Antifo, hijos del rey Tésalo Heraclida. Treinta y tres naves en orden los seguían.

Muchos ocupaban el Argos pélagico, los que vivían en Alo, Álope y Traquine y poseían la Ftía y la Hélade de lindas mujeres, y se llamaban mirmidones, helenos y argivos, tenían por capitán a Aquiles y habían llegado en cincuenta naves. Mas éstos no iban entonces del combate horrísono, por no tener quien los llevara a la pelea: el Aquiles, el de los pies ligeros, no salía de las naves, enojado a causa de la joven Briseida, de hermosa cabellera, a la cual había hecho cautiva en Lirneso, cuando después de las fatigas destruyó esta ciudad y las murallas de Teba, dando muerte a los reyes Mínes y Epístrofo, hijos del rey Eveno Selepiada. Afiigido por ello, se retiró a al ocio; pero pronto había de levantarse.

Los que habitaban en Fílace, Praso florida, que es lugar consagrado a Deméter; Praso adora de ovejas; Antrón marítima y Pteleo herbosa, fueron acaudillados por el rey Proteo mientras vivió, pues ya entonces tenía en su seno la negra tierra: cuando saltó de la nave mucho antes que los demás aqueos, y en su huida destruyeron su desolada esposa y la casa a medio acabar. Con todo, no carecían de jefe, aunque echaban de menos al que antes tuvieron, pues los ordenaba para el combate Podarces, vástago de Ares, hijo de Ificlo Filácida, rico en ganado, y hermano del animoso Proteo. Éste era mayor y más valiente. Sus hombres, pues, no iban sin caudillo; pero sentían soledad de aquél, que tan esforzado había sido. Treinta y tres negras naves lo seguían.

Los que moraban en Feras situada a orillas del lago Bebeide, Beba, Gláfiras y Gláfiras, y en edificadas, habían llegado en once naves al mando de Eumelo, hijo querido de Eumelo y de Alcestis, divina entre las mujeres, que era la más hermosa de las hijas de Eumelo.

Los que cultivaban los campos de Metone y Taumacia y los que poseían las islas de Melibea y Olizón fragosa, tuvieron por capitán a Filoctetes, hábil arquero, y iban en siete naves: en cada una de éstas se embarcaron cincuenta remeros muy hábiles en combatir valerosamente con el arco. Mas Filoctetes se hallaba padeciendo dolores en la divina isla de Lemnos, donde lo dejaron los aqueos después que lo mordió el conzoso reptil. Allí permanecía afligido; pero pronto en las naves habían de ir los argivos del rey Filoctetes. No carecían aquéllos de jefe, aunque echaban de menos su caudillo, pues los ordenaba para el combate Medonte, hijo bastardo de Oileo, de ciudades, de quien lo tuvo Rena.

Los de Trica, Itome de quebrado suelo, y Ecalia, ciudad de Éurito el ecalieo, iban en tres naves dos hijos de Asclepio y excelentes médicos: Podalirio y Macaón. Treinta y tres naves en orden los seguían.

Los que poseían la ciudad de Ormenio, la fuente Hiperea, Asterio y las blancas islas del Títano, eran mandados por Eurípilo, hijo preclaro de Evemón. Cuarenta negras naves los seguían.

Los de Argisa, Girtone, Orte, Elone y la blanca ciudad de Olosón, los regía el rey Polípetes, hijo de Pirítoos y nieto de Zeus inmortal (habíalo dado a luz la ínclita Leto).

nia el mismo día en que Pirítoo, castigando a los hirsutos centauros, los echó del campo y los obligó a retirarse hacia los étices). Pero no estaba solo, sino que con él iba el mando Leonteo, vástago de Ares, hijo del animoso Coronos Ceneida. Cuarenta y tres negras naves los seguían.

Leonteo condujo desde Cifo en veintidós naves a los enienes a intrépidos perebos; tenían su morada en Dodona, de fríos inviernos, y éstos cultivaban los campos a lo largo del hermoso Titareso, que vierte sus cristalinas aguas en el Peneo de argénteos; pero no se mezcla con él, sino que sobrenada como aceite, porque es un arroyo de la Éstige, que se invoca en los terribles juramentos.

Los magnates gobernábales Prótoo, hijo de Tentredón. Los que habitaban a lo largo del Peneo y en el frondoso Pelio tenían, pues, por jefe al ligero Prótoo. Cuarenta y tres aves lo seguían.

Los mejores eran los caudillos y príncipes de los dánaos. Dime, Musa, cuál fue el mejor de los jefes y cuáles los más excelentes caballos de cuantos con los Atridas llegaron.

Entre los corceles sobresalían las yeguas del Feretíada, que guiaba Eumelo: eran como aves, apeladas, y de la misma edad y altura; criólas Apolo, el del arco de Perea, y llevaban consigo el terror de Ares. De los guerreros el más valiente fue Telamonio mientras duró la cólera de Aquiles, pues éste lo superaba mucho; y eran los mejores caballos los que llevaban al exímio Pelión. Mas Aquiles estaba entonces en las corvas naves surcadoras del ponto, por estar irritado contra Pelión Atrida, pastor de hombres; su gente se solazaba en la playa tirando discos, o flechas; los corceles comían loto y apio palustre cerca de los carros de los que permanecían enfundados en las tiendas, y los guerreros, echando de menos a Pelión, caro a Ares, discurrían por el campamento y no peleaban.

Como a los demás avanzaban a modo de incendio que se propagase por toda la comarca; la tierra gime cuando Zeus, que se complace en lanzar rayos, airado, la azota en donde dicen que está el lecho de Tifoeo; de igual manera gemía grandemente y los que iban andando y atravesaban con ligero paso la llanura.

Como a los troyanos la triste noticia Iris, la de los pies ligeros como el viento, a quien se le lleva la égida, había enviado como mensajera. Todos ellos, jóvenes y viejos, se reunidos en los pórticos del palacio de Príamo y deliberaban. Iris, la de los pies ligeros, se les presentó tomando la figura y voz de Polites, hijo de Príamo; el cual, por su agilidad en los pies, se sentaba como atalaya de los troyanos en la cima del muro del anciano Esietes y observaba cuando los aqueos partían de las naves para ir a la guerra. Así transfigurada, dijo Iris, la de los pies ligeros:

Oh anciano! Te placen los discursos interminables como cuando teníamos paz, y ahora que la guerra se ha promovido. Muchas batallas he presenciado, pero nunca vi una tan grande como la que viene por la llanura a pelear contra la ciudad, por tantos hombres cuantas son las hojas o las arenas. ¡Héctor! Te recomiendo grandemente que procedas de este modo: Como en la gran ciudad de Príamo hay muchos auxiliares y no hablan una misma lengua hombres de países tan diversos, cada uno se apega a aquellos de quienes es príncipe y acaudille a sus conciudadanos, después de la batalla en orden de batalla.

Así dijo; y Héctor, conociendo la voz de la diosa, disolvió el ágora. Apresuráronse a tomar las armas, abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que iban a combatir, y se produjo un gran tumulto.

Así como en la llanura, frente a la ciudad, una excelsa colina aislada de las demás y que se ve por todas partes, a la cual los hombres llaman Batiea y los inmortales tumba de

Mirina: allí fue donde los troyanos y sus auxiliares se pusieron en orden de

los troyanos mandábalos el gran Héctor Priámida, el de tremolante casco. Con él
ban las tropas más copiosas y valientes, que ardían en deseos de blandir las

e los dardanos era caudillo Eneas, valiente hijo de Anquises, de quien lo tuvo la
frodita después que la diosa se unió con el mortal en un bosque del Ida. Con
mpartían el mando dos hijos de Anténor: Arquéloco y Acamante, diestros en
rte de pelea.

os ros troyanos que habitaban en Zelea, al pie del Ida, y bebían el agua del
o Esepo, eran gobernados por Pándaro, hijo ilustre de Licaón, a quien Apolo en
dio el arco.

os que poseían las ciudades de Adrastea, Apeso, Pitiea y el alto monte de Terea,
a las órdenes de Adrasto y Anfio, de coraza de lino: ambos eran hijos de Mérope
, el cual conocía como nadie el arte adivinatoria y no quería que sus hijos fuesen
icida guerra; pero ellos no lo obedecieron, impelidos por las parcas de la negra

os que moraban en Percote, a orillas del Practio, y los que habitaban en Sesto,
y la divina Arisbe eran mandados por Asio Hirtácida, príncipe de hombres, a
gosos y corpulentos corceles condujeron desde Arisbe, desde la ribera del río

ipótoo acaudillaba las tribus de los valerosos pelasgos que habitaban en la fértil
Andábanlos.él y Pileo, vástago de Ares, hijos del pelasgo Leto Teutámida.

los tracios, que viven a orillas del alborotado Helesponto, los regían Acamante y
Píroo.

ífemo, hijo de Treceno Céada, alumno de Zeus, era el capitán de los belicosos

recmes condujo los peonios, de corvos arcos, desde la lejana Amidón, desde la
l anchuroso Axio; del Axio, cuyas límpidas aguas se esparcen por la tierra.

los paflagonios, procedentes del país de los énetos, donde se crían las mulas
los mandaba Pilémenes, de corazón varonil: aquéllos poseían la ciudad de
cultivaban los campos de Sésamo y habitaban magníficas casas a orillas del río
, en Cromna, Egíalo y los altos montes Eritinos.

os halizones eran gobernados por Odio y Epístrofo y procedían de lejos: de Álibe,
y yacimientos de plata.

los misios los regían Cromis y el augur Énnomo, que no pudo librarse, a pesar de
ros, de la negra muerte; pues sucumbió a manos del Eácida, el de los pies ligeros,
donde éste mató también a otros troyanos.

rcis y el deiforme Ascanio acaudillaban a los frigios que habían llegado de la
Ascania y anhelaban entrar en batalla.

los meonios los gobernaban Mestles y Antifo, hijos de Talémenes, a quienes dio
aguna Gigea. Tales eran los jefes de los meonios, nacidos al pie del Tmolo.

astes estaba al frente de los carios de bárbaro lenguaje. Los que ocupaban la
e Mileto, el frondoso monte Ftirón, las orillas del Meandro y las altas cumbres de
enían por caudillos a Nastes y Anfímaco, preclaros hijos de Nomión; Nastes y
o, que iba al combate cubierto de oro como una doncella. ¡Insensato! No por ello
de la triste muerte, pues sucumbió en el río a manos del celerípede Eácida del
o Aquiles, el de los pies ligeros; y éste se apoderó del oro.

arpedón y el eximio Glauco mandaban a los licios, que procedían de la remota
: la ribera del voraginoso Janto.

CANTO III*

Juramentos- Contemplando desde la muralla –

Combate singular de Alejandro y Menelao

imera se interrumpe para que se verifique el combate singular de Alejandro y Menelao, que no
: ningún resultado, pues, cuando aquél va a ser vencido, lo arrebató por los aires su madre la diosa
a y lo lleva al lado de Helena.

stos en orden de batalla con sus respectivos jefes, los troyanos avanzaban
o y gritando como aves -así profieren sus voces las grullas en el cielo, cuando,
r del frío y de las lluvias torrenciales, vuelan gruendo sobre la corriente del
y llevan la ruina y la muerte a los pigmeos, moviéndolos desde el aire cruda
y los aqueos marchaban silenciosos, respirando valor y dispuestos a ayudarse
ente.

í como el Noto derrama en las cumbres de un monte la niebla tan poco grata al
más favorable que la noche para el ladrón, y sólo se ve el espacio a que alcanza
rada; así también, una densa polvareda se levantaba bajo los pies de los que se
n marcha y atravesaban con gran presteza la llanura.

ando ambos ejércitos se hubieron acercado el uno al otro, apareció en la primera
os troyanos Alejandro, semejante a un dios, con una piel de leopardo en los hom-
corvo arco y la espada; y, blandiendo dos lanzas de bronceínea punta, desafiaba a
valientes argivos a que con él sostuvieran terrible combate.

nelao, caro a Ares, violó venir con arrogante paso al frente de la tropa, y, como el
nbriento que ha encontrado un gran cuerpo de cornífero ciervo o de cabra
se alegra y tl devora, aunque o persigan ágiles perros y robustos mozos; así
o se holgó de ver con sus propios ojos al deiforme Alejandro -figuróse que podría
al culpable- y al momento saltó del carro al suelo sin dejar las armas.

o el deiforme Alejandro, apenas distinguió a Menelao entre los combatientes
os, sintió que se le cubría el corazón, y, para librarse de la muerte, retrocedió al
o sus amigos. Como el que descubre un dragón en la espesura de un monte, se
a prontitud hacia atrás, tiémblanle las carnes y se aleja con la palidez pintada en
llas; así el deiforme Alejandro, temiendo al hijo de Atreo, desapareció en la turba
tivos troyanos.

virtiólo Héctor y lo reprendió con injuriosas palabras:

Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! Ojalá no te
en el número de los nacidos o hubieses muerto célibe. Yo así lo quisiera y te
nás que ser la vergüenza y el oprobio de los tuyos. Los melenudos aqueos se ríen
te considerado como un bravo campeón por tu gallarda figura, cuando no hay en
ni fuerza ni valor. Y siendo cual eres, ¿reuniste a tus amigos, surcaste los mares
os buques, visitaste a extranjeros y trajiste de remota tierra una mujer linda,
cuñada de hombres belicosos, que es una gran plaga para tu padre, la ciudad y el
odo, y causa de gozo para los enemigos y de confusión para ti mismo? ¿No
a Menelao, caro a Ares? Conocerías de qué varón tienes la floreciente esposa, y
drían la cítara, los dones de Afrodita, la cabellera y la hermosura, cuando rodaras
olvo. Los troyanos son muy tímidos; pues, si no, ya estarías revestido de una
o piedras por los males que les has causado.

pondióle el deiforme Alejandro:

héctor! Con motivo me increpas y no más de lo justo; pero tu corazón es inflexible
hacha que hiende un leño y multiplica la fuerza de quien la maneja hábilmente
tar maderos de navío: tan intrépido es el ánimo que en tu pecho se encierra. No
s en cara los amables dones de la dorada Afrodita, que no son despreciables los
presentes de los dioses y nadie puede escogerlos a su gusto. Y si ahora quieres
ie y combata, detén a los demás troyanos y a los aqueos todos, y dejadnos en
Menelao, caro a Ares, y a mí para que peleemos por Helena y sus riquezas: el
za, por ser más valiente, lleve a su casa mujer y riquezas; y, después de jurar paz
id, seguid vosotros en la fértil Troya y vuelvan aquéllos a Argos, criadora de
y a la Acaya, de lindas mujeres.

dijo. Oyólo Héctor con intenso placer, y, corriendo al centro de ambos ejércitos
nza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se que-
uietas. Los melenudos aqueos le arrojaban flechas, dardos y piedras. Pero
ón, rey de hombres, gritóles con voz recia:

eteneos, argivos; no tiréis, jóvenes aqueos; pues Héctor, el de tremolante casco,
ecirnos algo.

se expresó. Abstuvieron de combatir y pronto quedaron silenciosos. Y Héctor,
lose entre unos y otros, dijo:

l de mis labios, troyanos y aqueos de hermosas grebas, el ofrecimiento de
ro por quien se suscitó la contienda. Propone que troyanos y aqueos dejemos las
mas en el fértil suelo, y él y Menelao, caro a Ares, peleen en medio por Helena y
zas todas: el que venza, por ser más valiente, llevará a su casa mujer y riquezas,
nás juraremos paz y amistad.

í dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y Menelao, valiente en la
s habló de este modo:

iora oídmé también a mí. Tengo el corazón traspasado de dolor, y creo que ya,
y troyanos, debéis separaros, pues padecisteis muchos males por mi contienda,
andro originó. Aquél de nosotros para quien se hallen aparejados el destino y la
erezca; y los demás separaos cuanto antes. Traed un cordero blanco y una cor-
ra para la Tierra y el Sol; nosotros traeremos otro para Zeus. Conducid acá a
para que en persona sancione los juramentos, pues sus hijos son soberbios y
los: no sea que por alguna transgresión se quebranten los juramentos prestados
lo a Zeus. El alma de los jóvenes es siempre voluble, y el viejo, cuando
ie en algo, tiene en cuenta lo pasado y lo futuro a fin de que se haga lo más
nte para ambas partes.

sí dijo. Gozaronse aqueos y troyanos con la esperanza de que iba a terminar la
sa guerra. Detuvieron los corceles en las filas, bajaron de los carros y, dejando la
a en el suelo, se pusieron muy cerca bs unos de los otros. Un corto espacio
entre ambos ejércitos.

héctor despachó dos heraldos a la ciudad para que en seguida le trajeran las
y llamaran a Príamo. El rey Agamenón, por su parte, mandó a Taltibio que se
a las cóncavas naves por un cordero. El heraldo no desobedeció al divino
ón.

ntonces la mensajera Iris fue en busca de Helena, la de níveos brazos, tomando la
e su cuñada Laódice, mujer del rey Helicaón Antenorida, que era la más hermosa
jas de Príamo. Hallóla en el palacio tejiendo una gran tela doble, purpúrea, en la
etejía muchos trabajos que los troyanos, domadores de caballos, y los aqueos, de
as corazas, habían padecido por ella por mano de Ares. Paróse Iris, la de los pies
unto a Helena, y así le dijo:

En acá, ninfa querida, para que presencies los admirables hechos de los troyanos, res de caballos, y de los aqueos, de broncíneas corazas. Los que antes, ávidos del combate, llevaban por la llanura al luctuoso Ares unos contra otros, se sentaron en la batalla se ha suspendido- y permanecen silenciosos, reclinados en los escudos, con las pueras uengas picas clavadas en el suelo. Alejandro y Menelao, caro a Ares, lucharán con las ingentes lanzas, y el que venza te llamará su amada esposa.

Cuando así hubo hablado, le infundió en el corazón dulce deseo de su anterior patria de su ciudad y de sus padres. Y Helena salió al momento de la habitación, con blanco velo, derramando tiernas lágrimas; sin que fuera sola, pues la acompañaban dos doncellas, Etra, hija de Piteo, y Clímene, la de ojos de novilla. Pronto se abrieron a las puertas Esceas.

Allí, sobre las puertas Esceas, estaban Príamo, Pántoo, Timetes, Lampo, Clitio, Antínoo, el vástago de Ares, y los prudentes Ucalegonte y Anténor, ancianos del pueblo; pero éstos a causa de su vejez no combatían, pero eran buenos arengadores, semejantes a las palomas blancas que, posadas en los árboles de la selva, dejan oír su aguda voz. Tales próceres no había en la torre. Cuando vieron a Helena, que hacia ellos se encaminaba, se miraron unos a otros, hablando quedo, estas aladas palabras:

No es reprehensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos dolores por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece al de las diosas inmortales. Pero no siendo así, váyase en las naves, antes de que llegue a convertirse en una plaga para nosotros y para nuestros hijos.

Así hablaban. Príamo llamó a Helena y le dijo:

En acá, hija querida; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior marido y a sus amigos y amigos -pues a ti no te considero culpable, sino a los dioses que promovieron entre nosotros la luctuosa guerra de los aqueos- y me digas cómo se llama ese ingente guerrero y quién es ese aqueo gallardo y alto de cuerpo. Otros hay de mayor estatura, pero yo he visto en mis ojos un hombre tan hermoso y venerable. Parece un rey.

Contestó Helena, divina entre las mujeres:

Me inspiras, suegro amado, respeto y temor. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido antes de cuando vine con tu hijo, dejando, a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija y mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando. Responde a tu pregunta: Ése es el poderosísimo Agamenón Atrida, buen rey y valiente combatiente, que fue cuñado de esta desvergonzada, si todo no ha sido sueño.

Así dijo. El anciano contemplólo con admiración y exclamó:

Atrida feliz, nacido con suerte, afortunado! Muchos son los aqueos que lo he visto matar. En otro tiempo fui a la Frigia, en viñas abundosa, y vi a muchos de sus guerreros -los pueblos de Otreo y de Migdón, igual a un dios- que con los ágiles corceles iban a orillas del Sangario. Entre ellos me hallaba, a fuer de aliado, el día en que yo estaba matando a las varoniles amazonas. Pero no eran tantos como los aqueos de ojos vivos.

Volviendo la vista en Ulises, el anciano volvió a preguntar:

Helena, dime también, hija querida, quién es aquél, menor en estatura que Agamenón pero más ancho de espaldas y de pecho. Ha dejado en el fértil suelo las armas y se ha echado a las filas como un carnero. Parece un veloso carnero que atraviesa un gran rebaño de ovejas.

Al momento le respondió Helena, hija de Zeus:

Aquél es el hijo de Laertes, el ingenioso Ulises, que se crió en la áspera Ítaca; tan hábil en urdir engaños de toda especie, como en dar prudentes consejos.

El sensato Anténor replicó al momento:

Mujer, mucha verdad es lo que dices. Ulises vino por ti, como embajador, con el carro, caro a Ares; yo los hospedé y agasajé en mi palacio y pude conocer la nobleza y los prudentes consejos de ambos. Entre los troyanos reunidos, de pie, parecía Menelao por sus anchas espaldas; sentados, era Ulises más majestuoso. Los troyanos hilvanaban razones y consejos para todos nosotros, Menelao hablaba de prisa, pero muy claramente: pues no era verboso, ni, con ser el más joven, se apartaba del centro. El ingenioso Ulises, después de levantarse, permanecía en pie con la vista baja y los brazos clavados en el suelo, no meneaba el cetro que tenía inmóvil en la mano, y parecía ante sí: lo hubieras tomado por un iracundo o por un estúpido. Mas tan pronto como se abalanzaban de su pecho las palabras pronunciadas con voz sonora, como caen en el suelo los copos de nieve, ningún mortal hubiese disputado con Ulises. Y entonces ya nos quedábamos tanto la figura de héroe.

Preparando la tercera vez en Ayante, dijo el anciano:

¿Quién es ese otro aqueo gallardo y alto, que descuella entre los argivos por sus anchas espaldas?

Respondió Helena, la de largo peplo, divina entre las mujeres:

Este es el ingente Ayante, antemural de los aqueos. Al otro lado está Idomeneo, el más fuerte de los dios, entre los cretenses; rodéanlo los capitanes de sus tropas. Muchas veces, caro a Ares, lo hospedó en nuestro palacio cuando venía de Creta. Distingo a los aqueos de ojos vivos, y me sería fácil reconocerlos y nombrarlos; mas no veo a ninguno de ellos, a los hijos de los dios, Cástor, domador de caballos, y Pólux, excelente púgil, los dos carnales que me dio mi madre. ¿Acaso no han venido de la amena Ionia? ¿O llegaron en las naves, surcadoras del ponto, y no quieren entrar en Troya para no hacerse partícipes de mi deshonra y de mis muchos oprobios?

Así habló. A ellos la fértil tierra los tenía ya consigo, en Lacedemona, en su misma

Los heraldos atravesaban la ciudad con las víctimas para los divinos juramentos, los corderos, y el regocijador vino, fruto de la tierra, encerrado en un odre de piel de cabra. El heraldo Ideo llevaba además una reluciente cratera y copas de oro; y, al pasar, se inclinó ante el anciano, invitólo diciendo:

Levántate, Laomedontíada! Los próceres de los troyanos, domadores de caballos, los aqueos, de bronceas corazas, te piden que bajes a la llanura y sanciones los juramentos; pues Alejandro y Menelao, caro a Ares, combatirán con luengas lanzas por tu esposa: mujer y riquezas serán del que venza, y, después de pactar amistad con los aqueos, nosotros seguiremos habitando la fértil Troya, y aquéllos volverán a ser el criador de caballos, y a Acaya, la de lindas mujeres.

Así dijo. Estremecióse el anciano y mandó a los amigos que engancharan los carros. Obedecieronlo solícitos. Subió Príamo y cogió las riendas; a su lado, en el primer carro, se puso Anténor. E inmediatamente guiaron los ligeros corceles hacia la ciudad por las puertas Esceas.

Cuando hubieron llegado al campo, descendieron del carro al almo suelo y se abalanzaron al espacio que mediaba entre los troyanos y los aqueos. Levantóse al punto el anciano y los hombres, Agamenón, levantóse también el ingenioso Ulises; y los heraldos los juntaron las víctimas que debían inmolarsse para los sagrados juramentos, les dieron los vinos en la cratera y dieron aguamanos a los reyes. El Atrida, con la daga que tenía en el cinturón, cortó pelo de la cabeza de los corderos, y los sacrificó. Luego repartieron a los próceres troyanos y aqueos. Y, colocándose el Atrida en el centro, se puso a orar a todos, oró en alta voz con las manos levantadas:

Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! ¡Sol, que todo lo ves hoyes! ¡Ríos! ¡Tierra! ¡Y vosotros que en lo profundo castigáis a los muertos que perjuros! Sed todos testigos y guardad los fieles juramentos: Si Alejandro mata a Helena, sea suya Helena con todas las riquezas y nosotros volvámonos en las naves, lejos del ponto; mas si el rubio Menelao mata a Alejandro, devuélvannos los a Helena y las riquezas todas, y paguen a los argivos la indemnización que sea a que llegue a conocimiento de los hombres venideros. Y, si, vencido Alejandro, y sus hijos se negaren a pagar la indemnización, me quedaré a combatir por ella y termine la guerra.

Héctor, cortóles el cuello a los corderos y los puso palpitantes, pero sin vida, en el cruel bronce les había quitado el vigor. Llenaron las copas sacando vino de la y derramándolo oraban a los sempiternos dioses. Y algunos de los aqueos y de los troyanos exclamaron:

Zeus gloriosísimo, máximo! ¡Dioses inmortales! Los primeros que obren contra nosotros, vean derramárselos a tierra, como este vino, sus sesos y los de sus hijos, y sus caigan en poder de extraños.

Y así esta manera hablaban, pero el Cronión no ratificó el voto. Y Príamo Dardánida

Oídmeme, troyanos y aqueos, de hermosas grebas! Yo regresaré a la ventosa Ilio, si podría ver con estos ojos a mi hijo combatiendo con Menelao, caro a Ares. Zeus y los demás dioses inmortales saben para cuál de ellos tiene el destino preparada la suerte.

Héctor, y el varón igual a un dios colocó los corderos en el carro, subió él mismo y puso las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Anténor. Y al instante entraron en el punto a Ilio.

Héctor, hijo de Príamo, y el divino Ulises midieron el campo, y, echando dos dados en un casco de bronce, lo meneaban para decidir quién sería el primero en arrojar la línea lanza. Los hombres oraban y levantaban las manos a los dioses. Y algunos de los aqueos y de los troyanos exclamaron:

Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concede que quien nos causó a unos y a otros, muera y descienda a la morada de Hades, y nosotros tengamos de la jurada amistad.

Y así decían. El gran Héctor, el de tremolante casco, agitaba las suertes volviendo el dado: pronto saltó la de Paris. Sentáronse los guerreros, sin romper las filas, donde Héctor tenía los briosos corceles y las labradas armas. El divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, vistió una magnífica armadura: púsose en las piernas unas grebas ajustadas con broches de plata; protegió el pecho con la coraza de su padre, el de Licaón, que se le acomodaba bien; colgó del hombro una espada de bronce adornada con clavos de plata; abrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la robusta cabeza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho de crines de caballo ondeaba en la brisa; y asió una fornida lanza que su mano pudiera manejar. De igual manera vistió las grebas el aguerrido Menelao.

Cuando hubieron acabado de armarse separadamente de la muchedumbre, se pararon en el lugar que mediaba entre ambos ejércitos, mirándose de un modo feroz y así los troyanos, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, se pararon atónitos al contemplarlos. Encontráronse aquéllos en el medido campo, y se pararon blandiendo las lanzas y mostrando el odio que recíprocamente se tenían. Héctor arrojó el primero la luenga lanza y dio un bote en el escudo liso del Atrida, sin

ronce lo rompiera: la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. Y Menelao disponiéndose a acometer con la suya, oró al padre Zeus:

Soberano Zeus! Permíteme castigar al divino Alejandro, que me ofendió primero, sucumbir a mis manos, para que los hombres venideros teman ultrajar a quien los re y les ofreciere su amistad.

Hijo, y blandiendo la luenga lanza, acertó a dar en el escudo liso del Priámida. La lanza atravesó el terso escudo, se clavó en la labrada coraza y rasgó la túnica ijar. Inclínose el troyano y evitó la negra muerte. El Atrida desenvainó entonces a guarnecida de argénteos clavos; pero, al herir al enemigo en la cimera del cascajó de la mano, rota en tres o cuatro pedazos. Y el Atrida, alzando los ojos al so cielo, se lamentó diciendo:

Padre Zeus, no hay dios más funesto que tú! Esperaba castigar la perfidia de ro, y la espada se quiebra en mis manos, la lanza es arrojada inútilmente y no vencerlo.

ice, y arremetiendo a Paris, cógelo por el casco adornado con espesas crines de que retuerce, y lo arrastra hacia los aqueos de hermosas grebas, medio ahogado rdada correa que, atada por debajo de la barba para asegurar el casco, le apretaba do cuello. Y se lo hubiera llevado, consiguiendo inmensa gloria, si al punto no lo advertido Afrodita, hija de Zeus, que rompió la correa hecha del cuero de un gollado: el casco vacío siguió a la robusta mano, el héroe lo volteó y arrojó a los de hermosas grebas, y sus fieles compañeros lo recogieron. De nuevo asaltó ro a Paris para matarlo con la bronceína lanza; pero Afrodita arrebató a su hijo con ilidad, por ser diosa, y llevólo, envuelto en densa niebla, al oloroso y perfumado Luego fue a llamar a Helena, hallándola en la alta torre con muchas troyanas; tiró nte de su perfumado velo, y, tomando la figura de una anciana cardadora que allá lemonia le preparaba a Helena hermosas lanas y era muy querida de ésta, díjole Afrodita:

Ven acá. Te llama Alejandro para que vuelvas a tu casa. Hállase, esplendente por za y sus vestidos, en el torneado lecho de la cámara nupcial. No dirías que viene atir, sino que va al baile o que reposa de reciente danza.

sí dijo. Helena sintió que en el pecho le palpitaba el corazón; pero, al ver el simo cuello, los lindos pechos y los refulgentes ojos de la diosa, se asombró y le

Cruel! ¿Por qué quieres engañarme? ¿Me llevarás acaso más allá, a cualquier a ciudad de la Frigia o de la Meonia amena donde algún hombre dotado de te sea querido? ¿Vienes con engaños porque Menelao ha vencido al divino ro, y quieres que yo, la odiosa, vuelva a su casa? Ve, siéntate al lado de Paris, amino de las diosas, no te conduzcan tus pies al Olimpo; y llora, y vela por él, e te haga su esposa o su esclava. No iré al lá, ¡vergonzoso fuera!, a compartir su das las troyanas me lo vituperarían, y ya son muchos los pesares que conturban ón.

La divina Afrodita le respondió airada:

No me irrites, desgraciada! No sea que, enojándome, te desampare; te aborrezca ro tan extraordinario como hasta aquí te amé; ponga funestos odios entre troyanos ro, y tú perezcas de mala muerte.

sí dijo. Helena, hija de Zeus, tuvo miedo; y echándose el blanco y espléndido ón en silencio tras la diosa, sin que ninguna de las troyanas lo advirtiera.

tan pronto como llegaron al magnífico palacio de Alejandro, las esclavas n a sus labores, y la divina entre las mujeres se fue derecha a la cámara nupcial

do techo. La risueña Afrodita colocó una silla delante de Alejandro; sentóse hija de Zeus, que lleva la égida, y, apartando la vista de su esposo, lo increpó con abras:

Vienes de la lucha, y hubieras debido perecer a manos del esforzado varón que nterior marido! Blasonabas de ser superior a Menelao, caro a Ares, en fuerza, en en el manejo de la lanza; pues provócalo de nuevo a singular combate. Pero no: ejo que desistas, y no quieras pelear ni contender temerariamente con el rubio ; no sea que en seguida sucumbas, herido por su lanza.

espondióle Paris con estas palabras:

Mujer, no me zahieras con amargos baldones. Hoy ha vencido Menelao con el le Atenea; otro día lo venceré yo, pues también tenemos dioses que nos protegen. acostémonos y volvamos a ser amigos. Jamás la pasión se apoderó de mi espíritu ora; ni cuando, después de robarte, partimos de la amena Lacedemonia en las ircadoras del ponto y llegamos a la isla de Cránae, donde me unió contigo o consorcio: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de odera.

ijo, y empezó a encaminarse al tálamo; y en seguida lo siguió la esposa.

costáronse ambos en el torneado lecho, mientras el Atrida se revolvía entre la mbre, como una fiera, buscando al deiforme Alejandro. Pero ningún troyano ni ustre pudo mostrárselo a Menelao, caro a Ares; que no por amistad lo hubiesen , pues a todos se les había hecho tan odioso como la negra muerte. Y Agamenón, ombres, les dijo:

Oíd, troyanos, dárdanos y aliados! Es evidente que la victoria quedó por Menelao, res; entregadnos la argiva Helena con sus riquezas y pagad una indemnización, la justa, para que llegue a conocimiento de los hombres venideros.

sí dijo el Atrida, y los demás aqueos aplaudieron.

CANTO IV*

Violación de los juramentos

- Agamenón reuista las tropas

lao lo busca por el cameo de batalla y recibe en la cintura el impacto de una flecha lanzada por), que así rompe la tregua covenida por los dos ejércitos antes de empezar el singular desafío. s comienza una encarnizada lucha entre aqueos y troyanos.

ados en el áureo pavimento junto a Zeus, los dioses celebraban consejo. La e Hebe escanciaba néctar, y ellos recibían sucesivamente la copa de oro y laban la ciudad de Troya. Pronto el Cronida intentó zaherir a Hera con mordaces ; y, hablando fingidamente, dijo:

son las diosas que protegen a Menelao, Hera argiva y Atenea alalcomenia; pero, a distancia, se contentan con mirarlo; mientras que Afrodita, amante de la risa, ía constantemente al otro y to Libra de Las parcas, y ahora lo acaba de salvar él mismo creía perecer. Pero, comp la victoria quedó por Menelao, caro a Ares, mos sobre sus futuras consecuencias: si conviene promover nuevamente el combate y la terrible pelea, o reconciliar a entrambos pueblos. Si a todos a y agradara, la ciudad del rey Príamo continuaría poblada y Menelao se llevaría . Helena.

í dijo. Atenea y Hera, que tenían Los asientos contiguos y pensaban en causar Los troyanos, se mordieron Los labios. Atenea, aunque airada contra su padre oseída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera no le cupo la ira ho, y exclamó:

rudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¿Quieres que sea vano e ineficaz
yo y el sudor que me costó? Mis corceles se fatigaron, cuando reunía el ejército
ríamo y sus hijos. Haz lo que dices, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

pondióle muy indignado Zeus, que amontona las nubes:

Desdichada! ¿Qué graves ofensas te infieren Príamo y sus hijos para que
mente anheles destruir la bien edificada ciudad de Ilio? Si trasponiendo las
de los altos muros, te comieras crudo a Príamo, a sus hijos y a los demás
, quizá tu cólera se apaciguara. Haz lo que te plazca; no sea que de esta disputa
e una gran riña entre nosotros. Otra cosa voy a decirte que fijarás en la memoria:
yo tenga vehemente deseo de destruir alguna ciudad donde vivan amigos tuyos,
des mi cólera y déjame hacer lo que quiera, ya que ésta te la cedo
eamente, aunque contra los impulsos de mi alma. De las ciudades que los hom-
estres habitan debajo del sol y del cielo estrellado, la sagrada Ilio era la preferida
orazón, con Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno. Mi altar jamás
en ella del alimento debido, libaciones y vapor de grasa quemada; que tales son
res que se nos deben.

ntestóle en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

res son las ciudades que más quiero: Argos, Esparta y Micenas, la de anchas
estrúyelas cuando las aborrezca tu corazón, y no las defenderé, ni me opondré

Y si me opusiere y no lo permitiere destruirlas, nada conseguiría, porque tu
muy superior. Pero es preciso que mi trabajo no resulte inútil. También yo soy
lad, nuestro linaje es el mismo y el artero Crono engendróme la más venerable,
abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los
es todos. Transijamos, yo contigo y tú conmigo, y los demás dioses inmortales
irán. Manda presto a Atenea que vaya al campo de la terrible batalla de los
y los aqueos, y procure que los troyanos empiecen a ofender, contra lo jurado, a
necidos aqueos.

’ dijo. No desobedeció el padre de los hombres y de los dioses; y, dirigiéndose a
profirió en seguida estas aladas palabras:

’ muy presto al campo de los troyanos y de los aqueos, y procura que los troyanos
n a ofender, contra lo jurado, a los envanecidos aqueos.

1 tales voces instigólo a hacer lo que ella misma deseaba; y Atenea bajó en raudos
’ las cumbres del Olimpo. Cual fúlgida estrella que, enviada como señal por el
artero Crono a los navegantes o a los individuos de un gran ejército, despide gran
de chispas; de igual modo Palas Atenea se lanzó a la tierra y cayó en medio del
Asombráronse cuantos la vieron, así los troyanos, domadores de caballos, como
os, de hermosas grebas, y no faltó quien dijera a su vecino:

empezará nuevamente el funesto combate y la terrible pelea, o Zeus, árbitro de la
umana, pondrá amistad entre ambos pueblos.

’ esta manera hablaban algunos de los aqueos y de los troyanos. La diosa,
trada en varón -parecíase a Laódoco Antenórída, esforzado combatiente-, penetró
ército troyano buscando al deiforme Pándaro. Halló por fin al eximio y fuerte
licaón en medio de las filas de hombres valientes, escudados, que con él habían
de las orillas del Esepo; y, deteniéndose cerca de él, le dijo estas aladas palabras:

’ ¿querrás obedecerme, hijo valeroso de Licaón? ¡Te atrevieras a disparar una veloz
ontra Menelao! Alcanzarías gloria entre los troyanos y te lo agradecerían todos, y
rmente el príncipe Alejandro; éste te haría espléndidos presentes, si viera que a
, belicoso hijo de Atreo, lo subían a la triste pira, muerto por una de tus flechas.
una saeta al ínclito Menelao, y vota sacrificar a Apolo nacido en Licia, célebre

co, una hecatombe perfecta de corderos primogénitos cuando vuelvas a tu patria, la ciudad de Zelea.

io Atenea. El insensato se dejó persuadir, y asió en seguida el pulido arco hecho istas de un lascivo buco montés, a quien él había acechado y herido en el pecho saltaba de un peñasco: el animal cayó de espaldas en la roca, y sus cuernos de palmos fueron ajustados y pulidos por hábil artífice y adornados con anillos de daro tendió el arco, bajándolo a inclinándolo al suelo, y sus valientes amigos lo n con los escudos, para que los belicosos aqueos no arremetieran contra él antes elao, aguerrido hijo de Atreo, fuese herido. Destapó el carcaj y sacó una flecha lada, causadora de acerbos dolores; adaptó en seguida a la cuerda del arco la saeta, y votó a Apolo nacido en Licia, el de glorioso arco, sacrificarle una da hecatombe de corderos primogénitos cuando volviera a su patria, la sagrada e Zelea. Y, cogiendo a la vez las plumas y el bovino nervio, tiró hacia su pecho y a punta de hierro al arco. Armado así, rechinó el gran arco circular, crujió la saltó la puntiaguda flecha deseosa de volar sobre la multitud.

o se olvidaron de ti, oh Menelao, los felices e inmortales dioses y especialmente e Zeus, que impera en las batallas; la cual, poniéndose delante, desvió la amarga partóla del cuerpo como la madre ahuyenta una mosca de su niño que duerme ido sueño, y la dirigió al lugar donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y la ra doble. La amarga saeta atravesó el ajustado cinturón, obra de artífice; se clavó agnífica coraza, y, rompiendo la chapa que el héroe llevaba para proteger el ontra las flechas y que lo defendió mucho, rasguñó la piel y al momento brotó de la negra sangre.

omo una mujer meonia o caria tiñe en púrpura el mafil que ha de adornar el un caballo, muchos jinetes desean llevarlo y aquélla lo guarda en su casa para un de que sea ornamento para el caballo y motivo de gloria para el caballero; de la anera, oh Menelao, se tiñeron de sangre tus bien formados muslos, las piernas, y jo los hermosos tobillos.

stremecióse el rey de hombres, Agamenón, al ver la negra sangre que manaba de i. Estremecióse asimismo Menelao, caro a Ares; mas, como advirtiera que que- tera el nervio y las plumas, recobró el ánimo en su pecho. Y el rey Agamenón, de la mano a Menelao, dijo entre hondos suspiros mientras los compañeros

Hermano querido! Para tu muerte celebré el jurado convenio cuando te puse le todos a fin de que lucharas por los aqueos, tú solo, con los troyanos. Así te han isoteando los juramentos de fidelidad. Pero no serán inútiles el pacto, la sangre rderos, las libaciones de vino puro y el apretón de manos en que confiábamos. Si ico no bs castiga ahora, lo hará más tarde, y pagarán cuanto hicieron con una na: con sus propias cabezas, sus mujeres y sus hijos. Bien lo conoce mi icia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada llio, y y su pueblo armado con lanzas de Fresno; el excelso Zeus Cronida, que vive en rritado por este engaño, agitará contra ellos su égida espantosa. Todo esto ha de irremisiblemente. Pero será grande mi pesar, oh Menelao, si mueres y llegas al fatal de to vida, y he de volver con gran oprobio a la árida Argos; porque los e acordarán en seguida de su tierra patria, dejare mos como trofeos en poder de y de los troyanos a la argiva Helena, y tus huesos se pudrirán en Troya a causa de resa no llevada a cumplimiento. Y alguno de los troyanos soberbios exclamará, sobre la tumba del glorioso Menelao: «Así efectúe Agamenón todas sus as como ésta; pues trajo inútilmente un ejército aqueo y regresó a su patria con

s vacías, dejando aquí al valiente Menelao.» Y cuando esto diga, ábraseme la sa tierra.

ira tranquilizarlo, respondió el rubio Menelao:

En ánimo y no espantes a los aqueos. La aguda flecha no se me ha clavado en el tal, pues me protegió por fuera el labrado cinturón y por dentro la faja y la chapa de los obreros broncistas.

Entestóle el rey Agamenón, diciendo:

Ojalá sea así, querido Menelao! Un médico reconocerá la herida y le aplicará que calmen los terribles dolores.

Dijo, y en seguida dio esta orden al divino heraldo Taltibio:

Taltibio! Llama pronto a Macaón, el hijo del insigne médico Asclepio, para que venga al aguerrido Menelao, hijo de Atreo, a quien ha flechado un hábil arquero o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

Así dijo, y el heraldo al oírlo no desobedeció. Fuese por entre los aqueos, de las corazas, buscó con la vista al héroe Macaón y lo halló en medio de las fuertes hombres escudados que lo habían seguido desde Trica, criadora de caballos. Y, al darse a conocer cerca de él, le dirigió estas aladas palabras:

Ven, Asclepiada! Te llama el rey Agamenón para que reconozcas al aguerrido Menelao, caudillo de los aqueos, a quien ha flechado hábil arquero troyano o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

Así dijo, y Macaón sintió que en el pecho se le conmovía el ánimo. Atravesaron, al ir por la gente, el espacioso campamento de los aqueos; y llegando al lugar donde se hallaba herido el rubio Menelao (éste aparecía como un dios entre los principales aqueos que en torno de él se habían congregado), Macaón arrancó la flecha del ajustado Menelao, pero, al tirar de ella, rompiéronse las plumas, y entonces desató el vistoso Menelao la faja y quitó la faja y la chapa que habían hecho obreros broncistas. Tan pronto como se vio la herida causada por la cruel saeta, chupó la sangre y aplicó con pericia drogas que a su padre había dado Quirón en prueba de amistad.

Mientras se ocupaban en curar a Menelao, valiente en la pelea, llegaron las huestes de los escudados troyanos; vistieron aquéllos la armadura, y ya sólo pensaron en el

Entonces no hubieras visto que el divino Agamenón se durmiera, temblara o se desmayara en el combate, pues iba presuroso a la lid, donde los varones alcanzan gloria. Dejó al carro de bronce adornos -Eurimedonte, hijo de Ptolomeo Piraída, se puso a cierta distancia con los fogosos corceles-, encargó al auriga que no se alejara por un momento, sino que se apoderaba de sus miembros, mientras ejercía el mando sobre aquella multitud de hombres y empezó a recorrer a pie las hileras de guerreros. A cuantos veía, al pasar por los dánaos de ágiles corceles, que se apercebían para la pelea, los animaba

Argivos! No desmaye vuestro impetuoso valor. El padre Zeus no protegerá a los que como han sido los primeros en faltar a lo jurado, sus tiernas carnes serán pasto de los perros y nosotros nos llevaremos en las naves a sus esposas e hijos cuando tomemos el camino de casa.

Los que veía remisos en marchar al odioso combate, los increpaba con iracundas

Argivos que sólo con el arco sabéis pelear, hombres vituperables! ¿No os avergüenzáis? ¿Por qué os hallo atónitos como cervatos que, habiendo corrido por el campo, se detienen cuando ningún vigor queda en su pecho? Así estáis que no os movéis: pasmados y sin combatir. ¿Aguardáis acaso que los troyanos lleguen a la orilla

moso mar donde tenemos las naves de lindas popas, para ver si el Cronión ex
i mano sobre vosotros?

e tal suerte revistaba, como generalísimo, las filas de guerreros. Andando por
muchedumbre, llegó al sitio donde los cretenses vestían las armas con el
o Idomeneo. Éste, semejante a un jabalí por su bravura, se hallaba en las
; filas, y Meriones enardecía a los soldados de las últimas falanges. Al verlos, el
ombres, Agamenón, se alegró y al punto dijo a Idomeneo con suaves voces:

Idomeneo! Te honro de un modo especial entre los dánaos, de ágiles corceles, así
erra a otra empresa, como en el banquete, cuando los próceres argivos beben el
no de honor mezclado en las crateras. A los demás aqueos de larga cabellera se
i ración; pero tú tienes siempre la copa llena, como yo, y bebes cuanto te place.
ora a la batalla y muestra el denuedo de que te jactas.

Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

Atrida! Siempre he de ser tu amigo fiel, como lo aseguré y prometí que lo sería.
orta a los demás melencidos aqueos, para que cuanto antes peleemos con los
, ya que éstos han roto los pactos. La muerte y toda clase de calamidades les
1, por haber sido los primeros en faltar a lo jurado.

sí dijo, y el Atrida con el corazón alegre pasó adelante. Andando por entre la
umbre llegó al sitio donde estaban los Ayantes. Éstos se armaban, y una nube de
los seguía. Como el nubarrón, impelido por el céfiro, camina sobre el mar y se le
lejos negro como la pez y preñado de tempestad, y el cabrero se estremece al
o desde una altura, y, antecogiendo el ganado, lo conduce a una cueva; de igual
an al dañoso combate, con los Ayantes, las densas y oscuras falanges de jóvenes
erizadas de lanzas y escudos. Al verlos, el rey Agamenón se regocijó, y dijo estas
alabras:

Ayantes, príncipes de los argivos de bronceíneas corazas! A vosotros -inoportuno
hortaros- nada os encargo, porque ya instigáis al ejército a que pelee valerosa-
¡jalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, que hubiese el mismo ánimo en todos los
pues pronto la ciudad del rey Príamo sería tomada y destruida por nuestras

uando así hubo hablado, los dejó y se fue hacia otros. Halló a Néstor, elocuente
le los pilios, ordenando a los suyos y animándolos a pelear, junto con el gran
e, Alástor, Cromio, el poderoso Hemón y Biante, pastor de hombres. Ponía
con los respectivos carros y corceles, a los que desde aquéllos combatían; detrás,
ppia de valientes peones que en la batalla formaban como un muro, y en medio, a
rdes para que mal de su grado tuviesen que combatir. Y, dando instrucciones a
eros, les encargaba que sujetaran los caballos y no promoviesen confusión entre
edumbre:

¡adie, confiando en su pericia ecuestre o en su valor, quiera luchar solo y fuera de
con los troyanos; que asimismo nadie retroceda; pues con mayor facilidad seríais
s. El que caiga del carro y suba al de otro pelee con la lanza, pues hacerlo así es
nejor. Con tal prudencia y ánimo en el pecho destruyeron los antiguos muchas
y murallas.

e tal suerte el anciano, diestro desde antiguo en la guerra, los enardecía. Al verlo,
gamenón se alegró, y le dijo estas aladas palabras:

Oh anciano! ¡Así como conservas el ánimo en tu pecho, tuvieras ágiles las
y sin menoscabo las fuerzas! Pero te abrumba la vejez, que a nadie respeta. Ojalá
cargase con ella y tú fueras contado en el número de los jóvenes.

Respondióle Néstor, caballero gerenio:

Atrida! También yo quisiera ser como cuando maté al divino Ereutalión. Pero las deidades lo dieron todo y a un mismo tiempo a los hombres: si entonces era para mí llegó la senectud. Esto no obstante, acompañaré a los que combaten en guerra exhortarlos con consejos y palabras, que tal es la misión de los ancianos. Las palabras blandirán los jóvenes, que son más vigorosos y pueden confiar en sus fuerzas. Así dijo, y el Atrida pasó adelante con el corazón alegre. Halló al excelente jinete Néstor, hijo de Péteo, de pie entre los atenienses ejercitados en la guerra. Estaba cerca del ingenioso Ulises, y a poca distancia las huestes de los fuertes cefalénios, los cuales no habiendo oído el grito de guerra -pues así las falanges de los troyanos, las reses de caballos, como las de los aqueos, se ponían entonces en movimiento-, iban que otra columna aquea cerrara con los troyanos y diera principio la batalla. Entonces, el rey Agamenón los increpó con estas aladas palabras:

Hijo del rey Péteo, alumno de Zeus; y tú, perito en malas artes, astuto! ¿Por qué, Néstor, os abstenéis de pelear y esperarás que otros tomen la ofensiva? Debierais estar al frente delanteros y correr a la ardiente pelea, ya que os invito antes que a nadie cuando os damos un banquete a los próceres. Entonces os gusta comer carne asada y beber una tasa copas de dulce vino, y ahora veríais con placer que diez columnas aqueas marcharan delante de vosotros con el cruel bronce.

Alcarándole la torva vista, exclamó el ingenioso Ulises:

Atrida! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Por qué dices que te abstenes de ir al combate? Cuando los aqueos excitemos al feroz Ares contra los bravos domadores de caballos, verás, si quieres y te importa, cómo el padre amado de Néstor penetra por las primeras filas de los troyanos, domadores de caballos. Vano y estúpido es tu lenguaje.

Cuando el rey Agamenón comprendió que el héroe se irritaba, sonrióse y, al darse a la ofensiva dijo:

¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidés! No ha sido mi intento darte en demasía, ni darte órdenes. Conozco los benévolos sentimientos del corazón que tienes en el pecho, pues tu modo de pensar coincide con el mío. Pero ve, y si te abstenes de la ofensiva, luego arreglaremos este asunto. Hagan los dioses que todo se lo lleve a cabo.

Después de esto dicho, los dejó allí, y se fue hacia otros. Halló al animoso Diomedes, hijo de Néstor, de pie entre los corceles y los sólidos carros; y a su lado a Esténelo, hijo de Néstor. En viendo a aquél, el rey Agamenón lo reprendió, profiriendo estas aladas palabras:

Ay, hijo del aguerrido Tideo, domador de caballos! ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué te abrenas el espacio que de los enemigos nos separa? No solía Tideo temblar de este modo, adelantándose a sus compañeros, peleaba con el enemigo. Así lo refieren los que vieron combatir, pues yo no te presencié ni te vi, y dicen que a todos superabas. Veniste a Micenas, no para guerrear, sino como huésped, junto con el divino Polinices, los cuales ambos reclutaban tropas para dirigirse contra los sagrados muros de Teba. Mucho me alegró que me desearan que les diéramos auxiliares ilustres, y los ciudadanos querían concedérselos. Pero no os di el asenso a lo que se les pedía; pero Zeus, con funestas señales, les hizo variar de opinión. Volviéronse aquéllos; después de andar mucho, llegaron al Asopo, cuyas riberas abundan en juncas y prados, y los aqueos nombraron embajador a Tideo para que se dirigiera a Teba. En el palacio del fuerte Eteocles encontrábanse muchos cadmeos reunidos a jugar al juego de la pelota; pero ni allí, siendo huésped y solo entre tantos, se turbó el eximio jinete Néstor. Él desafiaba y vencía fácilmente en toda clase de luchas. ¡De tal suerte lo protegía Néstor! Cuando se fue, irritados los cadmeos, aguijadores de caballos, pusieron en

da a cincuenta jóvenes al mando de dos jefes: Meón Hemónida, que parecía un
, y Polifonte, intrépido hijo de Autófono. A todos les dio Tideo ignominiosa
nenos a uno, a Meón, a quien permitió, acatando divinales indicaciones, que
a la ciudad. Tal fue Tideo etolio, y el hijo que engendró le es inferior en el
y superior en el ágora.

sí dijo. El fuerte Diomedes oyó con respeto la increpación del venerable rey y
ilencio, pero el hijo del glorioso Capaneo hubo de replicarle:

Atrida! No mientas, pudiendo decir la verdad. Nos gloriamos de ser más valientes
stros padres, pues he mos tomado a Teba, la de las siete puertas, con un ejército
numeroso, que, confiando en divinales indicaciones y en el auxilio de Zeus,
s al pie de su muralla, consagrada a Ares; mientras que aquéllos perecieron por
ras. No nos consideres, pues, a nuestros padres y a nosotros dignos de igual
ón.

irándolo con torva faz, le contestó el fuerte Diomedes:

Calla, amigo; obedece mi consejo. Yo no me enfado porque Agamenón, pastor de
, anime a los aqueos, de hermosas grebas, antes del combate. Suya será la gloria,
ueos rindieren a los troyanos y tomaren la sagrada Ilio; suyo el gran pesar, si los
ueren vencidos. Ea, pensemos tan sólo en mostrar nuestro impetuoso valor.

ijo, saltó del carro al suelo sin dejar las armas, y tan terrible fue el resonar del
obre su pecho, que hubiera sentido pavor hasta un hombre muy esforzado.

omo las olas impelidas por el Céfiro se suceden en la ribera sonora, y primero se
en alta mar, braman después al romperse en la playa y en los promontorios, su-
bándose a to alto y escupen la espuma; así las falanges de los dánaos marchaban
mente y sin interrupción al combate. Los capitanes daban órdenes a los suyos
/os, y éstos andaban callados (no hubieras dicho que los siguieran a aquéllos
ombres con voz en el pecho) y temerosos de sus caudillos. En todos relucían las
armas de que iban revestidos.- Los troyanos avanzaban también, y como muchas

alan sin cesar en el establo de un hombre opulento, cuando, al series extraída la
eche, oyen la voz de los corderos; de la misma manera elevábase un confuso
en el vasto ejército de aquéllos. No era igual el sonido ni el modo de hablar de
as lenguas se mezclaban, porque los guerreros procedían de diferentes países.- A

los excitaba Ares; a los otros, Atenea, la de ojos de lechuza, y a entrambos pue-
Terror, la Fuga y la Discordia, insaciable en sus furores y hermana y compañera
icida Ares, la cual al principio aparece pequeña y luego toca con la cabeza el cie-
ras anda sobre la tierra. Entonces la Discordia, penetrando por la muchedumbre,
i medio de ella el combate funesto para todos y aumentó el afán de los guerreros.

ando los ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas y
de los hombres armados de broncíneas corazas, y al aproximarse los abollonados
se produjo un gran alboroto. Allí se oían simultáneamente los lamentos de los
dos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre. Como
entes nacidos en grandes manantiales se despeñan por los montes, reúnen las
s aguas en hondo barranco abierto en el valle y producen un estruendo que oye
jos el pastor en la montaña, así eran la gritería y el trabajo de los que vinieron a
s.

ue Antíloco quien primeramente mató a un guerrero troyano, a Equepolo
a, que peleaba valerosamente en la vanguardia: hiriólo en la cimera del
do casco, y la broncínea lanza, clavándose en la frente, atravesó el hueso, las
cubrieron los ojos del guerrero y éste cayó como una torre en el duro combate.
asióle de un pie el rey Elefénor Calcodontiada, caudillo de los bravos abantes, y

raba para ponerlo fuera del alcance de los dardos y quitarle la armadura. Poco intento. El magnánimo Agenor lo vio arrastrar el cadáver, e, hiriéndolo con la lanza en el costado, que al bajarse quedó descubierto junto al escudo, dejóle sin miembros. De este modo perdió Elefénor la vida y sobre su cuerpo trabaron a pelea troyanos y aqueos: como lobos se acometían y unos a otros se mataban. Ayante Telamonio tiróle un bote de lanza a Simoesio, hijo de Antemión, que se en la flor de la juventud. Su madre habíale dado a luz a orillas del Simoente, bajó del Ida con sus padres para ver las ovejas: por esto le llamaron Simoesio. pudo pagar a sus progenitores la crianza ni fue larga su vida, porque sucumbió por la lanza del magnánimo Ayante: acometía el troyano, cuando Ayante lo hirió cho junto a la tetilla derecha, y la bronceína punta salió por la espalda. Cayó el en el polvo como el terso álamo nacido en la orilla de una espaciosa laguna y o de ramas que corta el carrero con el hierro reluciente, para hacer las pinas de un carro, dejando que el tronco se seque en la ribera; de igual modo, Ayante, del Zeus despojó a Simoesio Antémida.- Antifo Priámida, que iba revestido de coraza, lanzó por entre la muchedumbre su agudo dardo contra Ayante y no lo hirió en la ingle a Leuco, compañero valiente de Ulises, mientras arrastraba el desprendióse éste y el guerrero cayó junto al mismo.- Ulises, muy irritado por te, atravesó las primeras filas cubierto de refulgente bronce, detúvose muy cerca dor, y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la brillante lanza. Al verlo, los troyanos. No fue vano el tiro, pues hirió a Democoonte, hijo bastardo de que había venido de Abidos, país de corredoras yeguas: Ulises, irritado por la le su compañero, le envasó la lanza, cuya bronceína punta le entró por una sien y por la otra; la obscuridad cubrió los ojos del guerrero, cayó éste con estrépito y is resonaron. Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y os dieron grandes voces, retiraron los muertos y avanzaron un buen trecho. Mas ue desde Pérgamo lo presenciaba, se indignó y con recios gritos exhortó a los :

Acometed, troyanos domadores de caballos! No cedáis en la batalla a los argivos, us cuerpos no son de piedra ni de hierro para que puedan resistir, si los herís, el ronce; ni pelea Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, que se quedó en s y allí rumia la dolorosa cólera.

Así dijo el terrible dios desde la ciudadela. A su vez, la hija de Zeus, la ima Tritogenia, recorría el ejército aqueo y animaba a los remisos.

Se entonces cuando el hado echó los lazos de la muerte a Diores Amarincida. n el tobillo derecho por puntiaguda piedra que le tiró Píroo Imbrásida, caudillo acios, que había llegado de Eno -la insolente piedra rompióle ambos tendones y -, cayó de espaldas en el polvo, y expirante tendía los brazos a sus camaradas el mismo Píroo, que lo había herido, acudió presuroso e hiriólo nuevamente con junto al ombligo; derramáronse los intestinos y las tinieblas velaron los ojos del :

Mientras Píroo arremetía, Toante el etolio alanceólo en el pecho, por cima de una el bronce se le clavó en el pulmón. Acercósele Toante, le arrancó del pecho la lanza y, hundiéndole la aguda espada en medio del vientre, le quitó la vida. Mas o despojarlo de la armadura, porque se vio rodeado por los compañeros del los tracios que dejan crecer la cabellera en lo más alto de la cabeza, quienes le n sus largas picas; y, aunque era corpulento, vigoroso a ilustre, fue rechazado y retroceder. Así cayeron y se juntaron en el polvo el caudillo de los tracios y el de s, de bronceínas corazas, y a su alrededor murieron otros muchos.

quien, sin haber sido herido de cerca o de lejos por el agudo bronce, hubiera
o el campo, llevado de la mano y protegido de las saetas por Palas Atena, no
aldonado los hechos de armas; pues aquel día gran número de troyanos y de
acían, unos junto a otros, caídos de cara al polvo.

CANTO V*

Principalía de Diomedes

los primeros, los aqueos, destaca Diomedes, siendo capaz de hacer huir a los mismísimos dioses
Afrodita.

nces Palas Atenea infundió a Diomedes Tidida valor y audacia, para que brillara
los los argivos y alcanzase inmensa gloria, a hizo salir de su casco y de su escudo
sante llama parecida al astro que en otoño luce y centellea después de bañarse en
io. Tal resplandor despedían la cabeza y los hombros del héroe, cuando Atenea lo
centro de la batalla, allí donde era mayor el número de guerreros que
samamente se agitaban.

o en Troya un varón rico a irrepreensible, sacerdote de Hefesto, llamado Dares; y
n hijos Fegeo a Ideo, ejercitados en toda especie de combates. Éstos iban en un
arro; y, separándose de los suyos, cerraron con Diomedes, que desde tierra y en
guardó. Cuando se hallaron frente a frente, Fegeo tiró el primero la luenga lanza,
ó por cima del hombro izquierdo del Tidida sin herirlo; arrojó éste la suya y no
ano, pues se la clavó a aquél en el pecho, entre las tetillas, y lo derribó por tierra.
ó al suelo, desamparando el magnífico carro, sin que se atreviera a defender el
de su hermano -no se hubiese librado de la negra muerte-, y Hefesto lo sacó
volviéndolo en densa nube, a fin de que el anciano padre no se afligiera en
. El hijo del magnánimo Tideo se apoderó de los corceles y los entregó a sus
eros para que los llevaran a las cóncavas naves. Cuando los altivos troyanos
ue uno de los hijos de Dares huía y el otro quedaba muerto entre los carros, a
les conmovió el corazón. Y Atenea, la de ojos de lechuza, tomó por la mano al
o Ares y le habló diciendo:

Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de
! ¿No dejaremos que troyanos y aqueos peleen solos -sean éstos o aquéllos a
el padre Zeus quiera dar gloria- y nos retiraremos, para librarnos de la cólera de

ho esto, sacó de la liza al furibundo Ares y lo hizo sentar en la herbosa ribera del
idro. Los dánaos pusieron en fuga a los troyanos, y cada uno de sus caudillos
in hombre. Empezó el rey de hombres, Agamenón, con derribar del carro al
to Odio, caudillo de los halizones; al volverse para huir, envasóle la pica en la
entre los hombros, y la punta salió por el pecho. Cayó el gue rrero con estrépito y
is resonaron.

meneo quitó la vida a Festo, hijo de Boro el meonio, que había llegado de la fértil
iriéndolo con la formidable lanza en el hombro derecho, cuando subía al carro:
óse Festo, tinieblas horribles to envolvieron y los servidores de Idomeneo lo
on de la armadura.

Atrida Menelao mató con la aguda pica a Escamandrio, hijo de Estrofo,
lo en la caza. A tan excelente cazador la misma Ártemis le había enseñado a tirar
is fieras crían las selvas de los montes. Mas no le valió ni Ártemis, que se
e en tirar flechas, ni el arte de arrojarlas en que tanto descollaba: tuvo que huir, y

a Menelao, famoso por su lanza, lo hirió con un dardo en la espalda, entre los
y, y le atravesó el pecho. Cayó de cara y sus armas resonaron.

eriones dejó sin vida a Fereclo, hijo de Tectón Harmónida, que con las manos
a toda clase de obras de ingenio, porque era muy caro a Palas Atenea. Éste, no
ndo los oráculos de los dioses, construyó las naves bien proporcionadas de
o, las cuales fueron la causa primera de todas las desgracias y un mal para los
y para él mismo. Meriones, cuando alcanzó a aquél, lo alanceó en la nalga
y la punta, pasando por debajo del hueso y cerca de la vejiga, salió al otro lado.
ero cayó de hinojos, gimiendo, y la muerte lo envolvió.

ges hizo perecer a Pedeo, hijo bastardo de Anténor, a quien Teano, la divina,
iado con igual solicitud que a los hijos propios, para complacer a su esposo. El
íleo, famoso por su pica, fue a clavarle en la nuca la puntiaguda lanza, y el hierro
lengua y asomó por los dientes del guerrero. Pedeo cayó en el polvo y mordía el
ce.

ípilo Evemónida dio muerte al divino Hipsenor, hijo del animoso Dolopión, que
rdote de Escamandro y el pueblo lo veneraba como a un dios. Perseguíalo
, hijo preclaro de Evemón; el cual, poniendo mano a la espada, de un tajo en el
le cercenó el robusto brazo, que ensangrentado cayó al suelo. La purpúrea muerte
o cruel velaron los ojos del troyano.

í se portaban éstos en el reñido combate. En cuanto al Tidida, no hubieras
o con quiénes estaba, ni si pertenecía a los troyanos o a los aqueos. Andaba
por la llanura cual hinchado torrente que en su rápido curso derriba los diques
los diques más trabados, ni los setos de los floridos campos lo detienen-, y
ndose repentinamente, cuando cae espesa la lluvia de Zeus, destruye muchas
s labores de los jóvenes; tal tumulto promovía el Tidida en las densas falanges
que, con ser tan numerosas, no se atrevían a resistirlo.

1 luego como el preclaro hijo de Licaón vio que Diomedes corna furioso por la
7 desordenaba las falanges, tendió el corvo arco y lo hirió en el hombro derecho,
eco de la coraza, mientras aquél acometía. La cruel saeta atravesó el hombro y la
7 se manchó de sangre. Y el preclaro hijo de Licaón, al notarlo, gritó con voz

Arremeted, troyanos de ánimo altivo, agujadores de caballos! Herido está el más
: los aqueos; y no creo que pueda resistir mucho tiempo la fornida saeta, si fue re-
Apolo, hijo de Zeus, quien me movió a venir aquí desde la Licia.

Así dijo gloriándose. Pero la veloz flecha no postró a Diomedes; el cual,
endo hasta el carro y los caballos, se detuvo y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo:
Corre, buen hijo de Capaneo, baja del carro y arráncame del hombro la amarga

sí dijo. Esténelo saltó del carro al suelo, se le acercó, y sacóle del hombro la
echa; la sangre chocaba, al salir a borbotones, contra las mallas de la túnica. Y
Diomedes, valiente en el combate, hizo esta plegaria:

Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Si alguna vez amparaste
a a mi padre en la cruel guerra, séme ahora propicia, ¡oh Atenea!, y haz que se
tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano quien se me anticipó hiriéndome, y
jacta de que pronto dejaré de contemplar la fúlgida luz del sol.

Así dijo rogando. Palas Atenea lo oyó, agilitóle los miembros todos y
nente los pies y las manos, y poniéndose a su lado pronunció estas aladas
:

¡obra ánimo, Diomedes, y pelea con los troyanos; pues ya infundí en tu pecho el intrépido valor que acostumbraba tener el jinete Tideo, agitador del escudo, y la niebla que cubría tus ojos para que en la batalla conozcas bien a los dioses y a los hombres. Si alguno de aquéllos viene a tentarte, no quieras combatir con los dioses; pero, si se presentara en la lid Afrodita, hija de Zeus, hiérela con el agudo

como si esto, fuese Atenea, la de ojos de lechuza. El Tideo volvió a mezclarse con los combatientes delanteros; y, si antes ardía en deseos de pelear contra los troyanos, entendió que se le triplicaba el valor, como un león a quien el pastor hiere levemente primero, al asaltar un redil de lanudas ovejas, y no lo mata, sino que lo excita la voz del pastor desiste de rechazarlo y entra en el establo; las ovejas, al verse sin el pastor, huyen para caer pronto hacinadas unas sobre otras, y la fiera salta afuera de la cerca. Con tal furia penetró en las filas troyanas el fuerte Diomedes.

Entonces hizo morir a Astínoo y a Hipirón, pastor de hombres. Al primero lo hirió con una bronceína lanza encima del pecho; contra Hipirón desnudó la gran espada, y de un golpe a clavícula separó el hombro del cuello y la espada. Dejólos y fue al encuentro de Polido y Polido, hijos de Euridamante, que era de provechosa edad e intérprete de sus sueños cuando fueron a la guerra, el anciano no les interpretaría los sueños, pues eran a manos del fuerte Diomedes, que los despojó de las armas. Enderezó luego sus ojos hacia Janto y Toón, hijos de Fénopé - éste los había tenido en la triste vejez que no daba y no engendró otro hijo que heredara sus riquezas-, y a entrambos les quitó la vida, causando llanto y triste pesar al anciano, que no pudo recibirlos de vuelta a casa; y más tarde los parientes se repartieron la herencia.

Después seguida alcanzó a Equemón y a Cromio, hijos de Prámo Dardánida, que iban en un mismo carro. Cual león que, penetrando en la vacada, despedaza la cerviz de una vaca y a una becerra que padece en el soto, así el hijo de Tideo los derribó violentamente, les quitó la armadura y entregó los corceles a sus camaradas para que los llevaran a las naves.

Entonces advirtió que Diomedes destruía las hileras de los troyanos, y fue en busca del fuerte y encontrólo por la liza y entre el estruendo de las lanzas. Halló por fin al fuerte y exitoso Licaón; y deteniéndose a su lado, le dijo:

Pándaro! ¿Dónde guardas el arco y las voladoras flechas? ¿Qué es de tu fama? ¿Tienes rival y en la Licia nadie se gloria de aventajarte. Ea, levanta las manos a la diosa para una flecha contra ese hombre que triunfa y causa males sin cuento a los troyanos. -de muchos valientes ha quebrado ya las rodillas-, si por ventura no es un dios que ayuda a los troyanos a causa de los sacrificios, pues la cólera de una deidad es terrible. Respondele el preclaro hijo de Licaón:

Eneas, consejero de los troyanos, de bronceínas túnicas! Parece por entero al Tideo: reconozco su escudo, su casco de alta cimera y agujeros a guisa de ojos de corceles, pero no puedo asegurar si es un dios. Si ese guerrero es en realidad el hijo de Tideo, no se mueve con tal furia sin que alguno de los inmortales lo ayude, cubierta la espalda con una nube, y desvíe las veloces flechas que hacia él voy. Arrojele una saeta que lo hirió en el hombro derecho, penetrando por el hueco de la armadura; creí enviarle a Aidoneo, y sin embargo de esto no lo maté; sin duda es un dios. No tengo aquí corceles ni carros que me lleven, aunque en el palacio de Licaón tengo once carros hermosos, sólidos, de reciente construcción, cubiertos con fundas y respectivos pares de caballos que comen blanca cebada y avena. Licaón, el anciano, entre los muchos consejos que me dio cuando partí del magnífico palacio me recomendó que en el duro combate mandara a los troyanos subido en un

as yo no me dejé convencer -mucho mejor hubiera sido seguir su consejo- y llevarme los corceles por el temor de que, acostumbrados a comer bien, serían sin pastos en una ciudad sitiada. Dejélos, pues, y vine como infante a Ilio, lo en el arco que para nada me había de servir. Contra dos próceres lo hecho, el Tidida y el Atrida; a entrambos les causé heridas, de las que manaba sangre, y sólo conseguí excitarlos más. Con mala suerte descolgué del clavo el arco el día en que vine con mis troyanos a la amena Ilio para complacer al divino. Si logro regresar y ver con estos ojos mi patria, mi mujer y mi casa espaciosa y todo techo, córteme la cabeza un enemigo si no rompo y tiro al relumbrante fuego, ya que su compañía me resulta inútil.

Explicóle Eneas, caudillo de los troyanos:

No hables así. Las cosas no cambiarán hasta que, montados nosotros en el carro, vamos a ese hombre y probemos la suerte de las armas. Sube a mi carro, para que les son los corceles de Tros y cómo saben así perseguir acá y acullá de la llanura ir ligeros; ellos nos llevarán salvos a la ciudad, si Zeus concede de nuevo la victoria a Diomedes Tidida. Ea, coma el látigo y las lustrosas riendas, y bajaré del carro para ayudarte; o encárgate tú de pelear, y yo me cuidaré de los caballos.

Contestó el preclaro hijo de Licaón:

Eneas! Recoge tú las riendas y guía los corceles, porque tirarán mejor del corvo obedeciendo al auriga a que están acostumbrados, si nos pone en fuga el hijo de No sea que, echando de menos tu voz, se espanten y desboquen y no quieran salir de la liza, y el hijo del magnánimo Tideo nos embista y mate y se lleve los caballos. Guía, pues, el carro y los corceles, y yo con la aguda lanza esperaré su salida.

Así hablaron; y, subidos en el labrado carro, guiaron animosamente los briosos en derechura al Tidida. Advirtiólo Esténelo, preclaro hijo de Capaneo, y al punto dijo: Tidida estas aladas palabras:

Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! Veo que dos robustos varones, cuya fama es grandísima, desean combatir contigo: el uno, Pándaro, es hábil arquero y se cree ser hijo de Licaón; el otro, Eneas, se gloria de haber sido engendrado por el famoso Anquises y su madre es Afrodita. Ea, subamos al carro, retirémonos, y cesa de verte furioso entre los combatientes delanteros para que no pierdas la dulce vida. Irándolo con torva faz, le respondió el fuerte Diomedes:

No me hables de huir, pues no creo que me persuadas. Sería impropio de mí estar en retirada o amedrentarme. Mis fuerzas aún siguen sin menoscabo. Desdeño el carro, y tal como estoy iré a encontrarlos, pues Palas Atenea no me deja temblar. Los corceles no los llevarán lejos de aquí, si por ventura alguno de aquéllos puede. Otra cosa voy a decir que tendrás muy presente: Si la sabia Atenea me concede permiso de matar a entrambos, sujeta estos veloces caballos, amarrando las bridas al carro, y no se te olvide de apoderarte de los corceles de Eneas para sacarlos de los corrales y traerlos a los aqueos de hermosas grebas; pues pertenecen a la raza de aquéllos que el orgovidente Zeus dio a Tros en pago de su hijo Ganimedes, y son, por canto, los mejores de cuantos viven debajo del sol y la aurora. Anquises, rey de hombres, logró sacar a hurto, caballos de esta raza ayuntando yeguas con aquéllos sin que nadie antes lo advirtiera; nacióronle seis en el palacio, crió cuatro en su pesebre y dio permiso a Eneas, que pone en fuga a sus enemigos. Si los cogiéramos, alcanzaríamos una victoria pequeña.

Así éstos conversaban. Pronto Eneas y Pándaro, picando a los ágiles corceles, se fueron. Y el preclaro hijo de Licaón exclamó el primero:

Corazón fuerte, hombre belicoso, hijo del ilustre Tideo! Ya que la veloz y dañosa
lo derribó, voy a probar si lo hiero con la lanza.

Hijo; y blandiendo la ingente arma, dio un bote en el escudo del Tidida: la
punta atravesó la rodela y llegó muy cerca de la coraza. El preclaro hijo de
gritó en seguida:

Tienes el ijar atravesado de parte a parte, y no creo que resistas largo tiempo.
es la gloria que acabas de darme.

En turbarse, le replicó el fuerte Diomedes:

Erraste el golpe, no has acertado; y creo que no dejaréis de combatir, hasta que
vosotros caiga y harte de sangre a Ares, el infatigable luchador.

Hijo, y le arrojó la lanza que, dirigida por Atenea a la nariz junto al ojo, le atravesó
los dientes. El duro bronce cortó la punta de la lengua y apareció por debajo de la
ándaro cayó del carro, sus lucientes y labradas armas resonaron, espantáronse los
de ágiles pies, y allí acabaron la vida y el valor del guerrero.

Alzó Eneas del carro con el escudo y la larga pica; y, temiendo que los aqueos le
el cadáver, defendíalo como un león que confía en su bravura: púsose delante del
enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, y profiriendo horribles gritos se
a matar a quien se le opusiera. Mas el Tidida, cogiendo una gran piedra que dos
ombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente, hirió a Eneas en
lación del isquion con el fémur que se llama cótila; la áspera piedra rompió la
esgarró ambos tendones y arrancó la piel. El héroe cayó de rodillas, apoyó la
mano en el suelo y la noche obscura cubrió sus ojos.

allí pereciera el rey de hombres Eneas, si al punto no lo hubiese advertido su
frodita, hija de Zeus, que lo había concebido de Anquises, pastor de bueyes. La
ndió sus niveos brazos al hijo amado y lo cubrió con un doblez del refulgente
para defenderlo de los tiros; no fuera que alguno de los dánaos, de ágiles corceles,
le el bronce en el pecho, le quitara la vida.

Mientras Afrodita sacaba a Eneas de la liza, el hijo de Capaneo no echó en olvido
res que le diera Diomedes, valiente en el combate: sujetó allí, separadamente de
za, sus solípedos caballos, amarrando las bridas al barandal; y, apoderándose de
eles, de lindas crines, de Eneas, hízolos pasar de los troyanos a los aqueos de
s grebas y entrególos a Deípilo, el compañero a quien más honraba entre los de la
idad a causa de su prudencia, para que los llevara a las cóncavas naves. Acto
el héroe subió al carro, asió las lustrosas riendas y guió solícito hacia el Tidida
llos de duros cascos. El héroe perseguía con el cruel bronce a Cipris, conociendo
una deidad débil, no de aquéllas que imperan en el combate de los hombres,
enea o Enio, asoladora de ciudades. Tan pronto como llegó a alcanzarla por entre
ud, el hijo del magnánimo Tideo, calando la afilada pica, rasguñó la tierna mano
osa: la punta atravesó el peplo divino, obra de las mismas Gracias, y rompió la
la palma. Brotó la sangre divina, o por mejor decir, el icor; que tal es lo que tienen
aventurados dioses, pues no comen pan ni beben el negro vino, y por esto carecen
e y son llamados inmortales. La diosa, dando una gran voz, apartó a su hijo, que
olo recibió en sus brazos y envolvió en espesa nube; no fuera que alguno de los
de ágiles corceles, clavándole el bronce en el pecho, le quitara la vida. Y
es, valiente en el combate, dijo a voz en cuello:

Hija de Zeus, retírate del combate y la pelea! ¿No te basta engañar a las débiles
? Creo que, si intervienes en la batalla, te dará horror la guerra, aunque te
es a gran distancia de donde la haya.

Padre Zeus! ¿Te irritarás conmigo por lo que diré? Sin duda Cipris quiso r a alguna aquea de hermoso peplo a que se fuera con los troyanos, que tan le son; y, acariciándola, áureo broche le rasguñó la delicada mano.

Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y llamando a la áurea , le dijo:

¡tí, hija mía, no te han sido asignadas las acciones bélicas: dedícate a los dulces del himeneo, y el impetuoso Ares y Atenea cuidarán de aquéllas.

Así los dioses conversaban. Diomedes, valiente en el combate, cerró con Eneas, no comprender que el mismo Apolo extendía la mano sobre él; pues, impulsado por de acabar con el héroe y despojarlo de las magníficas armas, ya ni al gran dios a. Tres veces asaltó a Eneas con intención de matarlo; tres veces agitó Apolo el te escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, Apolo, el que lejos, lo increpó con aterradoras voces:

Tidida, piénsalo mejor y retírate! No quieras igualarte a las deidades, pues jamás emejantes la raza de los inmortales dioses y la de los hombres que andan por la

Así dijo. El Tidida retrocedió un poco para no atraerse la cólera de Apolo, el que lejos; y el dios, sacando a Eneas del combate, lo llevó al templo que tenía en la rgamo: dentro de éste, Leto y Artemis, que se complace en tirar fechas, curaron y le aumentaron el vigor y la belleza del cuerpo. En tanto Apolo, que lleva arco formó un simulacro de Eneas y su armadura; y, alrededor del mismo, troyanos y aqueos chocaban las rodela de cuero de buey y los alados broqueles que n sus cuerpos. Y Febo Apolo dijo entonces al furibundo Ares:

Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de ! ¿Quieres entrar en la liza y sacar a ese hombre, al Tidida, que sería capaz de r hasta con el padre Zeus? Primero hirió a Cipris en el puño, y luego, semejante a cerró conmigo.

ando esto hubo dicho, sentóse en la excelsa Pérgamo. El funesto Ares, tomando . del ágil Acamante, caudillo de los tracios, enardeció a los que militaban en las ranas y exhortó a los ilustres hijos de Príamo, alumnos de Zeus:

Hijos del rey Príamo, alumno de Zeus! ¿Hasta cuándo dejaréis que el pueblo a manos de los aqueos? ¿Acaso hasta que el enemigo llegue a las sólidas puertas uros? Yace en tierra un varón a quien honrábamos como al divino Héctor: Eneas, magnánimo Anquises. Ea, saquemos del tumulto al valiente amigo.

on estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. A su vez, Sarpedón a así al divino Héctor:

Héctor! ¿Qué se hizo el valor que antes mostrabas? Dijiste que defenderías la in tropas ni aliados, solo, con tus hermanos y tus deudos. De éstos a ninguno veo ibrir puedo: temblando están como perros en torno de un león, mientras nos los que únicamente somos auxiliares. Yo, que figuro como tal, he venido de os, de Licia, situada a orillas del voraginoso Janto; allí dejé a mi esposa amada, al fante y riquezas muchas que el menesteroso apetece. Mas, sin embargo de esto y ier aquí nada que los aqueos puedan llevarse o apresar, animo a los licios y deseo on ese guerrero; y tú estás parado y ni siquiera exhortas a los demás hombres a tan al enemigo y defiendan a sus esposas. No sea que, como si hubierais caído en de lino que todo lo envuelve, lleguéis a ser presa y botín de los enemigos, y éstos n vuestra populosa ciudad. Preciso es que lo ocupes en ello día y noche y s a los caudillos de los auxiliares venidos de lejas tierras, que resistan firmemente iagan acreedores a graves censuras.

sí habló Sarpedón. Sus palabras royéronle el ánimo a Héctor, que en seguida saltó al suelo, sin dejar las armas; y, blandiendo un par de afiladas picas, recorrió el animóle a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara a los aqueos para embestirlos, y los argivos sostuvieron apiñados la acometida y no se movieron. Como en el abaleo, cuando la rubia Deméter separa el grano de la paja al soplar el viento, el aire lleva el tamo por las sagradas eras y los montones de paja se levantan; del mismo modo los aqueos se tornaban blanquecinos por el polvo que se levantaba hasta el cielo de bronce los pies de los corceles de cuantos volvían a darse a correr en la refriega. Los aurigas guiaban los caballos al combate y los guerreros se batían de frente con toda la fuerza de sus brazos. El furibundo Ares cubrió el campo con una niebla para socorrer a los troyanos y a todas partes iba; cumpliendo así el deber que le hizo Febo Apolo, el de la áurea espada, de que excitara el ánimo de los aqueos, cuando vio que Palas Atenea, la protectora de los dánaos, se ausentaba.

El dios sacó a Eneas del suntuoso templo; e, infundiendo valor al pastor de los troyanos, le dejó entre sus compañeros, que se alegraron de verlo vivo, sano y revestido de armadura; pero no le preguntaron nada, porque no se lo permitía el combate suscitado por el arco de plata, por Ares, funesto a los mortales, y por la Discordia, cuyo furor atormenta a los mortales.

Los ayantes, Ulises y Diomedes enardecían a los dánaos en la pelea; y éstos, en lugar de temerizarse ante la fuerza y las voces de los troyanos, aguardábanlos tan firmes como las nubes que el Cronida deja inmóviles en las cimas de los montes durante la noche, cuando duermen el Bóreas y demás vientos fuertes que con sonoro soplo disipan los nubarrones; tan firmemente esperaban los dánaos a los troyanos, sin pensar en huir. El Atrida bullía entre la muchedumbre y a todos exhortaba:

¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón esforzado y no os daos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son los que se salvan que los que mueren; los que huyen ni alcanzan gloria, ni entre sí se

comparan. Eneas, y despidiendo con ligereza el dardo hirió al caudillo Deicoonte Pergásida, hijo de Eneas, pero del magnánimo Eneas; a quien veneraban los troyanos como a la prole de Eneas por su arrojo en pelear en las primeras filas. El rey Agamenón acertó a darle un golpe en el escudo, que no logró detener el dardo; éste lo atravesó, y, rasgando el cinturón, cayó el bronce en el empuje del guerrero. Deicoonte cayó con estrépito y sus armas se esparcieron por el suelo.

Eneas mató a dos hijos de Diocles, Cretón y Orsíloco, varones valentísimos, cuyo hogar estaba en la bien construida Fera abastado de bienes, y era descendiente del noble Alfeo, que riega el país de los pilios. El Alfeo engendró a Ortíloco, que reinó muchos años; Ortíloco fue padre del magnánimo Diocles, y de éste nacieron los valerosos Cretón y Orsíloco, diestros en toda especie de combates; quienes, apenas llegados a la juventud, fueron en negras naves y junto con los argivos a Ilio, la de los corceles, para vengar a los Atridas Agamenón y Menelao, y allí hallaron su fin, envolvió la muerte. Como dos leones, criados por su madre en la espesa selva de la montaña de un monte, devastan los establos, robando bueyes y pingües ovejas, hasta que los hombres los matan con afilado bronce; del mismo modo, aquéllos, que parecían fieros animales, cayeron vencidos por las manos de Eneas.

Al verlos derribados en el suelo, condolióse Menelao, caro a Ares, y en seguida, armado de luciente bronce y blandiendo la lanza, se abrió camino por las primeras filas: excitaba el valor para que sucumbiera a manos de Eneas. Pero Antíloco, hijo del noble Néstor, que lo advirtió, se fue en pos del pastor de hombres temiendo que le

algo y les frustrara la empresa. Cuando los dos guerreros, deseosos de pelear, las agudas lanzas para acometerse, colocóse Antíloco muy cerca del pastor de Eneas, al ver a los dos varones que estaban juntos, aunque era luchador brioso, revió a esperarlos; y ellos pudieron llevarse hacia los aqueos los cadáveres de infelices, ponerlos en las manos de sus amigos y volver a combatir en el punto azado.

Entonces mataron a Pilémenes, igual a Ares, caudillo de los valientes y escudados: el Atrida Menelao, famoso por su pica, envasóle la lanza junto a la clavícula. Hirió de una pedrada en el codo al buen escudero Midón Atimníada, cuando éste los solípedos caballos - las ebúrneas riendas cayeron de sus manos al polvo-, y, hundiéndolo con la espada, le dio un tajo en las sienes. Midón, anhelante, cayó del bien do carro: hundióse su cabeza con el cuello y parte de los hombros en la arena que andaba, y así permaneció un buen espacio hasta que los corceles, pataleando, lo al suelo; Antíloco se apoderó del carro, picó a los corceles, y se los llevó al ento aqueo.

Héctor atisbó a los dos guerreros en las filas, arremetió a ellos, gritando, y lo a las fuertes falanges troyanas que capitaneaban Ares y la venerable Enio; ésta a el horrible tumulto de la pelea; Ares manejaba una lanza enorme, y ya precedía , ya marchaba detrás del mismo.

Al verlo, estremeciósese Diomedes, valiente en el combate. Como el inexperto después que ha atravesado una gran llanura, se detiene al llegar a un río de rápida e que desemboca en el mar, percibe el murmurio de las espumosas aguas y vuelve teza atrás, de semejante modo retrocedió el Tidida, gritando a los suyos:

Oh amigos! ¿Cómo nos admiramos de que el divino Héctor sea hábil lancero y chador? A su lado hay siempre alguna deidad para librarlo de la muerte, y ahora transfigurado en mortal, quien lo acompaña. Emprended la retirada, con la cara acia los troyanos, y no queráis combatir denodadamente con los dioses.

Así dijo. Los troyanos llegaron muy cerca de ellos, y Héctor mató a dos varones en la pelea que iban en un mismo carro: Menestes y Anquíalo. Al verlos os por el suelo, compadeciósese el gran Ayante Telamonio; y, deteniéndose muy l enemigo, arrojó la pica reluciente a Anfio, hijo de Sélago, que moraba en Peso, simo en bienes y sembrados y había ido -impulsábale el hado- a ayudar a Príamo os. Ayante Telamonio acertó a darle en el cinturón, la larga pica se clavó en el , y el guerrero cayó con estrépito. Corrió el esclarecido Ayante a despojarlo de s -los troyanos hicieron llover sobre el héroe agudos relucientes dardos, de los ecibió muchos el escudo-, y, poniendo el pie encima del cadáver, arrancó la a lanza; pero no pudo quitarle de los hombros la magnífica armadura, porque brumado por los tiros. Temió verse encerrado dentro de un fuerte círculo por los es troyanos, que en gran número y con valentía le enderezaban sus lanzas; y, ara corpulento, vigoroso a ilustre, fue rechazado y hubo de retroceder.

Así se portaban éstos en el duro combate. El hado poderoso llevó contra Sarpedón, m dios, a Tlepólemo Heraclida, valiente y de gran estatura. Cuando ambos hé- o y nieto de Zeus, que amontona las nubes, se hallaron frente a frente, Tlepólemo imero en hablar y dijo:

Sarpedón, príncipe de los licios! ¿Qué necesidad tienes, no estando ejercitado en i, de venir a temblar? Mienten cuantos afirman que eres hijo de Zeus, que lleva la es desmereces mucho de los varones engendrados en tiempos anteriores por este no dicen que fue mi intrépido padre, el fornido Heracles, que resistía audazmente l ánimo de un león; el cual, habiendo venido por los caballos de Laomedonte,

solas naves y pocos hombres, consiguió saquear la ciudad y despoblar sus calles. Preses de ánimo apocado, dejás que las tropas perezcan, y no creo que tu venida de sirva para la defensa de los troyanos por muy vigoroso que seas; pues, vencido entrarás por las puertas del Hades.

Respondióle Sarpedón, caudillo de los licios:

Tlepólemo! Aquél destruyó, con efecto, la sacra Ilio a causa de la perfidia del aomedonte, que pagó con injuriosas palabras sus beneficios y no quiso entregarle llos por los que había venido de tan lejos. Pero yo te digo que la perdición y la uerte de mi mano te vendrán; y muriendo, herido por mi lanza, me darás gloria, y el de los famosos corceles, el alma.

Así dijo Sarpedón, y Tlepólemo alzó la lanza de fresno. Las luengas lanzas i a un mismo tiempo de las manos. Sarpedón hirió a Tlepólemo: la dañosa punta el cuello, y las tinieblas de la noche velaron los ojos del guerrero. Tlepólemo dio ran lanza en el muslo izquierdo de Sarpedón y el bronce penetró con ímpetu uevo; pero todavía su padre lo libró de la muerte.

Los ilustres compañeros de Sarpedón, igual a un dios, sacáronlo del combate, con anza que, al arrastrarse, le pesaba; pues con la prisa nadie advirtió la lanza de ni pensó en arrancársela del muslo, para que aquél pudiera subir al carro. Tanta iga con que to cuidaban.

su vez, los aqueos, de hermosas grebas, se llevaron del campo a Tlepólemo. El lises, de ánimo paciente, violo, sintió que se le enardecía el corazón, y revolió nte y en su espíritu si debía perseguir al hijo de Zeus tonante o privar de la vida a licios. No le había concedido el hado al magnánimo Ulises matar con el agudo el esforzado hijo de Zeus, y por esto Atenea le inspiró que acometiera a la de los licios. Mató entonces a Céranos, Alástor, Cromio, Alcandro, Halio, y Prítanis, y aun a más licios hiciera morir el divino Ulises, si no lo hubiese nuy presto el gran Héctor, el de tremolante casco; el cual, cubierto de luciente se abrió calle por los combatientes delanteros a infundió terror a los dánaos. de su llegada Sarpedón, hijo de Zeus, y profirió estas lastimeras palabras:

Priámida! No permitas que yo, tendido en el suelo, llegue a ser presa de los socórreme y pierda la vida luego en vuestra ciudad, ya que no he de alegrar, lo a mi casa y a la patria tierra, ni a mi esposa querida ni al tierno infante.

Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, pasó corriendo, sin responderle, porque i deseos de rechazar cuanto antes a los argivos y quitar la vida a muchos s. Los ilustres camaradas de Sarpedón, igual a un dios, lleváronlo al pie de una encina consagrada a Zeus, que lleva la égida; y el valeroso Pelagonte, su ro amado, le arrancó del muslo la lanza de fresno. Amortecido quedó el héroe y niebla cubrió sus ojos; pero pronto volvió en su acuerdo, porque el soplo del o reanimó cuando ya apenas respirar podía.

Los argivos, al acometerlos Ares y Héctor armado de bronce, ni se volvían hacia as naves, ni rechazaban el ataque, sino que se batían en retirada desde que que aquel dios se hallaba con los troyanos.

Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mataron Héctor, hijo de y el broncíneo Ares? Teutrante, igual a un dios; Orestes, aguijador de caballos; incero etolio; Enómao; Héleno Enópida y Oresbio, el de tremolante mitra, quien, pado en cuidar de sus bienes, moraba en Hila, a orillas del lago Cefisis, con otros que constituían un opulento pueblo.

ando Hera, la diosa de níveos brazos, vio que ambos mataban a muchos argivos o combate, dijo a Atenea estas aladas palabras:

Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómита! Vana será la promesa mos a Menelao de que no se irá sin destruir la bien murada Ilio, si dejamos queioso Ares ejerza sus furores. Ea, pensemos en prestar al héroe poderoso auxilio. Hijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no desobedeció. Hera, deidad la hija del gran Crono, aparejó los corceles con sus áureas bridas, y Hebe puso mente en el férreo eje, a ambos lados del carro, las corvas ruedas de bronce que cho rayos. Era de oro la indestructible pina, de bronce las ajustadas admirables / de plata los torneados cubos. El asiento descansaba sobre tiras de oro y de plata, le barandal circundaba el carro. Por delante salía argéntea lanza, en cuya punta osa un hermoso yugo de oro con bridas de oro también; y Hera, que anhelaba el y la pelea, unció los corceles de pies ligeros.

tenea, hija de Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo, en el palacio de su l hermoso peplo bordado que ella misma había tejido y labrado con sus manos; túnica de Zeus, que amontona las nubes, y se armó para la luctuosa guerra. ió de sus hombros la espantosa égida floqueada que el terror corona: allí están la a, la Fuerza y la Persecución horrenda; allí la cabeza de la Gorgona, monstruo orripilante, portento de Zeus, que lleva la égida. Cubrió su cabeza con áureo e doble cimera y cuatro abolladuras, apto para resistir a la infantería de cien i. Y, subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa, larga, fornida, con que el prepotente padre destruye filas enteras de héroes cuando contra ellos monto en Hera picó con el látigo a los corceles, y de propio impulso abriéronse rechinando as del cielo de que cuidan las Horas -a ellas está confiado el espacioso cielo y el para remover o colocar delante la densa nube. Por allí, por entre las puertas, n los corceles dóciles al látigo y hallaron al Cronión, sentado aparte de los otros n la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Hera, la diosa de los níveos letuvo entonces los corceles, para hacer esta pregunta al excelso Zeus Cronida:

Padre Zeus! ¿No te indignas contra Ares al presenciar sus atroces hechos? s y cuáles varones aqueos ha hecho perecer temeraria a injustamente! Yo me Cipris y Apolo, que lleva arco de plata, se alegran de haber excitado a ese loco onoce ley alguna. Padre Zeus, ¿te irritarás conmigo si a Ares le ahuyento del causándole funestas heridas?

espondióle Zeus, que amontona las nubes:

Ea, aguija contra él a Atenea, que impera en las batallas, pues es quien suele más vivos dolores.

sí dijo. Hera, la diosa de los níveos brazos, le obedeció, y picó a los corceles, que gozosos entre la tierra y el estrellado cielo. Cuanto espacio alcanza a ver el que, en alta cumbre, fija sus ojos en el vinoso ponto, otro tanto salvan de un brinco los , de sonoros relinchos, de los dioses. Tan luego como ambas deidades llegaron a Hera, la diosa de los níveos brazos, paró el carro en el lugar donde los dos ríos e y Escamandro juntan sus aguas; desunció los corceles, cubriólos de espesa el Simoente hizo nacer la ambrosía para que pacieran.

as diosas empezaron a andar, semejantes en el paso a tímidas palomas, ntes por socorrer a los argivos. Cuando llegaron al sitio donde estaba el fuerte es, domador de caballos, con los más y mejores de los adalides que parecían os leones o puercos monteses, cuya fuerza es grande, se detuvieron; y Hera, la e los níveos brazos, tomando el aspecto del magnánimo Esténtor, que tenía i de bronce y gritaba tanto como otros cincuenta, exclamó:

Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! s el divino Aquiles asistía a las batallas, los troyanos, amedrentados por su

le pica, no pasaban de las puertas dardanias; y ahora combaten lejos de la unto a las cóncavas naves.

on tales palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Atenea, la diosa de ojos de fue en busca del Tidida y halló a este príncipe junto a su carro y sus corceles, do la herida que Pándaro con una flecha le había causado. El sudor le molestaba e la ancha abrazadera del redondo escudo, cuyo peso sentía el héroe; y, alzando su cansada mano la correa, se enjugaba la denegrida sangre. La diosa apoyó la n el yugo de los caballos y dijo:

Cuán poco se parece a su padre el hijo de Tideo! Era éste de pequeña estatura, icoso. Y aunque no le dejase combatir ni señalarse -como en la ocasión en que, o ido por embajador a Teba, se encontró lejos de los suyos entre multitud de s; y le di orden de que comiera tranquilo en el palacio-, conservaba siempre su es- leroso, y, desafiando a los jóvenes cadmeos, los vencía fácilmente en toda clase s. ¡De tal modo lo protegía! Ahora es a ti a quien asisto y defiendo, exhortándote animosamente con los troyanos. Mas, o el excesivo trabajo de la guerra ha tus miembros, o te domina el exánime terror. No, tú no eres el hijo del aguerrido nida.

, respondiéndole, el fuerte Diomedes le dijo:

¿e conozco, oh diosa, hija de Zeus, que lleva la égida. Por esto te hablaré gustoso, tarte nada. No me domina el exánime terror ni flojedad alguna; pero recuerdo las órdenes que me diste. No me dejabas combatir con los bienaventurados ero, si Afrodita, hija de Zeus, se presentara en la pelea, debía herirla con el ronce, Pues bien: ahora retrocedo y he mandado que todos los argivos se en aquí, porque comprendo que Ares impera en la batalla.

ontestóle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los es; tanto te voy a ayudar. Ea, endereza los solípedos caballos a Ares el primero, le cerca y no respetes al furibundo dios, a ese loco voluble y nacido para dañar, era y a mí nos prometió combatir contra los troyanos en favor de los argivos y tá con aquéllos y se ha olvidado de sus palabras.

penas hubo dicho estas palabras, asió de la mano a Esténelo, que saltó diligente o a tierra. Montó la enardecida diosa, colocándose al lado del ilustre Diomedes, y encina recrujió a causa del peso porque llevaba a una diosa terrible y a un varón o). Palas Atenea, habiendo recogido el látigo y las riendas, guió los solípedos hacia Ares el primero; el cual quitaba la vida al gigantesco Perifante, preclaro Oquesio y el más valiente de los etolios. A tal varón mataba Ares, manchado de ios; y Atenea se puso el casco de Hades para que el furibundo dios no la a.

uando Ares, funesto a los mortales, vio al ilustre Diomedes, dejó al gigantesco o tendido donde le había muerto y se encaminó hacia Diomedes, domador de . Al hallarse a corta distancia, Ares, que deseaba quitar la vida a Diomedes, le a bronceína lanza por cima del yugo y las riendas; pero Atenea, la diosa de ojos za, cogiéndola y alejándola del carro, hizo que aquél diera el golpe en vano. A su medes, valiente en el combate, atacó a Ares con la bronceína lanza, y Palas apuntándola a la ijada del dios, donde el cinturón le ceñía, hirióle, desgarró el cutis y retiró el arma. El bronceíneo Ares cla mó como gritarían nueve o diez mil que en la guerra llegaran a las manos; y temblaron, amedrentados, aqueos y . ¡Tan fuerte bramó Ares, insaciable de combate!

El vapor sombrío que se desprende de las nubes por la acción de un impetuoso trueno, tal le parecía a Diomedes cuando el broncíneo Ares, cubierto de escamas y dirigido al anchuroso cielo. El dios llegó en seguida al alto Olimpo, mansión de los dioses; se sentó, con el corazón afligido, al lado de Zeus Cronión, mostró la sangre que manaba de la herida, y suspirando dijo estas aladas palabras:

Padre Zeus! ¿No te indignas al presenciar tan atroces hechos? Siempre los dioses han padecido males horribles que recíprocamente nos causamos para complacer a los mortales; pero todos estamos airados contigo, porque engendraste una hija loca, funesta, que se ocupa en acciones inicuas. Cuantos dioses hay en el Olimpo, todos te reverencian y acatan; pero a ella no la sujetas con palabras ni con obras, sino que la dejas libre por ser tú el padre de esa hija pernicioso que ha movido al insolente Diomedes, el puerco, a combatir, en su furia, con los inmortales dioses. Primero hirió de cerca a Diomedes con el puño, y después, cual si fuese un dios, arremetió contra mí. Si no llegaran a salvarme mis ligeros pies, hubiera tenido que sufrir padecimientos durante largo tiempo: tantos montones de cadáveres, o quedar inválido, aunque vivo, a causa de las heridas que me hiciera el bronce.

Al iréndolo con torva faz, respondió Zeus, que amontona las nubes:

Inconstante! No te lamentes, sentado junto a mí, pues me eres más odioso que cualquiera de los dioses del Olimpo. Siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas, y tu espíritu soberbio, que nunca cede, de tu madre Hera a quien apenas puedo controlar con mis palabras. Creo que cuanto te ha ocurrido lo debes a sus consejos. Pero no te quejearé que los dolores te atormenten, porque eres de mi linaje y para mí te parió tu madre, siendo tan perverso hubieses nacido de algún otro dios, tiempo ha que estaría en el mismo más profundo que el de los hijos de Urano.

Entonces dijo, y mandó a Peón que lo curara. Éste lo sanó, aplicándole drogas calmantes; pero como un mortal en él había. Como el jugo cuaja la blanca y líquida leche cuando se le mezcla rápidamente con ella, con igual presteza curó aquél al furibundo Ares, a quien vistió y puso lindas vestiduras. Y el dios se sentó al lado de Zeus Cronión, ufano de su victoria.

Después de haberse despedido de Hera y Atenea alalcomenia regresaron también al palacio del gran Zeus, hubieron conseguido que Ares, funesto a los mortales, de matar hombres se retirara.

CANTO VI*

Coloquio de Héctor y Andrómaca

En los segundos, los troyanos, Héctor, que ha regresado a Troya para ordenar que las mujeres se ocupen con Atenea con plegarias y ofrendas, cuando vuelve al campo de batalla, se encuentra con su esposa y con su hijo, aún de tierna edad. Y se destaca el comportamiento de Héctor, héroe inocente que muere por Troya, y de Paris, culpable y egoísta, que sólo piensa en él.

Después de haberse despedido de los dioses, los troyanos y aqueos, que se arrojaban broncíneos, en la batalla horrenda, la pelea se extendía, acá y acullá de la llanura, entre las corrientes del Simoente.

Entonces Telamonio, antemural de los aqueos, rompió el primero la falange troyana a la hora de recer la aurora de la salvación entre los suyos, hiriendo de muerte al tracio más valiente, al alto y valiente Acamante, hijo de Eusoro. Acertóle en la cimera del casco con crines de caballo, la lanza se clavó en la frente, la broncínea punta atravesó el hueso y las tinieblas cubrieron los ojos del guerrero.

Diomedes, valiente en el combate, mató a Axilo Teutránida, que, abastado de noraba en la bien construida Arisbe; y era muy amigo de los hombres, porque en situada cerca del camino, a todos les daba hospitalidad. Pero ninguno de ellos onces a librarlo de la lúgubre muerte, y Diomedes le quitó la vida a él y a su Calasio, que gobernaba los caballos. Ambos penetraron en el seno de la tierra.

Así dio muerte a Dresos y Ofeltio, y fuese tras Esepo y Pédaso, a quienes la Abarbárea había concebido en otro tiempo del eximio Bucolión, hijo primogénito de la ilustre Laomedonte (Bucolión apacentaba ovejas y tuvo amoroso consorcio con la infanta, la cual quedó encinta y dio a luz a los dos mellizos): el Mecisteida acabó con el valor de ambos, privó de vigor a sus bien formados miembros y les quitó la vida a los dos.

El belicoso Polipetes dejó sin vida a Astíalo; Ulises, con la broncínea lanza, a Pidites; y Teucro, a Aretaón divino. Antíloco Nestórida mató con la pica reluciente a Agamenón, rey de hombres, a Élato, que habitaba en la excelsa Pédaso, a orillas del río, de hermosa corriente; el héroe Leito, a Fílico mientras huía; y Eurípilo, a Polidoro.

Menelao, valiente en la pelea, cogió vivo a Adrasto, cuyos caballos, corriendo furiosos por la llanura, chocaron con las ramas de un tamarisco, rompieron el corvo y arrojaron el extremo del timón, y se fueron a la ciudad con los que huían espantados. El rey cayó al suelo y dio de boca en el polvo junto a la rueda; acercósele Menelao Atrida con la lanza, y aquél, abrazando sus rodillas, así le suplicaba:

¡Hazme prisionero, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de valor tengo en mi opulento padre en casa: bronce, oro, hierro labrado; con ellas te pagaré inmensamente si supiera que estoy vivo en las naves aqueas.

Menelao dijo, y le conmovió el corazón. E iba Menelao a ponerlo en manos del escudero, cuando lo llevara a las veleras naves aqueas, cuando Agamenón corrió a su encuentro y dijo diciendo:

¡Ah, bondoso! ¡Ah, Menelao! ¿Por qué así te apiadas de estos hombres? ¿Por qué estas cosas hicieron los troyanos en tu casa! Ninguno de los que caigan en nuestras manos sea libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni el que sea niño! ¡Perezcan todos los de Ilio, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen!

Menelao dijo, diciendo, cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Repelió a Polidoro al héroe Adrasto, que, herido en el izar por el rey Agamenón, cayó de espaldas. Menelao le puso el pie en el pecho y le arrancó la lanza.

Menelao, en tanto, animaba a los argivos, dando grandes voces:

¡Oh queridos, héroes dánaos, servidores de Ares! Nadie se quede atrás para recoger los cuerpos muertos y volver, llevando los más que pueda, a las naves; ahora matemos hombres y ganemos más tranquilidad despojaréis en la llanura los cadáveres de cuantos mueran.

Menelao dijo, diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Y los troyanos hubieran vuelto a Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su cobardía, si Heleno, el mejor de los augures, no se hubiese presentado a Eneas y a Héctor para

animar a Eneas y Héctor! Ya que el peso de la batalla gravita principalmente sobre vosotros, troyanos y los licios, porque sois los primeros en toda empresa, ora se trate de ganar, ora de razonar, quedaos aquí, recorred las filas, y detened a los guerreros antes que se encaminen a las puertas, caigan huyendo en brazos de las mujeres y sean motivo de vergüenza para los enemigos. Cuando hayáis reanimado todas las falanges, nosotros, que estamos muy abatidos, nos quedaremos aquí a pelear con los dánaos porque la gloria nos apremia. Y tú, Héctor, ve a la ciudad y di a nuestra madre que Name a las

es matronas; vaya con ellas al templo dedicado a Atenea, la de ojos de lechuza, Ípoli; abra con la llave la puerta del sacro recinto; ponga sobre las rodillas de la hermosa cabellera, el peplo que mayor sea, más lindo le parezca y más aprecie os haya en el palacio, y le vote sacrificar en el templo doce vacas de un año, no ún al yugo, si apiadándose de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los , aparta de la sagrada Ilio al hijo de Tideo, feroz guerrero, cuya bravura causa lerrota y a quien tengo por el más esforzado de los aqueos todos. Nunca temimos al mismo Aquiles, príncipe de hombres, que es, según dicen, hijo de una diosa. 1 furia se mueve el hijo de Tideo y en valentía nadie te iguala.

sí dijo; y Héctor obedeció a su hermano. Saltó del carro al suelo sin dejar las y, blandiendo dos puntiagudas lanzas, recorrió el ejército por todas partes, a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara y on a los argivos; y éstos retrocedieron y dejaron de matar, figurándose que alguno mortales habría descendido del estrellado cielo para socorrer a aquéllos; de tal volvieron. Y Héctor exhortaba a los troyanos diciendo en alta voz:

Animosos troyanos, aliados de lejas tierras venidos! Sed hombres, amigos, y vuestro impetuoso valor, mientras voy a Ilio y encargo a los respetables próceres tras esposas que oren y ofrezcan hecatombes a los dioses.

icho esto, Héctor, el de tremolante casco, partió; y la negra piel que orlaba el do escudo como última franja le batía el cuello y los talones.

lauco, vástago de Hipóloto, y el hijo de Tideo, deseosos de combatir, fueron a rse en el espacio que mediaba entre ambos ejércitos. Cuando estuvieron cara a omedes, valiente en la pelea, dijo el primero:

¿Cuál eres tú, guerrero valentísimo, de los mortales hombres? Jamás te vi en las donde los varones adquieren gloria, pero al presente a todos los vences en auda- do te atreves a esperar mi fornida lanza. ¡Infelices de aquéllos cuyos hijos se a mi furor! Mas si fueses inmortal y hubieses descendido del cielo, no quisiera yo on dioses celestiales. Poco vivió el fuerte Licurgo, hijo de Driante, que contendía celestes deidades: persiguió en los sacros montes de Nisa a las nodrizas de que estaba agitado por el delirio báquico, las cuales tiraron al suelo los tirsos al el homicida Licurgo las acometía con la aguijada; el dios, espantado, se arrojó al Tetis le recibió en su regazo, despavorido y agitado por fuerte temblor por la de aquel hombre; pero los felices dioses se irritaron contra Licurgo, cególe el rono y su vida no fue larga, porque se había hecho odioso a los inmortales todos. bienaventurados dioses no quisiera combatir; pero, si eres uno de los mortales en los frutos de la tierra, acércate para que más pronto llegues al término de tu 1.

espondióle el preclaro hijo de Hipóloto:

¡Magnánimo Tidida! ¿Por qué me interrogas sobre el abolengo? Cual la ón de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y , reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una ón humana nace y otra perece. Pero ya que deseas saberlo, te diré cuál es mi e muchos conocido. Hay una ciudad llamada Éfira en el riñón de Argos, criadora los, y en ella vivía Sísifo Eólida, que fue el más ladino de los hombres. Sísifo ó a Glauco, y éste al eximio Belerofonte, a quien los dioses concedieron gentileza able valor. Mas Preto, que era muy poderoso entre los argivos, pues Zeus los metido a su cetro, hízole blanco de sus maquinaciones y to echó de la ciudad. La ntea, mujer de Preto, había deseado con locura juntarse clandestinamente con nte; pero no pudo persuadir al prudente héroe, que sólo pensaba en cosas

, y mintiendo dijo al rey Preto: «¡Preto! Ojalá te mueras, o mata a Belerofonte, querido juntarse conmigo, sin que yo lo deseara.» Así dijo. El rey se encendió en ira; y, si bien se abstuvo de matar a aquél por el religioso temor que sintió su ira, le envió a la Licia; y, haciendo mortíferas señales en una tablita que se doblaba, y los perniciosos signos con orden de que los mostrase a su suegro para que éste viera. Belerofonte, poniéndose en camino debajo del fausto patrocinio de los dioses, fue a vasta Licia y a la corriente del Janto: el rey recibióle con afabilidad, hospedóle nueve días y mandó matar otros tantos bueyes; pero, al aparecer por décima vez a la de rosáceos dedos, lo interrogó y quiso ver la nota que de su yerno Preto le dio así que tuvo la funesta nota, ordenó a Belerofonte que lo primero de todo matara el monstruoso Quimera, ser de naturaleza no humana, sino divina, con cabeza de león, dragón y cuerpo de cabra, que respiraba encendidas y horribles llamas; y aquél le obedeció, alentado por divinales indicaciones. Luego tuvo que luchar con los afamados centauros y decía que éste fue el más recio combate que con hombres sostuvo. En tercer día mató la vida a las varoniles amazonas. Y, cuando regresaba a la ciudad, el rey, por otra dolosa trama, armóle una celada con los varones más fuertes que halló en la Licia; y ninguno de éstos volvió a su casa, porque a todos les dio muerte. el rey a Belerofonte. Comprendió el rey que el héroe era vástago ilustre de alguna deidad divina, por lo que allí, lo casó con su hija y compartió con él la dignidad regia; los licios, a su vez, le dieron un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventajaba, y él pudo cultivarlo. Tres hijos dio a luz la esposa del aguerrido Belerofonte: Hipóloto y Laodamia; y ésta, amada por el pródigo Zeus, dio a luz al deiforme Centauro, que lleva armadura de bronce. Cuando Belerofonte se atrajo el odio de todas las diosas, vagaba solo por los campos de Alea, royendo su ánimo y apartándose de los dioses; Ares, insaciable de pelea, hizo morir a Isandro en un combate con los afamados centauros y Artemis, la que usa riendas de oro, irritada, mató a su hija. A mí me engendró Centauro -de éste, pues, soy hijo- y enviéme a Troya, recomendándome muy mucho que me esforzara y sobresaliera siempre entre todos y no deshonrase el linaje de mis abuelos, que fueron los hombres más valientes de Efira y la extensa Licia. Tal alcur-sangre me glorió de tener.

Así dijo. Alegróse Diomedes, valiente en el combate; y, clavando la pica en el suelo, respondió con cariñosas palabras al pastor de hombres:

Pues eres mi antiguo huésped paterno, porque el divino Eneo hospedó en su casa al eximio Belerofonte, le tuvo consigo veinte días y ambos se obsequiaron con los presentes de hospitalidad. Eneo dio un vistoso tahalí teñido de púrpura, y delante una áurea copa de doble asa, que en mi casa quedó cuando me vine. A Tideo me quedo; dejéme muy niño al salir para Teba, donde pereció el ejército aqueo. Soy, Diomedes, siguiendo, tu caro huésped en el centro de Argos, y tú lo serás mío en la Licia cuando vaya a tu pueblo. En adelante no nos acometamos con la lanza por entre la turba. Los troyanos y aliados ilustres me restan, para matar a quien, por la voluntad de un dios, me precede en la carrera; y asimismo te quedan muchos aqueos, para quitar la vida a quien sea posible. Y ahora troquemos la armadura, a fin de que sepan todos que de ser huéspedes paternos nos gloriamos.

Después de haber hablado así, descendieron de los carros y se estrecharon la mano en señal de amistad. Entonces Zeus Cronida hizo perder la razón a Glauco; pues permutó las riendas por las de Diomedes Tidida, las de oro por las de bronce, las valoradas en cien talentos por las que en nueve se apreciaban.

Al pasar Héctor por la encina y las puertas Esceas, acudieron corriendo las esposas de los troyanos y preguntáronle por sus hijos, hermanos, amigos y esposos; y él les

que unas tras otras orasen a los dioses, porque para muchas eran inminentes las desgracias.

Cuando llegó al magnífico palacio de Príamo, provisto de bruñidos pórticos (en él había muchas cámaras de pulimentada piedra, seguidas, donde dormían los hijos de Príamo y sus legítimas esposas; y enfrente, dentro del mismo patio, otras doce construidas alre-
de con sillares, continuas y techadas, donde se acostaban los yernos de Príamo y sus mujeres), le salió al encuentro su alma madre que iba en busca de Laódice, la esposa de la princesa; y, asiéndole de la mano, le dijo:

Hijo! ¿Por qué has venido, dejando el áspero combate? Sin duda los aqueos, de tu nombre, deben de estrecharnos, combatiendo alrededor de la ciudad, y tu co-
municación ha impulsado a volver con el fin de levantar desde la acrópolis las manos a Zeus. Guarda, traeré vino dulce como la miel para que primeramente lo bebas al padre
y a los demás inmortales, y luego te aproveche también a ti, si bebes. El vino da
mucho el vigor del hombre fatigado y tú lo estás de pelear por los tuyos.

Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

¡Yo me des vino dulce como la miel, veneranda madre; no sea que me enerves y
me des del valor, y yo me olvide de mi fuerza. No me atrevo a libar el negro vino en
nombre de Zeus sin lavarme las manos, ni es lícito orar al Cronión, el de las sombrías
vestes cuando uno está manchado de sangre y polvo. Pero tú congrega a las matronas,
perfumes, y, entrando en el templo de Atenea, que impera en las batallas, pon
te a rodillas de la deidad de hermosa cabellera el peplo mayor, más lindo y que más
sepa de cuantos haya en el palacio; y vota a la diosa sacrificar en su templo doce
vacas: un año, no sujetas aún al yugo, si, apiadándose de la ciudad y de las esposas y
niños de los troyanos, aparta de la sagrada Ilio al hijo de Tideo, feroz guerrero,
que entristece nuestra derrota. Encamínate, pues, al templo de Atenea, que impera
en las batallas, y yo iré a la casa de Paris a llamarlo, si me quiere escuchar. ¡Así la tierra
sepa para! Criólo el Olímpico como una gran plaga para los troyanos y el magnánimo
Zeus y sus hijos. Creo que, si le viera descender al Hades, mi alma se olvidaría de los
pesares.

Así dijo. Hécuba, volviendo al palacio, llamó a las esclavas, y éstas anduvieron por
ellos y congregaron a las matronas; bajó luego al fragante aposento donde se guarda-
ban los peplos bordados, obra de las mujeres que se había llevado de Sidón el deiforme
Zeus en el mismo viaje por el ancho ponto en que se llevó a Helena, la de nobles pa-
pellos, para ofrecerlo a Atenea, el peplo mayor y más hermoso por sus bordaduras,
que landecía como un astro y se hallaba debajo de todos, y partió acompañada de mu-
chachas.

Cuando llegaron a la acrópolis, abrióles las puertas del templo de Atenea Teano, la
de las mejillas, hija de Cibeide y esposa de Anténor, domador de caballos, a la cual
había elegido los troyanos sacerdotisa de Atenea. Todas, con lúgubres lamentos,
pusieron las manos a la diosa. Teano, la de hermosas mejillas, tomó el peplo, lo puso
a rodillas de Atenea, la de hermosa cabellera, y orando rogó así a la hija del gran

Veneranda Atenea, protectora de la ciudad, divina entre las diosas! ¡Quiébrale la
cabeza a Diomedes y concédenos que caiga de pechos en el suelo, ante las puertas Esceas,
y todo sacrificuemos en este templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si
de todo to apiadas de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos!

Así dijo rogando, pero Palas Atenea no accedió. Mientras invocaban de este modo
al gran Zeus, Héctor se encaminó al magnífico palacio que para Alejandro
había construido él mismo con los más hábiles constructores de la fértil Troya; éstos le

una cámara nupcial, una sala y un patio, en la acrópolis, cerca de los palacios de Helena y de Héctor. Allí entró Héctor, caro a Zeus, llevando una lanza de once codos, cuya punta estaba sujeta por un anillo de oro. En la cámara halló a Helena que acicalaba las magníficas armas, escudo y coraza, y probaba el arco; y a Helena, que, sentada entre sus esclavas, ocupábalas en primorosas labores. Y cuando vio a aquél, increpólo con injuriosas palabras:

Desgraciado! No es decoroso que guardes en el corazón ese rencor. Los hombres mueren combatiendo al pie de los altos muros de la ciudad; el bélico clamor y la lucha se levantan por tu causa alrededor de nosotros, y tú mismo reconvendrías a quien dejara la vida por una causa tan horrenda. Ea, levántate. No sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces

respondióle el deiforme Alejandro:

Héctor! Justos y no excesivos son tus baldones, y por lo mismo voy a contestarte. Escucha y oye. Permanecía aquí, no tanto por estar airado o resentido con los troyanos, como porque deseaba entregarme al dolor. En este instante mi esposa me exhortaba con palabras a volver al combate; y también a mí me parece preferible, porque la victoria es una de sus alternativas para los guerreros. Ea, pues, aguarda, y visto las marchas de guerra, véte y te sigo, y creo que lograré alcanzarte.

Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, nada contestó. Y Helena hablóle con palabras de alabanza:

¡Cuñado mío, de esta perra maléfica y abominable! ¡Ojalá que, cuando mi madre Helena viera luz, un viento tempestuoso se me hubiese llevado al monte o al estruendoso mar, o al juguete de las olas, antes que tales hechos ocurrieran! Y ya que los dioses quisieron causar estos males, debió tocarme ser esposa de un varón más fuerte, a quien se atribuyera la indignación y los muchos baldones de los hombres. Éste ni tiene valor de ánimo ni la tendrá nunca, y creo que recogerá el debido fruto. Pero entra y súbete en esta silla, cuñado, que la fatiga te oprime el corazón por mí, perra, y por la culpa de Alejandro; a quienes Zeus nos dio mala suerte a fin de que a los venideros les sirviera de asunto para sus cantos.

Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

No me ofrezcas asiento, Helena, aunque me aprecies, pues no lograrás que yo me vaya: ya mi corazón desea socorrer a los troyanos que me aguardan con esperanza. Pero tú haz levantar a ése y él mismo se dé prisa para que me alcance dentro de la ciudad, mientras voy a mi casa y veo a los criados, a la esposa querida y al tierno hijo, e ignoro si volveré de la batalla, o los dioses dispondrán que sucumba a manos de los griegos.

Después de haber dicho estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, se fue. Llegó en su palacio, que abundaba de gente, mas no encontró a Andrómaca, la de niveos brazos, pues con el niño y la criada de hermoso peplo estaba en la torre llorando y lamentándose. Héctor, como no hallara dentro a su excelente esposa, detúvose en el patio y habló con las esclavas:

Ea, esclavas, decidme la verdad! ¿Adónde ha ido Andrómaca, la de niveos brazos desde el palacio? ¿A visitar a mis hermanas o a mis cuñadas de hermosos peplos? ¿O al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible

Respondióle con estas palabras la fiel dispensera:

Héctor! Ya que tanto nos mandas decir la verdad, no fue a visitar a tus hermanas o a tus cuñadas de hermosos peplos, ni al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible diosa, sino que subió a la gran torre de Ilio, porque

Los troyanos llevaban la peor parte y era grande el ímpetu de los aqueos. Partió muralla, ansiosa, como loca, y con ella se fue la nodriza que lleva el niño.

Así habló la dispensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, las puertas Esceas -por allí había de salir al campo-, corrió a su encuentro su rica Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, que vivía bajo el boscoso Placo, en Teba Placo, y era rey de los cilicios. Hija de éste era, pues, la esposa de Héctor, de la armadura, que entonces le salió al camino. Acompañábale una sirvienta en brazos al tierno infante, al Hectórida amado, parecido a una hermosa estrella. Su padre llamaba Escamandrio y los demás Astianacte, porque sólo por Héctor se llamo. Vio el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca, llorosa, se detuvo, y asíéndole de la mano le dijo:

Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres consuelo para mí, sino pesares, que ya no tengo padre ni venerable madre. A mí mató el divino Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Teba, las puertas: dio muerte a Eetión, y sin despojarlo, por el religioso temor que le entró al pecho, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo lado plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus, que lleva la égida. Mis hermanas, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues así mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los flexípedes bueyes y las ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras hermanas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Ártemis, que se complace en castigar a las diosas, hirióla en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi ve-nadre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Pues, ea, sé compasivo, quédate con la tome -¡no hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda!- y pon el ejército cabrahígo, que por allí la ciudad es accesible y el muro más fácil de escalar. Los reyes -los dos Ayantes, el célebre Idomeneo, los Atridas y el fuerte hijo de Tideo y los otros respectivos- ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio para intentar tomarla: alguien que conoce los oráculos se te lo indicó, o su mismo arrojo los impele y

contestóle el gran Héctor, el de tremolante casco:

Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sorrojaría ante los troyanos y las mujeres de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi coe me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los troyanos, manteniendo la inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi conciencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilio, Príamo y el hijo de Príamo, armad con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyanos -la misma Hécuba, del rey Príamo y de muchos de mis valientes hermanos que caen en el polvo a manos de los enemigos, no me importa tanto como la que padecerá tú si alguno de los aqueos, de broncíneas corazas, se te lleve llorosa, privándote de la vida y luego tejas tela e Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la fuente de Heseide o Hiperea, muy contrariada porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y alguien exclame, al verte derramar lágrimas: «Ésta fue la esposa de Héctor, el que más se señalaba entre los troyanos, domadores de caballos, cuando en torno a él se eleaban.» Así dirán, y sentirás un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera librarte de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga de los aqueos o presencie tu rapto.

sí diciendo, el esclarecido Héctor tendió los brazos su hijo, y éste se recostó, en el seno de la nodriz de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre daba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho crines de caballo, que veía en lo alto del yelmo. Sonriéronse el padre amoroso y la veneranda madre. Héctor uró a dejar el refulgente casco en el suelo, besó y meció en sus manos al hijo / rogó así a Zeus y a los de más dioses:

Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea, como yo, ilustre entre otros a igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilio; que digan de él cuando vuelva de la batalla: «¡Es mucho más valiente que su padre!»; y que, cargado de despojos del enemigo quien haya muerto, regocije el alma de su madre.

Esto dicho, puso el niño en brazos de la esposa amada, que, al recibirlo en el mismo seno, sonreía con el rostro todavía bañado en lágrimas. Notólo el esposo y corrido, acaricióla con la mano y le dijo:

Desdichada! No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte ningún hombre, sea cobarde o puede librarse una vez nacido. Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de la guerra nos cuidaremos varones nacimos en Ilio, y yo el primero.

Al oír estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y derramando copiosas lágrimas. Pronto llegó Andrómaca al palacio, lleno de gente, de un grupo de nadadores de hombres; halló en él muchas esclavas, y a todas las movió a lágrimas. Llegó en el palacio a Héctor vivo aún, porque no esperaban que volviera del combate sin el valor y de las manos de los aqueos.

Héctor no demoró en el alto palacio; pues, así que hubo vestido las magníficas armas de bronce, atravesó presuroso la ciudad haciendo gala de sus pies ligeros. Como acostumbrado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el campo come la cebada del pesebre y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello, y ufano de su lozanía mueve con las rodillas encaminándose a los acostumbrados sitios donde los caballos pacen; de pronto, Paris, hijo de Príamo, cuya armadura brillaba como un sol, descendía gozoso desde la Pégamo por sus ágiles pies llevado. Alejandro alcanzó en seguida a su hermanito Héctor cuando éste regresaba del lugar en que había pasado el coloquio con la esposa, y fue el primero en hablar diciendo:

Mi buen hermano! Mucho te hice esperar deteniéndote, a pesar de tu impaciencia; he venido oportunamente, como ordenaste.

Respondióle Héctor, el de tremolante casco:

Querido! Nadie que sea justo reprenderá tu trabajo en el combate, porque eres esforzado; pero a veces te complaces en desalentarte y no quieres pelear, y mi corazón se me va cuando oigo que te baldonan los troyanos que tantos trabajos sufren por ti. Pero no te preocupes y luego lo arreglaremos todo, si Zeus nos permite ofrecer en nuestro palacio la libertad a los celestes sempiternos dioses, por haber echado de Troya a los troyanos y las hermosas grebas.

CANTO VII*

Combate singular de Héctor y Ayante Levantamiento de los cadáveres

La guerra también se suspende inopinadamente, porque Héctor desafía a los héroes aqueos. Echadas las armas, le toca a Ayante, y luchan hasta el anochecer. Se pacta una tregua de un día, que los aqueos han para enterrar a los muertos y construir un muro en torno al campamento.

Así que, cuando escuchó estas palabras, el esclarecido Héctor y su hermano Alejandro traspusieron las espaldas con el ánimo impaciente por combatir y pelear. Como cuando un dios envía el viento a navegantes que tanto anhelan porque están cansados de romper las olas, como cuando el viento levanta los pulidos remos, y tienen relajados los miembros a causa de la fatiga, así, tan pronto como aparecieron aquéllos a los troyanos.

El primero mató a Menestio, que vivía en Arna y era hijo del rey Areítoo, famoso por su amor a Filomedusa, la de ojos de novilla; y Héctor con la puntiaguda lanza tiró a un bote en la cerviz, debajo del casco de bronce, y dejóle sin vigor los miembros. El hijo de Hipóloco y príncipe de los licios, arrojó en la reñida pelea un dardo a Menestio cuando subía al carro de corredoras yeguas, y le acertó en la espalda: cayó al suelo y sus miembros se relajaron.

Entonces, cuando vio Atenea, la diosa de ojos de lechuza, que aquéllos mataban a muchos en el duro combate, descendiendo en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, se dirigió a la sagrada Ilio. Pero, al advertirlo Apolo desde Pérgamo, fue a oponérsele, porque sabía que los troyanos ganaran la victoria. Encontráronse ambas deidades juntas; y el soberano Apolo, hijo de Zeus, habló primero diciendo:

¿Por qué, enardecida nuevamente, oh hija del gran Zeus, vienes del Olimpo? ¿Qué te mueve? ¿Acaso quieres dar a los dánaos la indecisa victoria? Porque los troyanos no te compadecerías, aunque estuviesen pereciendo. Si quieres suspender con mi deseo -y sería lo mejor-, suspenderemos por hoy el combate y la batalla; luego volverán a batallar hasta que logren arruinar a Ilio, ya que os place a vosotros, las inmortales, destruir esta ciudad.

Entonces respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

¿Por qué así, oh tú que hieres de lejos, con este propósito vine del Olimpo al campo de los dánaos y de los aqueos. Mas ¿por qué medio has pensado suspender la batalla?

Entonces contestó el soberano Apolo, hijo de Zeus:

Quisieramos que Héctor, de corazón fuerte, domador de caballos, provoque a los dánaos a pelear con él en terrible y singular combate; a indignados los aqueos, de hermosas grebas, susciten a alguien para que luche con el divino Héctor.

Entonces dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no se opuso. Héleno, hijo amado de Menelao, comprendió al punto lo que era grato a los dioses, que conversaban, y, llegándose a Héctor, le dirigió estas palabras:

Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia a Zeus! ¿Querrás hacer lo que te diga yo, soy tu hermano? Manda que suspendan la batalla los troyanos y los aqueos todos, el más valiente de éstos a luchar contigo en terrible combate, pues aún no ha pasado el hado que mueras y llegues al término fatal de tu vida. He oído sobre esto la sentencia de los sempiternos dioses.

Entonces dijo. Oyóle Héctor con intenso placer, y, corriendo al centro de ambos ejércitos, se detuvo cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se quietaban. Agamenón contuvo a los aqueos, de hermosas grebas; y Atenea y Apolo, con sus rayos de plata, transfigurados en buitres, se posaron en la alta encina del padre Zeus, cubiertos por la égida, y se deleitaban en contemplar a los guerreros cuyas densas filas se alzaban en erizadas de escudos, cascos y lanzas. Como el Céfito, cayendo sobre el mar, levanta las olas, y el ponto negrea; de semejante modo sentáronse en la llanura los dioses aqueos y troyanos. Y Héctor, puesto entre unos y otros, dijo:

¿Dadme, troyanos y aqueos, de hermosas grebas, y os diré todo que en el pecho mi corazón me dicta! El excelso Cronida no ratificó nuestros juramentos, y seguirá viniendo otros males a unos y a otros, hasta que toméis la torreada Ilio o sucumbáis junto a

s, surcadoras del ponto. Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos; aquél a
ánimo incite a combatir conmigo adelántese y será campeón con el divino
Propongo lo siguiente y Zeus sea testigo: Si aquél con su bronce de larga punta
e quitarme la vida, despójeme de las armas, lléveselas a las cóncavas naves, y en-
ti cuerpo a los míos para que los troyanos y sus esposas lo suban a la pira; y, si yo
e a él, por concederme Apolo tal gloria, me llevaré sus armas a la sagrada Ilio, las
en el templo de Apolo, que hiere de lejos, y enviaré el cadáver a las naves de
bancos, para que los aqueos, de larga cabellera, le hagan exequias y le erijan un
a orillas del espacioso Helesponto. Y dirá alguno de los futuros hombres,
ndo el vinoso mar en una nave de muchos órdenes de remos: «Ésa es la tumba de
n que peleaba valerosamente y fue muerto en edad remota por el esclarecido
Así hablará, y mi gloria no perecerá jamás.

í dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, pues por vergüenza no
in el desafío y por miedo no se decidían a aceptarlo. Al fin levantóse Menelao,
razón afligidísimo, y los apostrofó de esta manera:

y de mí, hombres jactanciosos; aqueas que no aqueos! Grande y horrible será
probio si no sale ningún dánao al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua
hí mismo donde estáis sentados, hombres sin corazón y sin honor. Yo seré quien
e y luche con aquél, pues la victoria la conceden desde lo alto los inmortales

sto dicho, empezó a ponerse la magnífica armadura. Entonces, oh Menelao,
acabado la vida en manos de Héctor, cuya fuerza era muy superior, si los reyes
no se hubiesen apresurado a detenerte. El mismo Agamenón Atrida, el de vasto
sióle de la diestra exclamando:

¡Deliras, Menelao, alumno de Zeus! Nada te fuerza a cometer tal locura.
te, aunque estés afligido, y no quieras luchar por despique con un hombre más
te tú, con Héctor Priávida, que a todos amedrenta y cuyo encuentro en la batalla,
s varones adquieren gloria, causaba horror al mismo Aquiles, que lo aventaja
bravura. Vuelve a juntarte con tus compañeros, siéntate, y los aqueos harán que
te un campeón tal, que, aunque aquél sea intrépido a incansable en la pelea, con
reo, se entregará al descanso si consigue escapar de tan fiero combate, de tan
ucha.

sí dijo; y el héroe cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación.
obedeció; y sus servidores, alegres, quitáronle la armadura de los hombros.
s levantóse Néstor, y arengó a los argivos diciendo:

Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea!
gemiría el anciano jinete Peleo, ilustre consejero y arengador de los mirmidones,
u palacio se gozaba con preguntarme por la prosapia y la descendencia de los
todos! Si supiera que éstos tiemblan ante Héctor, alzaría las manos a los
es para que su alma, separándose del cuerpo, bajara a la mansión de Hades.
padre Zeus, Atenea, Apolo!, fuese yo tan joven como cuando, encontrándose los
n los belicosos arcadios al pie de las murallas de Fea, cerca de la corriente del
trabaron el combate a orillas del impetuoso Celadonte. Entre los arcadios
en primera línea Ereutalión, varón igual a un dios, que llevaba la armadura del
ítoo; del divino Areítoo, a quien por sobrenombre llamaban el macero así los
como las mujeres de hermosa cintura, porque no peleaba con el arco y la formi-
nza, sino que rompía las falanges con la férrea maza. Al rey Areítoo matólo
no empleando la fuerza, sino la astucia, en un camino estrecho, donde la férrea
podía librarlo de la muerte: Licurgo se le adelantó, envasóle la lanza en medio

po, hízolo caer de espaldas, y despojóle de la armadura, regalo del bronceo e llevaba en las batallas. Cuando Licurgo envejeció en el palacio, entregó dicha a a Ereutalión, su escudero querido, para que la usara; y éste, con tales armas, a entonces a los más valientes. Todos estaban amedrentados y temblando, y nadie ía a aceptar el reto; pero mi ardido corazón me impulsó a pelear con aquel oso -era yo el más joven de todos- y combatí con él y Atenea me dio gloria, pues atar a aquel hombre gigantesco y fortísimo que tendido en el suelo ocupaba un acio. Ojalá me rejuveneciera tanto y mis fuerzas conservaran su robustez. ¡Cuán Héctor, el de tremolante casco, tendría combate! ¡Pero ni los que sois los más s de los aqueos todos, ni siquiera vosotros, estáis dispuestos a ir al encuentro de

e esta manera los increpó el anciano, y nueve por junto se levantaron. Levantóse, antes que los otros, el rey de hombres, Agamenón; luego el fuerte Diomedes después, ambos Ayantes, revestidos de impetuoso valor; tras ellos, Idomeneo y su o Meriones, que al homicida Enialio igualaba; en seguida Eurípilo, hijo ilustre de ; y, finalmente, Toante Andremónida y el divino Ulises: todos éstos querían on el ilustre Héctor. Y Néstor, caballero gerenio, les dijo:

¡Ohad suertes, y aquél a quien le toque alegrará a los aqueos, de hermosas grebas, regocijo en el corazón si logra escapar del fiero combate, de la terrible lucha.

sí dijo. Los nueve señalaron sus respectivas tarjas, y seguidamente las metieron co de Agamenón Atrida. Los guerreros oraban y alzaban las manos a los dioses. o exclamó, mirando al anchuroso cielo:

Padre Zeus! Haz que le caiga la suerte a Ayante, al hijo de Tideo, o al mismo rey nas, rica en oro.

sí decían. Néstor, caballero gerenio, meneaba el casco, hasta que por fin saltó la o ellos querían, la de Ayante. Un heraldo llevóla por el concurso y, empezando erecha, la enseñaba a los próceres aqueos, quienes, al no reconocerla, negaban e suya; pero, cuando llegó al que la había marcado y echado en el casco, al yante, éste tendió la mano, y aquél se detuvo y le entregó la contraseña. El héroe oció, con gran júbilo de su corazón, y, tirándola al suelo, a sus pies, exclamó:

Oh amigos! Mi tarja es, y me alegro en el alma porque espero vencer al divino ¡Ea! Mientras visto la bélica armadura, orad al soberano Zeus Cronión, mente, para que no lo oigan los troyanos; o en alta voz, pues a nadie tememos. No ien, valiéndose de la fuerza o de la astucia, me ponga en fuga contra mi ; porque no creo que naciera y me criara en Salamina, tan inhábil para la lucha. ales fueron sus palabras. Ellos oraron al soberano Zeus Cronión, y algunos mirando al anchuroso cielo:

Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédele a Ayante ia y un brillante triunfo; y, si amas también a Héctor y por él te interesas, dales a os igual fuerza y gloria.

sí hablaban. Púsose Ayante la armadura de luciente bronce; y, vestidas las armas de su cuerpo, marchó tan animoso como el terrible Ares cuando se encamina al de los hombres, a quienes el Cronión hace venir a las manos por una roedora a. Tan terrible se levantó Ayante, antemural de los aqueos, que sonreía con torva iba a paso largo y blandía enorme lanza. Los argivos se regocijaron grandemente, lo vieron, y un violento temblor se apoderó de los troyanos; al mismo Héctor o el corazón en el pecho; pero ya no podía manifestar temor ni retirarse a su porque de él había partido la provocación. Ayante se le acercó con su escudo a torre, bronceo, de siete pieles de buey, que en otro tiempo le hiciera Tiquio,

abitaba en Hila y era el mejor de los curtidores. Éste formó el manejable escudo de pieles de corpulentos bueyes y puso encima, como octava capa, una lámina de Ayante Telamonio paróse, con el escudo al pecho, muy cerca de Héctor; y, indolo, dijo:

Héctor! Ahora sabrás claramente, de solo a solo, cuáles adalides pueden presentar os, aun prescindiendo de Aquiles, que rompe filas de guerreros y tiene el ánimo ón. Mas el héroe, enojado con Agamenón, pastor de hombres, permanece en las aves surcadoras del ponto, y somos muchos los capaces de pelear contigo. Pero ya la lucha y el combate.

Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! No me tientes cual si débil niño o una mujer que no conoce las cosas de la guerra. Versado estoy en mates y en las matanzas de hombres; sé mover a diestro y a siniestro la seca piel que llevo para luchar denodadamente; sé lanzarme a la pelea cuando en prestos de batalla, y sé deleitar al cruel Ares en el estadio de la guerra. Pero a ti, siendo yo, no quiero herirte con alevosía, sino cara a cara, si puedo conseguirlo.

Dijo, y blandiendo la enorme lanza, arrojóla y atravesó el bronce que cubría como capa el gran escudo de Ayante formado por siete boyunos cueros: la indomable rodó seis de éstos y en el séptimo quedó detenida. Ayante, del linaje de Zeus, tiró su luenga lanza y dio en el escudo liso del Priámida, y la robusta lanza, pasando porso escudo, se hundió en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijjar; y el héroe, y evitó la negra muerte. Y arrancando ambos las luengas lanzas de los acometiéronse como carniceros leones o puercos monteses, cuya fuerza es . El Priámida hirió con la lanza el centro del escudo de Ayante, y el bronce no nperlo porque la punta se torció. Ayante, arremetiendo, clavó la suya en el es-aquéel, a hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque; la punta abrióse hasta el cuello de Héctor, y en seguida brotó la negra sangre. Mas no por esto combatir Héctor, el de tremolante casco, sino que, volviéndose, cogió con su mano un pedrejón negro y erizado de puntas que había en el campo; lo tiró, dar en el bollón central del gran escudo de Ayante, de siete boyunas pieles, aonar el bronce que lo cubría. Ayante entonces, tomando una piedra mucho mayor, lió haciéndola voltear con una fuerza inmensa. La piedra torció el borde inferior óreo escudo, cual pudiera hacerlo una muela de molino, y chocando con las de Héctor lo hizo caer de espaldas asido al escudo; pero Apolo en seguida lo puso Y ya se hubieran atacado de cerca con las espadas, si no hubiesen acudido dos , mensajeros de Zeus y de los hombres, que llegaron respectivamente del campo royanos y del de los aqueos, de bronceínas corazas: Taltibio a Ideo, prudentes Éstos interpusieron sus cetros entre los campeones, a Ideo, hábil en dar sabios , pronunció estas palabras:

Hijos queridos! No peleéis ni combatáis más; a entrambos os ama Zeus, que na las nubes, y ambos sois belicosos. Esto lo sabemos todos. Pero la noche a ya, y será bueno obedecerla.

Respondióle Ayante Telamonio:

Ideo! Ordenad a Héctor que lo disponga, pues fue él quien retó a los más . Sea el primero en desistir; que yo obedeceré, si él lo hiciere.

¡jole el gran Héctor, el de tremolante casco:

Ayante! Puesto que los dioses te han dado corpulencia, valor y cordura, y en el de la lanza descuellas entre los aqueos, suspendamos por hoy el combate y la otro día volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe, después de otorgar

ia a quien quisiere. La noche comienza ya, y será bueno obedecerla. Así tú ás, en las naves, a todos los aqueos y especialmente a tus amigos y compañeros; rgaré, en la gran ciudad del rey Príamo, a los troyanos y a las troyanas, de es peplos, que habrán ido a los sagrados templos a orar por mí. ¡Ea! Hagámonos os regalos, para que digan aqueos y troyanos: «Combatieron con roedor encono, araron unidos por la amistad.»

uando esto hubo dicho, entregó a Ayante una espada guarnecida con argénteos y freciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor; y Ayante regaló a Héctor un ahali teñido de púrpura. Separáronse luego, volviendo el uno a las tropas aqueas o al ejército de los troyanos. Éstos se alegraron al ver a Héctor vivo, y que re- incólume, libre de la fuerza y de las invictas manos de Ayante, cuando ya aban de que se salvara; y lo acompañaron a la ciudad. Por su parte, los aqueos, osas grebas, llevaron a Ayante, ufano de la victoria, a la tienda del divino ón.

así que estuvieron en ella, Agamenón Atrida, rey de hombres, sacrificó al ite Cronión un buey de cinco años. Al instante to desollaron y prepararon, lo o todo, lo dividieron con suma habilidad en pedazos muy pequeños, lo ron con pinchos, to asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la dispuesto el festín, comieron sin que nadie careciese de su respectiva porción; y oso héroe Agamenón Atrida obsequió a Ayante con el ancho lomo. Cuando o satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión era ada siempre como la mejor, comenzó a darles un consejo. Y, aregándolos con ncia, así les dijo:

Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Ya que han muerto tantos os aqueos, cuya negra sangre esparció el cruel Ares por la ribera del Escamandro da corriente y cuyas almas descendieron a la mansión de Hades, conviene que as los combates, y mañana, reunidos todos al comenzar del día, traeremos los os en carros tirados por bueyes y mulos, y los quemaremos cerca de los bajeles ar sus cenizas a los hijos de los difuntos cuando regresemos a la patria tierra! s luego con sierra de la llanura, amontonada en torno de la pira, un túmulo edifiquemos en seguida a partir del mismo una muralla con altas torres, que sea o para las naves y para nosotros mismos; dejemos puertas que se cierran con bien s tablas, para que pasen los carros, y cavemos delante del muro un profundo foso, nga a los hombres y a los caballos si algún día no podemos resistir la acometida tivos troyanos.

sí habló, y los demás reyes aplaudieron. Reuniéronse los troyanos en la acrópolis cerca del palacio de Príamo, y la junta fue agitada y turbulenta. El prudente comenzó a arengarles de esta manera:

Oídme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré to que en el pecho mi me dicta! Ea, restituyamos la argiva Helena con sus riquezas y que los Atridas se o. Ahora combatimos después de quebrar la fe ofrecida en los juramentos, y no ue alcancemos éxito alguno mientras no hagamos to que propongo.

ijo, y se sentó. Levantóse el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa o, y, dirigiéndose a aquél, pronunció estas aladas palabras:

Anténor! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si te hablas con seriedad, los mismos dioses to han hecho perder el juicio. Y a los o, domadores de caballos, les diré to siguiente: Paladinamente lo declaro, no ré la mujer, pero sí quiero dar cuantas riquezas traje de Argos y aun otras que le mi casa.

ijo, y se sentó. Levantóse Príamo Dardánida, consejero igual a los dioses, y les on benevolencia diciendo:

Oídme, troyanos, dárđanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi me dicta! Cenad en la ciudad, como siempre; acordaos de la guardia, y vigilad l romper el alba, vaya Ideo a las cóncavas naves; anuncie a los Atridas, ón y Menelao, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda, y ; esta prudente consulta: Si quieren, que se suspenda el horrísono combate para los cadáveres; y luego volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe y la victoria a quien le plazca.

sí dijo; ellos lo escucharon y obedecieron, tomando la cena en el campo sin as filas, y, apenas comenzó a alborear, encaminóse Ideo a las cóncavas naves y os dánaos, servidores de Ares, reunidos en junta cerca de la nave de Agamenón.

lo de voz sonora, puesto en medio, les dijo:

Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Mándanme Príamo y los ilustres ; que os participe, y ojalá os fuera acepta y grata, la proposición de Alejandro, por ; suscitó la contienda. Ofrece dar cuantas riquezas trajo a Ilio en las cóncavas así hubiese perecido antes!- y aun añadir otras de su casa; pero se niega a : la legítima esposa del glorioso Menelao, a pesar de que los troyanos se to n. Me han ordenado también que os haga esta consulta: Si queréis, que se a el horrísono combate para quemar los cadáveres; y luego volveremos a pelear e una deidad nos separe y otorgue la victoria a quien le plazca.

sí habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero al fin Diomedes, en la pelea, dijo:

lo se acepten ni las riquezas de Alejandro, ni a Helena tampoco; pues es evidente, a el más simple, que la ruina pende sobre los troyanos.

así se expresó; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de es, domador de caballos. Y el rey Agamenón dijo entonces a Ideo:

Ideo! Tú mismo oyes las palabras con que responden los aqueos; ellas son de mi En cuanto a los cadáveres, no me opongo a que sean quemados, pues ha de e toda dilación para satisfacer prontamente a los que murieron, entregando sus a las llamas. Zeus tonante, esposo de Hera, reciba el juramento.

icho esto, alzó el cetro a todos los dioses; a Ideo regresó a la sagrada Ilio, donde iban, reunidos en junta, troyanos y dárđanos. El heraldo, puesto en medio, dijo la a. En seguida dispusieronse unos a recoger los cadáveres, y otros a it por leña. A os argivos salieron de las naves de muchos bancos, unos para recoger los cadá otros para ir por leña.

a el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida y a corriente del Océano, cuando aqueos y troyanos se mezclaron unos con otros en a. Difícil era reconocer a cada varón; pero lavaban con agua las manchas de e los cadáveres y, derramando ardientes lágrimas, los subían a los carros. El gran io permitía que los troyanos lloraran: éstos, en silencio y con el corazón afligido, n los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron a la sacra Ilio. Del nodo, los aqueos, de hermosas grebas, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los n y volvieron a las cóncavas naves.

ando aún no despuntaba la aurora, pero ya la luz del alba se difundía, un grupo o de aqueos se reunió en torno de la pira. Erigieron con tierra de la llanura un túmún; construyeron a partir del mismo una muralla con altas torres, que sirviese o a las naves y a ellos mismos; dejaron puertas, que se cerraban con bien

s tablas, para que pudieran pasar los carros, y cavaron delante del muro un gran fondo y ancho, que defendieron con estacas.

e tal suerte trabajaban los melenudos aqueos; y los dioses, sentados junto a Zeus por, contemplaban la grande obra de los aqueos, de bronceíneas corazas. Y Posidón sacude la tierra, empezó a decirles:

Padre Zeus! ¿Cuál de los mortales de la vasta tierra consultará con los dioses sus intentos y proyectos? ¿No ves que los melenudos aqueos han construido delante de s un muro con su foso, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas? La fama de o se extenderá tanto como la luz de la aurora; y se echará en olvido el que ¡abra- y Febo Apolo cuando con gran fatiga construimos la ciudad para el héroe onte.

us, que amontona las nubes, respondió muy indignado:

Oh dioses! ¡Tú, prepotente batidor de la tierra, qué palabras proferiste! A un dios erior en fuerza y ánimo podría asustarle tal pensamiento; pero no a ti, cuya fama derá tanto como la luz de la aurora. Ea, cuando los aqueos, de larga cabellera, en las naves a su patria tierra, derriba el muro, arrójalo entero al mar, y enarena la espaciosa playa para que desaparezca la gran muralla aquea.

sí éstos conversaban. Al ponerse el sol los aqueos tenían la obra acabada; on bueyes y se pusieron a cenar en las respectivas tiendas, cuando arribaron, ntes de Lemnos, muchas naves cargadas de vino que enviaba Euneo Jasónida, Hipsípila y de Jasón, pastor de hombres. El hijo de Jasón mandaba mente, para los Atridas, Agamenón y Menelao, mil medidas de vino. Los me- aqueos acudieron a las naves; compraron vino, unos con bronce, otros con hierro, otros con pieles, otros con vacas y otros con esclavos; y prepararon un pléndido. Toda la noche los melenudos aqueos disfrutaron del banquete, y lo icieron en la ciudad los troyanos y sus aliados. Toda la noche estuvo el pródigo ditando cómo les causaría males y tronando de un modo horrible: el pálido temor ró de todos, derramaron a tierra el vino de las copas, y nadie se atrevió a beber antes hiciera libaciones al prepotente Cronión. Después se acostaron y el don del cibieron.

CANTO VIII*

Batalla interrumpida

ercera es favorable a los troyanos, que quedan vencedores y pernoctan en el campo en vez de e a la ciudad, y así poder rematar la victoria al día siguiente. Zeus, en asamblea divina había lo a los inmonales acudir en socorro de los hombres, y él ha ayudado a los troyanos.

Aurora, de azafrañado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando Zeus, que se e en lanzar rayos, reunió el ágora de los dioses en la más alta de las muchas del Olimpo. Y así les habló, mientras ellos atentamente lo escuchaban:

¡Dime todos, dioses y diosas, para que os manifieste to que en el pecho mi corazón ! Ninguno de vosotros, sea varón o hembra, se atreva a transgredir mi mandato; n, asentid todos, a fin de que cuanto antes lleve a cabo lo que pretendo. El dios nte separarse de los demás y socorrer a los troyanos o a los dánaos, como yo lo verá afrentosamente golpeado al Olimpo; o, cogiéndolo, lo arrojaré al tenebroso muy lejos, en lo más profundo del báratro debajo de la tierra -sus puertas son de / el umbral, de bronce, y su profundidad desde el Hades como del cielo a la / conocerá en seguida cuánto ventaja mi poder al de las demás deidades. Y, si haced esta prueba, oh dioses, para que os convenzáis. Suspended del cielo áurea asíos todos, dioses y diosas, de la misma, y no os será posible arrastrar del cielo a

a Zeus, árbitro supremo, por mucho que os fatiguéis; mas, si yo me resolviese a aquélla, os levantaría con la tierra y el mar, ataría un cabo de la cadena en la del Olimpo, y todo quedaría en el aire. Tan superior soy a los dioses y a los

í habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues fue mucha la ición con que se expresó. Al fin, Atenea, la diosa de ojos de lechuza, dijo: 'adre nuestro, Cronida, el más excelso de los soberanos! Bien sabemos que es stable tu poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se í su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en el combate, si nos lo pero sugeriremos a los argivos consejos saludables, a fin de que no perezcan causa de tu cólera.

riéndose, le contestó Zeus, que amontona las nubes:

anquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo r complaciente.

o dicho, unció los corceles de pies de bronce y áureas crines, que volaban ligeros; dorada túnica, tomó el látigo de oro y fina labor y subió al carro. Picó a los cara que arrancaran; y éstos, gozosos, emprendieron el vuelo entre la tierra y el o cielo. Pronto llegó al Ida, abundante en fuentes y criador de fieras, al Gárgaro, nía un bosque sagrado y un perfumado altar; allí el padre de los hombres y de s detuvo los corceles, los desenganchó del carro y los cubrió de espesa niebla. luego en la cima, ufano de su gloria, y se puso a contemplar la ciudad troyana y s aqueas.

; melenudos aqueos se desayunaron apresuradamente en las tiendas, y en seguida las armas. También los troyanos se armaron dentro de la ciudad; y, aunque eran estaban dispuestos a combatir, obligados por la cruel necesidad de proteger a sus mujeres: abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que en carros, y se produjo un gran tumulto.

ando los dos ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas lor de los guerreros armados de bronceas corazas, y al aproximarse las das rodelas se produjo un gran tumulto. Allí se oían simultáneamente los s de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba

amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los dardos an por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando el sol hubo recorrido del cielo, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en ella dos destinos de la que tiende a lo largo -el de los troyanos, domadores de caballos, y el de los de bronceas lorigas-; cogió por el medio la balanza, la desplegó y tuvo más lía fatal de los aqueos. Los destinos de éstos bajaron hasta llegar a la fértil tierra, los de los troyanos subían al espacioso cielo. Zeus, entonces, tronó fuerte desde y envió una ardiente centella a los aqueos, quienes, al verla, se pasmaron, ridos de pálido temor.

no se atrevieron a permanecer en el campo ni Idomeneo, ni Agamenón, ni los ntes, servidores de Ares; y sólo se quedó Néstor gerenio, protector de los aqueos, u voluntad, por tener malparado uno de los corceles, al cual el divino Alejandro, le Helena, la de hermosa cabellera, había herido con una flecha en lo alto de la londe las crines empiezan a crecer y las heridas son mortales. El caballo, al sentir se encabritó, y la flecha le penetró el cerebro; y, revolcándose para sacudir el espantó a los demás caballos. Mientras el anciano se daba prisa a cortar con la as correas del caído corcel, vinieron por entre la muchedumbre los veloces

de Héctor, tirando del carro en que iba tan audaz guerrero. Y el anciano perdiera vida, si al punto no lo hubiese advertido Diomedes, valiente en la pelea; el cual, cuando de un modo horrible, dijo a Ulises:

¡Maldita, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidés! ¿Adónde huyes, cuando con la turba y volviendo la espalda como un cobarde? Mira que alguien, cuando huyes, no te clave la lanza en el dorso. Pero aguarda y apartaremos del anciano guerrero.

Él dijo, y el paciente divino Ulises pasó sin oírlo, corriendo hacia las cóncavas de los aqueos. El Tidida, aunque estaba solo, se abrió paso por las primeras filas; y yéndose ante el carro del viejo Nelida, pronunció estas aladas palabras:

Oh anciano! Los guerreros mozos te acosan y te hallas sin fuerzas, abrumado por tu senectud; tu escudero tiene poco vigor y tus caballos son tardos. Sube a mirar que veas cuáles son los corceles de Tros que quité a Eneas, el que pone en fuga a los enemigos, y cómo saben tanto perseguir acá y acullá de la llanura, como huir de los tuyos cuiden los servidores; y nosotros dirijamos éstos hacia los troyanos, con reses de caballos, para que Héctor sepa con qué furia se mueve la lanza en mis

manos; y Néstor, caballero generoso, no desobedeció. Encargáronse de sus yeguas los escuderos Esténelo y Eurimedonte valeroso; y habiendo subido ambos héroes al carro de Diomedes, Néstor cogió las lustrosas riendas y avispó a los caballos, y pronto se acercó a Héctor. El hijo de Tideo arrojó un dardo, cuando Héctor deseaba acercarse y si bien erró el tiro, hirió en el pecho cerca de la tetilla a Eniopeo, hijo del Tebeo, que, como auriga, gobernaba las riendas: Eniopeo cayó del carro, cejaron los corceles y allí terminaron la vida y el valor del guerrero. Hondo pesar sintió Ulises de Héctor por tal muerte; pero, aunque condolido del compañero, dejó en el carro y buscó otro auriga que fuese osado. Poco tiempo estuvieron los caballos sin auriga, pues Héctor encontróse con el ardido Arqueptólemo Ifítida, y, haciéndole sufrir de que tiraban los ágiles corceles, le puso las riendas en la mano.

Entonces gran estrago a irreparables males se hubieran producido y los troyanos hubieran sido encerrados en Ilio como corderos, si al punto no lo hubiese advertido el anciano de los hombres y de los dioses. Tronando de un modo espantoso, despidió un rayo para que cayera en el suelo delante de los caballos de Diomedes; el azufre que produjo una terrible llama; los corceles, asustados, acurrucáronse debajo de las lustrosas riendas cayeron de las manos de Néstor, y éste, con miedo en el corazón, dijo a Diomedes:

Tidida! Tuerce la rienda a los solípedos caballos y huyamos. ¿No conoces que la voluntad de Zeus ya no te acompaña? Hoy Zeus Cronida otorga a éste la victoria; otro día, si le place, nos la dará a nosotros. Ningún hombre, por fuerte que sea, puede impedir los decretos de Zeus, porque el dios es mucho más poderoso.

Respondióle Diomedes, valiente en la pelea:

¡Ay, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir, pero un terrible pesar me llega al corazón y al alma. Quizá diga Héctor, arengando a los troyanos: «El Tidida llegó a las naricas en fuga por mi lanza» Así se jactará; y entonces ábraseme la vasta tierra.

Respondióle Néstor, caballero generoso:

Ay de mí! ¡Qué dijiste, hijo del belicoso Tideo! Si Héctor te llamare cobarde y si lo creerán ni los troyanos, ni los dardanos, ni las mujeres de los troyanos magnánimos, escudados, cuyos esposos florecientes derribaste en el polvo.

ichas estas palabras, volvió la rienda a los solípedos caballos, y empezaron a huir e la turba. Los troyanos y Héctor, promoviendo inmenso alboroto, hacían llover os dañosos tiros. Y el gran Héctor, el de tremolante casco, gritaba con voz recia: Tidida! Los dánaos, de ágiles corceles, te cedían la preferencia en el asiento y te iban con carne y copas de vino; mas ahora te despreciarán, porque te has vuelto ia mujer. Anda, tímida doncella; ya no escalarás nuestras torres, venciéndome a llevarás nuestras mujeres en las naves, porque antes to daré la muerte.

sí dijo. El Tidida estaba indeciso entre seguir huyendo o torcer la rienda a los y volver a pelear. Tres veces se le presentó la duda en la mente y en el corazón, ces el pródigo Zeus tronó desde los montes ideos para anunciar a los troyanos i sería en aquel combate la inconstante victoria. Y Héctor los animaba, diciendo a rito:

Troyanos, licios, dárđanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, id vuestro impetuoso valor. Conozco que el Cronida me concede, benévolo, la y una gloria inmensa y envía la perdición a los dánaos; quienes, oh necios, eron esos muros débiles y despreciables que no podrán contener mi arrojo, pues llos salvarán fácilmente el cavado foso. Cuando llegue a las cóncavas naves, s de traerme el voraz fuego para que las incendie y mate junto a ellas a los aturdidos por el humo.

ijo, y exhortó a sus caballos con estas palabras:

Janto, Podargo, Etón, divino Lampo! Ahora debéis pagarme el exquisito cuidado Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, os ofrecía el regalado trigo y os mezcla- para que pudieseis, bebiendo, satisfacer vuestro apetito antes que a mí, que me e ser su floreciente esposo. Seguid el alcance, esforzaos, para ver si nos nos del escudo de Néstor, cuya fama llega hasta el cielo por ser todo de oro, sin r las abrazaderas, y le quitamos de los hombros a Diomedes, domador de , la labrada coraza que Hefesto fabricó. Creo que, si ambas cosas consiguiéramos, os se embarcarían esta misma noche en las veleras naves.

sí habló, vanagloriándose. La veneranda Hera, indignada, se agitó en su trono, o estremecer el espacioso Olimpo, y dijo al gran dios Posidón:

Oh dioses! ¡Prepotente Posidón que bates la tierra! ¿Tu corazón no se compadece ánaos moribundos que tantos y tan lindos presentes lo llevan a Hélice y a Egas? e a darles la victoria. Si cuantos protegemos a los dánaos quis iéramos rechazar a nos y contener al largovidente Zeus, éste se aburriría sentado solo allá en el Ida.

espondióle muy indignado el poderoso dios que sacude la tierra:

¡Qué palabras proferiste, audaz Hera? Yo no quisiera que los demás dioses os con Zeus Cronión porque nos aventaja mucho en poder.

sí éstos conversaban. Cuanto espacio encerraba el foso desde la torre hasta las nóse de carros y hombres escudados que al lí acorraló Héctor Priámida, igual al so Ares, cuanto Zeus le dio gloria. Y el héroe hubiese pegado ardiente fuego a las en proporcionadas a no haber sugerido la venerable Hera a Agamenón, aunque e descuidaba, que animara pronto a los aqueos. Fuese el Atrida hacia las tiendas res aqueas con el grande purpúreo manto en el robusto brazo, y subió a la ingente gra de Ulises, que estaba en el centro, para que lo oyeran por ambos lados hasta as de Ayante Telamonio y de Aquiles, los cuales habían puesto sus bajeles en los s porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Y con voz penetrante l los dánaos:

Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! de la jactancia con que nos gloriábamos de ser valentísimos, y con que decíais

osamente en Lemnos, comiendo abundante carne de bueyes de erguida anta y bebiendo crateras coronadas de vino, que cada uno haría frente en la batalla y a doscientos troyanos? Ahora ni con uno podemos, con Héctor, que pronto ardiente fuego a las naves. ¡Padre Zeus! ¿Hiciste sufrir tamaña desgracia y de una gloria tan grande a algún otro de los prepotentes reyes? Cuando vine, no largo en la nave de muchos bancos por ninguno de tus bellos altares, sino que en emé grasa y muslos de buey, deseoso de asolar la bien murada Troya. Por Caronte, cúmpleme este voto: déjanos escapar y librarnos de este peligro, y no permitas troyanos maten a los aqueos.

sí dijo. El padre, compadecido de verle derramar lágrimas, le concedió que su se salvara y no pereciese; y en seguida mandó un águila, la mejor de las aves, que tenía en las garras el hijuelo de una veloz cierva y lo dejó caer al pie del ara de Zeus, donde los aqueos ofrecían sacrificios al dios, como autor de los s todos. Cuando ellos vieron que el ave había sido enviada por Zeus, eron con más ímpetu contra los troyanos y sólo en combatir pensaron.

ntonces ninguno de los dánaos, aunque eran muchos, pudo gloriarse de haber sus veloces caballos para pasar el foso y resistir el ataque, antes que el Tidida. el primero que mató a un guerrero troyano, a Agelao Fradmónida, que, subido en emprendía la fuga: hundióle la pica en la espalda, entre los hombros, y la punta el pecho; Agelao cayó del carro y sus armas resonaron.

guieron a Diomedes los Atridas, Agamenón y Menelao; los Ayantes, revestidos tuoso valor; Idomeneo y su servidor Meriones, igual al homicida Enialio; , hijo ilustre de Evemón; y en noveno lugar, Teucro, que, con el flexible arco en se escondía detrás del escudo de Ayante Telamoníada. Éste levantaba el escudo; o, volviendo el rostro a todos lados, flechaba a uno de la turba que caía ente herido, y al momento tornaba a refugiarse en Ayante (como un niño en su quien to cubría otra vez con el refulgente escudo.

Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mató el eximio Teucro? el primero, Órmeno, Ofelestes, Détor, Cromio, Licofontes igual a un dios, n Poliemónida y Melanipo. A tantos derribó sucesivamente al almo suelo. El rey ores, Agamenón, se holgó de ver que Teucro destruía las falanges troyanas, do el fuerte arco; y, poniéndose a su lado, le dijo:

Caro Teucro Telamonio, príncipe de hombres! Sigue arrojando flechas, por si :gas a ser la aurora de salvación de los dánaos y honras a to padre Telamón, que uando eras niño y te educó en su casa, a pesar de tu condición de bastardo; ya que s de aquí, cúbrele de gloria. Lo que voy a decir se cumplirá: Si Zeus, que lleva la Atenea me permiten destruir la bien edificada ciudad de Ilio, te pondré en la omo premio de honor únicamente inferior al mío, o un trípode o dos corceles con spondiente carro o una mujer que comparta el lecho contigo.

spondióle el eximio Teucro:

Gloriosísimo Atrida! ¿Por qué me instigas cuando ya, solícito, hago lo que Desde que los rechazamos hacia Ilio mato hombres, valiéndome del arco. Ocho le larga punta tiré, y todas se clavaron en el cuerpo de jóvenes llenos de marcial ro no consigo herir a ese perro rabioso.

ijo; y, apercibiendo el arco, envió otra flecha a Héctor con intención de herirlo. o acertó, pero la saeta se clavó en el pecho del eximio Gorgitión, valeroso hijo de / de la bella Castianira, oriunda de Esima, cuyo cuerpo al de una diosa semejaba. n un jardín inclina la amapola su tallo, combándose al peso del fruto o de los

os primaverales, de semejante modo inclinó el guerrero la cabeza que el casco
nderosa.

ucro armó nuevamente el arco, envió otra saeta a Héctor, con ánimo de herirlo, y
erró el tiro, por haberlo desviado Apolo; pero hirió en el pecho cerca de la tetilla
ptólemo, osado auriga de Héctor, cuando se lanzaba a la pelea. Arqueptólemo
carro, cejaron los corceles de pies ligeros, y al lí terminaron la vida y el valor
rero. Hondo pesar sintió el espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque
lo del compañero, dejólo y mandó a su propio hermano Cebríones, que se hallaba
ue empuñara las riendas de los caballos. Oyóle éste y no desobedeció. Héctor
l refulgence carro al suelo, y, vociferando de un modo espantoso, cogió una
encaminóse hacia Teucro con el propósito de herirlo. Teucro, a su vez, sacó del
ia acerba flecha, y ya estiraba la cuerda del arco, cuando Héctor, el de tremolante
certó a darle con la áspera piedra cerca del hombro, donde la clavícula separa el
el pecho y las heridas son mortales, y le rompió el nervio: entorpecióse el brazo,
ayó de hinojos y el arco se le fue de las manos. Ayante no abandonó al hermano
el suelo, sino que, corriendo a defenderlo, lo cubrió con el escudo. Acudieron
es compañeros, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor; y, cogiendo a
que daba grandes suspiros, to llevaron a las cóncavas naves.

Olímpico volvió a excitar el valor de los troyanos, los cuales hicieron arredrar a
os en derechura al profundo foso. Héctor iba con los delanteros, haciendo gala de
a. Como el perro que acosa con ágiles pies a un jabalí o a un león, lo muerde por
a los muslos, ya las nalgas, y observa si vuelve la cara; de igual modo perseguía
i los melenudos aqueos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados.
atravesaron la empalizada y el foso, muchos sucumbieron a manos de los
; los demás no pararon hasta las naves, y al lí se animaban los unos a los otros, y
brazos levantados oraban en voz alta a todas las deidades. Héctor revolvía por
rtes los corceles de hermosas crines; y sus ojos parecían los de Gorgona o los de
ste de los hombres.

era, la diosa de los níveos brazos, al ver a los aqueos compadeciólos, en seguida

Atenea estas aladas palabras:

Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¿No nos cuidaremos de socorrer,
arde, a los dánaos moribundos? Perecerán, cumpliéndose su aciago destino, por
de un solo hombre, de Héctor Priámida, que se enfurece de intolerable modo y
usado gran estrago.

espondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

empo ha que ése hubiera perdido fuerza y vida, muerto en su patria tierra por los
pero mi padre revuelve en su mente funestos propósitos, ¡cruel, siempre injusto,
ador de mis planes!, y no recuerda cuántas veces salvé a su hijo abrumado por los
que Euristeo le había impuesto: clamaba al cielo, llorando, y Zeus me enviaba a
lo. Si mi precavida mente hubiese sabido to de ahora, no hubiera escapado el hijo
de las hondas corrientes de la Éstige, cuando aquél lo mandó que fuera a la
de Hades, de sólidas puertas, y sacara del Érebo el horrendo can de Hades. Al
Zeus me aborrece y cumple los deseos de Tetis, que besó sus rodillas y le tocó la
iplicándole que honrase a Aquiles, asolador de ciudades. Día vendrá en que me
evamente su amada hija, la de ojos de lechuza. Pero unce los solipedos corceles,
yo, entrando en el palacio de Zeus, que lleva la égida, me armo para el combate;
er si el hijo de Príamo, Héctor, el de tremolante casco, se alegrará cuando
mos en el campo de la batalla. Alguno de los troyanos, cayendo junto a las naves
saciará con su grasa y con su carne a los perros y a las aves.

¡Iris! y Hera, la diosa de los niveos brazos, no fue desobediente. La venerable diosa
de la gran Crono, aprestó solícita los caballos de áureos jaeces. Y Atenea, hija de
Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo el hermoso peplo bordado que ella misma
tejió y labrado con sus manos; vistió la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y
se preparó para la luctuosa guerra. Y subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa,
resonante, con que la hija del prepotente padre destruye filas enteras de héroes
contra ellos monta en cólera. Hera picó con el látigo a los corceles, y abriéronse
como por impulso rechinando las puertas del cielo de que cuidan las Horas -a ellas está
abierto el espacioso cielo y el Olimpo-, para remover o colocar delante la densa nube.
Y por entre las puertas, dirigieron aquellas deidades los corceles, dóciles al látigo.
El padre de Zeus, apenas las vio desde el Ida, se encendió en cólera; y al punto
envió a Iris, la de doradas alas, para que le sirviese de mensajera:

Anda, ve, rápida Iris! Haz que se vuelvan y no les dejes llegar a mi presencia,
ningún beneficio les reportará luchar conmigo. Lo que voy a decir se cumplirá:
¡No os desaniméis los briosos corceles; las derribaré del carro, que romperé luego, y ni en diez
años cumplidos sanarán de las heridas que les produzca el rayo, para que conozca la de
lechuza que es con su padre contra quien combate. Con Hera no me irrita ni me
ofendo tanto, porque siempre ha solido oponerse a cuanto digo.

De tal modo habló. Iris, la de los pies rápidos como el huracán, se levantó para
llevar el mensaje; descendió de los montes ideos; y, alcanzando a las diosas en la entrada
del Olimpo, en valles abundoso, hizo que se detuviesen, y les transmitió la orden de Zeus:
¿Adónde corréis? ¿Por qué en vuestro pecho el corazón se enfurece? No consiente
que se socorra a los argivos. Ved aquí to que hará el hijo de Crono si cumple
su orden: Os encojará los briosos caballos, os derribará del carro, que romperá luego,
y diez años cumplidos sanaréis de las heridas que os produzca el rayo; para que co-
nozca, la de ojos de lechuza, que es con tu padre contra quien combates. Con Hera no
ni se encoleriza tanto, porque siempre ha solido oponerse a cuanto dice. ¡Pero tú,
Hera, perra desvergonzada, si realmente te atrevieras a levantar contra Zeus la
lanza...!

Al oír esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros; y Hera dirigió a Atenea
estas palabras:

Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! Ya no permito que por los mortales
luchéis con Zeus. Mueran unos y vivan otros, cualesquiera que fueren; y aquél sea
quien no le corresponde, y dé a los troyanos y a los dánaos lo que su espíritu acuerde.
Al oír esto dicho, torció la rienda a los solípedos caballos. Las Horas desuncieron los
corceles de hermosas crines, los ataron a pesebres divinos y apoyaron el carro en el
muro. Y las diosas, que tenían el corazón afligido, se sentaron en áureos tronos
juntamente con las demás deidades.

El padre Zeus, subiendo al carro de hermosas ruedas, guió los caballos desde el Ida
y llegó a la mansión de los dioses; y allí el ínclito dios que sacude la tierra
envió los corceles, puso el carro en el estrado y lo cubrió con un velo de lino. El
padre Zeus tomó asiento en el áureo trono y el inmenso Olimpo tembló debajo de
él. Atenea y Hera, sentadas aparte y a distancia de Zeus, nada le dijeron ni
respondieron; mas él comprendió en su mente to que pensaban, y dijo:

Por qué os halláis tan abatidas, Atenea y Hera? No os habréis fatigado mucho en
la guerra, donde los varones adquieren gloria, matando troyanos, contra quienes sentís
tanto rencor. Son tales mi fuerza y mis manos invictas, que no me harían cambiar
de opinión cuantos dioses hay en el Olimpo. Pero os temblaron los hermosos
tronos antes que llegarais a ver el combate y sus terribles hechos. Diré lo que en otro

oiera ocurrido: Heridas por el rayo, no hubieseis vuelto en vuestro carro al donde se halla la mansión de los inmortales.

sí dijo. Atenea y Hera, que tenían los asientos contiguos y pensaban en causar los troyanos, mordieronse los labios. Atenea, aunque airada contra su padre y de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera la ira no le cupo en el exclamó:

¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Bien sabemos que es stable to poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se í su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en la lucha, si nos lo mandas, eriremos a los argivos consejos saludables para que no perezcan todos víctimas era.

espondióle Zeus, que amontona las nubes:

En la próxima mañana verás, si quieres, oh Hera veneranda, la de ojos de novilla, prepotente Cronión hace gran riza en el ejército de los belicosos argivos. Y el so Héctor no dejará de pelear hasta que junto a las naves se levante el Pelida, el es ligeros, el día aquel en que combatan cerca de las popas y en estrecho espacio dáver de Patroclo. Así lo decretó el hado, y no me importa que te irrites. Aunque a los confines de la tierra y del mar, donde moran Jápeto y Crono, que no de los rayos del Sol Hiperión ni de los vientos, y se hallan rodeados por el o Tártaro; aunque, errante, llegues hasta allí, no me importará verte enojada, o hay nada más impudente que tú.

sí dijo; y Hera, la de los niveos brazos, nada respondió. La brillante luz del sol se en el Océano, trayendo sobre la alma tierra la noche oscura. Contrarió a los a la desaparición de la luz; mas para los aqueos llegó grata, muy deseada, la a noche.

esclarecido Héctor reunió a los troyanos en la ribera del voraginoso Janto, lejos aves, en un lugar limpio donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres. s descendieron de los carros y escucharon a Héctor, caro a Zeus, que arrimado a de once codos, cuya reluciente broncea punta estaba sujeta por áureo anillo, así gaba:

Oídmme, troyanos, dárdanos y aliados! En el día de hoy esperaba volver a la Ilio después de destruir las naves y acabar con todos los aqueos; pero nos os a oscuras, y esto ha salvado a los argivos y a las naves que tienen en la playa. amos ahora a la noche sombría y ocupémonos en preparar la cena; desuncid de os a los corceles de hermosas crines y echadles el pasto; traed pronto de la ciudad y pingües ovejas, y de vuestras casas pan y vino, que alegra el corazón; iad abundante leña y encendamos muchas hogueras que ardan hasta que despunte a, hija de la mañana, y cuyo resplandor llegue al cielo: no sea que los melenudos ntenten huir esta noche por el ancho dorso del mar. No se embarquen tranquilos y molestados, sino que alguno tenga que curarse en su casa una lanzada o un recibido al subir a la nave, para que tema quien ose mover la luctuosa guerra a mos, domadores de caballos. Los heraldos, caros a Zeus, vayan a la población y n que los adolescentes y los ancianos de canosas sienas se reúnan en las torres on construidas por las deidades y circundan la ciudad; que las tímidas mujeres in grandes fogatas en sus respectivas casas, y que la guardia sea continua para nemigos no entren insidiosamente en la ciudad mientras los hombres estén fuera. como os to encargo, magnánimos troyanos. Dichas quedan las palabras que al convienen; mañana os arengaré de nuevo, troyanos domadores de caballos; y ue, con la protección de Zeus y de las otras deidades, echaré de aquí a esos pe-

iosos, traídos por las parcas en los negros bajeles. Durante la noche hagamos nosotros mismos; y mañana, al comenzar el día, tomaremos las armas para trabar combate junto a las cóncavas naves. Veré si el fuerte Diomedes Tidida me hace caer de las naves al muro, o si lo mato con el bronce y me llevo sus cruentos ojos. Mañana probará su valor, si me aguarda cuando lo acometa con la lanza; mas no que, así que salga el sol, caerá herido entre los combatientes delanteros, y con los ojos de sus camaradas. Así fuera yo inmortal, no tuviera que envejecer y gozara de los honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para los argivos. En este modo arengó Héctor, y los troyanos lo aclamaron. Desuncieron de debajo de los sudados corceles y atáronlos con correas junto a sus respectivos carros; pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de las casas pan y vino, que alegría, y amontonaron abundante leña. Después ofrecieron hecatombes perfectas a los dioses, y los vientos llevaban de la llanura al cielo el suave olor de la grasa; pero los bienaventurados dioses no quisieron aceptar la ofrenda, porque se les hizo odiosa la sagrada Ilio y Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno. Así, tan alentados, permanecieron toda la noche en el campo, donde ardían muchos fuegos. Como en noche de calma aparecen las radiantes estrellas en torno de la fulgente Luna y descubren los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la puerta etérea, vense todos los astros, y al pastor se le alegra el corazón: en tan gran número eran las hogueras que, encendidas por los troyanos, quemaban ante Ilio entre las olas de la corriente del Janto. Mil fuegos ardían en la llanura, y en cada uno se agrupaban a los hombres a la luz de la ardiente llama. Y los caballos, comiendo cerca de los ríos de arena y blanca cebada, esperaban la llegada de la Aurora, la de hermoso trono.

CANTO IX*

Embajada a Aquiles- Súplicas

Agamenón, arrepentido y lamentando su disputa con Aquiles, por consejo de su anciano asesor Néstor, envía a Ulises, Ayante y al viejo Fénix como embajadores ante Aquiles, para solicitar su ayuda, con poderes para prometerle la devolución de Briseide y abundantes regalos que compensen la afrenta. Pero Aquiles se mantiene obstinado e inflexible.

Los troyanos guardaban el campo. De los aqueos había enseñoreado la ingente compañía del glacial terror, y los más valientes estaban agobiados por insufrible como conmueven el ponto, en peces abundante, los vientos Bóreas y Céfiro, y de improviso desde la Tracia, y las negruzcas olas se levantan y arrojan a la altura de algas; de igual modo les palpitaba a los aqueos el corazón en el pecho. Agamenón, en gran dolor sumido el corazón, iba de un lado para otro y mandaba a los mensajeros de voz sonora que convocaran al ágora, nominalmente y en voz baja, a todos los aqueos, y también él los iba llamando y trabajaba como los más diligentes. Los mensajeros acudieron afligidos. Levantóse Agamenón, llorando, como fuente profunda que el más fértil peñasco deja caer sus aguas sombrías; y, despidiendo hondos suspiros, dijo esta suerte a los argivos:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! En grave infortunio involuíme caído. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada Troya. Pero ahora ha sido funesto engaño; pues ahora me manda regresar a Argos, sin gloria, de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que ha destruido las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras, porque su poder es infinito. Ea, obremos todos como voy a decir: Huyamos en las naves a nuestra patria Troya, ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles.

í dijo. Enmudecieron todos y permanecieron callados. Largo tiempo duró el de los afligidos aqueos, mas al fin Diomedes, valiente en el combate, dijo:

Atrida! Empezaré combatiéndote por tu imprudencia, como es permitido hacerlo, en el ágora, pero no te irrites. Poco ha menospreciaste mi valor ante los dánaos, que soy cobarde y débil, lo saben los argivos todos, jóvenes y viejos. Mas a ti el artero Crono de dos cosas te ha dado una: te concedió que fueras honrado como el cetro, y te negó la fortaleza, que es el mayor de los poderes. ¡Desgraciado! ¿que los aqueos son tan cobardes y débiles como dices? Si tu corazón te incita a la parte: delante tienes el camino y cerca del mar gran copia de naves que desde Troya lo siguieron; pero los demás melencidos aqueos se quedarán hasta que nosotros mos la ciudad de Troya. Y, si también éstos quieren irse, huyan en los bajeles a Troya; y nosotros dos, yo y Esténelo, seguiremos peleando hasta que a Ilio le llegue su hora y vinimos debajo del amparo de los dioses.

í habló; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, y de los caballos. Y el caballero Néstor se levantó y dijo:

Atrida! Luchas con valor en el combate y superas en el consejo a los de tu edad; pero el aqueo osará vituperar ni contradecir tu discurso, pero no has llegado hasta el fin. ¿Un joven -por tus años podrías ser mi hijo menor- y, no obstante, dices cosas que a los reyes argivos y has hablado como se debe. Pero yo, que me vanaglorio de ser un viejo que tú, lo manifestaré y expondré todo; y nadie despreciará mis palabras, ni el rey Agamenón. Sin familia, sin ley y sin hogar debe de vivir quien apetece las luchas intestinas. Ahora obedezcamos a la negra noche: preparemos la cena y cada uno vigilen a orillas del cavado foso que corre delante del muro. A los jóvenes se les da el gozo; y tú, oh Atrida, mándalo, pues eres el rey supremo. Ofrece después un banquete a los caudillos, que esto es lo que te conviene y lo digno de ti. Tus tiendas están llenas de vino, que las naves aqueas traen continuamente de Tracia por el anchuroso mar; y dispones de cuanto se requiere para recibir a aquéllos, a imperas sobre muchos reinos. Una vez congregados, seguirás el parecer de quien te dé mejor consejo; pues de no ser así, no y prudente tienen necesidad los aqueos, ahora que el enemigo enciende tal fuego de hogueras junto a las naves. ¿Quién lo verá con alegría? Esta noche se decidirá o no la salvación del ejército.

í dijo, y ellos lo escucharon atentamente y lo obedecieron. Al punto se fueron a salir con armas, para encargarse de la guardia, Trasimedes Nestórida, y otros hombres; Ascálafo y Yálmeno, hijos de Ares; Meriones, Afareo, Deípiro y el Diomedes, hijo de Creonte. Siete eran los capitanes de los centinelas, y cada uno a la cabeza de cien mozos provistos de luengas picas. Situáronse entre el foso y la muralla, y cada uno hizo fuego, y todos sacaron su respectiva cena.

Atrida llevó a su tienda a los príncipes aqueos, así que se hubieron reunido, y les dio un espléndido banquete. Ellos metieron mano en los manjares que tenían delante, y se cubrieron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión es considerada siempre como la mejor, empezó a aconsejarles; y, arengándolos con sabiduría, les dijo:

Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres, Agamenón! Por ti acabaré y por ti moriré también, ya que reinas sobre muchos hombres y Zeus te ha dado cetro y leyes que mires por los súbditos. Por esto debes exponer tu opinión y oír la de los demás y hacerla cumplir cuando cualquiera, siguiendo los impulsos de su ánimo, proponga algo bueno; que es atribución tuya ejecutar lo que se acuerde. Te diré lo que es lo más conveniente y nadie concebirá una idea mejor que la que tuve y sigo teniendo, oh vástago de Zeus, desde que, contra mi parecer, te llevaste la joven Briseide

ndola de la tienda del enojado Aquiles. Gran empeño puse en disuadirte, pero
o ánimo fogoso y menospreciaste a un fortísimo varón honrado por los dioses,
idole la recompensa que todavía retienes. Mas veamos todavía si podremos
o con agradables presentes y dulces palabras.

espondióle el rey de hombres, Agamenón:

Jo has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Procedí mal, no lo niego; vale
hos el varón a quien Zeus ama cordialmente; y ahora el dios, queriendo honrar a
ausado la derrota de los aqueos. Mas, ya que le falté, dejándome llevar por la
pasión, quiero aplacarlo y le ofrezco la muchedumbre de espléndidos presentes
a enumerar: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte
relucientes y doce corceles robustos, premiados, que en la carrera alcanzaron la
No sería pobre ni carecería de precioso oro quien tuviera los premios que estos
s caballos lograron. Le daré también siete mujeres lesbianas, hábiles en hacer
sas labores, que yo mismo escogí cuando tomó la bien construida Lesbos y que
osura a las demás aventajaban. Con ellas le entregaré la hija de Briseo, que
; le quité, y juraré solemnemente que jamás subí a su lecho ni me uní con ella,
costumbre entre hombres y mujeres. Todo esto se le presentará en seguida; mas,
oses nos permiten destruir la gran ciudad de Príamo, entre en ella cuando los
partamos el botín, cargue abundantemente de oro y de bronce su nave y elija él
as veinte troyanas que más hermosas sean después de la argiva Helena. Y, si
imos volver a los fértiles campos de Argos de Acaya, podrá ser mi yerno y tendrá
onores como Orestes, mi hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres
; dejé en el alcázar bien construido, Crisótemis, Laódice a Ifianasa, llévese la que
in dotarla, a la casa de Peleo; que yo la dotaré tan espléndidamente, como nadie
ado jamás a su hija: ofrezco darle siete populosas ciudades -Cardámila, Enope, la
Hira, la divina Feras, Antea, la de los hermosos prados, la linda Epea y Pédaso,
abundante-, situadas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y
; de hombres ricos en ganado y en bueyes, que lo honrarán con ofrendas como a
ad y pagarán, regidos por su cetro, crecidos tributos. Todo esto haría yo, con tal
epusiera la cólera. Que se deje ablandar; pues, por ser implacable a inexorable,
s para los mortales el más aborrecible de todos los dioses; y ceda a mí, que en
edad de aventajarlo me glono.

ontestó Néstor, caballero gerenio:

Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres, Agamenón! No son despreciables los
que ofreces al rey Aquiles. Ea, elijamos esclarecidos varones que cuanto antes
la tienda del Pelida. Y, si quieres, yo mismo los designaré y ellos obedezcan:
aro a Zeus, que será el jefe, el gran Ayante y el divino Ulises, acompañados de
dos Odio y Eunbates. Dadnos agua a las manos a imponed silencio, para rogar a
mida que se apiade de nosotros.

sí dijo, y su discurso agradó a todos. Los heraldos dieron en seguida aguamanos a
illos, y los mancebos, coronando de bebida las crateras, distribuyéronla a todos
entes después de haber ofrecido en copas las primicias. Luego que hicieron
es y cada cual bebió cuanto quiso, salieron de la tienda de Agamenón Atrida. Y
caballero gerenio, fijando sucesivamente los ojos en cada uno de los elegidos, les
daba mucho, y de un modo especial a Ulises, que procuraran persuadir al eximio

uéronse éstos por la orilla del estruendoso mar y dirigían muchos ruegos a
, que ciñe y bate la tierra, para que les resultara fácil llevar la persuasión al altivo
del Eácida. Cuando hubieron llegado a las tiendas y naves de los mirmidones,

al héroe deleitándose con una hermosa lira labrada de argénteo puente, que había le entre los despojos cuando destruyó la ciudad de Eetión; con ella recreaba su antano hazañas de los hombres. Patroclo, solo y callado, estaba sentado frente a raba que el Eácida acabase de cantar. Entraron aquéllos, precedidos por Ulises, y ieron delante del héroe; Aquiles, atónito, se alzó del asiento sin dejar la lira y al verlos se levantó también. Aquiles, el de los pies ligeros, tendióles la mano y

¡Salud, amigos que llegáis! Grande debe de ser la necesidad cuando venís , que sois para mí, aunque esté irritado, los más queridos de los aqueos todos.

1 diciendo esto, el divino Aquiles les hizo sentar en sillas provistas de purpúreos y en seguida dijo a Patroclo, que estaba cerca de él:

Hijo de Menecio! Saca la cratera mayor, llénala del vino más añejo y distribuye ues están debajo de mi techo los hombres que me son más caros.

sí dijo, y Patroclo obedeció al compañero amado. En un tajón que acercó a la puso los lomos de una oveja y de una pingüe cabra y la grasa espalda de un o jabalí. Automedonte sujetaba la carne; Aquiles, después de cortarla y dividirla, ba en asadores; y el Meneciada, varón igual a un dios, encendía un gran fuego; y emada la leña y muerta la llama, extendió las brasas, colocó encima los asadores dolos con piedras y sazonó la carne con la divina sal. Cuando aquélla estuvo servida en la mesa, Patrocio repartió pan en hermosas canastillas; y Aquiles ó la carne, sentóse frente al divino Ulises, de espaldas a la pared, y ordenó a , su amigo, que hiciera la ofrenda a los dioses. Patroclo echó las primicias al fetieron mano a los manjares que tenían delante, y, cuando hubieron satisfecho el : beber y de comer, Ayante hizo una seña a Fénix; y Ulises, al advertirlo, llenó de opa y brindó a Aquiles:

¡Salve, Aquiles! De igual festín hemos disfrutado en la tienda del Atrida ón que ahora aquí, donde podríamos comer muchos y agradables manjares; pero res del delicioso banquete no nos halagan porque tememos, oh alumno de Zeus, suceda una gran desgracia: dudamos si nos será dado salvar o perder las naves de bancos, si tú no lo revistes de valor. Los orgullosos troyanos y sus auxiliares, de lejas tierras, acampan junto a las naves y al muro y han encendido una porción aras; y dicen que, como no podremos resistirlos, asaltarán las negras naves; Zeus relampaguea haciéndoles favorables señales, y Héctor, envanecido por su y confiando en Zeus, se muestra estupendamente furioso, no respeta a hombres ni está poseído de cruel rabia, y pide que aparezca pronto la divina Aurora, asegue ha de cortar nuestras elevadas popas, quemar las naves con ardiente fuego y rca de ellas a los aqueos aturcidos por el humo. Mucho teme mi alma que los implan sus amenazas y el destino haya dispuesto que muramos en Troya, lejos de riadora de caballos. Ea, levántate si deseas, aunque tarde, salvar a los aqueos, que osados por los troyanos. A ti mismo te ha de pesar si no lo haces, y no puede e el mal una vez causado; piensa, pues, cómo librarás a los dánaos de tan funesto igo, tu padre Peleo te daba estos consejos el día en que desde Ftía lo envió a ón: «¡Hijo mío! La fortaleza, Atenea y Hera te la darán si quieren; tú refrena en) el natural fogoso- la benevolencia es preferible -y abstente de perniciosas para que seas más honrado por los argivos jóvenes y ancianos.» Así te aba el anciano y tú lo olvidas. Cede ya y depón la funesta cólera; pues Agamenón e dignos presentes si renuncias a ella. Y si quieres, oye y te referiré cuanto ón dijo en su tienda que te daría: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, premiados, que

on la victoria en la carrera. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien os premios que estos caballos de Agamenón con sus pies lograron. Te dará siete mujeres lesbianas, hábiles en hacer primorosas labores, que él mismo escogió comaste la bien construida Lesbos y que en hermosura a las demás aventajaban. s te entregará la hija de Briseo, que te ha quitado, y jurará solemnemente que ibió a su lecho ni se unió con la misma, como es costumbre, oh rey, entre y mujeres. Todo esto se te presentará en seguida; mas, si los dioses nos permiten la gran ciudad de Príamo, entra en ella cuando los aqueos partamos el botín, undantemente de oro y de bronce tu nave y elige tú mismo las veinte troyanas hermosas sean después de la argiva Helena. Y, si conseguimos volver a los campos de Argos de Acaya, podrás ser su yerno y tendrás tantos honores como su hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres hijas que dejó en el bien construido, Crisótemis, Laódice a Ifianasa, llévate la que quieras, sin dotarla, de Peleo, que él la dotará espléndidamente como nadie haya dotado jamás a su ece darte siete populosas ciudades -Cardámila, Énope, la herbosa Hira, la divina ntea, la de los amenos prados, la linda Epea y Pédaso, en viñas abundante-, todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y pobladas de hombres ganado y en bueyes, que te honrarán con ofrendas como a un dios y pagarán, por tu cetro, crecidos tributos. Todo esto haría, con tal de que depusieras la ¿, si el Atrida y sus regalos te son odiosos, apiádate de los aqueos todos, que, los como están en el ejército, te venerarán como a un dios y conseguirás entre nensa gloria. Ahora podrías matar a Héctor, que llevado de su funesta rabia se mucho a ti, pues dice que ninguno de los dánaos que trajeron las naves lo iguala

espondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidés! Preciso es que os te lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme unos por un lado y otros puesto. Me es tan odioso como las puertas de Hades quien piensa una cosa y ita otra. Diré, pues, lo que me parece mejor. Creo que ni el Atrida Agamenón ni os lograrán convencerme, ya que para nada se agradece el combatir siempre y sin o contra hombres enemigos. La misma recompensa obtiene el que se queda en su ue el que pelea con bizarría; en igual consideración son tenidos el cobarde y el y así muere el holgazán como el laborioso. Ninguna ventaja me ha procurado itos pesares y exponer mi vida en el combate. Como el ave lleva a los implumes la comida que coge, privándose de ella, así yo pasé largas noches sin dormir y eros entregado a la cruenta lucha con hombres que combatían por sus esposas. té doce ciudades por mar y once por tierra en la fértil región troyana; de todas undantes y preciosos despojos que di al Atrida, y éste, que se quedaba en las naves, recibiólos, repartió unos pocos y se guardó los restantes. Mas las nsas que Agamenón concedió a los reyes y caudillos siguen en poder de éstos; y olo entre los aqueos, me quitó la dulce esposa y la retiene aún: que goce do con ella. ¿Por qué los argivos han tenido que mover guerra a los troyanos? ¿el Atrida ha juntado y traído el ejército? ¿No es por Helena, la de hermosa a? Pues ¿acaso son los Atridas los únicos hombres, de voz articulada, que aman a sas? Todo hombre bueno y sensato quiere y cuida a la suya, y yo apreciaba nente a la mía, aunque la había adquirido por medio de la lanza. Ya que me i, arrebatándome de las manos la recompensa, no me tienta; lo conozco y no me rá. Delibere contigo, Ulises, y con los demás reyes cómo podrá librar a las naves o enemigo. Muchas cosas ha hecho ya sin mi ayuda, pues construyó un muro,

o a su pie ancho y profundo foso que defiende una empalizada; mas ni con esto
ontener el arrojó de Héctor, matador de hombres. Mientras combatí por los
jamás quiso Héctor que la pelea se trabara lejos de la muralla; sólo llegaba a las
Esceas y a la encina; y, una vez que allí me aguardó, costóle trabajo salvarse de
netida. Y puesto que ya no deseo guerrear contra el divino Héctor mañana,
de ofrecer sacrificios a Zeus y a los demás dioses, echaré al mar los cargados
y verás, si quieres y te interesa, mis naves surcando el Helesponto, en peces
o, y en ellas hombres que remarán gustosos; y, si el glorioso agitador de la tierra
ede una navegación feliz, al tercer día llegará a la fértil Ftía. En ella dejé muchas
ando en mal hora vine y de aquí me llevaré oro, rojizo bronce, mujeres de
cintura y luciente hierro, que por suerte me tocaron; ya que el rey Agamenón
nsultándome, me ha quitado la recompensa que él mismo me diera. Decídselo
nente, os lo encargo, para que los demás aqueos se indignen, si con su habitual
icia pretendiese engañar a algún otro dánao. No se atrevería, por desvergonzado
a mirarme cara a cara, con él no deliberaré ni haré cosa alguna, y, si me engañó y
ya no me embaucará más con sus palabras; séale esto bastante y corra tranquilo a
ción, puesto que el pródigo Zeus le ha quitado el juicio. Sus presentes me son
y hago tanto caso de él como de un cabello. Aunque me diera diez o veinte veces
o que posee o de lo que a poseer llegare, o cuanto entra en Orcómeno, o en la
Feba, cuyas casas guardan muchas riquezas -cien puertas dan ingreso a la ciudad
da una pasan diariamente doscientos hombres con caballos y carros-, o tanto,
son las arenas o los granos de polvo, ni aun así aplacaría Agamenón mi enojo, si
me pagaba la dolorosa afrenta. No me casaré con la hija de Agamenón Atrida,
en hermosura rivalice con la dorada Afrodita y en las labores compita con
la de ojos de lechuza; ni siendo así me desposaré con ella; elija aquel otro aqueo
onvenga y sea rey más poderoso. Si, salvándome los dioses, vuelvo a mi casa, el
Peleo me buscará consorte. Gran número de aqueas hay en la Hélade y en Ftía,
príncipes que gobiernan las ciudades; la que yo quiera será mi mujer. Mucho me
mi corazón varonil que tome legítima esposa, digna cónyuge mía, y goce allá de
zas adquiridas por el anciano Peleo; pues no creo que valga lo que la vida ni
licen que se encerraba en la populosa ciudad de Ilio en tiempo de paz, antes que
los aqueos, ni cuanto contiene el lapídeo templo de Apolo, que hiere de lejos, en
a Pito. Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas, se pueden adquirir los
y los tostados alazanes; pero no es posible prender ni coger el alma humana para
lva, una vez ha salvado la barrera que forman los dientes. Mi madre, la diosa
argentados pies, dice que las parcas pueden llevarme al fin de la muerte de una
dos maneras: Si me quedo aquí a combatir en torno de la ciudad troyana, no
a la patria tierra, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderé la ínclita fama,
vida será larga, pues la muerte no me sorprenderá tan pronto. Yo os aconsejo que
rquéis y volváis a vuestros hogares, porque ya no conseguiréis arruinar la excelsa
argovidente Zeus extendió el brazo sobre ella y sus hombres están llenos de
a. Vosotros llevad la respuesta a los príncipes aqueos -que ésta es la misión de
los-, a fin de que busquen otro medio de salvar las cóncavas naves y a los aqueos
a su alrededor, pues aquél en que pensaron no puede emplearse mientras subsista
). Y Fénix quédese con nosotros, acuéstese y mañana volverá conmigo a la patria
así to desea, que no he de llevarlo a viva fuerza.

así dijo, y todos enmudecieron, asombrados de oírlo; pues fue mucha la
icia con que se negó. Y el anciano jinete Fénix, que sentía gran temor por las
ueas, dijo después de un buen rato y saltándole las lágrimas:

¿piensas en el regreso, preclaro Aquiles, y te niegas en absoluto a defender del ego las veleras naves, porque la ira penetró en tu corazón, ¿cómo podría quedar y sin ti, hijo querido? El anciano jinete Peleo quiso que yo te acompañase el día y me envió desde Ftía a Agamenón, todavía niño y sin experiencia de la funesta guerra en la ágora, donde los varones se hacen ilustres; y me mandó que te enseñara a hablar y realizar grandes hechos. Por esto, hijo querido, no querría verme abandonado de un dios en persona me prometiera rasparme la vejez y dejarme tan joven como salí de la Hélade, de lindas mujeres, huyendo de las imprecaciones de Amíntora, mi padre, que se irritó conmigo por una concubina de hermosa cabellera, a causa de una ofensa de su esposa y madre mía. Ésta me suplicaba continuamente, que me arrojara mis rodillas, que me juntara con la concubina para que aborreciese al anciano. Yo obedecí y lo hice; mi padre, que no tardó en conocerlo, me maldijo repetidas veces y dió a las horrendas Erinias que jamás pudiera sentarse en sus rodillas un hijo mío, y el Zeus subterráneo y la terrible Perséfone -ratificaron sus imprecaciones. Pero yo me acerqué a mi padre con el agudo bronce; mas alguno de los inmortales calmó mi ira diciéndome que a mi corazón se representara la fama que tendría yo entre los griegos y los muchos baldones que de ellos recibiría, a fin de que no fuese llamado ingrato entre los aqueos.] Desde entonces no tuve ánimo para vivir en el palacio con mi padre. Amigos y deudos querían retenerme allí y me dirigían insistentes súplicas: que comprara un gran ganado de pingües ovejas y flexípedes bueyes de retorcidos cuernos; que hiciera asar muchos puercos grasos sobre la llama de Hefesto; bebióse buena parte del vino de las tinajas del anciano contenían; y nueve noches seguidas durmieron aquéllos a mi alrededor vigilándome por turno y teniendo encendidas dos hogueras, una en el pórtico del patio y otra en el vestíbulo ante la puerta de la habitación. Al llegar por vez la tenebrosa noche, salí del aposento rompiendo las tablas fuertemente unidas al muro; salté con facilidad el muro del patio, sin que mis guardianes ni las sirvientas me vieran, y, huyendo por la espaciosa Hélade, llegué a la fértil Ftía, madre de ovejas, y al rey Peleo. Este me acogió benévolo; me amó como debe de amar un padre al hijo; me hizo un génito que haya tenido en la vejez, viviendo en la opulencia; enriquecióme y me hizo al frente de numeroso pueblo, y desde entonces viví en un confín de la Ftía, sobre los dólopes. Y te crié hasta hacerte cual eres, oh Aquiles semejante a los reyes, con cordial cariño; y tú ni querías ir con otro al banquete, ni comer en el palacio, ni sentándote en mis rodillas, te saciaba de carne cortada en pedacitos y te embriagaba con el vino. ¡Cuántas veces durante la molesta infancia me manchaste la túnica en el patio con el vino que devolvías! Mucho padecí y trabajé por tu causa, y, considerando que los dioses mismos no me habían dado descendencia, te adopté por hijo, oh Aquiles semejante a los reyes, para que un día me librases del cruel infortunio. Pero, Aquiles, refrena tu orgullo; no conviene que tengas un corazón despiadado, cuando los dioses mismos se esfuerzan a aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder. Con sacrificios, votos y libaciones, y vapor de grasa quemada los desenojan cuantos infringieron su deber. Pues las Súplicas son hijas del gran Zeus, y aunque cojas, arrugadas y viejas, no cesan de ir tras de Ofuscación: ésta es robusta, de pies ligeros, y por lo mismo se mueve ágil, y, recorriendo la tierra, ofende a los hombres: y aquéllas reparan luego el daño que ella hace. Quien acata a las hijas de Zeus cuando se le presentan, consigue gran provecho y es atendido si alguna vez tiene que invocarlas. Mas si alguien las desatiende y se esfuerza en rechazarlas, se dirigen a Zeus Cronida y le piden que Ofuscación acompañe a aquél para que con el daño sufra la pena. Concede tú también a las hijas de Zeus, oh Aquiles, la debida consideración, por la cual el espíritu de otros valientes se embriaga con el vino que el Atrida no te brindara esos presentes, ni te hiciera otros ofrecimientos para lo

7 conservara pertinazmente su cólera, no te exhortaría a que, deponiendo la ira, ras a los argivos, aunque es grande la necesidad en que se hallan. Pero te da cosas, te promete más y te envía, para que por él rueguen, varones excelentes, ido en el ejército aqueo los argivos que te son más caros. No desprecies las de éstos, ni dejes sin efecto su venida, ya que no se te puede reprender que antes is irritado. Todos hemos oído contar hazañas de los héroes de antaño, y sabemos ndo estaban poseídos de feroz cólera, eran placables con dones y exorables a los Recuerdo lo que pasó en cierto caso, no reciente, sino antiguo, y os lo voy a vosotros, que sois todos amigos míos. Curetes y bravos etolios combatían en toralidón y unos a otros se mataban, defendiendo los etolios su hermosa ciudad y o los curetes asolarla por medio de Ares. Había promovido esta contienda , la de áureo trono, enojada porque Eneo no le dedicó los sacrificios de la siega en campo: los otros dioses regaláronse con las hecatombes, y sólo a la hija del gran ó aquél de ofrecerlas, por olvido o por inadvertencia, cometiendo una gran falta. a deidad que se complace en tirar flechas, hizo aparecer un jabalí, de albos que causó gran destrozo en el campo de Eneo, desarraigando altísimos árboles y los por tierra cuando ya con la llor prometían el fruto. Al fin lo mató Meleagro, Eneo, ayudado por cazadores y perros de muchas ciudades -pues no era posible o con poca gente, ¡tan corpulento era!, y ya a muchos los había hecho subir a la a-, y la diosa suscitó entonces una clamorosa contienda entre los curetes y los mos etolios por la cabeza y la hirsuta piel del jabalí. Mientras Meleagro, caro a mbatió, les fue mal a los curetes, que no podían, a pesar de ser tantos, acercarse a os. Pero el héroe, irritado con su madre Altea, se dejó dominar por la cólera que la mente de los más cuerdos y se quedó en el palacio con su linda esposa a, hija de Marpesa Evenina, la de hermosos tobillos, y de Idas, el más fuerte de bres que entonces poblaban la tierra. (Atrevióse Idas a armar el arco contra el o Febo Apolo, a causa de la joven de hermosos tobillos, y desde entonces le a Cleopatra su padre y su veneranda madre el sobrenombre de Alcíone, porque , sufriendo la suerte del sufriendísimo alción, deshacíase en lágrimas mientras Febo que hiere de lejos, se la llevaba.) Retirado, pues, con su esposa, devoraba o la acerba cólera que le causaron las imprecaciones de su madre; la cual, ada por la muerte violenta de un hermano, oraba mucho a los dioses, y, puesta de y con el seno bañado en lágrimas, golpeaba mucho el fértil suelo invocando a a la terrible Perséfone para que dieran muerte a su hijo. Erinias, que vaga en las y tiene un corazón inexorable, la oyó desde el Érebo, y en seguida creció el y la gritería ante las puertas de la ciudad, las torres fueron atacadas y los etolios ; enviaron a los eximios sacerdotes de los dioses para que suplicaran a Meleagro era a defenderlos, ofreciéndole un rico presente: donde el suelo de la amena fuera más fértil, escogería él mismo un hermoso campo de cincuenta yugadas, ña y mitad tierra labrantía. Presentóse también en el umbral del alto aposento el jinete Eneo; y, llamando a la puerta, dirigió a su hijo muchas súplicas. Rogáronle o muchas veces sus hermanas y su venerable madre. Pero él se negaba cada vez udieron sus mejores y más caros amigos, y tampoco consiguieron mover su ni persuadirlo a que no aguardara, para salir del cuarto, a que llegaran hasta él igos. Y los curetes escalaron las torres y empezaron a pegar fuego a la gran ciu- onces la esposa, de bella cintura, instó a Meleagro llorando y refiriéndole las as que padecen los hombres, cuya ciudad sucumbe: Matan a los varones, le fuego destruye la ciudad, y son reducidos a la esclavitud los niños y las mujeres :ha cintura. Meleagro, al oír estos males, sintió que se le conmovía el corazón; y,

se llevar por su ánimo, vistió las lucientes armas y libró del funesto día a los pero ya no le dieron los muchos y hermosos presentes, a pesar de haberlos de la ruina. Y ahora tú, amigo, no pienses de igual manera, ni un dios te induzca así; será peor que difieras el socorro para cuando las naves sean incendiadas; ve, r los regalos, y los aqueos te venerarán como a un dios, porque, si intervinieres nicida guerra cuando ya no te ofrezcan dones, no alcanzarás tanta honra aunque a los enemigos.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Fénix, anciano padre, alumno de Zeus! Para nada necesito tal honor; y espero Zeus quiere, seré honrado en las cóncavas naves mientras la respiración no falte a o y mis rodillas se muevan. Otra cosa voy a decirte, que grabarás en tu memoria: onturbes el ánimo con llanto y gemidos por complacer al héroe Atrida, a quien s querer si deseas que el afecto que te profeso no se convierta en odio; mejor es as conmigo a quien me aflige. Ejerce el mando conmigo y comparte mis honores. ararán la respuesta, tú quédate y acuéstate en blanda cama, y al despuntar la aurora aremos si nos conviene regresar a nuestros hogares o quedarnos aquí todavía.

Así dijo, y ordenó a Patroclo, haciéndole con las cejas silenciosa señal, que dispusiera lida cama para Fénix, a fin de que los demás pensaran en salir cuanto antes de la r Ayante Telamoníada, igual a un dios, habló diciendo:

Laertiada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidés! ¡Vámonos! No espero uestro propósito por este camino, y hemos de anunciar la respuesta, aunque sea able, a los dánaos que están aguardando. Aquiles tiene en su pecho un corazón soberbio. ¡Cruel! En nada aprecia la amistad de sus compañeros, con la cual lo mos en el campamento más que a otro alguno. ¡Despiadado! Por la muerte del o del hijo se recibe una compensación; y, una vez pagada la importante , el matador se queda en el pueblo, y el corazón y el ánimo airado del ofendido se in con la compensación recibida, y a ti los dioses te han llenado el pecho de ole y funesto rencor por una sola joven. Siete excelentes te ofrecemos hoy y otras cosas; séanos tu corazón propicio y respeta tu morada, pues estamos debajo de tu nviados por el ejército dánao, y anhelamos ser para ti los más apreciados y los gos de los aqueos todos.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Creo que has dicho ientes, pero mi corazón se enciende en ira cuando me acuerdo de aquéllos y del ecio con que el Atrida me trató en presencia de los argivos, cual si yo fuera un e advenedizo. Id y publicad mi respuesta: No me ocuparé en la cruenta guerra ie el hijo del aguerrido Príamo, Héctor divino, llegue matando argivos a las y naves de los mirmidones y las incendie. Creo que Héctor, aunque esté do, se abstendrá de combatir tan pronto como se acerque a mi tienda y a mi negra

Así dijo. Cada uno tomó una copa de doble asa; y, hecha la libación, los enviados, es a su frente, regresaron a las naves. Patroclo ordenó a sus compañeros y a las que aderezaran al momento una mullida cama para Fénix; y ellas, obedeciendo ato, hicieronla con pieles de oveja una colcha y finísima cubierta del mejor lino. ansó el viejo, aguardando la divina Aurora. Aquiles durmió en lo más retirado de i tienda con una mujer que se había llevado de Lesbos: con Diomedes, hija de e, la de hermosas mejillas. Y Patroclo se acostó junto a la pared opuesta, teniendo o a Ifis, la de bella cintura, que le había regalado Aquiles al tomar la excelsa iudad de Enieo.

ando los enviados llegaron a la tienda del Atrida, los aqueos, puestos en pie, les
ban áureas copas y les hacían preguntas. Y el rey de hombres, Agamenón, los
ó diciendo:

Ea! Dime, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos. ¿Quiere librar a las naves
o enemigo, o se niega porque su corazón soberbio se halla aún dominado por la

ontestó el paciente divino Ulises:

Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! No quiere aquél deponer la
ino que se enciende aún más su ira y te desprecia a ti y tus dones. Manda que
s con los argivos cómo podrás salvar las naves y al pueblo aqueo, dice en son de
i que echará al mar sus corvos bajeles, de muchos bancos, al descubrirse la nueva
/ aconseja que los demás se embarquen y vuelvan a sus hogares, porque ya no
iréis arruinar la excelsa Ilio: el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella, y
bres están llenos de confianza. Así dijo, como pueden referirlo éstos que fueron
: Ayante y los dos heraldos, que ambos son prudentes. El anciano Fénix se
llí por orden de aquél, para que mañana vuelva a la patria tierra, si así lo desea,
o ha de llevarle a viva fuerza.

sí habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues era muy grave lo que
de decir. Largo rato duró el silencio de los afligidos aqueos; mas al fin exclamó
es, valiente en el combate:

Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! No debiste rogar al eximio
ni ofrecerle innumerables regalos; ya era altivo, y ahora has dado pábulo a su
. Pero dejémoslo, ya se vaya, ya se quede: volverá a combatir cuando el corazón
e en el pecho se lo ordene y un dios le incite. Ea, obremos todos como voy a
costaos después de satisfacer los deseos de vuestro corazón comiendo y bebiendo
es esto da fuerza y vigor. Y, cuando aparezca la hermosa Aurora de rosáceos
az que se reúnan junto a las naves los hombres y los carros, exhorta al pueblo y
primera fila.

les fueron sus palabras, que todos los reyes aplaudieron, admirados del discurso
edes, domador de caballos. Y hechas las libaciones, volvieron a sus respectivas
acostáronse y el don del sueño recibieron.

CANTO X*

Dolonia

os y troyanos espían los movimientos del contrario. Ulises y Diomedes apresan a Dolón, del que
información del campamento troyano.

príncipes aqueos durmieron toda la noche vencidos por plácido sueño; mas no
s dulzuras el Atrida Agamenón, pastor de hombres, porque en su mente revolvía
cosas. Como el esposo de Hera, la de hermosa cabellera, relampaguea cuando
una lluvia torrencial, el granizo o una nevada que cubra los campos, o quiere
alguna parte la boca inmensa de la amarga guerra; así, tan frecuentemente, se
m del pecho de Agamenón los suspiros, que salían de lo más hondo de su
a interiormente le temblaban las entrañas. Cuando fijaba la vista en el campo
pasmábanle las muchas hogueras que ardían delante de Ilio, los sones de las
zampoñas y el bullicio de la gente; mas, cuando a las naves y al ejército aqueo la
rrencábase furioso los cabellos, alzando los ojos a Zeus, que mora en lo alto, y su
o corazón lanzaba grandes gemidos. Al fin, creyendo que la mejor resolución
udir primeramente a Néstor Nelida, el más ilustre de los hombres, por si

os hallaban un excelente medio que librara de la desgracia a todos los dánaos, e, vistió la túnica, calzó los nítidos pies con hermosas sandalias, echóse una el de corpulento y fogoso león, que le llegaba hasta los pies, y asió la lanza.

mbién Menelao estaba poseído de terror y no conseguía que se posara el sueño en ados, temiendo que les ocurriese algún percance a los argivos que por él habían a Troya, atravesando el vasto mar, y promoviendo tan audaz guerra. Cubrió sus spaldas con la manchada piel de un leopardo; púsose luego el casco de bronce, y, en la robusta mano una lanza, fue a despertar a su hermano, que imperaba amente sobre los argivos todos y era venerado por el pueblo como un dios. junto a la popa de su nave, vistiendo la magnífica armadura. Grata le fue a éste su Y Menelao, valiente en el combate, habló el primero diciendo:

Por qué, hermano querido, tomas las armas? ¿Acaso deseas persuadir a algún ero para que vaya como explorador al campo de los troyanos? Mucho temo que ofrezca a prestarte este servicio de ir solo durante la divina noche a espiar al , porque para ello se requiere un corazón muy osado.

pondióle el rey Agamenón:

ito yo como tú, oh Menelao, alumno de Zeus, tenemos necesidad de un prudente para defender y salvar a los argivos y las naves, pues la mente de Zeus ha o, y en la actualidad le son más aceptos los sacrificios de Héctor. jamás he visto lecir que un hombre ejecutara en solo un día tantas proezas como ha hecho Héc- a Zeus, contra los aqueos, sin ser hijo de un dios ni de una diosa. Digo que de ñas se acordarán los argivos mucho y largo tiempo. ¡Tanto daño ha causado a los Ahora, anda, encamínate corriendo a las naves y llama a Ayante y a Idomeneo; voy en busca del divino Néstor y le pido que se levante por si quiere ir al cuerpo de los guardias y darles órdenes. Obedeceránlo a él más que a nadie, ue los manda su hijo junto con Meriones, servidor de Idomeneo. A entrambos les onfiado de un modo especial esta tarea.

o entonces Menelao, valiente en el combate:

ómo me encargas y ordenas que lo haga? ¿Me quedaré con ellos y te aguardaré ie de volver corriendo cuando les haya participado tu mandato?

ntestó el rey de hombres, Agamenón:

uédate al lí, no sea que luego no podamos encontrarnos, porque son muchas las ue hay por entre el ejército. Levanta la voz por donde pasares y recomienda la ia, llamando a cada uno por su nombre paterno y ensalzándolos a todos. No te s soberbio. Trabajemos también nosotros, ya que, cuando nacimos, Zeus nos con- adecer tamaños infortunios.

o dicho, despidió al hermano bien instruido ya, y fue en busca de Néstor, pastor res. Hallólo en su tienda, junco a la negra nave, acostado en blanda cama. A un anse diferentes armas -el escudo, dos lanzas, el luciente yelmo-, y el labrado on que se ceñía el anciano siempre que, como caudillo de su gente, se armaba l homicida combate, pues aún no se rendía a la triste vejez. Incorporóse Néstor, ose en el codo, alzó la cabeza, y dirigiéndose al Atrida lo interrogó con estas

:
Quién eres tú que vas solo por el ejército y las naves, durante la tenebrosa noche, luermen los demás mortales? ¿Buscas acaso a algún centinela o compañero? Ha- e acerques sin responder. ¿Qué deseas?

pondióle el rey de hombres, Agamenón:

Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Reconoce al Atrida Agamenón, a eus envía y seguirá enviando sin cesar más trabajos que a nadie, mientras la

ón no le falte a mi pecho y mis rodillas se muevan. Vagando voy; pues, adolorado por la guerra y las calamidades que padecen los aqueos, no consigo que el sueño se pose en mis ojos. Mucho temo por los dánaos; mi ánimo no está tranquilo, ansiosamente inquieto; el corazón se me arranca del pecho y tiemblan mis robustos miembros. Pero si quieres ocuparte en algo, ya que tampoco conciliaste el sueño, bajemos a las centinelas; no sea que, vencidos del trabajo y del sueño, se hayan dormido, la guardia abandonada. Los enemigos se hallan cerca, y no sabemos si habrán acometernos esta noche.

Contestó Néstor, caballero gerenio:

Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! A Héctor no le cumplirá el Zeus todos sus deseos, como él espera; y creo que mayores trabajos habrá de padecer, si Aquiles depone de su corazón el enojo funesto. Iré contigo y despertaremos a los demás: al Tidida, famoso por su lanza, a Ulises, al veloz Ayante y al esforzado hijo de Laertes. Alguien podría ir a llamar al deiforme Ayante y al rey Idomeneo, pues sus naves están cerca, sino muy lejos. Y reprenderé a Menelao por amigo y respetable que sea y por no haberme despertado a ti, y no callaré que duerme y te ha dejado a ti el trabajo. Debía haberme despertado; en suplicar a los príncipes todos, pues la necesidad que se nos presenta no es poca.

Dijo el rey de hombres, Agamenón:

Oh anciano! Otras veces te exhorté a que te levantas, pues a menudo es indolente y no trabaja; no por pereza o escasez de talento, sino porque, volviendo los ojos hacia atrás, aguarda mi impulso. Mas hoy se levantó mucho antes que yo mismo, y me despertó y te envié a llamar a aquéllos que acabas de nombrar. Vayamos y los despertemos a todos los que están delante de las puertas con la guardia; pues allí es donde les dije que se levantas.

Respondió Néstor, caballero gerenio:

De esta manera ninguno de los argivos se irritará contra él, ni lo desobedecerá, ni os exhorte o les ordene algo.

Después de haber dicho estas palabras, abrigó el pecho con la túnica, calzó los nítidos y hermosos sandalios, y abrochó un manto purpúreo, doble, amplio, adornado con una hermosa felpa. Asió la fuerte lanza, cuya aguzada punta era de bronce, y se encaminó a la tienda de los aqueos, de bronceas corazas. El primero a quien despertó Néstor, el rey gerenio, fue a Ulises, que en prudencia igualaba a Zeus. Llamólo gritando, y al llegarle la voz a los oídos, salió de la tienda y dijo:

Por qué andáis vagando así, por las naves y el ejército, solos, durante la noche? ¿Qué urgente necesidad se ha presentado?

Respondió Néstor, caballero gerenio:

Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidés! No te enojes, porque es grande el pesar que abrumba a los aqueos. Síguenos y llamaremos a quien convenga, para hacer un acuerdo sobre si es preciso huir o luchar todavía.

Así dijo. El ingenioso Ulises, entrando en la tienda, colgó de sus hombros el escudo y se juntó con ellos. Fueron en busca de Diomedes Tidida, y lo hallaron en su pabellón con la armadura puesta, Sus compañeros dormían alrededor de él, cabezas apoyadas en los escudos y las lanzas clavadas por el regatón en tierra; el escudo de las puntas lucía a lo lejos como un relámpago del padre Zeus. El héroe iba sobre una piel de toro montaraz, teniendo debajo de la cabeza un espléndido yecor. Néstor, caballero gerenio, se detuvo a su lado y movió con el pie para que des- y le daba prisa, increpándolo de esta manera:

Levántate, hijo de Tideo! ¿Cómo duermes a sueño suelto toda la noche? ¿No e los troyanos acampan en una eminencia de la llanura, cerca de las naves, y que te un corto espacio los separa de nosotros?

sí dijo. Y Diomedes, recordando en seguida del sueño, profirió estas aladas :

eres infatigable, anciano, y nunca dejas de trabajar. ¿Por ventura no hay otros más jóvenes, que vayan por el campo y despierten a los reyes? ¡No se puede anciano!

respondióle Néstor, caballero gerenio:

¡Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Tengo hijos excelentes y muchos que podrían ir a llamarlos, pero es muy grande el peligro en que se hallan los en el filo de una navaja están ahora una muy triste muerte y la salvación de todos. z levantar al veloz Ayante y al hijo de Fileo, ya que eres más joven y de mí te ces.

sí dijo. Diomedes cubrió sus hombros con una piel talar de corpulento y fogoso ró la lanza, fue a despertar a aquéllos y se los llevó consigo.

uando llegaron adonde se hallaban los guardias reunidos, no encontraron a sus rmiendo, pues todos estaban alerta y sobre las armas. Como los canes que las ovejas de un establo y sienten venir del monte, por entre la selva, una terrible gran clamoreo de hombres y perros, se ponen inquietos y ya no pueden dormir; lce sueño huía de los párpados de los que hacían guardia en tan mala noche, pues siempre hacia la llanura y acechaban si los troyanos iban a atacarlos. El anciano legróse, y para animarlos profirió estas aladas palabras:

Vigilad así, hijos míos! No sea que alguno se deje vencer del sueño y demos para que el enemigo se regocije.

abiendo hablado así, atravesó el foso. Siguiéronlo los reyes argivos que habían nados al consejo, y además Meriones y el preclaro hijo de Néstor, porque los invitaron a deliberar. Pasado el foso, sentáronse en un lugar limpio donde el aparecía cubierto de cadáveres: allí habíase vuelto el impetuoso Héctor, después ar gran estrago a los argivos, cuando la noche los cubrió con su manto. ados en aquel sitio, conversaban; y Néstor, caballero gerenio, comenzó a hablar :

¡Oh amigos! ¿No sabrá nadie que, confiando en su ánimo audaz, vaya al ento de los troyanos de ánimo altivo? Quizá hiciera prisionero a algún enemigo e rezagado, o averiguara, oyendo algún rumor, lo que los tróyanos han decidido: 1 quedarse aquí, cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando ncido a los aqueos. Si se enterara de esto y regresara incólume, sería grande su b bajo del cielo y entre los hombres todos, y tendría una hermosa recompensa: e de los que mandan en las naves le daría una oveja con su corderito-presente sin se le admitiría además en todos los banquetes y festines.

sí habló. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos, hasta que Diomedes, en la pelea, les dijo:

Néstor! Mi corazón y ánimo valeroso me incitan a penetrar en el campo de los s que tenemos cerca, de los troyanos; pero, si alguien me acompañase, mi comi osadía serían mayores. Cuando van dos, uno se anticipa al otro en advertir lo viene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarda y la re- más difícil.

sí dijo, y muchos quisieron acompañar a Diomedes. Deseáronlo los dos Ayantes, es de Ares; quisolo Meriones; lo anhelaba el hijo de Néstor; deseólo el Atrida

o, famoso por su lanza; y por fin, también el sufrido Ulises quiso penetrar en el troyano, porque el corazón que tenía en el pecho aspiraba siempre a ejecutar hazañas. Y el rey de hombres, Agamenón, dijo entonces:

Tidida Diomedes, carísimo a mi corazón! Escoge por compañero al que quieras, de los presentes; pues son muchos los que se ofrecen. No dejes al mejor y elijas peor, por respeto alguno que sientas en tu alma, ni por consideración al linaje, ni por el poder que sea un rey más poderoso.

Uli- habló en estos términos, porque temía por el rubio Menelao. Y Diomedes, valiente en la guerra, replicó:

¿Si me mandáis que yo mismo designe al compañero, ¿cómo no pensaré en el Ulises, cuyo corazón y ánimo valeroso son tan dispuestos para toda suerte de aventuras y a quien tanto ama Palas Atenea? Con él volveríamos acá aunque nos rodearan cien fieras llamas, porque su providencia es grande.

Respondióle el paciente divino Ulises:

Tidida! No me alabes en demasía ni me vituperes, puesto que hablas a los argivos que les son conocidas. Pero, vámonos, que la noche está muy adelantada y la aurora se acerca; los astros han andado mucho, y la noche va ya en las dos partes de su curso y sólo un tercio nos resta.

Uli- diciendo esto, vistieron entrambos las terribles armas. El intrépido Trasimedes le dio una espada de dos filos -la de éste había quedado en la nave-y un escudo; y un morrión de piel de toro sin penacho ni cimera, que se llama *catétyx* y lo usan los reyes que se hallan en la flor de la juventud para proteger la cabeza. Meriones le dio a Ulises arco, carcaj y espada, y le cubrió la cabeza con un casco de piel que por dentro se sujetaba con muchas y fuertes correas y por fuera presentaba los blancos dientes del caballo, ingeniosamente repartidos, y tenía un mechón de lana colocado en el centro. Este casco era el que Autólico había robado en Eleón a Amíntor Orménida, horadando la puerta de su casa, y que luego dio en Escandia a Anfidamante de Citera; Anfidamante tomólo como presente de hospitalidad, a Molo; éste lo cedió a su hijo Meriones para que se lo diera a Ulises, y entonces hubo de cubrir la cabeza de Ulises.

Uli- una vez revestidos de las terribles armas, partieron y lejaron allí a todos los argivos. Palas Atenea envióles una garza, y, si bien no pudieron verla con sus ojos, a la noche era oscura, oyéronla graznar a la derecha del camino. Ulises se holgó mucho y oró a Atenea:

Oyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! Tú que me asistes en todos los trabajos y me guías en mis pasos, séme ahora propicia más que nunca, Atenea, y concede que volvamos a casa con los pies cubiertos de gloria por haber realizado una gran hazaña que preocupe a los troyanos.

Uli- Diomedes, valiente en la pelea, oró luego diciendo:

¡Ahora óyeme también a mí, hija de Zeus! ¡Indómita! Acompáñame como me acompañaste a mi padre, el divino Tideo, cuando fue a Teba en representación de los argivos. Dejando a los aqueos, de bronceas corazas, a orillas del Asopo, llevó un mensaje a los cadmeos; y a la vuelta ejecutó admirables proezas con tu ayuda, Atenea, diosa, porque benévola lo socorrías. Ahora, socórreme a mí y préstame tu ayuda. Yo inmolaré en tu honor una ternera de un año, de frente espaciosa, indómita y no sometida al yugo, después de derramar oro sobre sus cuernos.

Uli- así dijeron rogando, y los oyó Palas Atenea. Y después de rogar a la hija del gran Zeus, que duvieron en la obscuridad de la noche, como dos leones, por el campo pues tanta gloria se había hecho, pisando cadáveres, armas y denegrida sangre.

ampoco Héctor dejaba dormir a los valientes troyanos pues convocó a todos los , a cuantos eran caudillos y príncipes de los troyanos, y una vez reunidos les ma prudente idea:

Quién, por un gran premio, se ofrecerá a llevar a cabo la empresa que voy a a recompensa será proporcionada. Daré un carro y dos corceles de erguido os mejores que haya en las veleras naves aqueas, al que tenga la osadía de e a las naves de ligero andar-con ello al mismo tiempo ganará gloria- y averigüe on guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan en la no quieren velar durante la noche porque el cansancio abrumador los rinde.

sí dijo. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos. Había entre los troyanos un olón, hijo del divino heraldo Eumedes, rico en oro y en bronce; era de feo aspec- de pies ágiles, y el único hijo varón de su familia con cinco hermanas. Éste dijo a los troyanos y a Héctor:

Héctor! Mi corazón y mi ánimo valeroso me incitan a acercarme a las naves, de idar, para saberlo. Ea, alza el cetro y jura que me darás los corceles y el carro con de bronce que conducen al eximio Pelión. No te será inútil mi espionaje, ni tus as se verán defraudadas; pues atravesaré todo el ejército hasta llegar a la nave de ón, que es donde deben de haberse reunido los caudillos para deliberar si huirán ín combatiendo.

sí dijo. Y Héctor, tomando en la mano el cetro, prestó el juramento:

Sea testigo el mismo Zeus tonante, esposo de Hera. Ningún otro troyano será or estos corceles, y tú disfrutará perpetuamente de ellos.

on tales palabras, jurando lo que no había de cumplirse, animó a Dolón. Éste, sin omento, colgó del hombro el corvo arco, vistió una pelicana piel de lobo, cubrió a con un morrión de piel de comadreja, tomó un puntiagudo dardo, y, saliendo ito, se encaminó a las naves, de donde no había de volver para darle a Héctor la Pues ya había dejado atrás la multitud de carros y hombres, y andaba animoso amino, cuando Ulises, del linaje de Zeus, advirtiéndolo que se acercaba a ellos, í a Diomedes:

ese hombre, Diomedes, viene del ejército; pero ignoro si va como espía a nuestras intenta despojar algún cadáver de los que murieron. Dejemos que se adelante un is por la llanura, y echándonos sobre él lo cogeremos fácilmente; y si en correr atajase, apártalo del ejército, acometiéndolo con la lanza, y persíguelo siempre . naves, para que no se guarezca en la ciudad.

ichas estas palabras, tendiéronse entre los muertos, fuera del camino. El incauto asó con pie ligero. Mas, cuando estuvo a la distancia a que se extienden los e las mulas -éstas son mejores que los bueyes para tirar de un sólido arado en val-, Ulises y Diomedes corrieron a su alcance. Dolón oyó ruido y se detuvo, o que algunos de sus amigos venían del ejército troyano a lla marlo por encargo de Pero así que aquéllos se hallaron a tiro de lanza o más cerca aún, conoció que migos y puso su diligencia en los pies huyendo, mientras ellos se lanzaban a rlo. Como dos perros de agudos dientes, adiestrados para cazar, acosan en una n cervato o a una liebre que huye chillando delante de ellos, del mismo modo el Ulises, asolador de ciudades, perseguían constantemente a Dolón después que apartarlo del ejército. Ya en su fuga hacia las naves iba el troyano a topar con días, cuando Atenea dio fuerzas al Tidida para que ninguno de los aqueos, de as corazas, se le adelantara y pudiera jactarse de haber sido el primero en herirlo ase después. El fuerte Diomedes arremetió a Dolón, con la lanza, y le gritó:

ante, o te alcanzará mi lanza; y no creo que puedas evitar mucho tiempo que mi dé una muerte terrible.

hijo, y arrojó la lanza; mas de intento erró el tiro, y ésta se clavó en el suelo de volar por cima del hombro derecho de Dolón. Paróse el troyano dentellando los dientes crujíanle en la boca-, tembloroso y pálido de miedo; Ulises y Diomedes se le acercaron, jadeantes, y le asieron de las manos, mientras aquél lloraba y les decía: Hacedme prisionero y yo me redimiré. Hay en casa bronce, oro y hierro labrado: si vosotros pagaría mi padre inmenso rescate, si supiera que estoy vivo en las naves.

Respondióle el ingenioso Ulises:

Tranquilízate y no pienses en la muerte. Ea, habla y dime con sinceridad: ¿Adónde estás, separado de tu ejército y derechamente hacia las naves, en esta noche oscura, ¿duermen los demás mortales? ¿Acaso a despojar a algún cadáver? ¿Por ventura te envié como espía a las cóncavas naves? ¿O te dejaste llevar por los impulsos de la ira?

Contestó Dolón, a quien le temblaban las carnes:

Héctor me hizo salir fuera de juicio con muchas y perniciosas promesas: accedió a darme los solípedos corceles y el carro con adornos de bronce del eximio Pelión, para irme durante la rápida y oscura noche a los enemigos, averiguase si las naves son guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan huir y no quieren velar porque el cansancio abrumador los rinde.

Respondele sonriendo el ingenioso Ulises:

Grande es el presente que tu corazón anhelaba. ¡Los corceles del aguerrido Héctor! Dificil es que ninguno de los mortales los sujete y sea por ellos llevado, fuera de casa, que tiene una madre inmortal. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿Dónde, al estar dejado a Héctor, pastor de hombres? ¿En qué lugar tiene las marciales armas y los escudos? ¿Cómo se hacen las guardias y de qué modo están dispuestas las tiendas de los aqueos? Cuenta también lo que están deliberando: si desean quedarse aquí cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando hayan vencido a los aqueos.

Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

De todo voy a informarte con exactitud. Héctor y sus consejeros deliberan lejos de la ciudad, junto a la tumba del divino Ilo; en cuanto a las guardias por que me preguntas, oh héroe, ninguna ha sido designada, para que vele por el ejército ni para que en el torno de cada hoguera los troyanos, apremiados por la necesidad, velan y se ayudan mutuamente a la vigilancia. Pero los auxiliares, venidos de lejas tierras, no velan y dejan a los troyanos el cuidado de la guardia, porque no tienen aquí a sus hijos cercanos.

Respondele a preguntarle el ingenioso Ulises:

¿Estos duermen mezclados con los troyanos o separadamente? Dímelo para que lo sepa.

Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

De todo voy a informarte con exactitud. Hacia el mar están los carios, los peonios, los tracios, los corvos arcos, y los léleges, caucones y divinos pelasgos. El lado de Timbra toman por suerte los licios, los arrogantes misios, los frigios, que combaten en los carros, los meonios, que armados de casco combaten en carros. Mas ¿por qué me hacéis preguntas? Si deseáis entraros por el ejército troyano, los tracios recién venidos están en el extremo, con su rey Reso, hijo de Eyoneo. He visto sus corceles que son blancos, de gran altura, más blancos que la nieve y tan ligeros como el viento. Su carro tiene dos adornos de oro y plata, y sus armas son de oro, magníficas, encanto de la

nás propias de los inmortales dioses que de hombres mortales. Pero llevadme ya ves de ligero andar, o dejadme aquí, atado con recios lazos, para que vayáis y véis si os hablé como debía.

irándolo con torva faz, le replicó el fuerte Diomedes:

¡No esperes escapar de ésta, Dolón, aunque tus noticias son importantes, pues has nuestras manos. Si te dejásemos libre o consintiéramos en el rescate, vendrías de las veleras naves de los aqueos a espiar o a combatir contra nosotros; y, si por miertes la vida, no serás en adelante una plaga para los argivos.

¡Dijo; y Dolón iba, como suplicante, a tocarle la barba con su robusta mano, cuando Reso, de un tajo en medio del cuello, le rompió ambos tendones; y la cabeza cayó en el suelo, mientras el troyano hablaba todavía. Quitáronle el morrión de piel de lobo, la piel de lobo, el flexible arco y la ingente lanza; y el divino Ulises, levantólo todo con la mano, levantólo para ofrecerlo a Atenea, que preside los saqueos, haciendo:

¡Inuélgate de esta ofrenda, ¡oh diosa! Serás tú la primera a quien invocaremos entre los dioses del Olimpo. Y ahora guíanos hacia los corceles y las tiendas de los tracios.

¡Dichas estas palabras, apartó de sí los despojos y los colgó de un tamarisco, los colos con cañas y frondosas ramas del árbol, que fueran una señal visible para que no pasaran inadvertidos, al regresar durante la rápida y oscura noche. Luego pasaron por encima de las armas y de la negra sangre, y llegaron al grupo de los tracios caídos de fatiga, dormían con las hermosas armas en el suelo, dispuestos ordenadamente en tres filas, y un par de caballos junto a cada guerrero. Reso descansaba al lado del carro, y tenía los ligeros corceles atados con correas a un extremo del carro. Ulises se adelantó primero y lo mostró a Diomedes:

¡Este es el hombre, Diomedes, y éstos los corceles de que nos habló Dolón, a quien Reso mató. Ea, muestra tu impetuoso valor y no tengas ociosas las armas. Desata los caballos, bien mata hombres y yo me encargaré de aquéllos.

¡Dijo, y Atenea, la de ojos de lechuza, infundió valor a Diomedes, que comenzó a matar a diestro y a siniestro: sucedíanse los horribles gemidos de los que daban la vida con el peso de la espada, y su sangre enrojecía la tierra. Como un mal intencionado león al rebaño de cabras o de ovejas, cuyo pastor está ausente, así el hijo de Tideo se iba a los tracios, hasta que mató a doce. A cuántos aquél hería con la espada, el dios Ulises, asiéndolos por un pie, los apartaba del camino, para que luego los corceles de hermosas crines pudieran pasar fácilmente y no se asustasen de pisar los cuerpos muertos, a lo cual no estaban acostumbrados. Llegó el hijo de Tideo adonde yacía el cuerpo de Reso, y le dio éste el decimotercio a quien privó de la dulce vida, mientras daba un suspiro; aquella noche el nieto de Eneo aparecíase en desagradable ensueño a Reso, por culpa de Atenea. Durante este tiempo el paciente Ulises desató los solípedos caballos, los desató las riendas y los sacó del ejército aguijándolos con el arco, porque se le olvidó el látigo magnífico que había en el labrado carro. Y en seguida silbó, haciendo llamar al divino Diomedes.

¡Dijo Reso, as éste, quedándose aún, pensaba qué podría hacer que fuese muy arriesgado: si se iba a tirar el carro con las labradas armas, ya tirando del timón, ya levantándolo en alto; ya se iba a la vida a más tracios. En tanto que revolvía tales pensamientos en su espíritu, se adelantó Atenea y habló así al divino Diomedes:

¡Pienso ya en volver a las cóncavas naves, hijo del magnánimo Tideo. No sea que llegas huyendo, si algún otro dios despierta a los troyanos.

¡Dijo, y respondióle así el divino Diomedes, conociendo la voz de la diosa, montó sin dilación a caballo, y Ulises, que los aguijó con el arco; y volaron hacia las veleras naves aqueas.

polo, que lleva arco de plata, estaba en acecho desde que advirtió que Atenea iba al hijo de Tideo; e, indignado contra ella, entróse por el ejército de los y despertó a Hipocoonte, valeroso caudillo tracio y sobrino de Reso. Como nte, recordando del sueño, viera vacío el lugar que ocupaban los caballos y a los horriblemente heridos y palpitantes todavía, comenzó a lamentarse y a llamar ombre al querido compañero. Y pronto se promovió gran clamoreo a inmenso entre los troyanos, que acudían en tropel y admiraban la peligrosa aventura a que nbres habían dado cima, regresando luego a las cóncavas naves.

uando ambos héroes llegaron al sitio en que habían dado muerte al espía de Ulises, caro a Zeus, detuvo los veloces caballos; y el Tidida, apeándose, tomó los despojos que puso en las manos de Ulises, volvió a montar y picó a los corceles. laron gozosos hacia las cóncavas naves, pues a ellas deseaban llegar. Néstor fue ro que oyó las pisadas de los caballos, y dijo:

Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Me engañaré o será verdad lo a decir? El corazón me ordena hablar. Oigo pisadas de caballos de pies ligeros. lises y el fuerte Diomedes trajeran del campo troyano solípedos corceles; pero emo que a los más valientes argivos les haya ocurrido algún percance en el royano.

ún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando aquéllos llegaron y pie a tierra. Todos los saludaban alegremente con la diestra y con afectuosas . Y Néstor, caballero gerenio, les preguntó el primero:

Ea, dime, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos! ¿Cómo hubisteis estos : penetrando en el ejército troyano, o recibéndolos de un dios que os salió al ' Muy semejantes son a los rayos del sol. Siempre entro por las filas de los ; pues, aunque anciano, no me quedo en las naves, y jamás he visto ni advertido celes. Supongo que los habréis recibido de algún dios que os salió al encuentro, nrambos os aman Zeus, que amontona las nubes, y su hija Atenea, la de ojos de

espondióle el ingenioso Ulises:

Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Fácil le sería a un dios, si quisiera, llos mejores aún que éstos, pues su poder es muy grande. Los corceles por los untas, anciano, llegaron recientemente y son tracios: el valiente Diomedes mató) y a doce de sus compañeros, todos aventajados. Y cerca de las naves dimos il decimotercio, que era un espía enviado por Héctor y otros troyanos ilustres a este campamento.

e este modo habló; y muy ufano, hizo que los solípedos caballos pasaran el foso, nás aqueos siguiéronlo alborozados. Cuando estuvieron en la hermosa tienda del ataron los corceles con bien cortadas correas al pesebre, donde los caballos de es comían el trigo dulce como la miel. Ulises dejó en la popa de su nave los despojos de Dolón, para guardarlos hasta que ofrecieran un sacrificio a Atenea. entraron en el mar y se lavaron el abundante sudor de sus piernas, cuello y Cuando las olas les hubieron limpiado el abundante sudor del cuerpo y recreado ón, metiéronse en pulimentadas pilas y se bañaron. Lavados ya y ungidos con eite, sentáronse a la mesa, y, sacando de una rebosante cratera vino dulce como la honor de Atenea to libaron.

CANTO XI*

Principalía de Agamenón

batalla entre aqueos y troyanos, aquéllos llevan la peor parte: Agamenón, Diomedes y Ulises heridos. Ante la clara ventaja de los troyanos, Aquiles envía a Patroclo junto a Néstor.

Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titono, para llevar la luz a los hombres, cuando, enviada por Zeus, se presentó en las veleras naves aqueas Discordia con la señal del combate en la mano. Subió la diosa a la ingente nave de Ulises, que estaba en medio de todas, para que lo oyeran por ambos lados hasta las de Ayante Telamonio y de Aquiles; los cuales habían puesto sus bajeles en los muelles, porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Desde allí daba grandes, agudos y horribles gritos, y ponía mucha fortaleza en el corazón de los aqueos, a fin de que pelearan y combatieran sin descanso. Y pronto les fue más dulce batallar que volver a la patria tierra en las cóncavas naves.

Atrida alzó la voz mandando que los argivos se aperciesen, y él mismo vistió la armadura de luciente bronce. Púsose en torno de las piernas hermosas grebas sujetas con correa de pláta, y cubrió su pecho con la coraza que Ciniras le había dado por presente de su fidelidad. Porque hasta Chipre había llegado la noticia de que los aqueos se embarcaron para Troya, y Ciniras, deseoso de complacer al rey, le dio esta coraza que tenía forrada de pavonado acero, doce de oro y veinte de estaño, y a cada lado tres cerúleos broches erguidos hacia el cuello y semejantes al iris que el Cronión fija en las nubes para los hombres dotados de palabra. Luego, el rey colgó del hombro la espada en la que relucían áureos clavos, con su vaina de plata sujeta por tirantes de oro. Y después el labrado escudo, fuerte y hermoso, de la altura de un hombre, que tenía en el contorno diez círculos de bronce en el contorno, tenía veinte bollos de blanco estaño y un brote negro de acero, y lo coronaba Gorgona, de ojos horribles y torvados en el Terror y la Fuga a los lados. Su correa era argentada, y sobre la misma se alzaba cerúleo dragón de tres cabezas entrelazadas, que nacían de un solo cuello. Y después seguía su cabeza con un casco de doble cimera, cuatro abolladuras y penacho de plumas de caballo, que al ondear en to alto causaba pavor; y asíó dos fornidas lanzas de bronce, una de punta, cuyo brillo llegaba hasta el cielo. Y Atenea y Hera tronaron en las nubes para honrar al rey de Micenas, rica en oro.

Y el rey, que la cual mandó entonces a su auriga que tuviera dispuestos el carro y los corceles en el foso; salieron todos a pie y armados, y levantóse inmenso viento antes que la auriga se fuera a la punta. Delante del foso ordenáronse los infantes, y a éstos siguieron de cerca los carros que combatían en carros. Y el Cronida promovió entre ellos funesto tumulto y dejó caer de el éter sanguinoso rocío porque había de precipitar al Hades a muchas y a muchas almas.

Y los troyanos pusiéronse también en orden de batalla en una eminencia de la llanura, delante del gran Héctor, del eximio Polidamante, de Eneas, honrado como un dios por los troyanos, y de los tres Antenóridas: Pólipo, el divino Agenor y el joven Polixeno, que parecía un inmortal. Héctor, armado de un escudo liso, llegó con los carros y los combatientes. Cual astro funesto, que unas veces brilla en el cielo y otras se oculta detrás de las pardas nubes; así Héctor, ya aparecía entre los delanteros, ya se ocultaba entre los últimos, siempre dando órdenes y brillando por la armadura de bronce relámpago del padre Zeus, que lleva la égida.

Y como los segadores caminan en direcciones opuestas por los surcos de un campo de cebada de un hombre opulento, y los manojos de espigas caen espesos, de la manera que la gran manera, troyanos y aqueos se acometían y mataban, sin pensar en la perniciosa

al andaba la pelea, y como lobos se embestían. Gozábbase en verlos la luctuosa
a, única deidad que se hallaba entre los combatientes; pues los demás dioses
cían quietos en los hermosos palacios que se les había construido en los valles
po y todos acusaban al Cronida, el dios de las sombrías nubes, porque quería
r la victoria a los troyanos. Mas el padre no se cuidaba de ellos; y, sentado aparte,
e su gloria, contemplaba la ciudad troyana, las naves aqueas, el brillo del bronce,
e mataban y a los que la muerte recibían.

amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los tiros alcanzaban
l a unos y a otros y los hombres caían. Cuando llegó la hora en que el leñador
el almuerzo en la espesura del monte, porque tiene los brazos cansados de cortar
árboles, siente fatiga en su corazón y el dulce deseo de la comida le ha llegado al
s dánaos, exhortándose mutuamente por las filas y peleando con bravura,
on las falanges teucras. Agamenón, que fue el primero en arrojarle a ellas, mató
nente a Biánor, pastor de hombres, y después a su compañero Oileo, hábil jinete.
había apeado del carro para sostener el encuentro, pero el Atrida le hundió en la
aguzada pica, que no fue detenida por el casco del duro bronce, sino que pasó a
el mismo y del hueso, conmovióle el cerebro y postró al guerrero cuando contra
remetía. Después de quitarles a entrambos la coraza, Agamenón, rey de hombres,
allí, con el pecho al aire, y fue a dar muerte a Iso y a Antifo, hijos bastardo y
, respectivamente, de Príamo, que iban en el mismo carro. El bastardo guiaba y el
ntifo combatía. En otro tiempo Aquiles, habiéndolos sorprendido en un bosque
mientras apacentaban ovejas, atólos con tiernos mimbres; y luego, pagado el
lo puso en libertad. Mas entonces el poderoso Agamenón Atrida le envainó a Iso
en el pecho, sobre la tetilla, y a Antifo lo hirió con la espada en la oreja y lo
del carro. Y, al ir presuroso a quitarles las magníficas armaduras, los reconoció;
había visto en las veleras naves cuando Aquiles, el de los pies ligeros, se los
l Ida. Bien así como un león penetra en la guarida de una ágil cierva, se echa
s hijuelos y despedazándolos con los fuertes dientes les quita la tierna vida, y la
o puede socorrerlos, aunque esté cerca, porque le da un gran temblor, y atraviesa,
y sudorosa, selvas y espesos encinares, huyendo de la acometida de la terrible
npoco los troyanos pudieron librar a aquéllos de la muerte, porque a su vez huían
le los argivos.

lcanzó luego el rey Agamenón a Pisandro y al intrépido Hipóloto, hijos del
o Antímaco (éste, ganado por el oro y los espléndidos regalos de Alejandro, se
que Helena fuese devuelta al rubio Menelao): ambos iban en un carro, y desde
procuraban guiar los veloces corceles, pues habían dejado caer las lustrosas
y estaban aturdidos. Cuando el Atrida arremetió contra ellos, cual si fuese un
odilláronse en el carro y así le suplicaron:

haznos prisioneros, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de
ne en su casa Antímaco: bronce, oro, hierro labrado; con ellas nuestro padre lo
nmenso rescate, si supiera que estamos vivos en las naves aqueas.
on tan dulces palabras y llorando hablaban al rey, pero fue amarga la respuesta
charon:

¿ues si sois hijos del aguerrido Antímaco que aconsejaba en el ágora de los
matar a Menelao y no dejarle volver a los aqueos, cuando vino a título de
or con el deiforme Ulises, ahora pagaréis la insolente injuria que nos infirió
padre.

hijo, y derribó del carro a Pisandro: dióle una lanzada en el pecho y lo tumbó de
. De un salto apeóse Hipóloto, y ya en tierra, Agamenón le cercenó con la espada

os y la cabeza, que tiró, haciendola rodar como un montero, por entre las filas. El ejército a éstos, y seguido de otros aqueos, de hermosas grebas, fuese derecho al sitio de las falanges, mezclándose en montón confuso, combatían. Los infantes mataban a los que se veían obligados a huir; los que combatían desde el carro daban muerte a los enemigos que así peleaban, y a todos los envolvía la polvareda que en el polvo levantaban con sus sonoras pisadas los caballos. Y el rey Agamenón iba adelante, matando troyanos y animando a los argivos. Como al estallar voraz el viento en un bosque, el viento hace oscilar las llamas y todo propaga por todas partes, y los árboles cedan a la violencia del fuego y caen con sus mismas raíces, de igual manera caían las cabezas de los troyanos puestos en fuga por Agamenón Atrida, y muchos de erguido cuello arrastraban con estrépito por el campo los carros vacíos y de menos a los eximios conductores; pero éstos, tendidos en tierra, eran ya más numerosos que a sus propias esposas.

Héctor, Zeus le sustrajo de los tiros, el polvo, la matanza, la sangre y el tumulto; él iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos. Los troyanos corrían aterrados, deseosos de refugiarse en la ciudad, y ya habían dejado a su espalda el muro del antiguo Ilo Dardánida y el cabrahígo; y el Atrida les seguía al alcance, matando, con las invictas manos llenas de polvo y sangre. Los que primero llegaron a las Esceas y a la encina detuviéronse para aguardar a sus compañeros, los cuales corrían por la llanura como vacas aterrorizadas por un león que, presentándose en la oscuridad de la noche, da cruel muerte a una de ellas, rompiendo su cerviz con los dientes y tragando su sangre y sus entrañas; del mismo modo el rey Agamenón perseguía a los troyanos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados. El rey manejando la lanza con gran furia, derribó a muchos, ya de pechos, ya de espaldas, de sus respectivos carros. Mas cuando le faltaba poco para llegar al alto muro de la ciudad, el padre de los hombres y de los dioses bajó del cielo con el relámpago en la mano; se sentó en una de las cumbres del Ida, abundante en manantiales, y llamó a Iris, la diosa de las alas, para que le sirviese de mensajera:

Anda, ve, rápida Iris! Dile a Héctor estas palabras: Mientras vea que Agamenón, jefe de los hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza filas de hombres, y ordene al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas si aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, le daré fuerzas para matar enemigos hasta que llegue a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la noche.

Así dijo; y la veloz Iris, de pies ligeros como el viento, no dejó de obedecerlo. Corrió de los montes ideos a la sagrada Ilio, y, hallando al divino Héctor, hijo del Príamo, de pie en el sólido carro, se detuvo a su lado, y le habló de esta manera: Héctor, hijo de Príamo, que en prudencia igualas a Zeus! El padre Zeus me manda que te diga lo siguiente: Mientras veas que Agamenón, jefe de los hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza sus filas, retírate de la lucha y ordena al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas así que aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, te dará fuerzas para matar enemigos hasta que llegues a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la sagrada noche.

Al oír Iris, la diosa de los pies ligeros, hubo dicho esto, se fue. Héctor saltó del carro al suelo para dejar las armas; y, blandiendo afiladas picas, recorrió el ejército, animóle a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara a los aqueos para huir; los argivos, por su parte, cerraron las filas de las falanges; reanudóse el combate; y Agamenón acometió el primero, porque deseaba adelantarse a todos en la batalla.

ecidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue el primer troyano ilustre que a Agamenón se opuso.

de Ifidamante Antenórida, valiente y alto de cuerpo, que se había criado en la acia, madre de ovejas. Era todavía niño cuando su abuelo materno Ciseo, padre o, la de hermosas mejillas, to acogió en su casa; y así que hubo llegado a la edad juvenil, lo conservó a su lado, dándole a su hija en matrimonio. Apenas Ifidamante tuvo que dejar el tálamo para ir a guerrear contra los aqueos: llegó por a Percote, dejó allí las doce corvas naves que mandaba y se encaminó por tierra a era quien salió al encuentro de Agamenón Atrida. Cuando ambos se hallaron frente, acometiéronse, y el Atrida erró el tiro, porque la lanza se le desvió; rite dio con la pica un bote en la cintura de Agamenón, más abajo de la coraza, y, mpujó el astil con toda la fuerza de su brazo, no logró atravesar el labrado tahalí, punta al chocar con la lámina de plata se torció como plomo. Entonces el o Agamenón asió de la pica, y tirando de ella con la furia de un león, la arrancó anos de Ifidamante, a quien hirió en el cuello con la espada, dejándole sin vigor mbros. De este modo cayó el desventurado para dormir el sueño de bronce, auxiliaba a los troyanos, lejos de su joven y legítima esposa, cuya gratitud no conocer después que tanto le había dado: hábale regalado cien bueyes y lo cien mil cabras y mil ovejas de las innumerables que sus pastores apacentaban. a Agamenón le quitó la magnífica armadura y se la llevó, abriéndose paso por aqueos.

dvirtiólo Coón, varón preclaro a hijo primogénito de Anténor, y densa nube de brió sus ojos por la muerte del hermano. Púsose al lado de Agamenón sin que otara, dióle una lanzada en medio del brazo, en el codo, y se lo atravesó con la la reluciente pica. Estremecióse el rey de hombres, Agamenón, mas no por esto luchar ni de combatir; sino que arremetió con la impetuosa lanza a Coón, el cual uraba a retirar, asiéndolo por el pie, el cadáver de Ifidamante, su hermano de a voces pedía auxilio a los más valientes. Mientras arrastraba el cadáver por turba, cubriéndolo con el abollonado escudo, Agamenón le envasó la broncínea ejó sin vigor sus miembros, y le cortó la cabeza sobre el mismo Ifidamante. Y ijos de Anténor, cumpliéndose su destino, acabaron la vida a manos del rey descendieron a la morada de Hades.

ntróse luego Agamenón por las filas de otros guerreros, y combatió con la lanza, a y grandes piedras mientras la sangre caliente brotaba de la herida; mas así que ecó y la sangre dejó de correr, agudos dolores debilitaron sus fuerzas. Como los agudos y acerbos que a la parturienta envían las Ilitias, hijas de Hera, las cuales los alumbramientos y disponen de los terribles dolores del parto; tales eran los lolores que debllitaron las fuerzas del Atrida. De un salto subió al carro; con el afligido mandó al auriga que le llevase a las cóncavas naves, y gritando fuerte s dánaos:

Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Apartad vosotros de las naves as del ponto el funesto combate; pues a mí el pródigo Zeus no me permite : todo el día con los troyanos.

así dijo. El auriga picó con el látigo a los caballos de hermosas crines, lolos a las cóncavas naves; ellos volaron gozosos, con el pecho cubierto de y envueltos en una nube de polvo sacaron del campo de la batalla al fatigado rey. éctor, al notar que Agamenón se ausentaba, con penetrantes gritos animó a los y a los licios:

Troyanos, licios, dárđanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y vuestro impetuoso valor. El guerrero más valiente se ha ido, y Zeus Cronida me una gran victoria. Pero dirigid los solípedos caballos hacia los fuertes dánaos y que alcanzaréis será mayor.

En estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Como un cazador azuza a los perros de blancos dientes contra un montaraz jabalí o contra un león, así Héctor Priáida alienta a Ares, funesto a los mortales, incitaba a los magnánimos troyanos contra los aqueos. Muy alentado, abrióse paso por los combatientes delanteros, y cayó en la batalla en la furia que viene de to alto y alborota el violáceo ponto.

¿Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mató Héctor Priáida? Zeus le dio gloria?

El primero, y después Autónoo, Opites, Dólope Clítida, Ofeltio, Agelao,

Oro y el bravo Hipónoo. A tales caudillos dánaos dio muerte, y además a muchos hombres del pueblo. Como el Céfiro agita y se lleva en furioso torbellino las olas del veloz Noto tenía reunidas, y gruesas olas se levantan y la espuma llega a to el soplo del errabundo viento; de esta manera caían delante de Héctor muchas de gente del pueblo.

Entonces gran estrago a irreparables males se hubieran próducido, y los aqueos, en la fuga, no habrían parado hasta las naves, si Ulises no hubiese exhortado al dios Diomedes:

Diomedes! ¿Por qué no mostramos nuestro impetuoso valor? Ea, ven aquí, amigo; ven a mi lado. Vergonzoso fuera que Héctor, el de tremolante casco, se apoderase de las naves.

Respondióle el fuerte Diomedes:

¿Cómo me quedaré y resistiré, aunque será poco el provecho que logremos; pues Zeus, Cronida, antona las nubes, quiere conceder la victoria a los troyanos y no a nosotros.

Ulyses, hijo, y derribó del carro a Timbreo, envasándole la pica en la tetilla izquierda;

Ulyses hería al escudero del mismo rey, a Molión, igual a un dios. Dejaronlos los aqueos como los pusieron fuera de combate, y penetrando por la turba causaron pánico y terror, como dos embravecidos jabalíes que acometen a perros de caza. Así, como el viento vuelto a combatir, mataban a los troyanos; y en tanto los aqueos, que huían de ellos, pudieron respirar placenteramente.

Ulyses mató también alcance a dos hombres que eran los más valientes de su pueblo y que iban en un mismo carro, a los hijos de Mérope percioso: éste conocía como nadie el peligro de la guerra, y no quería que sus hijos fuesen a la homicida guerra; pero ellos no lo oyeron, impelidos por las parcas de la negra muerte. Diomedes Tidida, famoso por su valor, les quitó el alma y la vida y los despojó de las magníficas armaduras. Ulyses mató a Hipódamo y a Hipéroco.

Entonces el Cronida, que desde el Ida contemplaba la batalla, igualó el combate en los carros y aqueos se mataban. El hijo de Tideo dio una lanzada en la cadera al héroe Peónida, que por no tener cerca los corceles no pudo huir, y ésta fue la causa de su muerte: el escudero tenía el carro algo distante, y él se revolvía furioso entre los aqueos delanteros, hasta que perdió la vida. Atisbó Héctor a Ulyses y a Diomedes, y gritando, y pronto siguieron tras él las falanges de los troyanos. Al verlo, corrió el valeroso Diomedes, y dijo a Ulyses, que estaba a su lado:

Contra nosotros viene esa calamidad, el impetuoso Héctor. Ea, aguardémosle a pie firme; seremos con él.

Ulyses, hijo; y apuntando a la cabeza de Héctor, blandió y arrojó la ingente lanza, y no le dio; pero fue a dar en la cima del yelmo; pero el bronce rechazó al bronce, y la punta no

hermoso cutis por impedírsele el casco de tres dobleces y agujeros a guisa de alo de Febo Apolo. Héctor entonces retrocedió un buen trecho, y, penetrando por cayó de rodillas, apoyó la robusta mano en el suelo y obscura noche cubrió sus entras el Tidida atravesaba las primeras filas para recoger la lanza que en el suelo clavado, Héctor tornó en su sentido, subió de un salto al carro, y, dirigiéndolo medio de la multitud, evitó la negra muerte. Y el fuerte Diomedes, que lanza en perseguía, exclamó:

Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el o de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde to encuentro y un dios me r ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

ijo; y empezó a despojar el cadáver del Peónida, famoso por su lanza. Pero o, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, que se apoyaba en una columna lcro de Ilo Dardánida, antiguo anciano honrado por el pueblo, armó el arco y lo l hijo de Tideo, pastor de hombres. Y mientras éste quitaba al cadáver del Agástrofo la labrada coraza, el manejable escudo de debajo del pecho y el asco, aquél tiró del arco y disparó; y la flecha no salió inútilmente de su mano, le atravesó al héroe el empeine del pie derecho y se clavó en tierra. Alejandro su escondite, y con grande y regocijada risa se gloriaba diciendo:

Herido estás; no se perdió el tiro. Ojalá que, acertándote en un ijar, lo hubiese la vida. Así los troyanos tendrían un desahogo en sus males, pues te temen como as baladoras cabras.

n turbarse le respondió el fuerte Diomedes:

Flechero, insolente, experto sólo en manejar el arco, mirón de doncellas! Si frente midieras conmigo las armas, no te valdría el arco ni las abundantes flechas. : alabas sin motivo, pues sólo me rasguñaste el empeine del pie. Tanto me cuido rida como si una mujer o un insipiente niño me la hubiese causado, que poco flecha de un hombre vil y cobarde. De otra clase es el agudo dardo que yo arrojó: o que penetre deja exánime al que to recibe, y la mujer del muerto desgarras sus hijos quedan huérfanos, y el cadáver se pudre enrojeciéndose con su sangre la eniendo a su alrededor más aves de rapiña que mujeres.

sí dijo. Ulises, famoso por su lanza, acudió y se le puso delante. Diomedes se rancó del pie la aguda flecha y un dolor terrible recorrió su cuerpo. Entonces carro y con el corazón afligido mandó al auriga que lo llevase a las cóncavas

lises, famoso por su lanza, se quedó solo; ningún argivo permaneció a su lado, l terror los poseía a todos. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

Ay de mí! ¿Qué me ocurrirá? Muy malo es huir, temiendo a la muchedumbre, y . que me cojan quedándome solo, pues a los demás dánaos el Cronión los puso en as ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? Sé que los cobardes huyen bate, y quien descuella en la batalla debe mantenerse firme, ya sea herido, ya a a.

ientras revolvía tales pensamientos en su mente y en su corazón, llegaron las de los escudados troyanos, y, rodeándole, su propio mal entre ellos encerraron. os perros y los florecientes mozos cercan y embisten a un jabalí que sale de la elva aguzando en sus corvas mandíbulas los blancos colmillos, y aunque la fiera s dientes y aparezca terrible, resisten firmemente; así los troyanos acometían : por todos lados a Ulises, caro a Zeus. Mas él dio un salto y clavó la aguda pica ombro del eximio Deyopites; mató luego a Toón y a Ennomo; alanceó en el

por debajo del cóncavo escudo a Quersidamante, que se apeaba del carro y cayó vivo y cogió el suelo con las manos; y, dejándolos a todos, envasó la lanza a Hipásida, hermano carnal del noble Soco. Éste, que parecía un dios, vino a lo, y, deteniéndose cerca de Ulises, hablóle de este modo:

Célebre Ulises, varón incansable en urdir engaños y en trabajar! Hoy, o podrás de haber muerto y despojado de las armas a ambos Hipásidas, o perderás la vida, o mi lanza.

Cuando esto hubo dicho, le dio un bote en el liso escudo: la fornida lanza atravesó el escudo, clavóse en la labrada coraza y levantó la piel del costado; pero Palas no permitió que llegara a las entrañas del varón. Entendió Ulises que por el sitio no era mortal, y retrocediendo dijo a Soco estas palabras:

Ah infortunado! Grande es la desgracia que sobre ti ha caído. Lograste que cesaras con los troyanos, pero yo te digo que la perdición y la negra muerte te añ hoy; y, vencido por mi lanza, me darás gloria, y a Hades, el de los famosos el alma.

Hijo, y como Soco se volviera para huir, clavóle la lanza en el dorso, entre los hombros, y le atravesó el pecho. El guerrero cayó con estrépito, y el divino Ulises se puso a su obra:

Oh Soco, hijo del aguerrido Hípaso, domador de caballos! Te sorprendió la muerte antes de que pudieses evitarla. ¡Ah mísero! A ti, una vez muerto, ni el padre ni la madre te cerrarán los ojos, sino que te desgarrarán las carnívoras aves del lote con sus tupidas alas; mientras que a mí, si muero, los divinos aqueos me harán cenizas y cenizas fúnebres.

Ulises, así diciendo, arrancó de su cuerpo y del abollonado escudo la ingente lanza que había arrojado; brotó la sangre y afligióle el corazón. Los magnánimos troyanos, al ver la sangre, se exhortaron mutuamente entre la turba y embistieron todos a Ulises, y Ulises se defendió, llamando a voces a sus compañeros. Tres veces gritó cuanto un varón puede hacer a voz en cuello; tres veces Menelao, caro a Ares, lo oyó, y al punto dijo a Ulises que estaba a su lado:

Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Oigo la voz del hijo de Ulises como si los troyanos, habiéndole aislado en la terrible lucha, lo estuviesen atacando. Acudámosle, abriéndonos calle por la turba, pues lo mejor es llevarle socorro. Que a pesar de su valentía le suceda alguna desgracia solo entre los troyanos, y que los dánaos te echen muy de menos.

Ulises, así diciendo, partió y siguióle Ayante, varón igual a un dios. Pronto dieron con el carro a Zeus, a quien los troyanos acometían por todos lados como los rojizos chacandanes en el monte a un cornífero ciervo herido por la flecha que un hombre le clavó con el arco -sálvase el ciervo, merced a sus pies, y huye en tanto que la sangre corre entre y las rodillas ágiles; póstralo luego la veloz saeta, y, cuando carnívoros perros lo despedazan en la espesura de un monte, trae la fortuna un voraz león que, al ir a los chacales, devora a aquél-; así entonces muchos y robustos troyanos acudieron al aguerrido y sagaz Ulises; y el héroe, blandiendo la pica, apartaba de sí la muerte. Pero llegó Ayante con su escudo como una torre, se puso al lado de Ulises y los troyanos se espantaron y huyeron a la desbandada. Y el marcial Menelao, así como no al héroe, sacólo de la turba mientras el escudero acercaba el carro.

Ayante, acometiendo a los troyanos, mató a Doriclo, hijo bastardo de Príamo, a Pandoco, Lisandro, Píraso y Pilartes. Como el hinchado torrente que acreció la lluvia por Zeus baja rebosante por los montes a la llanura, arrastra muchos pinos y encinas y arroja al mar gran cantidad de cieno, así entonces el ilustre Ayante desordenaba y

a por el campo a los enemigos y destrozaba corceles y guerreros. Héctor no lo lvertido, porque peleaba en la izquierda de la batalla, cerca de la orilla del idro: allí las cabezas caían en mayor número y un inmenso vocerío se dejaba oír del gran Néstor y del marcial Idomeneo. Entre todos revolvíase Héctor, que, o arduas proezas con su lanza y su habilidad ecuestre, destruía las falanges de guerreros. Y los divinos aqueos no retrocedieran aún, si Alejandro, esposo de la de hermosa cabellera, no hubiese puesto fuera de combate a Macaón, pastor de , mientras descollaba en la pelea, hiriéndolo en la espalda derecha con trifurcada os aqueos, aunque respiraban valor, temieron que la lucha se inclinase, y aquél erto. Y al punto habló Idomeneo al divino Néstor:

Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Ea, sube al carro, póngase junto a ti, y dirige presto a las naves los solípedos corceles. Pues un médico vale hos hombres, por su pericia en arrancar flechas y aplicar drogas calmantes. ijo; y Néstor, caballero gerenio, no dejó de obedecerlo. Subió al carro, y tan omo Macaón, hijo del eximio médico Asclepio, lo hubo seguido, picó con el los caballos y éstos volaron de su grado hacia las cóncavas naves, pues les volver a ellas.

abriones, que acompañaba a Héctor en el carro, notó que los troyanos eran os, y le dijo:

Héctor! Mientras nosotros combatimos aquí con los dánaos en un extremo de la orrisona, los demás troyanos son desbaratados y se agitan en confuso tropel homballos. Ayante Telamonio es quien los desordena; bien lo conozco por el ancho ue cubre sus espaldas. Enderecemos a aquel sitio los corceles del carro, que allí mpeñada la pelea, mayor la matanza de peones y de los que combaten en carros, sa la gritería que se levanta.

abiendo hablado así, azotó con el sonoro látigo a los caballos de hermosas crines. a éstos el golpe y arrastraron velozmente por entre troyanos y aqueos el veloz cando cadáveres y escudos; el eje tenía la parte inferior cubierta de sangre y los es estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las e las ruedas despedían. Héctor, deseoso de penetrar y deshacer aquel grupo de i, promovía gran tumulto entre los dánaos, no dejaba la lanza quieta, recorría las iquéllos y peleaba con la lanza, la espada y grandes piedras; solamente evitaba el o con Ayante Telamonio [porque Zeus se irritaba contra él cuando combatía con ero más valiente].

padre Zeus, que tiene su trono en las alturas, infundió temor en Ayante y éste se ónito, se echó a la espalda el escudo formado por siete boyunos cueros, paseó su or la turba, como una fiera, y retrocedió volviéndose con frecuencia y andando a to. Como los canes y los pastores del campo ahuyentan del boíl a un tostado león, ndo toda la noche, no le dejan llegar a los pingües bueyes; y el león, ávido de comete furioso y nada consigue, porque caen sobre él multitud de venablos s por robustas manos y encendidas teas que le dan miedo, y, cuando empieza a l día, se escapa la fiera con ánimo afligido; así Ayante se alejaba entonces de los i, contrariado y con el corazón entristecido, porque temía mucho por las naves de eos. De la suerte que un tardo asno se acerca a un campo, y venciendo la ia de los niños que rompen en sus espaldas muchas varas, penetra en él y las crecidas mieses; los muchachos lo apalean; pero, como su fuerza es poca, siguen echarlo con trabajo, después que se ha hartado de comer; de la misma los animosos troyanos y sus auxiliares, reunidos en gran número, perseguían al ante, hijo de Telamón, y le golpeaban el escudo con las lanzas. Ayante unas

ostraba su impetuoso valor, y revolviendo detenía las falanges de los troyanos, res de caballos; otras, tornaba a huir; y, moviéndose con furia entre los troyanos y os, conseguía que los enemigos no se encaminasen a las veleras naves. Las lanzas os audaces despedían se clavaban en el gran escudo o caían en el suelo delante e, antes de llegar a su blanca piel, deseosas de saciarse de su carne.

uando Eurípilo, preclaro hijo de Evemón, vio que Ayante estaba tan abrumado opiosos tiros, se colocó a su lado, arrojó la reluciente lanza y se la clavó en el hí- bajo del diafragma, a Apisaón Fausiada, pastor de hombres, dejándole sin vigor las. Corrió en seguida hacia él y se puso a quitarle la armadura. Pero advirtiéndolo el e Alejandro, y disparando el arco contra Eurípilo logró herirlo en el muslo : la caña de la saeta se rompió, quedó colgando y apesgaba el muslo del guerrero. obedió al grupo de sus amigos, para evitar la muerte, y, dando grandes voces, os dánaos:

Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Deteneos, volved la cara al e, y librad del día cruel a Ayante que está abrumado por los tiros y no creo que on vida del horrísono combate. Pero deteneos afrontando a los contrarios, y l gran Ayante, hijo de Telamón.

iles fueron las palabras de Eurípilo al sentirse herido, y ellos se colocaron junto a os escudos sobre los hombros y las picas levantadas. Ayante, apenas se juntó con pañeros, detúvose y volvió la cara a los troyanos.

guieron, pues, combatiendo con el ardor de encendido fuego; y, entre tanto, las le Neleo, cubiertas de sudor, sacaban del combate a Néstor y a Macaón, pastor de Reconoció al último el divino Aquiles, el de los pies ligeros, que desde la popa gente nave contemplaba la gran derrota y deplorable fuga, y en seguida llamó, nave, a Patroclo, su compañero: oyólo éste, y, parecido a Ares, salió de la tienda. el origen de su desgracia. El esforzado hijo de Menecio habló el primero,

:
Por qué me llamas, Aquiles? ¿Necesitas de mí?

espondió Aquiles, el de los pies ligeros:

Divino Meneciada, carísimo a mi corazón! Ahora espero que los aqueos vendránirme y se postrarán a mis plantas, porque no es llevadera la necesidad en que se ero ve Patroclo, caro a Zeus, y pregunta a Néstor quién es el herido que saca del . Por la espalda tiene gran semejanza con Macaón el Asclepiada, pero no le vi el ues las yeguas, deseosas de llegar cuanto antes, pasaron rápidamente por mi lado. sí dijo. Patroclo obedeció al amado compañero y se fue corriendo a las tiendas y ueas.

uando aquéllos hubieron llegado a la tienda del Nelida, descendieron del carro al olo, y Eurimedonte, servidor del anciano, desunció los corceles. Néstor y Macaón secar el sudor que mojaba sus corazas, poniéndose al soplo del viento en la orilla y, penetrando luego en la tienda, se sentaron en sillas. Entonces les preparó una Hecamede, la de hermosa cabellera, hija del magnánimo Arsínoo, que el anciano llevado de Tenedos cuando Aquiles entró a saco en esta ciudad: los aqueos se la ron a Néstor, que a todos superaba en el consejo. Hecamede acercó una mesa a, de pies de acero, pulimentada; y puso encima una fuente de bronce con manjar propio para la bebida, miel reciente y .sacra harina de flor, y una bella arnecida de áureos clavos que el anciano se había llevado de su palacio y tenía sas -Dada una entre dos palomas de oro- y dos sustentáculos. A otro anciano le sido difícil mover esta copa cuando después de llenarla se ponía en la mesa, pero a levantaba sin esfuerzo. En ella la mujer, que parecía una diosa, les preparó la

echó vino de Pramnio, raspó queso de cabra con un rallo de bronce, espolvoreó la con blanca harina y los invitó a beber así que tuvo compuesto el potaje. Ambos i, y, apagada la abrasadora sed, se entregaron al deleite de la conversación cuando , varón igual a un dios, apareció en la puerta. Violo el anciano; y, levantándose so asiento, le asió de la mano, le hizo entrar y le rogó que se sentara; pero se excusó diciendo:

No puedo sentarme, anciano alumno de Zeus; no lograrás convencerme. ple y temible es quien me envía a preguntar a qué guerrero trajiste herido; pero ya es estoy viendo a Macaón, pastor de hombres. Voy a llevar, como mensajero, la a Aquiles. Bien sabes tú, anciano alumno de Zeus, lo violento que es aquel y cuán pronto culparía hasta a un inocente.

espondióle Néstor, caballero gerenio:

Cómo es que Aquiles se compadece de los aqueos que han recibido heridas? ¡No qué aflicción está sumido el ejército! Los más fuertes, heridos unos de cerca y lejos, yacen en las naves. Con arma arrojadiza fue herido el poderoso Tidida es; con la pica, Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecharonle islo, y acabo de sacar del combate a este otro, herido también por una saeta que despidió. Pero Aquiles, a pesar de su valentía, ni se cura de los dánaos ni se le ellos. ¿Aguarda acaso que las veleras naves sean devoradas por el fuego en la orilla del mar, sin que los argivos puedan impedirlo, y que unos en pos de cumbamos todos? Ya el vigor de mis ágiles miembros no es el de antes. ¡Ojalá n joven y mis fuerzas tan robustas como cuando en la contienda levantada entre ; y nosotros por el robo de bueyes, maté a Itimoneo, al valiente Hiperóquida, que la Elide, y tomé represalias! Itimoneo defendía sus vacas, pero cayó en tierra . primeros, herido por el dardo que le arrojó mi mano, y los demás campesinos espantados. En aquel campo logramos un espléndido botín: cincuenta vacadas, ntas manadas de ovejas, otras tantas piaras de cerdos, otros tantos rebaños s de cabras y ciento cincuenta yeguas bayas, muchas de ellas con sus potros. misma noche lo llevamos a Pilos, ciudad de Neleo, y éste se alegró en su corazón ne correspondiera una gran parte, a pesar de ser yo tan joven cuando fui al com- alborear, los heraldos pregonaron con voz sonora que se presentaran todos a quienes se les debía algo en la divina Élide, y los caudillos pilios repartieron el on muchos de nosotros estaban en deuda los epeos, pues, como en Pilos éramos ios ofendían; y en años anteriores había venido el fornido Heracles, que nos y dio muerte a los principales ciudadanos. De los doce hijos del irrepreensible an sólo yo quedé con vida; todos los demás perecieron. Engreídos los epeos, de as corazas, por tales hechos, nos insultaban y urdían contra nosotros inicuas .-El anciano Neleo tomó entonces un rebaño de bueyes y otro grande de cabras, ido trescientas de éstas con sus pastores, por la gran deuda que tenía que cobrar ivina Élide: había enviado cuatro corceles, vencedores en anteriores juegos, a un carro, para aspirar al premio de la carrera, el cual consistía en un trípode; y rey de hombres, se quedó con ellos y despidió al auriga, que se fue triste por lo . Airado por tales insultos y acciones, el anciano escogió muchas cosas y dio lo al pueblo, encargando que se distribuyera y que nadie se viese privado de su va porción. Hecho el reparto, ofrecimos en la ciudad sacrificios a los dioses.- Trespués se presentaron muchos epeos con carros tirados por solípedos caballos y ueste reunida; y entre sus guerreros se hallaban ambos Molión, que entonces os y no habían mostrado aún su impetuoso valor. Hay una ciudad llamada en la cima de un monte contiguo al Alfeo, en los confines de la arenosa Pilos: los

quisieron destruirla y la sitiaron. Mas así que hubieron atravesado la llanura, descendió presurosa del Olimpo, cual nocturna mensajera, para que tomáramos as, y no halló en Pilos un pueblo indolente, pues todos sentíamos vivos deseos de c. A mí Neleo no me dejaba vestir las armas y me escondió los caballos, no me por suficientemente instruido en las cosas de la guerra. Y con todo eso, í, siendo infante, entre los nuestros, que combatían en carros; pues fue Atenea la uso de esta suerte el combate. Hay un río nombrado Minieo, que desemboca en cerca de Arene: allí los caudillos de los pilios aguardamos que apareciera la aurora, y en tanto afluyeron los infantes. Reunidos todos y vestida la armadura, nos, llegando al mediodía a la sagrada corriente del Alfeo. Hicimos hermosos os al prepotente Zeus, inmolamos un toro al Alfeo, otro a Posidón y una gregal atenea, la de ojos de lechuza; cenamos sin romper las filas, y dormimos, con la a puesta, a orillas del río. Los magnánimos epeos estrechaban el cerco de la deseosos de destruirla; pero antes de lograrlo se les presentó una gran acción de ando el resplandeciente sol apareció en to alto, trabamos la batalla, después de us y a Atenea. Y en la lucha de los pilios con los epeos, fui el primero que mató mbre, al belicoso Mulio, cuyos solípedos corceles me llevé. Era éste yerno de por estar casado con la rubia Agamede, la hija mayor, que conocía cuantas roduce la vasta tierra. Y, acercándome a él, le envasé la bronceína lanza, lo n el polvo, salté a su carro y me coloqué entre los combatientes delanteros. Los mos epeos huyeron en desorden, aterrorizados de ver en el suelo al hombre que a a los que combatían en carros y tan fuerte era en la batalla. Lancéme a ellos cual torbellino; tomé cincuenta carros, venciendo con mi lanza y haciendo morder la os dos guerreros que en cada uno venían; y hubiera matado a entrambos Molión a, si su padre, el poderoso Posidón, que conmueve la tierra, no los hubiese envolviéndolos en espesa niebla y sacándolos del combate. Entonces Zeus ó a los pilios una gran victoria. Perseguimos a los eleos por la espaciosa llanura, o hombres y recogiendo magníficas armas, hasta que nuestros corceles nos a Buprasio, fértil en trigo, la roca Olenia y Alesio, al sitio llamado *la colina*, atenea hizo que el ejército se volviera. Allí dejé tendido al último hombre que ando desde Buprasio dirigieron los aqueos los rápidos corceles a Pilos, todos racias a Zeus entre los dioses y a Néstor entre los hombres. Tal era yo entre los s, si todo no ha sido un sueño.- Pero del valor de Aquiles sólo se aprovechará él y creo que ha de ser grandísimo su llanto cuando el ejército perezca. ¡Oh amigo! o to hizo un encargo el día en que to envió desde Ftía a Agamenón, estábamos el palacio yo y el divino Ulises y oímos cuanto aquél to encargó. Nosotros, que reclutábamos tropas en la fértil Acaya, habíamos llegado a la bien habitada casa , donde encontramos al héroe Menecio, a ti y a Aquiles. Peleo, el anciano jinete, a dentro del patio pingües muslos de buey en honor de Zeus, que se complace en ayos; y con una copa de oro vertía el negro vino en la ardiente llama del o, mientras vosotros preparabais carnes de buey. Nos detuvimos en el vestíbulo; se levantó sorprendido, y cogiéndonos de la mano nos introdujo, nos hizo sentar reció presentes de hospitalidad, como se acostumbra hacer con los forasteros. mos de bebida y de comida el apetito, y empecé a exhortaros para que os con nosotros; ambos to anhelabais y vuestros padres os daban muchos consejos. no Peleo recomendaba a su hijo Aquiles que descollara siempre y sobresaliera s demás, y a su vez Menecio, hijo de Áctor, lo aconsejaba así: «¡Hijo mío! te aventaja por su abolengo, pero tú le superas en edad; aquél es mucho más ero hazle prudentes advertencias, amonéstalo a instrúyelo y te obedecerá para su

ien.» Así lo aconsejaba el anciano, y tú lo olvidas. Pero aún podrías recordárselo a Aquiles y quizás lograras persuadirlo. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún amigo moverías su corazón? Gran fuerza tiene la exhortación de un amigo. Y si se de combatir por algún vaticinio que su madre, enterada por Zeus, le ha revelado, menos te envíe a ti con los demás mirmidones, por si llegas a ser la aurora de salir los dánaos, y te permita llevar en el combate su magnífica armadura para que nos te confundan con él y cesen de pelear, los belicosos aqueos que tan abatidos reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Vosotros, os halláis extenuados de fatiga, rechazaríais fácilmente de las naves y tiendas ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.

Así dijo, y conmovióle el corazón dentro del pecho. Patroclo fuese corriendo por las naves para volver a la tienda de Aquiles Eácida. Mas cuando, corriendo, llegó a casa del divino Ulises -allí se celebraba el ágora y se administraba justicia ante los jueces a los dioses- regresaba del combate, cojeando, Eurípilo Evemónida, herido por Zeus, que había recibido un flechazo en el muslo: abundante sudor corría por sus hombros, y la negra sangre brotaba de la grave herida, pero su inteligencia estaba firme. Violo el esforzado hijo de Menecio, se compadeció de él y, al verlo, dijo estas aladas palabras:

Ah infelices caudillos y príncipes de los dánaos! ¡Así debíais en Troya, lejos de vuestros y de la patria tierra, saciar con vuestra blanca grasa a los ágiles perros! Pero ¿cómo puede Eurípilo, alumno de Zeus: ¿Podrán los aqueos sostener el ataque del ingente ejército o perecerán vencidos por su lanza?

Respondióle Eurípilo herido:

Patroclo, del linaje de Zeus! Ya no habrá defensa para los aqueos que corren a la muerte en las negras naves. Cuantos fueron hasta aquí los más valientes yacen en sus heridas unos de cerca y otros de lejos por mano de los troyanos, cuya fuerza va aumentando. Pero sálvame llevándome a la negra nave, arráncame la flecha del muslo, y con agua tibia la negra sangre que fluye de la herida y ponme en ella drogas preciosas y salutíferas que, según dicen, te dio a conocer Aquiles, instruido por Quirón, el centauro. Pues de los dos médicos, Podalirio y Macaón, el uno creo que está herido en su tienda, y a su vez necesita de un buen médico, y el otro sostiene el combate en la llanura troyana.

Respondió el esforzado hijo de Menecio:

¿Cómo acabará esto? ¿Qué haremos, héroe Eurípilo? Iba a decir al aguerrido hijo de Néstor Gerenio, protector de los aqueos, me encargó; pero no te dejaré así, ni por el dolor.

Así dijo; y, cogiendo al pastor de hombres por el pecho, llevólo a la tienda. El hijo de Néstor, al verlos venir, extendió en el suelo pieles de buey. Patroclo recostó en ellas a Eurípilo y sacó del muslo, con la daga, la aguda y acerba flecha; y, después de lavar con agua la negra sangre, espolvoreó la herida con una raíz amarga y calmante que el centauro había desmenuzado con la mano. La raíz le calmó todos los dolores, secóse la herida y la sangre dejó de correr.

CANTO XII*

Combate en la muralla

Los troyanos asaltan con éxito la muralla y el foso del campamento aqueo. Héctor, con una gran piedra, abre la puerta de entrada al campamento y abre una vía de acceso a sus tropas.

Anto que el fuerte hijo de Menecio curaba, dentro de la tienda, a Eurípilo herido, anse confusamente argivos y troyanos. Ya no había de contener a éstos ni el foso ho muro que al borde del mismo construyeron los dánaos, sin ofrecer a los dioses bes perfectas, p ara que los defendiera a ellos y las veleras naves y el mucho botín ro se guardaba. Levantado el muro contra la voluntad de los inmortales dioses, subsistir largo tiempo. Mientras vivió Héctor, estuvo Aquiles irritado y la ciudad Príamo no fue expugnada, la gran muralla de los aqueos se mantuvo firme. Pero, hubieron muerto los más valientes troyanos, de los argivos unos perecieron y salvaron, la ciudad de Príamo fue destruida en el décimo año, y los argivos se ron para regresar a su patria; Posidón y Apolo decidieron arruinar el muro con la e los ríos que corren de los montes ideos al mar: el Reso, el Heptáporo, el Careso, o), el Gránico, el Esepo, el divino Escamandro y el Simoente, en cuya ribera al polvo muchos cascos, escudos de boyuno cuero y la generación de los . semidioses.- Febo Apolo desvió el curso de todos estos ríos y dirigió sus as a la muralla por espacio de nueve días, y Zeus no cesó de llover para que más e sumergiese en el mar. Iba al frente de aquéllos el mismo Posidón, que bate la n el tridente en la mano, y tiró a las olas todos los cimientos de troncos y piedras tanta fatiga echaron los aqueos, arrasó la orilla del Helesponto, de rápida e, enarenó la gran playa en que estuvo el destruido muro y volvió los ríos a los or donde discurrían sus cristalinas aguas.

o tal modo Posidón y Apolo debían proceder más tarde. Entonces ardía el so combate al pie del bien labrado muro, y las vigas de las torres resonaban al le los dardos. Los argivos, vencidos por el azote de Zeus, encerrábanse en el las cóncavas naves por miedo a Héctor, cuya valentía les causaba la derrota, y uía peleando y parecía un torbellino. Como un jabalí o un león se revuelve, o de su fuerza, entre perros y cazadores que agrupados le tiran muchos venablos no siente en su ánimo audaz ni temor ni espanto, y su propio valor la mata- y va lo a otro, probando las hileras de los hombres, y se apartan aquéllos hacia los que , de igual modo agitábase Héctor entre la turba y exhortaba a sus compañeros a foso. Los corceles, de pies ligeros, no se atrevían a hacerlo, y parados en el borde ban, porque el ancho foso les daba horror. No era fácil, en efecto, salvarlo ni rlo, pues tenía escarpados precipicios a uno y otro lado, y en su parte alta grandes gudas estacas, que los aqueos clavaron espesas para defenderse de los enemigos. llo tirando de un carro de hermosas ruedas difícilmente hubiera entrado en el os peones meditaban si podrían realizarlo. Entonces llegóse Polidamante al audaz y dijo:

Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus auxiliares! Dirigimos ntemente los veloces caballos al foso, y éste es muy difícil de pasar, porque está de agudas estacas y a lo largo de él se levanta el muro de los aqueos. Allí no os apearnos del carro ni combatir, pues se trata de un sitio estrecho donde temo nto seríamos heridos. Si Zeus altitonante, meditando males contra los aqueos, estruirlos completamente para favorecer a los troyanos, deseo que lo realice ntes y que aquéllos perezcan sin gloria en esta tierra, lejos de Argos. Pero si los e volviesen, y viniendo de las naves nos obligaran a repasar el profundo foso, me ue ni un mensajero podría retornar a la ciudad huyendo de los aqueos que ente entraran en combate. Ea, procedamos todos como voy a decir. Los escuderos os caballos en la orilla del foso y nosotros sigamos a Héctor a pie, con armas y midos; pues los aqueos no resistirán el ataque si sobre ellos pende la ruina.

dijo Polidamante, y su prudente consejo plugo a Héctor, el cual, en seguida y sin armas, saltó del carro a tierra. Los demás troyanos tampoco permanecieron en sus puestos; pues así que vieron que el divino Héctor lo dejaba, apeáronse todos, mandaron a los aurigas que pusieran los caballos en línea junto al foso, y, habiéndose ordenado en sus puestos, emprendieron la marcha con los respectivos jefes.

En primer lugar con Héctor y Polidamante los más y mejores, que anhelaban romper el muro y derribar la cerca de las cóncavas naves; su tercer jefe era Cebríones, porque Héctor había puesto otro auriga inferior para cuidar del carro. De otro grupo eran caudillos Paris, y Agenor. El tercero lo mandaban Héleno y el deiforme Deífobo, hijos de Héctor y el héroe Asio Hirtácida, que había venido de Arisbe, de las orillas del río Símoneo, en un carro tirado por altos y fogosos corceles. El cuarto lo regía Eneas, hijo de Anquises, y con él Arquéloco y Acamante, hijos de Anténor, diestros en arte de combates. Por último, Sarpedón se puso al frente de los ilustres aliados, seguido por compañeros a Glauco y al belicoso Asteropeo, a quienes tenía por los más valerosos después de sí mismo, pues él descollaba entre todos. Tan pronto como hubieron puesto en su lugar los fuertes escudos y cerrado las filas, marcharon animosos contra los dánaos; pero como éstos, en vez de oponerles resistencia, se refugiarían en las negras naves.

Los troyanos y sus auxiliares venidos de lejas tierras siguieron el consejo del rey Polidamante, menos Asio Hirtácida, príncipe de hombres, que, negándose a dejar el carro y al auriga, se acercó con ellos a las veleras naves. ¡Insensato! No había de temer de las funestas parcas, ni volver, ufano de sus corceles y de su carro, de las naves que el destino había ordenado para Ilio; porque su hado infausto lo hizo morir atravesado por la lanza del ilustre héroe Deucálida. Fuese, pues, hacia la izquierda de las naves, al sitio por donde los troyanos solían volver de la llanura con los caballos y carros; hacia aquel lugar dirigió los ojos, pero no halló las puertas cerradas y aseguradas con el gran cerrojo, porque unos dánaos las tenían abiertas, con el fin de salvar a los compañeros que, huyendo del peligro, llegaran a las naves. A aquel paraje enderezó los caballos, y los demás troyanos dando agudos gritos, porque esperaban que los aqueos, en vez de oponerles resistencia, se refugiarían en las negras naves. ¡Insensatos! En las puertas encontraron a unos valerosísimos guerreros, hijos gallardos de los belicosos lapitas: el esforzado Polipetes, hijo de Pirítoo, y Leonteo, igual a Ares, funesto a los mortales. Ambos estaban cerradas las altas puertas, como en el monte unas encinas de elevada copa, fijadas al suelo por troncos gruesos y extensos, desafían constantemente el viento y la lluvia; de igual modo aquellos, confiando en sus manos y en su valor, aguardaron la llegada del gran peligro, pero no huyeron. Los troyanos se encaminaron con gran alboroto al bien construido muro, avanzando los escudos de secas pieles de buey, mandados por el rey Asio, seguido por Polipetes, Orestes, Adamante Asíada, Toón y Enómao. Polipetes y Leonteo hallábanse instigando a los aqueos, de hermosas grebas, a pelear por las naves; mas, así que vieron que los troyanos atacando la muralla y a los dánaos en clamorosa fuga, salieron ellos a combatir delante de las puertas, semejantes a montaraces jabalíes que en el momento del terror de la acometida de hombres y canes, y en curva carrera tronchan y derriban de raíz las plantas de la selva, dejando oír el crujido de sus dientes, hasta que los troyanos, tirándoles venablos, les quitan la vida; de parecido modo resonaba el luciente escudo en el pecho de los héroes a los golpes que recibían, pues peleaban con gran valor, confiando en los guerreros de encima de la muralla y en su propio valor. Desde las bien construidas naves los aqueos tiraban para defenderse a sí mismos, las tiendas y toldos de ligero andar. Como caen al suelo los copos de nieve que impetuoso viento levanta, así las pardas nubes, derrama en abundancia sobre la fértil tierra, así llovían los troyanos que arrojan aqueos y troyanos, y los cascos y abollonados escudos sonaban

te al chocar con ellos las ingentes piedras. Entonces Asio Hirtácida, dando un golpeándose el muslo, exclamó indignando:

Padre Zeus! Muy falaz te has vuelto, pues yo no esperaba que los héroes aqueos n resistencia a nuestro valor a invictas manos. Como las abejas o las flexibles que han anidado en fragoso camino y no abandonan su hueca morada al acercarse dores, sino que luchan por los hijuelos, así aquéllos, con ser dos solamente, no retirarse de las puertas mientras no perezcan, o la libertad no pierdan.

sí dijo; pero sus palabras no cambiaron la mente de Zeus, que deseaba conceder a a Héctor.

tros peleaban delante de otras puertas, y me sería difícil, no siendo un dios, todo. Por doquiera ardía el combate al pie del lapídeo muro; los argivos, aunque e angustia, veíanse obligados a defender las naves; y estaban apesarados todos los que en la guerra protegían a los dánaos. Entonces fue cuando los lapitas on el combate y la refriega.

l fuerte Polipetes, hijo de Pintoo, hirió a Dámaso con la lanza por el casco de as carrilleras: el casco de bronce no detuvo a aquélla cuya punta, de bronce , rompió el hueso; conmovióse el cerebro y el guerrero sucumbió mientras a con desnudo. Aquél mató luego a Pilón y a órmeno. Leonteo, hijo de Antímaco o de Ares, arrojó un dardo a Hipómaco y se lo clavó junto al ceñidor; luego inó la aguda espada, y acometiendo por en medio de la muchedumbre a s, lo hirió y lo tiró de espaldas; y después derribó sucesivamente a Menón, Yá Orestes, que fueron cayendo al almo suelo.

ientras ambos héroes quitaban a los muertos las lucientes armas, adelantaron la on Polidamante y Héctor los más y más valientes de los jóvenes, que sentían un eo de romper el muro y pegar fuego a las naves. Pero detuviéronse indecisos en del foso, cuando ya se disponían a atravesarlo, por haber aparecido encima de dejando el pueblo, a la izquierda, un ave agorera: un águila de alto vuelo, o en las garras un enorme dragón sangriento, vivo, que se estremecía y no se había o de la lucha, pues encorvándose hacia atrás hirióla en el pecho, cerca del cuello. a, penetrada de dolor, dejó caer el dragón en medio de la turba; y, chillando, voló apidez del viento. Los troyanos estremeciéronse al ver en medio de ellos la la sierpe, prodigio de Zeus, que lleva la égida. Entonces acercóse Polidamante al éctor, y le dijo:

Héctor! Siempre me increpas en las juntas, aunque lo que proponga sea bueno; s decoroso que un ciudadano hable en las reuniones o en la guerra contra lo de- lo para acrecentar tu poder. También ahora he de manifestar lo que considero ente. No vayamos a combatir con los dánaos cerca de las naves. Creo que nos lo que diré, si vino realmente para los troyanos, cuando deseaban atravesar el a ave agorera: un águila de alto vuelo, que dejaba el pueblo a la izquierda y n las garras un enorme dragón sangriento y vivo, y lo hubo de soltar presto antes r al nido y darlo a sus polluelos. De semejante modo, si con gran ímpetu os ahora las puertas y el muro, y los aqueos retroceden, luego no nos será posible e las naves en buen orden por el mismo camino; y dejaremos a muchos troyanos en el suelo, a los cuales los aqueos, combatiendo en defensa de sus naves, uerto con las broncíneas armas. Así lo interpretaría un augur que, por ser muy o en prodigios, mereciera la confianza del pueblo.

icarándole la torva vista, respondió Héctor, el de tremolante casco:

Polidamante! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si te hablas con seriedad, los mismos dioses te han hecho perder el juicio; pues me

as que, olvidando las promesas que Zeus tonante me hizo y ratificó luego, a a las aves aliabiertas, de las cuales no me cuidó ni en ellas paro mientes, sea an hacia la derecha por donde aparecen la aurora y el sol, sea que se dirijan a la a, al tenebroso ocaso. Confiemos en las promesas del gran Zeus, que reina sobre ortales a inmortales. El mejor agüero es éste: combatir por la patria. ¿Por qué te do el combate y la pelea? Aunque los demás fuéramos muertos en las naves no debieras temer por to vida; pues ni tu corazón es belicoso, ni te permite : a los enemigos. Y si dejas de luchar, o con tus palabras logras que otro se i, pronto perderás la vida, herido por mi lanza.

sí, habiendo hablado, echó a andar. Siguiéronlo todos con fuerte gritería, y Zeus, omplance en lanzar rayos, enviando desde los montes ideos un viento borrascoso, gran polvareda en las naves, abatió el ánimo de los aqueos, y dio gloria a los y a Héctor, que, fiados en las prodigiosas señales del dios y en su propio valor, an romper la gran muralla aquea. Arrancaban las almenas de las torres, demolían etos y derribaban los zócalos salientes que los aqueos habían hecho estribar en el ra que sostuvieran las torres. También tiraban de éstas, con la esperanza de el muro de los aqueos. Mas los dánaos no les dejaban libre el camino, y, ndo los parapetos con boyunas pieles, herían desde allí a los eremigos que al pie ralla se encontraban.

os dos Ayantes recorrían las torres, animando a los aqueos y excitando su valor; a rtes iban, y a uno le hablaban con suaves palabras y a otro le reñían con duras rque flojeaba en el combate:

Oh amigos, ya entre los argivos seáis los preeminentes, los mediocres o los ues no todos los hombres son iguales en la guema! Ahora el trabajo es común a vosotros mismos to conocéis. Nadie se vuelva atrás, hacia los bajeles, por oír las is de un troyano; id adelante y animaos mutuamente, por si Zeus olímpico, lor, nos permite rechazar el ataque y perseguir a los enemigos hasta la ciudad.

ando tales voces animaban a los aqueos para que combatieran. Cuan espesos caen s de nieve cuando en un día de invierno Zeus decide nevar, mostrando sus armas mbres, y, adormeciendo los vientos, nieva incesantemente hasta que cubre las los riscos de los montes más altos, las praderas cubiertas de loto y los fértiles cultivados por el hombre, y la nieve se extiende por los puertos y playas del o mar, y únicamente la detienen las olas, pues todo lo restante queda cubierto arrecia la nevada de Zeus, así, tan espesas, volaban las piedras por ambos lados, hacia los troyanos y las otras de éstos a los aqueos, y el estrépito se elevaba so- el muro.

las los troyanos y el esclarecido Héctor no habrían roto aún las puertas de la y el gran cerrojo, si el pródigo Zeus no hubiese incitado a su hijo Sarpedón os argivos, como a un león contra bueyes de retorcidos cuernos. Sarpedón levantó ida el escudo liso, hermoso, protegido por planchas de bronce, obra de un a que sujetó muchas pieles de bue y con varitas de oro prolongadas por ambos sta el borde circular; alzando, pues, la rodela y blandiendo un par de lanzas, se marcha como el montaraz león que en mucho tiempo no ha probado la carne y su udaz le impele a acometer un rebaño de ovejas yendo a la alquería sólidamente da; y, aunque en ella encuentre pastores que, armados con venablos y provistos s, guardan las ovejas, no quiere que lo echen del establo sin intentar el ataque, e, saltando dentro, o consigue hacer presa o es herido por un venablo que ágil arroja; del mismo modo, el deiforme Sarpedón se sentía impulsado por su ánimo el muro y destruir los parapetos. Y en seguida dijo a Glauco, hijo de Hipóloto:

Glauco! ¿Por qué a nosotros nos honran en la Licia con asientos preferentes, y copas de vino, y todos nos miran como a dioses, y poseemos campos grandes a orillas del Janto, con viñas y tierras de pan llevar? Preciso es que ahora engamos entre los más avanzados y nos lancemos a la ardiente pelea, para que uno de los licios, armados de fuertes corazas: «No sin gloria imperan nuestros la Licia; y si comen pingües ovejas y beben exquisito vino, dulce como la miel, son esforzados, pues combaten al frente de los licios». ¡Oh amigo! Ojalá que, de esta batalla, nos libráramos para siempre de la vejez y de la muerte, pues ni atiría en primera fila, ni to llevaría a la lid, donde los varones adquieren gloria; no son muchas las clases de muerte que penden sobre los mortales, sin que éstos vivir de ellas ni evitarlas, vayamos y daremos gloria a alguien, o alguien nos la nosotros.

Así dijo; y Glauco ni retrocedió ni fue desobediente. Ambos fueron adelante en la batalla, siguiéndoles la numerosa hueste de los licios. Estremeciéndose al advertirlo el hijo de Péteo, pues se encaminaban hacia su torre, llevando consigo la ruina de la cohorte de los aqueos, por si divisaba a algún jefe que librara del peligro a los griegos, y distinguió a entrambos Ayantes, incansables en el combate, y a Teucro, el hijo de la tienda, que se hallaban cerca. Pero no podía hacerse oír por más que porque era tanto el estrépito, que el ruido de los escudos al parar los golpes, el de los guarnecidos con crines de caballo, y el de las puertas, llegaba al cielo; todas las cosas se hallaban cerradas, y los troyanos, detenidos por las mismas, intentaban romperlas a viva fuerza. Y Menesteo decidió enviar a Tootes, el heraldo, para que se fuese a Ayante:

¡Ve, divino Tootes, y llama corriendo a Ayante, o mejor a los dos; esto sería lo mejor, pues pronto habrá aquí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también al lí se promovido recio combate, venga por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y Teucro, excelente arquero.

Así dijo; y el heraldo oyólo y no desobedeció. Fuese corriendo a lo largo del muro de los aqueos, de bronceas corazas, se detuvo cerca de los Ayantes, y les habló en estos términos:

-¡Ayantes, jefes de los argivos, de bronceas corazas! El caro hijo de Péteo, el hijo de Zeus, os ruega que vayáis a tener parte en la refriega, aunque sea por breve tiempo. Que fuerais los dos, sería preferible; pues pronto habrá al lí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que siempre han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también aquí se ha promovido recio combate, vaya por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y sígalo Teucro, excelente arquero.

Así habló; y el gran Ayante Telamonio no fue desobediente. En el acto dijo al griego estas aladas palabras:

Ayante! Vosotros, tú y el fuerte Licomedes, seguid aquí y alentad a los dánaos a que peleen con denuedo. Yo voy al lí, combatiré con aquéllos, y volveré tan pronto como haya socorrido.

Así habiendo hablado, Ayante Telamonio partió y con él fueron Teucro, su hijo, el hijo de padre, y Pandión, que llevaba el corvo arco de Teucro. Llegaron a la torre del griego Menesteo, y, penetrando en el muro, se unieron a los defensores que ya se batían; pues los caudillos y esforzados príncipes de los licios asaltaban los griegos como un oscuro torbellino. Trabaron el combate y se produjo gran vocerío.

Fue Ayante Telamonio el primero que mató a un hombre, al magnánimo Epicles, el hijo de Sarpedón, arrojándole una piedra grande y áspera que había dentro del

En la parte más alta, cerca del parapeto. Difícilmente habría podido sospesarla con manos uno de los actuales jóvenes, y aquél la levantó y, tirándola desde lo alto, se rompió el casco de cuatro abolladuras y aplastó los huesos de la cabeza; el cayó de la elevada torre como salta un buzo, y el alma separóse de los miembros. Desde lo alto de la muralla, disparó una flecha a Glauco, esforzado hijo de Polixeno, que valeroso acometía; y, dirigiéndola adonde vio que el brazo aparecía, lo puso fuera de combate. Saltó Glauco y se alejó del muro, ocultándose para algún aqueo, al advertir que estaba herido, profiriera jactanciosas palabras. Embrósese Sarpedón al notario; mas no por esto se olvidó de la pelea, pues, cuando alcanzado a Alcmaón Testórida, le envasó la lanza, que al punto volvió a sacar: Teucro, siguiendo la lanza, dio de cara en el suelo, y las bronceas labradas armas cayeron. Después, cogiendo con sus robustas manos un parapeto, tiró del mismo y lo derribó entero; quedó el muro desguarnecido en su parte superior y con ello se abrió paso para muchos.

En el mismo instante acertaronle a Sarpedón Ayante y Teucro: éste atravesó una flecha el lustroso correón del gran escudo, cerca del pecho; mas Zeus apartó de ellos a las parcas, para que no sucumbiera junto a las naves; Ayante, arremetiendo, dio una lanza en el escudo: la punta no lo atravesó, pero hizo vacilar al héroe cuando se preparó para el ataque. Sarpedón se apartó un poco del parapeto, pero no se retiró del todo, porque en su ánimo deseaba alcanzar gloria. Y volviéndose a los licios, iguales a los otros, exhortó diciendo:

Oh licios! ¿Por qué se afloja tanto vuestro impetuoso valor? Difícil es que yo, aunque haya roto la muralla y sea valiente, pueda abrir camino hasta las naves. No me desanimen todos, pues la obra de muchos siempre resulta mejor.

Así habló. Los licios, temiendo la reconvención del rey, junto con éste y con los otros, abrieron que antes, cargaron a los argivos; quienes, a su vez, cerraron las filas de las naves dentro del muro, porque era grande la acción que se les presentaba. Y ni los otros, a pesar de haber roto el muro de los dánaos, lograban abrirse paso hasta las naves, ni los belicosos dánaos podían rechazar de la muralla a los licios desde que a la muralla se habían acercado. Como dos hombres altercan, con la medida en la mano, sobre los campos contiguos y se disputan un pequeño espacio, así, licios y dánaos separados por los parapetos, y por cima de los mismos hacían chocar delante de ellos las rodélas de boyuno cuero y los ligeros broqueles. Ya muchos combatientes habían sido heridos con el cruel bronce, unos en la espalda, que al volverse dejaron caer el cuerpo, otros por entre el mismo escudo. Por doquiera torres y parapetos estaban manchados con sangre de troyanos y aqueos. Mas ni aun así los troyanos podían hacer volver la espalda a los aqueos. Como una honrada obrera coge un peso y lana y los pone en los platos de una balanza, equilibrándolos hasta que quedan iguales, para llevar a sus hijos el debido salario, así el combate y la pelea andaban iguales para unos y otros, hasta que uno quiso dar excelsa gloria a Héctor Priámida, el primero que asaltó el muro. El héroe, con pujante voz, gritó a los troyanos:

Acometed, troyanos domadores de caballos! Romped el muro de los argivos y derribad las naves el fuego abrasador.

Así dijo para excitarlos. Escucháronlo todos; y reunidos fuéronse derechos al muro, y pasaron por encima de las almenas, llevando siempre en las manos las afiladas

Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta que había delante de él: era de los más forzudos hombres del pueblo, tales como son hoy, con dificultad se podría cargarla en un carro; pero aquél la manejaba fácilmente porque el hijo

o Crono la volvió liviana. Bien así como el pastor lleva en una mano el vellón de oro, sin que el peso lo fatigue, Héctor, alzando la piedra, la conducía hacia las que fuertemente unidas formaban las dos hojas de la alta puerta y estaban las por dos cerrojos puestos en dirección contraria, que abría y cerraba una sola Héctor se detuvo delante de la puerta, separó los pies, y, estribando en el suelo para golpe no fuese débil, arrojó la piedra al centro de aquélla: rompiéronse ambos cerrojos, cayó la piedra dentro por su propio peso, recrujieron las tablas, y, como los cerrojos no ofrecieron bastante resistencia, desuniéronse las hojas y cada una fue por su impulso de la piedra. El esclarecido Héctor, que por su aspecto a la rápida noche a, saltó al interior: el bronce relucía de un modo terrible en torno de su cuerpo, y no llevaba dos lanzas. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido salirle al encuentro cuando traspuso la puerta. Sus ojos brillaban como el fuego. Y volviéndose a alentar a los troyanos para que pasaran la muralla. Obedecieron, y mientras altaban el muro, otros afluían a las bien construidas puertas. Los dánaos se reunieron en las cóncavas naves y se promovió un gran tumulto.

CANTO XIII*

Batalla junto a las naves

... cuya voluntad dirigía los acontecimientos, abandona de momento sus planes, y Posidón ha la circunstancia para organizar la resistencia en el bando aqueo. Al sufrir la presión de los troyanos por la izquierda y por el centro, inician el contraataque por la derecha.

...do Zeus hub o acercado a Héctor y los troyanos a las naves, dejó que sostuvieran a los aqueos y la fatiga de la batalla, y, volviendo a otra parte sus ojos refulgentes, miraba a la tierra de los tracios, diestros jinetes; de los misios, que combaten de cerca; de los tesios, hipomolgos, que se alimentan con leche; y de los abios, los más justos de los troyanos. Y ya no volvió a poner los brillantes ojos en Troya, porque su corazón no temía que el mortal alguno fuera a socorrer ni a los troyanos ni a los dánaos.

...o no en vano el poderoso Posidón, que bate la tierra, estaba al acecho en la colina más alta de la selvosa Samotracia contemplando la lucha y la pelea. Desde allí miraba todo el Ida, la ciudad de Príamo y las naves aqueas. En aquel sitio habíase Posidón al salir del mar; y compadecía a los aqueos, vencidos por los troyanos, a los que le cobraba gran indignación contra Zeus.

...nto Posidón bajó del escarpado monte con ligera planta; las altas colinas y las montañas se inclinaban debajo de los pies inmortales, mientras el dios iba andando. Dio tres vueltas al cuarto arribó al término de su viaje, a Egea; allí, en las profundidades del mar, había palacios magníficos, de oro, resplandecientes e indestructibles. Luego que llegado, unció al carro un par de corceles de cascos de bronce y áureas crines que eran ligeros; y seguidamente envolvió su cuerpo en dorada túnica, tomó el látigo de oro y gobernó con arte, subió al carro y lo guió por cima de las olas. Debajo saltaban los troyanos, que salían de sus escondrijos, reconociendo al rey; el mar abría, gozoso, sus brazos a los ágiles caballos con apresurado vuelo y sin dejar que el eje de bronce se moviera, conducían a Posidón hacia las naves de los aqueos.

...y una vasta gruta en lo hondo del profundo mar entre Tenedos y la escabrosa isla de Imbros, y, al llegar a ella, Posidón, que bate la tierra, detuvo los corceles, desunciólos del carro para que comieran un pasto divino, púsoles en los pies trabas de oro indestructibles a los corceles, para que sin moverse de aquel sitio aguardaran su regreso, y se fue al interior de las naves de los aqueos.

ultrajó al Pelida de pies ligeros, en modo alguno nos es lícito dejar de combatir. Hemos con presteza el mal, que la mente de los buenos es aplacable. No es que decaiga vuestro impetuoso valor, siendo como sois los más valientes del mundo. Yo no increparía a un hombre tímido porque se abstuviera de pelear; pero contra el mal se enciende en ira mi corazón. ¡Oh cobardes! Con vuestra indolencia haréis que el mal se agrave. Poned en vuestros pechos vergüenza y pundonor, ahora que se abre esta gran contienda. Ya el fuerte Héctor, valiente en la pelea, combate cerca de las puertas y ha roto las puertas y el gran cerrojo.

Con tales amonestaciones, el que ciñe la tierra instigó a los aqueos. Rodeaban a los valientes fuertes falanges que hubieran declarado irreprehensibles Ares y Atenea, que se oponían a los guerreros, si por ellas se hubiesen entrado. Los tenidos por más valientes iban a los troyanos y al divino Héctor, y las astas y los escudos se tocaban en las filas: la rodela apoyábase en la rodela, el yelmo en otro yelmo, cada hombre en su puesto, y chocaban los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los cascos cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apiñadas estaban las filas! Cruzábanse espaldas, que blandían audaces manos, y ellos deseaban arremeter a los enemigos y pelear.

Los troyanos acometieron unidos, siguiendo a Héctor, que deseaba ir en derechura a los aqueos. Como la piedra insolente que cae de una cumbre y lleva consigo la ruina, así se ha desgajado, cediendo a la fuerza de torrencial avenida causada por la mucha lluvia que desciende dando tumbos con ruido que repercute en el bosque, corre segura por el llano, y allí se detiene, a pesar de su ímpetu, de igual modo Héctor amenazaba a los aqueos pasar fácilmente por las tiendas y naves aqueas, matando siempre, y no detenerse en el mar; pero encontró las densas falanges, y tuvo que hacer alto después de un choque. Los aqueos le afrontaron; procuraron herirlo con las espadas y lanzas de bronce, y apartáronle de ellos, de suerte que fue rechazado, y tuvo que retroceder. Y penetrante gritó a los troyanos:

Troyanos, licios, dárđanos que cuerpo a cuerpo peleáis! Persistid en el ataque; los aqueos no me resistirán largo tiempo, aunque se hayan formado en columna y creo que mi lanza les hará retroceder pronto, si verdaderamente me impulsa el viento poderoso, el tonante esposo de Hera.

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entre los troyanos iba el valiente Deífobo Priámida, que se adelantaba ligero y se cubría con el liso escudo. Deífobo le arrojó una reluciente lanza, y no erró el tiro: acertó a dar en la rodela hecha de piel de toro, sin conseguir atravesarla, porque aquélla se rompió en la unión del asta con el hierro. Deífobo apartó de sí el escudo de pieles de toro, temiendo la lanza del valiente Meriones; y este héroe retrocedió al grupo de sus amigos, muy disgustado, así como por la rotura del arma, y luego se encaminó a las tiendas y a buscar nuevas lanzas para tomar otra lanza grande de las que en su bajel tenía.

Los demás combatían, y una vocería inmensa se dejaba oír. Teucro Telamonio fue el primero que mató a un hombre, al belicoso Imbrio, hijo de Méntor, rico en caballos. Cuando llegaron los aqueos, Imbrio moraba en Pedeo con su esposa Medesicasta, hija de Príamo; mas así que llegaron las corvas naves de los dánaos, volvió a Ilio, entre los troyanos y vivió en el palacio de Príamo, que le honraba como a sus hijos. Entonces el hijo de Telamón hirióle debajo de la oreja con la gran lanza, y cayó en seguida; y el guerrero cayó como el fresno nacido en una cumbre que desde lejos se ve, cuando es cortado por el bronce y vienen al suelo sus tiernas hojas. Así Imbrio, y sus armas, de labrado bronce, resonaron. Teucro acudió corriendo, por el deseo de quitarle la armadura; pero Héctor le tiró una reluciente lanza;

él y hurtó el cuerpo, y la bronceína punta se clavó en el pecho de Anfímaco, hijo de Actorión, que acababa de entrar en combate. El guerrero cayó con estrépito, y las armas resonaron. Héctor fue presuroso a quitarle al magnánimo Anfímaco el casco que había adaptado a las sienas; Ayante levantó, a su vez, la reluciente lanza contra él, y si bien no pudo hacerla llegar a su cuerpo, protegido todo por horrendo bronce, el golpe bote en medio del escudo, y rechazó al héroe con gran ímpetu; éste dejó los brazos caídos, y los aqueos los retiraron. Estiquio y el divino Menesteo, caudillos atenienses, llevaron a Anfímaco al campamento aqueo; y los dos Ayantes, que siempre anhelaban la sapea, levantaron el cadáver de Imbrio. Como dos leones que, habiendo mordido una cabra a unos perros de agudos dientes, la llevan en la boca por los espesos colmillos, en alto, levantada de la tierra, así los belicosos Ayantes, alzando el cuerpo de Imbrio, lo despojaron de las armas; y el Oilíada, irritado por la muerte de Anfímaco, le arrojó la cabeza del tierno cuello y la hizo rodar por entre la turba, cual si fuese una bola, y cayó en el polvo a los pies de Héctor.

Entonces Posidón, airado en el corazón porque su nieto había sucumbido en la batalla, se fue hacia las tiendas y naves de los aqueos para reanimar a los dánaos y ayudarles a los troyanos. Encontróse con él Idomeneo, famoso por su lanza, que se fue a acompañar a un amigo a quien sacaron del combate porque estaba herido en la corva con el agudo bronce. Idomeneo, una vez totalmente hubo confiado a los aqueos, se encaminaba a su tienda, con intención de volver a la batalla. Y el poderoso Poseidón, que bate la tierra, díjole, tomando la voz de Toante, hijo de Andremón, que en esta tierra y en la excelsa Calidón reinaba sobre los etolios y era honrado por el pueblo, cual si fuese un dios:

Idomeneo, príncipe de los cretenses! ¿Qué se hicieron las amenazas que los aqueos hacían a los troyanos?

Respondió Idomeneo, caudillo de los cretenses:

Oh Toante! No creo que ahora se pueda culpar a ningún guerrero, porque todos estamos aquí a combatir y nadie está poseído del exánime terror, ni deja por flojedad la funesta bandera sin duda debe de ser grato al prepotente Cronida que los aqueos perezcan sin miedo en esta tierra, lejos de Argos. Mas, oh Toante, puesto que siempre has sido valiente y sueles animar al que ves remiso, no dejes de pelear y exhorta a los demás.

Respondió Posidón, que bate la tierra:

Idomeneo! No vuelva desde Troya a su patria y verga a ser juguete de los perros. Desde el día de hoy deje voluntariamente de combatir. Ea, toma las armas y ven a mi encuentro, resurémonos por si, a pesar de estar solos, podemos hacer algo provechoso. Naceza de la unión de los hombres, aunque sean débiles; y nosotros somos capaces de vencer con los valientes.

Mientras estas palabras, el dios se entró de nuevo por el combate de los hombres; a los aqueos, yendo a la bien construida tienda, vistió la magnífica armadura, tomó un par de espadas y volvió a salir, semejante al encendido relámpago que el Cronión agita en su trono desde el resplandeciente Olimpo para mostrarlo a los hombres como señal, tanto como iba el bronce en el pecho de Idomeneo mientras éste corría. Encontróse con él, no lejos de la tienda, el valiente escudero Meriones, que iba en busca de una lanza; y el dios y los aqueos dijeron:

Meriones, hijo de Molo, el de los pies ligeros, mi compañero más querido! ¿Por qué has dejado el combate y la pelea? ¿Acaso estás herido y te agobia puntiaguda? ¿Me traes, quizás, alguna noticia? Pues no deseo que darme en la tienda, sino

respondióle el prudente Meriones:

Idomeneo, príncipe de los cretenses, de bronce las corazas! Vengo por una lanza, que está en tu tienda; pues la que tenía se ha roto al dar un bote en el escudo del feroz

contestó Idomeneo, caudillo de los cretenses:

Si la deseas, hallarás, en la tienda, apoyadas en el lustroso muro, no una, sino muchas corazas, que he quitado a los troyanos muertos en la batalla; pues jamás combato a un hombre del enemigo. He aquí por qué tengo lanzas, escudos abollonados, cascos y muchas corazas.

respondió el prudente Meriones:

También poseo yo en la tienda y en la negra nave muchos despojos de los troyanos, que están cerca para tomarlos; que nunca me olvido de mi valor, y en el combate, muchos hombres se hacen ilustres, aparezco siempre entre los delanteros desde que se comienza la batalla. Quizá algún otro de los aqueos de bronce las corazas no habrá fijado su valor en mi persona cuando peleé, pero no dudo que tú me has visto.

Idomeneo, caudillo de los cretenses, díjole entonces:

¿Qué tan grande es tu valor. ¿Por qué me refieres estas cosas? Si los más señalados de los aqueos fuéramos junto a las naves para armar una celada, que es donde mejor se conoce la valentía de los hombres y donde fácilmente se distingue al cobarde del animoso -el cobarde se pone demudado, ya de un modo, ya de otro; y, como no sabe tener firme ánimo en el pecho, no permanece tranquilo, sino que dobla las rodillas y se sienta sobre los talones; el animoso el corazón le da grandes saltos por el temor de las parcas y los dientes le crujen; y cuando se inmuta ni tiembla, una vez se ha emboscado, sino que desea que cuanto antes comience el funesto combate---, ni allí podrían baldonarse tanto valor y la fuerza de los brazos. Y, si peleando te hirieran de cerca o de lejos, no sería en la nuca o en la espalda, sino en el pecho o en el vientre, mientras fueras hacia adelante con los guerreros valerosos. Mas, ea, no hablemos de estas cosas, permaneciendo ociosos como unos que no sea que alguien nos increpe duramente. Ve a la tienda y toma la fornida

como dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, entrando en la tienda, cogió en seguida la bronceada lanza y fue en seguimiento de Idomeneo, muy deseoso de volver al combate o ir a la guerra Ares, funesto a los mortales, acompañado de la Fuga, su hija fuerte e intrépida, que hasta el guerrero valeroso causa espanto; y los dos se arrojando de la Tracia enderezan sus pasos hacia los éfiros y los magnánimos flegios, escuchando los ruegos de ambos pueblos, sino que dan la victoria a uno de ellos, de la manera, Meriones a Idomeneo, caudillos de hombres, se encaminaban a la batalla, de brillante bronce. Y Meriones fue el primero que habló, diciendo:

Deucálida! ¿Por dónde quieres que penetremos en la turba: por la derecha del campo o por la izquierda? Pues no creo que los melencollos aqueos dejen de estar en parte alguna.

respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

Hay en el centro quienes defiendan las naves: los dos Ayantes y Teucro, el más valeroso aqueo y esforzado también en el combate a pie firme; ellos se bastan para resistir a Héctor Priávida por fuerte que sea y por incitado que esté a la batalla. Difícil me parece que tenga muchos deseos de pelear, que, triunfando del valor y de las manos invencibles de aquellos, llegue a incendiar los bajeles; a no ser que el mismo Cronión arroje fuego encendido en las ligeras naves. El gran Ayante Telamonio no cedería a ningún mortal que coma el fruto de Deméter y pueda ser herido con el bronce o con las piedras; ni siquiera se retiraría a vista de Aquiles, que rompe las filas de los

s, en un combate a pie firme; pues en la carrera Aquiles no tiene rival. Vamos, a izquierda del ejército, para ver si presto daremos gloria a alguien, o alguien nos nosotros.

sí dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, echó a andar hasta que llegaron al por donde Idomeneo le aconsejaba.

uando los troyanos vieron a Idomeneo, que por su impetuosidad parecía una a su escudero, ambos revestidos de labradas armas, animáronse unos a otros por turba y arremetieron todos contra aquél. Y se trabó una refriega, sostenida con ón por ambas partes, junto a las popas de las naves. Como aparecen de repente estades, suscitadas por los sonoros vientos un día en que los caminos están llenos y se levanta una gran nube del mismo, así entonces unos y otros vinieron a las leseando en su corazón matarse recíprocamente con el agudo bronce por entre la a batalla, destructora de hombres, se presentaba horrible con las largas picas que n la carne y que los guerreros manejaban; cegaba los ojos el resplandor del le los lucientes cascos, de las corazas recientemente bruñidas y de los escudos tes de cuantos iban a encontrarse; y hubiera tenido corazón muy audaz quien al lar aquella acción se hubiese alegrado en vez de afligirse.

os dos hijos poderosos de Crono, disintiendo en el modo de pensar, preparaban les males a los héroes. Zeus quería que triunfaran Héctor y los troyanos para glo- Aquiles, el de los pies ligeros; mas no por eso deseaba que el ejército aqueo a totalmente delante de Ilio, pues sólo intentaba honrar a Tetis y a su hijo, de áni- rzado. Posidón había salido ocultamente del espumoso mar, recorría las filas y a los argivos, porque le afligía que fueran vencidos por los troyanos, y se indig- cho contra Zeus. Igual era el origen de ambas deidades y una misma su prosapia, us había nacido primero y sabía más, por esto Posidón evitaba el socorrer iente a aquéllos, y, transfigurado en hombre, discurría, sin darse a conocer, por el y le amonestaba. Y los dioses inclinaban alternativamente en favor de unos y de reñida pelea y el indeciso combate; y tendían sobre ellos una cadena ntable a indisoluble que a muchos les quebró las rodillas.

ntonces Idomeneo, aunque ya semicano, animó a los dánaos, arremetió contra los ; llenándoles de pavor, y mató a Otrioneo. Éste había acudido de Cabeso a Ilio uvo noticia de la guerra y pedido en matrimonio a Casandra, la más hermosa de de Príamo, sin obligación de dotarla; pero ofreciendo una gran cosa: que echaría a a los aqueos. El anciano Príamo accedió y consintió en dársela; y el héroe a, confiando en la promesa. Idomeneo tiróle la reluciente lanza y le hirió mientras ntaba con arrogante paso, la coraza de bronce que llevaba no resistió, clavóse en medio del vientre, cayó el guerrero con estrépito, a Idomeneo dijo con i:

Otrioneo! Te ensalzaría sobre todos los mortales si cumplieras lo que ofreciste a Dardánida cuando te prometió a su hija. También nosotros te haremos promesas acción de cumplirlas: traeremos de Argos la más bella de las hijas del Atrida y te os por mujer, si junto con los nuestros destruyes la populosa ciudad de Ilio. Pero , y en las naves surcadoras del ponto nos pondremos de acuerdo sobre el nto; que no somos malos suegros.

ablóle así el héroe Idomeneo, mientras le asía de un pie y le arrastraba por el le la dura batalla; y Asio se adelantó para vengarlo, presentándose como peón le su carro, cuyos corceles, gobernados por el auriga, sobre los mismos hombros rero resoplaban. Asio deseaba en su corazón herir a Idomeneo, pero anticipósele : hundió la pica en la garganta, debajo de la barba, hasta que el bronce salió al

o. Cayó el troyano como en el monte la encina, el álamo o el elevado pino que
ífices cortan con afiladas hachas para convertirlo en mástil de navío; así yacía
ndido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con
s el polvo ensangrentado. Turbóse el escudero, y ni siquiera se atrevió a torcer la
los caballos para escapar de las manos de los enemigos. Y el belicoso Antíloco
a él y le atravesó con la lanza, pues la broncea coraza no pudo evitar que se la
en el vientre. El auriga, jadeante, cayó del bien construido carro; y Antíloco, hijo
nánimo Néstor, sacó los caballos de entre los troyanos y se los llevó hacia los
de hermosas grebas.

Deífobo, irritado por la muerte de Asio, se acercó mucho a Idomeneo y le arrojó la
e lanza. Mas Idomeneo advirtiéndolo y burló el golpe encongiéndose debajo de su
do, que estaba formado por boyunas pieles y una lámina de bruñido bronce con
zaderas, la broncea lanza resbaló por la superficie del escudo, que sonó ron-
, y no fue lanzada en balde por el robusto brazo de aquél, pues fue a clavarse en
o, debajo del diafragma, de Hipsenor Hipásida, pastor de hombres, haciéndole
is rodillas. Y Deífobo se jactaba así, dando grandes voces:

Asio yace en tierra, pero ya está vengado. Figúrome que, al descender a la morada
as puertas del terrible Hades, se holgará su espíritu de que le haya procurado un
oro.

Así habló. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el
del belicoso Antíloco; pero éste, aunque afligido, no abandonó a su compañero,
corriendo se puso cerca de él y le cubrió con el escudo. E introduciéndose por
los amigos fieles, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor, llevaron a
r, que daba hondos suspiros, hacia las cóncavas naves.

Idomeneo no dejaba que desfalleciera su gran valor y deseaba siempre o sumir a
troyano en tenebrosa noche, o caer él mismo con estrépito, librando de la ruina a
ros. Posidón dejó que sucumbiera a manos de Idomeneo, el hijo querido de
alumno de Zeus, el héroe Alcátoos (era yerno de Anquises y tenía por esposa a
nía, la hija primogénita, a quien el padre y la veneranda madre amaban
iente en el palacio porque sobresalía en hermosura, destreza y talento entre todas
edad, y a causa de esto casó con ella el hombre más ilustre de la vasta Troya): el
scóle los brillantes ojos y paralizó sus hermosos miembros, y el héroe no pudo
evitar la acometida de Idomeneo, que le envainó la lanza en medio del pecho,
estaba inmóvil como una columna o un árbol de alta copa, y le rompió la coraza
npre le había salvado de la muerte, y entonces produjo un sonido ronco al
e por el golpe de la lanza. El guerrero cayó con estrépito; y, como la lanza se
avado en el corazón, movíanla las palpitations de éste; pero pronto el arma
sa perdió su fuerza. E Idomeneo con gran jactancia y a voz en grito exclamó:

Deífobo! Ya que tanto te glorías, ¿no te parece que es una buena compensación
uerto a tres, por uno que perdimos? Ven, hombre admirable, ponte delante y
ién es este descendiente de Zeus que aquí ha venido; porque Zeus engendró a
rotector de Creta, Minos fue padre del eximio Deucalión, y de éste nació yo, que
ore muchos hombres en la vasta Creta y vine en las naves para ser una plaga para
o padre y para los demás troyanos.

Así dijo; y Deífobo vacilaba entre retroceder para que se le juntara alguno de los
mos troyanos o atacar él solo a Idomeneo. Parecióle lo mejor ir en busca de
le halló entre los últimos; pues siempre estaba irritado con el divino Príamo, que
raba como por su bravura merecía. Y deteniéndose a su lado, le dijo estas aladas

:

Eneas, príncipe de los troyanos! Es preciso que defiendas a tu cuñado, si por él algún interés. Sígueme y vayamos a combatir por tu cuñado Alcátoos, que te crió desde niño y ha muerto a manos de Idomeneo, famoso por su lanza.

Así dijo. Eneas sintió que en el pecho se le conmovía el corazón, y se fue hacia adelante con grandes deseos de pelear. Éste no se dejó vencer del temor, cual si fuera un león que se aguardó como el jabalí que, confiando en su fuerza, espera en un paraje del monte el gran tropel de hombres que se avecina, y con las cerdas del lomo y los ojos brillantes como ascuas aguza los dientes y se dispone a rechazar la embestida de perros y cazadores, de igual manera Idomeneo, famoso por su lanza, no sin arredrarse a Eneas, ágil en la lucha, que le salía al encuentro; pero llamaba a sus compañeros, poniendo los ojos en Ascálafo, Afareo, Deípiro, Meriones y Antíloco, los campeones, y los exhortaba con estas aladas palabras:

¡Venid, amigos, y ayudadme; pues estoy solo y temo mucho a Eneas, ligero de pies y contra mí arremete. Es muy vigoroso para matar hombres en el combate, y se conserva la flor de la juventud, cuando mayor es la fuerza. Si con el ánimo que tengo, yo, de la misma edad, pronto lo alcanzaría él una gran victoria sobre mí, o yo la alcanzaría sobre él.

Así dijo; y todos con el mismo ánimo en el pecho y los escudos en los hombros se agruparon al lado de Idomeneo. También Eneas exhortaba a sus amigos, echando la vista a los troyanos, Paris y el divino Agenor, que eran asimismo capitanes de los troyanos. Sigilosamente marcharon las tropas detrás de los jefes, como las ovejas siguen al pastor cuando después del pasto van a beber, y el pastor se regocija en el alma; así se conmovió el corazón de Eneas en el pecho, al ver el grupo de hombres que tras él seguía.

Alto trabaron alrededor del cadáver de Alcátoos un combate cuerpo a cuerpo, dando grandes picas; y el bronce resonaba de horrible modo en los pechos al darse con la lanza los unos a los otros. Dos hombres belicosos y señalados entre todos, Eneas e Idomeneo, iguales a Ares, deseaban herirse recíprocamente con el cruel bronce. Eneas primero la lanza a Idomeneo; pero, como éste la viera venir, evitó el golpe: la punta clavóse en tierra, vibrando, y el arma fue echada en balde por el robusto Idomeneo hundió la suya en el vientre de Enómao y el bronce rompió la armadura del lado de la coraza y desgarró las entrañas: el troyano, caído en el polvo, asió el suelo con las manos. Acto continuo, Idomeneo arrancó del cadáver la ingente lanza, pero no pudo quitar de los hombros la magnífica armadura, porque estaba abrumado por los golpes, como ya no tenía seguridad en sus pies para recobrar la lanza que había arrojado, ni se atrevió a darse de la que le arrojasen, evitaba la cruel muerte combatiendo a pie firme; y, no obstante tampoco huir con ligereza, retrocedía paso a paso. Deífobo, que constantemente le tiró la lanza reluciente y erró el golpe, pero hirió a Ascálafo, hijo de Enialio; la poderosa lanza se clavó en la espalda, y el guerrero, caído en el polvo, asió el suelo con las manos. Y el ruidoso y robusto Ares no se enteró de que su hijo hubiese caído en el duro combate porque se hallaba detenido en la cumbre del Olimpo, entre las áureas nubes, con otros dioses inmortales por la voluntad de Zeus, el cual no quería que intervinieran en la batalla.

La pelea cuerpo a cuerpo se encendió entonces en tomo de Ascálafo, a quien Eneas logró quitar el reluciente casco, pero Meriones, igual al veloz Ares, dio a Eneas una lanzada en el brazo y le hizo soltar el casco con agujeros a guisa de ojos, que al caer al suelo produciendo ronco sonido. Meriones, abalanzándose a Deífobo con la lanza del buitre, arrancóle la impetuosa lanza de la parte superior del brazo y se lanzó hasta el grupo de sus amigos. A Deífobo sacóle del horrisono combate su hijo Polites: abrazándole por la cintura, lo condujo adonde tenía los rápidos

con el labrado carro, que estaban algo distantes de la lucha y del combate, los por un auriga. Ellos llevaron a la ciudad al héroe, que se sentía agotado, daba suspiros y le manaba sangre de la herida que en el brazo acababa de recibir.

Los demás combatían y alzaban una gritería inmensa. Eneas, acometiendo a Afareo la, que contra él venía, hirióle en la garganta con la aguda lanza: la cabeza se a un lado, arrastrando el casco y el escudo, y la muerte destructora rodeó al . Antíloco, como advirtiera que Toón volvía pie atrás, arremetió contra él y le rtóle la vena que, corriendo por el dorso, llega hasta el cuello, y el troyano cayó das en el polvo y tendía los brazos a los compañeros queridos. Acudió Antíloco y de los hombros la armadura, mirando a todos lados, mientras los troyanos iban le ya por éste, ya por aquel lado, a intentaban herirle; mas el ancho y labrado aró los golpes, y ni aun consiguieron rasguñar la tierna piel del héroe con el once, porque Posidón, que bate la tierra, defendió al hijo de Néstor contra los tiros. Antíloco no se apartaba nunca de bs enemigos, sino que se agitaba en e ellos; su lanza, lamas ociosa, siempre vibrante, se volvía a todas partes, y él en su mente si la arrojaría a alguien, o acometería de cerca.

o se le ocultó a Adamante Asíada lo que Antíloco meditaba en medio de la turba; indosele, le dio con el agudo bronce un bote en medio del escudo; pero Posidón, úilea cabellera, no permitió que quitara la vida a Antíloco, a hizo vano el golpe do la lanza en dos partes, una de las cuales quedó clavada en el escudo, como onsumida por el fuego, y la otra cayó al suelo. Adamante retrocedió hacia el e sus amigos, para evitar la muerte; pero Meriones corrió tras él y arrojóle la ae penetró por entre el ombligo y las partes verendas, donde son muy peligrosas as que reciben en la guerra los míseros mortales. Allí, pues, se hundió la lanza, y te, cayendo encima de ella, se agitaba como un buey a quien los pastores han i el monte con recias cuerdas y llevan contra su voluntad; así aquél, al sentirse e agitó algún tiempo, que no fue de larga duración porque Meriones se le acercó, e la lanza del cuerpo y las tinieblas velaron los ojos del guerrero.

éleno dio a Deípiro un tajo en una sien con su gran espada tracia, y le rompió el ste, sacudido por el golpe, cayó al suelo, y rodando fue a parar a los pies de un aqueo que to alzó de tierra. A Deípiro tenebrosa noche le cubrió los ojos.

ran pesar sintió por ello el Atrida Menelao, valiente en el combate; y, blandiendo lanza, arremetió, amenazador, contra el héroe y príncipe Héleno, quien, a su vez, arco. Ambos fueron a encontrarse, deseosos el uno de alcanzar al contrario con la nza, y el otro de herir a su enemigo con una flecha arrojada por el arco. El a dio con la saeta en el pecho de Menelao, donde la coraza presentaba una lad; pero la cruel flecha fue rechazada y voló a otra parte. Como en la espaciosa n del bieldo las negruzcas habas o los garbanzos al soplo sonoro del viento y al del aventador, de igual modo, la amarga flecha, repelida por la coraza del Menelao, voló a to lejos. Por su parte Menelao Atrida, valiente en la pelea, hirió o en la mano en que lleva ba el pulimentado arco: la bronceína lanza atravesó la penetró en el arco. Héleno retrocedió hasta el grupo de sus amigos, para evitar la y su mano, colgando, arrastraba el asta de fresno. El magnánimo Agenor se la y le vendó la mano con una honda de lana de oveja, bien tejida, que les facilitó el o del pastor de hombres.

sandro embistió al glorioso Menelao. El hado funesto le llevaba al fin de su vida, dole para que fuese vencido por ti, oh Menelao, en la terrible pelea. Así que en-se hallaron frente a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el golpe porque la le desvió; Pisandro dio un bote en el escudo del glorioso Menelao, pero no pudo

er el bronce: resistió el ancho escudo y quebróse la lanza por el asta cuando aquél
ijaba en su corazón con la esperanza de salir victorioso. Pero el Atrida desnudó la
guarnecida de argénteos clavos y asaltó a Pisandro, quien, cubriéndose con el
aferró una hermosa hacha, de bronce labrado, provista de un largo y liso mango
ra de olivo. Acometiéronse, y Pisandro dio un golpe a Menelao en la cimera del
dornado con crines de caballo, debajo del penacho; y Menelao hundió su espada
rente del troyano, encima de la nariz: crujieron los huesos, y los ojos,
ntados, cayeron en el polvo, a los pies del guerrero, que se encorvó y vino a
l Atrida, poniéndole el pie en el pecho, le despojó de la armadura; y, blasonando
fo, dijo:

Así dejaréis las naves de los aqueos, de ágiles corceles, oh troyanos soberbios a
les de la pelea horrenda! No os basta haberme inferido una vergonzosa afrenta,
perros, sin que vuestro corazón temiera la ira terrible del tonante Zeus
ario, que algún día destruirá vuestra ciudad excelsa. Os llevasteis, además de
riquezas, a mi legítima esposa, que os había recibido amigablemente; y ahora
arrojar el destructor fuego en las naves surcadoras del ponto, y dar muerte a los
queos; pero quizás os hagamos renunciar al combate, aunque tan enardecidos os
. ¡Padre Zeus! Dicen que superas en inteligencia a los demás dioses y hombres, y
o procede de ti. ¿Cómo favoreces a los troyanos, a esos hombres insolentes, de
siempre perverso, y que nunca se pueden hartar de la guerra a todos tan funesta?
llega el hombre a saciarse: del sueño, del amor, del dulce canto y de la agradable
osas más apetecibles que la pelea; pero los troyanos no se cansan de combatir.

Y diciendo esto, el eximio Menelao quitóle al cadáver la ensangrentada armadura;
ándola a sus amigos, volvió a pelear entre los combatientes delanteros.

Entonces le salió al encuentro Harpalión, hijo del rey Pilémenes, que fue a Troya
adrede a combatir y no había de volver a la patria tierra: el troyano dio un bote de
medio del escudo del Atrida, pero no pudo atravesar el bronce y retrocedió hacia
de sus amigos para evitar la muerte, mirando a todos lados, no fuera alguien a
con el bronce. Mientras él se iba, Meriones le asestó el arco, y la bronceína saeta
ó en la nalga derecha del troyano, atravesó la vejiga por debajo del hueso y salió
ado. Y Harpalión, cayendo allí en brazos de sus amigos, dio el alma y quedó
en el suelo como un gusano; de su cuerpo fluía negra sangre que mojaba la tierra.
Alrededor de su alrededor los magnánimos paflagones, y, colocando el cadáver en un
carro, lo llevaron, afligidos, a la sagrada Ilio; el padre iba con ellos derramando lágrimas,
y la venganza pudo tomar de aquella muerte.

Paris, muy irritado en su espíritu por la muerte de Harpalión, que era su huésped en
esa Paflagonia, arrojó una bronceína flecha. Había un cierto Euquenor, rico y
que era vástago del adivino Poliido, habitaba en Corinto y se embarcó para
Iraklion a pesar de haber sabido la funesta suerte que allí le aguardaba. El buen anciano Poliido
le había repetidas veces que moriría en penosa dolencia en el palacio o sucumbiría a
la enfermedad odiosa con sus dolores, decidió ir a Ilio. A éste, pues, Paris le
le flecha por debajo de la quijada y de la oreja: la vida huyó de los miembros del
Paris, y la obscuridad horrible le envolvió.

Paris y los troyanos combatían con el ardor de encendido fuego. Héctor, caro a Zeus, aún no se
enterado, a ignoraba por entero que sus tropas fuesen destruidas por los argivos a la
caída de las naves. Pronto la victoria hubiera sido de los aqueos. ¡De tal suerte
Paris, que ciñe y sacude la tierra, los alentaba y hasta los ayudaba con sus propias
Estaba Héctor en el mismo lugar adonde había llegado después que pasó las

y el muro y rompió las cerradas filas de los escudados dánaos. Allí, en la playa moso mar, habían sido colocadas las naves de Ayante y Protesilao; y se había o para defenderlas un muro bajo, porque los hombres y corceles acampados en raje eran muy valientes en la guerra.

os beocios, los jonios, de rozagante vestidura, los locrios, los ptiotas y los ilustres tenían al divino Héctor, que, semejante a una llama, porfiaba en su empeño de ir ; naves; pero no conseguían que se apartase de ellos. Los atenienses habían sido los para las primeras filas y los mandaba Menesteo, hijo de Péteo, a quien se-dante, Estiquio y el valeroso Biante. De los epeos eran caudillos Meges Filida, / Dracio. Al frente de los ptiotas estaban Medonte y el belicoso Podarces: aquél bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y vivía en Fílace, lejos de su or haber dado muerte a un hermano de Eriópide, su madrastra y mujer de Oileo; y ra hijo de Ificlo Filácida. Ambos se habían armado y puesto al frente de los mos ptiotas, y combatían en unión con los beocios para defender las naves.

ágil Ayante de Oileo no se apartaba un instante de Ayante Telamonio: como en val dos negros bueyes tiran con igual ánimo del sólido arado, abundante sudor torno de sus cuernos, y sólo los separa el pulimentado yugo mientras andan por os para abrir el hondo seno de la tierra, así, tan cercanos el uno del otro, estaban ntes. Al Telamonio seguíanle muchos y valientes hombres, que tomaban su uando la fatiga y el sudor llegaban a las rodillas del héroe. Mas al Oilíada, de valiente, no le acompañaban los locrios, porque no podían sostener una lucha a e: no llevaban bronceos cascos, adornados con crines de caballo, ni tenían ni lanzas de fresno; habían ido a Ilio, confiando en sus arcos y en sus hondas de lana de oveja, y disparando a menudo destrozaban las falanges teucas. s peleaban al frente con Héctor y los suyos; éstos, ocultos detrás, disparaban; y nos apenas pensaban en combatir, porque las flechas los ponían en desorden.

ntonces los troyanos hubieran vuelto en deplorable fuga de las naves y tiendas a sa Ilio, si Polidamante no se hubiese acercado al audaz Héctor para decirle:

Héctor! Eres reacio en seguir los pareceres ajenos. Porque un dios te ha dado esa idad en las cosas de la guerra, ¿crees que aventajas a los demás en prudencia? No le que tú solo lo reúnas todo. La divinidad a uno le concede que sobresalga en las ; bélicas, a otro en la danza, al de más allá en la cítara y el canto, y el ente Zeus pone en el pecho de algunos un espíritu prudente que aprovecha a gran de hombres, salva las ciudades y to aprecia particularmente quien to posee. Pero ocir lo que considero más conveniente. Alrededor de ti arde la pelea por todas ero de los magnánimos troyanos que pasaron la muralla, unos se han retirado con as, y otros, dispersos por las naves, combaten con mayor número de hombres. le y llama a los más valientes caudillos para deliberar si nos conviene arrojarnos es, de muchos bancos, por si un dios nos da la victoria, o alejarnos de ellas antes nos heridos. Temo que los aqueos se desquiten de lo de ayer, porque en las naves arón incansable en la pelea, y me figuro que no se abstendrá de combatir.

sí habló Polidamante, y su prudence consejo plugo a Héctor, que saltó en seguida o a tierra, sin dejar las armas, y le dijo estas aladas palabras:

Polidamante! Reúne tú a los más valientes caudillos, mientras voy a la otra parte alla y vuelvo tan pronto como haya dado las conveniences órdenes.

ljo; y, semejante a un monte cubierto de nieve, partió volando y profiriendo gritos o los troyanos y sus auxiliares. Todos los caudillos se encaminaron hacia el bravo ante Pantoida así que oyeron las palabras de Héctor. Éste buscaba en los antes delanteros a Deífobo, al robusto rey Héleno, a Adamante Asíada, y a Asio,

Hírtaco; pero no los halló ilesos ni a todos salvados de la muerte: los unos yacían, por los argivos, junto a las naves aqueas; y los demás, heridos, quién de cerca, y lejos, estaban dentro de los muros de la ciudad. Pronto se encontró, en la parte de la batalla luctuosa, con el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa cara, que animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear; y, deteniéndose a su oído estas injuriosas palabras:

Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! ¿Dónde están, el robusto rey Héleno, Adamante Asíada y Asio, hijo de Hírtaco? ¿Qué es de ellos? Hoy la excelsa Ilio se arruina desde la cumbre; hoy te aguarda a ti horrible

respondióle a su vez el deiforme Alejandro:

Héctor! Ya que tienes intención de culparme sin motivo, quizás otras veces fui así en la batalla, aunque no del todo pusilánime me dio a luz mi madre. Desde el momento de los compañeros promoviste el combate junto a las naves, peleamos sin distinción entre los dánaos. Los amigos por quienes preguntas han muerto, menos Deífobo y el rey Héleno; los cuales, heridos en el brazo por ingentes lanzas, se fueron, y el dios les salvó la vida. Llévanos adonde el corazón y el ánimo te ordenen; nosotros te seguiremos presurosos, y no han de faltarnos bríos en cuanto lo permitan nuestras fuerzas. Más allá de lo que éstas permiten, nada es posible hacer en la guerra, por lo que uno esté.

Así diciendo, cambió el héroe la mente de su hermano. Enderezaron al sitio donde ardiente el combate y la pelea; allí estaban Cebríones, el eximio Polidamante, Orteo, Polifetes, igual a un dios, Palmis, Ascanio y Mores, hijos los dos últimos de Polión; todos los cuales habían llegado el día anterior de la fértil Ascania para ayudar a otros, y entonces Zeus les impulsó a combatir. A la manera que un viento de vientos impetuosos desciende a la llanura, acompañado del trueno del padre al caer en el mar con ruido inmenso levanta grandes y espumosas olas que se van dando, así los troyanos seguían en filas cerradas a los caudillos, y el bronce de sus escudos relucía. Iba a su frente Héctor Priámida, cual si fuese Ares, funesto a los mortales: por delante un escudo liso, formado por muchas pieles de buey y una gruesa de bronce, y el refulgente casco temblaba en sus sienas. Movíase Héctor, defendiéndose con la rodela, y probaba por todas partes si las falanges cedían, pero no cambiaba el ánimo en el pecho de los aqueos. Entonces Ayante adelantóse con ligero paso y rovocóle con estas palabras:

Varón admirable! ¡Acércate! ¿Por qué quieres amedrentar de este modo a los aqueos? No somos inexpertos en la guerra, sino que los aqueos sucumben debajo del golpe de Zeus. Tú esperas destruir las naves, pero nosotros tenemos los brazos para defenderlas; y mucho antes que te consigas, vuestra populosa ciudad será destruida por nuestras manos. Yo te aseguro que está cerca el momento en que, puesto en fuga, pedirás al padre Zeus y a los demás inmortales que tus corceles y las osas crines sean más veloces que los gavilanes; y los caballos te llevarán a la evantando gran polvareda en la llanura.

Así que acabó de hablar, pasó por cima de ellos, hacia la derecha, un águila de alto vuelo; los aqueos gritaron, animados por el agüero. El esclarecido Héctor respondió:

Ayante lenguaz y fanfarrón! ¿Qué dijiste? Así fuera yo para siempre hijo de Zeus, hijo de la égida, y me hubiese dado a luz la venerable Hera y gozara de los mismos honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para todos los argivos. Tú serás muerto entre ellos si tienes la osadía de aguardar mi larga pica: ésta te

rá el delicado cuerpo; y tú, cayendo junto a las naves aqueas, saciarás a los
e los troyanos y a las aves con to grasa y tus carnes.

n diciendo esto, pasó adelante; los otros capitanes le siguieron con vocerío
; y detrás las tropas gritaban también. Los argivos movían por su parte gran
y, sin olvidarse de su valor, aguardaban la acometida de los más valientes
. Y el estruendo que producían ambos ejércitos llegaba al éter y a la morada
eciente de Zeus.

CANTO XIV*

Engaño de Zeus

por una atlagaza de Hera, cae rendido por el suerte, y Posidón se pone al frente de los aqueos.
pone fuera de combate a Héctor, y sus hombres tienen que retorcer más allá del muro y del
campamento aqueo.

tor, aunque estaba bebiendo, no dejó de advertir la gritería; y hablando al
da, pronunció estas aladas palabras:

ómo crees, divino Macaón, que acabarán estas cosas? junto a las naves es cada
or el vocerío de los robustos jóvenes. Tú, sentado aquí, bebe el negro vino,
Hecamede, la de hermosas trenzas, pone a calentar el agua del baño y te lava
la sangrienta herida; y yo subiré prestamente a un altozano para ver lo que

; y, después de embrazar el labrado escudo de reluciente bronce, que su hijo
des, domador de caballos, había dejado allí por haberse llevado el del anciano,
uerte lanza de bronceínea punta y salió de la tienda. Pronto se detuvo ante el
oso espectáculo que se ofreció a sus ojos: los aqueos eran derrotados por los
troyanos y la gran muralla aquea estaba destruida. Como el piéago inmenso
a rizarse con sordo ruido y purpúrea, presagiando la rápida venida de los sonoros
pero no mueve las olas hasta que Zeus envía un viento determinado; así el
hallábase perplejo entre encaminarse a la turba de los dánaos, de ágiles corceles,
zar sus pasos hacia el Atrida Agamenón, pastor de hombres. Parecióle que sería
ir en busca del Atrida, y así lo hizo; mientras los demás, combatiendo, se
unos a otros, y el duro bronce resonaba alrededor de sus cuerpos a los golpes de
las y de las lanzas de doble filo.

ontráronse con Néstor los reyes, alumnos de Zeus, que antes fueron heridos con
e-el Tidida, Ulises y el Atrida Agamenón-, y entonces venían de sus naves. Éstas
sido colocadas lejos del campo de batalla, en la orilla del espumoso mar:
as a la llanura las primeras, y labraron un muro delante de las popas. Porque la
on ser vasta, no hubiera podido contener todos los bajeles en una sola fila, y
el ejército se hubiera sentido estrecho; y por esto los pusieron escalonados y
con ellos el gran espacio de costa que limitaban altos promontorios. Los reyes
tos, con el ánimo abatido, apoyándose en las lanzas, porque querían presenciar el
y la clamorosa pelea; y, cuando vieron venir al anciano Néstor, se les sobresaltó
ín en el pecho. Y el rey Agamenón, dirigiéndole la palabra, exclamó:

Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! ¿Por qué vienes, dejando la
a batalla? Temo que el impetuoso Héctor cumpla la amenaza que me hizo en su
los troyanos: Que no regresaría a Ilio antes de pegar fuego a las naves y matar a
os. Así decía, y todo se va cumpliendo. ¡Oh dioses! Los aqueos, de hermosas
tienen, como Aquiles, el ánimo poseído de ira contra mí y no quieren combatir
as naves.

pondió Néstor, caballero gerenio:

ente es lo que dices, y ni el mismo Zeus altitonante puede modificar to que ya ha). Derribado está el muro que esperábamos fuese indestructible reparo para las naves y para nosotros mismos; y junto a ellas los troyanos sostienen vivo a e combate. No conocerías, por más que to miraras, hacia qué parte van los aqueos s y puestos en desorden: en montón confuso reciben la muerte, y la gritería llega cielo. Deliberemos sobre lo que puede ocurrir, por si nuestra mente da con alguna ovejosa; y no propongo que entremos en combate, porque es imposible que s que están heridos.

ole el rey de hombres, Agamenón:

léstor! Puesto que ya los troyanos combaten junto a las popas de las naves y de utilidad ha sido el muro con su foso que los dánaos construyeron con tanta sperando que fuese indestructible reparo para las naves y para ellos mismos; sin de de ser grato al prepotente Zeus que los aqueos perezcan sin gloria aquí, lejos s. Antes yo veía que el dios auxiliaba, benévolo, a los dánaos, mas al presente da los troyanos, cual si fuesen dioses bienaventurados, y encadena nuestro valor y brazos. Ea, procedamos todos como voy a decir. Arrastremos las naves que se ás cerca de la orilla, echémoslas al mar divino y que estén sobre las anclas hasta gá la noche inmortal, y, si entonces los troyanos se abstienen de combatir, s echar las restantes. No es reprehensible evitar una desgracia, aunque sea durante . Mejor es librarse huyendo, que dejarse coger.

ngenioso Ulises, mirándole con torva faz, exclamó:

rida! ¿Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes? ¡Hombre funesto! s estar al frente de un ejército de cobardes y no mandarnos a nosotros, a quienes ncedió llevar al cabo arriesgadas empresas bélicas desde la juventud a la vejez, e perezcamos. ¿Quieres que dejemos la ciudad troyana de anchas calles, después os padecido por ella tantas fatigas? Calla y no oigan los aqueos esas palabras, las o saldrían de la boca de ningún varón que supiera hablar con espíritu prudente, etro y fuera obedecido por tantos hombres cuanto son los argivos sobre quienes Repruebo del todo la proposición que hiciste: sin duda nos aconsejas que ; al mar las naves de muchos bancos durante el combate y la pelea, para que más e cumplan los deseos de los troyanos, ya al presente vencedores, y nuestra n sea inminente. Porque los aqueos no sostendrán el combate si las na ves son al mar; sino que, volviendo los ojos adonde puedan huir, cesarán de pelear, y tu príncipe de hombres, habrá sido dañoso.

ntestó el rey de hombres, Agamenón:

Ulises! Tu dura reprensión me ha llegado al alma; pero yo no mandaba que los rrastraran al mar, contra su voluntad, las naves de muchos bancos. Ojalá que al- ven o viejo, propusiera una cosa mejor, pues le oiría con gusto.

entonces les dijo Diomedes, valiente en la pelea:

Cerca tenéis a tal hombre -no habremos de buscarle mucho-, si os halláis os a obedecer; y no me vituperéis ni os irritéis contra mí, recordando que soy más ie vosotros, pues me glorío de haber tenido por padre al valiente Tideo, cuyo stá enterrado en Teba. Engendró Porteo tres hijos ilustres que habitaron en y en la excelsa Calidón: Agrio, Melas y el caballero Eneo, mi abue lo paterno, el más valiente. Eneo quedóse en su país; pero mi padre, después de vagar algún se estableció en Argos, porque así to quisieron Zeus y los demás dioses, casó con de Adrasto y vivió en una casa abastada de riqueza: poseía muchos trigales, no antaciones de árboles en los alrededores y copiosos rebaños, y aventajaba a todos os en el manejo de la lanza. Tales cosas las habréis oído referir como ciertas que

sea que, figurándoos quizás que por mi linaje he de ser cobarde y débil, éis lo bueno que os diga. Ea, vayamos a la batalla, no obstante estar heridos, pues la necesidad apremia; pongámonos fuera del alcance de los tiros para no recibir herida; animemos a los demás y hagamos que entren en combate cuantos, cediendo no indolente, permanecen alejados y no pelean.

Así se expresó, y ellos le escucharon y obedecieron. Echaron a andar, y el rey de Troya, Agamenón, iba delante.

El dios Poseidón, que sacude la tierra, estaba al acecho; y, transfigurándose en un águila, dirigió a los reyes, tomó la diestra de Agamenón Atrida y le dijo estas aladas pa-

Atrida! Aquiles, al contemplar la matanza y la derrota de los aqueos, debe de estar en el pecho se le regocija el corazón pernicioso, porque está totalmente falto de valor. Así pereciera y una deidad le cubriese de ignominia! Pero los bienaventurados no se hallan irritados del todo contigo, y los caudillos y príncipes de los troyanos no se irán en fuga y levantarán nubes de polvo en la llanura espaciosa; tú mismo los diriges desde las tiendas y naves a la ciudad.

Cuando así hubo hablado, dio un gran alarido y empezó a correr por la llanura. El ruido de la gritería de nueve o diez mil guerreros al trabarse la contienda de Ares, tan poderosa fue la voz que el soberano Poseidón, que bate la tierra, arrojó de su pecho. Y el dios Poseidón dio valor en el corazón de todos los aqueos para que lucharan y combatieran sin des-

esperanza, la de áureo trono, miró con sus ojos desde la cima del Olimpo, conoció a su hijo y cuñado, que se movía en la batalla donde se hacen ilustres los hombres, y se alegró en el alma; pero vio a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida, abundante en riquezas, y se le hizo odioso en su corazón. Entonces Hera veneranda, la de ojos de jabalí, pensaba cómo podría engañar a Zeus, que lleva la égida. Al fin parecióle que la solución sería ataviarse bien y encaminarse al Ida, por si Zeus, abrasándose en ira, se iría dormir a su lado y ella lograba derramar dulce y placentero sueño sobre los aqueos y el prudente espíritu del dios. Sin perder un instante, fue a la habitación por su hijo Hefesto -la cual tenía una sólida puerta con cerradura oculta que solo una deidad sabía abrir-, entró, y, habiendo entornado la puerta, lavóse con agua y con el cuerpo encantador y lo untó con un aceite craso, divino, suave y tan oloroso como el que reverbera en el palacio de Zeus, erigido sobre bronce, su fragancia se difundió por el aire y la tierra. Ungido el hermoso cutis, se compuso el cabello y con sus propias manos formó los rizos lustrosos, bellos, divinales, que colgaban de la cabeza inmortal. Luego tomó en seguida el manto divino, adornado con muchas bordaduras, que Atenea le había dado, y sujetólo al pecho con broche de oro. Púsose luego un ceñidor que tenía pedrías preciosas, y colgó de las perforadas orejas unos pendientes de tres piedras preciosas como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Después, la divina entre las diosas se cubrió con un velo hermoso, nuevo, tan blanco como el sol, y calzó sus nítidos pies con sandalias. Y cuando hubo ataviado su cuerpo con todos los adornos, salió de la habitación, y, llamando a Afrodita aparte de los dioses, hablóle en estos términos:

¿Querrás complacerme, hija querida, en lo que yo te diga, o te negarás, irritada en tu corazón, porque yo protejo a los dánaos y tú a los troyanos?

Respondióle Afrodita, hija de Zeus:

Hera, venerable diosa, hija del gran Crono! Di qué quieres; mi corazón me dice que lo haré a efecto, si puedo hacerlo y ello es factible.

Respondióle dolosamente la venerable Hera:

Dame el amor y el deseo con los cuales rindes a todos los inmortales y a los hombres. Voy a los confines de la fértil tierra para ver a Océano, padre de los ríos; a la madre Tetis, los cuales me recibieron de manos de Rea y me criaron y me criaron en su palacio, cuando el largovidente Zeus puso a Crono debajo de la tierra y a la tierra estéril. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor del tálamo, porque la cólera anidó en sus corazones. Si apaciguara con mis palabras su ánimo y lograra que reanudasen el amoroso consorcio, me llamarían siempre venerable.

Respondió de nuevo la risueña Afrodita:

No es posible ni sería conveniente negarte lo que Aides, pues duermes en los brazos del poderosísimo Zeus.

Y dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los bienes; y hallábase allí el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor que hace perder el juicio a los más prudentes. Púsole en las manos de Hera, y pronunció estas palabras:

Como y esconde en tu seno el bordado ceñidor donde todo se halla. Yo te aseguro que conseguirás sin haber logrado lo que tu corazón desea.

Y así dijo. Sonrióse Hera veneranda, la de ojos de novilla; y, sonriente aún, escondió el cinto en el seno.

Afrodita, hija de Zeus, volvió a su morada y Hera dejó en raudo vuelo la cima del monte Olimpo, pasando por la Pieria y la deleitosa Ematia, salvó las altas y nevadas cumbres de las montañas donde viven los jinetes tracios, sin que sus pies tocaran la tierra; y pasó por el Atos al fluctuoso ponto y llegó a Lemnos, ciudad del divino Toante. Allí se detuvo con el Sueño, hermano de la Muerte, y, asiéndole de la diestra, le dijo estas palabras:

Sueño, rey de todos los dioses y de todos los hombres! Si en otra ocasión oírte mi voz, obedéceme también ahora, y mi gratitud será perenne. Adormece los ojos de Zeus debajo de sus párpados, tan pronto como, vencido por el amor, se duerme conmigo. Te daré como premio un trono hermoso, incorruptible, de oro; y mi hijo el cojo de ambos pies, te hará un escabel que te sirva para apoyar las nítidas piernas cuando asistas a los festines.

Respondióle el dulce Sueño:

Hera, venerable diosa, hija del gran Crono! Fácilmente adormecería a cualquier uno de los sempiternos dioses y aun a las corrientes del río Océano, del cual son oriundos los ríos; pero no me acercaré ni adormeceré a Zeus Cronión, si él no lo manda. Me hizo un mandato el día en que el muy animoso hijo de Zeus se embarcó en Ilio, después de salir de la ciudad troyana. Entonces sumí en grato sopor la mente de Zeus, que lleva la vida, fundiéndome suave en torno suyo; y tú, que intentabas causar daño a Heracles, quisiste que los vientos impetuosos soplaran sobre el ponto y lo llevaran a la isla de Cos, lejos de sus amigos. Zeus despertó y encendióse en ira: maltrataba a los reyes en el palacio, me buscaba a mí, y me hubiera hecho desaparecer, arrojándome del ponto, si la Noche, que rinde a los dioses y a los hombres, no me hubiese salvado; y yo fui a ella huyendo, y aquél se contuvo, aunque irritado, porque temió hacer algo que a la rápida Noche desagradara. Y ahora me mandas realizar otra cosa peligrosísima.

Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

Oh Sueño, ¿por qué en la mente revuelves tales cosas? ¿Crees que el largovidente Crono favorecerá tanto a los troyanos, como en la época en que se irritó protegía a su hijo Priamo? Ea, ve y prometo darte, para que te cases con ella y lleve el nombre de esposa, una hija más joven de las Gracias [Pasitea, de la cual estás deseoso todos los días].

sí habló. Alegróse el Sueño, y respondió diciendo:

¡Ea, jura por el agua inviolable de la Éstige, tocando con una mano la fértil tierra y tra el brillante mar, para que sean testigos los dioses de debajo de la tierra que en Crono, que me darás la más joven de las Gracias, Pasitea, de la cual estoy todos los días.

Así dijo. No desobedeció Hera, la diosa de los niveos brazos, y juró, como se le prometiendo a todos los dioses subterráneos, llamados Titanes. Prestado el voto, partieron ocultos en una nube, dejaron atrás a Lemnos y la ciudad de Imbros, y con rapidez el camino llegaron a Lecto, en el Ida, abundante en manantiales y en las fieras; allí pasaron del mar a tierra firme, y anduvieron haciendo estremecer con sus pies la cima de los árboles de la selva. Detúvose el Sueño antes que los ojos pudieran verlo, y, encaramándose en un abeto altísimo que había nacido en el Ida, el viento llegaba al éter, se ocultó entre las ramas como la montaraz ave canora por los dioses *calcis* y por los hombres *cymindis*.

Entonces subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las nubes, vio venir; y apenas la distinguió, enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo Zeus, cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus ojos. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo:

Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el carro, y podrías conducirte?

Respondióle dolosamente la venerable Hera:

¡Voy a los confines de la fértil tierra, a ver a Océano, origen de los dioses, y a la tierra, que me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio. Quiero quitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del gozo porque la cólera invadió sus corazones. Tengo al pie del Ida, abundante en carros, los corceles que me llevarán por tierra y por mar, y vengo del Olimpo a traerlos; no fuera que te irritaras si me encaminase, sin decírtelo, al palacio del Ida, de profunda corriente.

Contestó Zeus, que amontona las nubes:

Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la gloria por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho, ni me avasalló como nunca he amado así, ni a la esposa de Ixión, que parió a Píntoo consejero igual a los dioses; ni a Dánae Acrisíona, la de bellos talones, que dio a luz a Perseo, el más querido de los hombres; ni a la celebrada hija de Fénix, que fue madre de Minos y de los reyes igual a un dios; ni a Sémele, ni a Alcmena en Teba, de la que tuve a Heracles; de ánimo valeroso, y de Sémele a Dioniso, alegría de los mortales; ni a Leto; la soberana de hermosas trenzas; ni a la gloriosa Leto; ni a ti misma: con tal motivo amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera.

Respondióle dolosamente la venerable Hera:

¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¡Quieres acostarte y gozar del amor en las cumbres del Ida, donde todo es patente! ¿Qué ocurriría si alguno de los dioses nos viese dormidos y lo manifestara a todas las deidades? Yo no voy a tu palacio al levantarme del lecho; vergonzoso fuera. Mas, si lo deseas y a tu gusto me es grato, tienes la cámara que tu hijo Hefesto labró, cerrando la puerta con cerrojos que encajan en el marco. Vamos a acostarnos allí, ya que el lecho apeteces.

Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre: te cubriré con una nube que ni el Sol, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar para

¡.

ijo, y el hijo de Crono estrechó en sus brazos a la esposa. La divina tierra produjo erba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo.ONSE allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes rocío.

in tranquilamente dormía el padre sobre el alto Gárgaro, vencido por el sueño y y abrazado con su esposa. El dulce Sueño corrió hacia las naves aqueas para noticia al que ciñe y bate la tierra; y, deteniéndose cerca de él, pronunció estas alabras:

Posidón! Socorre pronto a los dánaos y dales gloria, aunque sea breve, mientras Zeus, a quien he sumido en dulce letargo, después que Hera, engañándole, logró costara para gozar del amor.

icho esto, fuese hacia las ínclitas tribus de los hombres. Y Posidón, más incitado os a socorrer a los dánaos, saltó en seguida a las primeras filas y les exhortó :

Argivos! ¿Cederemos nuevamente la victoria a Héctor Priámida, para que se de los bajeles y alcance gloria? Así se lo figura él y de ello se jacta, porque permanece en las cóncavas naves con el corazón irritado. Pero Aquiles no hará a, si los demás procuramos auxiliarnos mutuamente. Pero, ea, procedamos todos y a decir. Embrazad los escudos mayores y más fuertes que haya en el ejército, la cabeza con el refulgente casco, coged las picas más largas, y pongámonos en yo iré delante, y no creo que Héctor Priámida, por enardecido que esté, se atreva rnos. Y el varón, que siendo bravo, tenga un escudo pequeño para proteger sus s, déselo al menos valiente y tome otro mejor.

sí dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Los mismos reyes -el Tidida, Ulises da Agamenón-, sin embargo de estar heridos, los pusieron en orden de batalla, y, ido las hileras, hacían el cambio de las marciales armas. El esforzado tomaba las tes y daba las peores al que le era inferior. Tan pronto como hubieron vestido el bronce, se pusieron en marcha: precedíales Posidón, que sacude la tierra, o en la robusta mano una espada terrible, larga y puntiaguda, que parecía un go; y a nadie le era posible luchar con el dios en el funesto combate, porque el to impedía a todos.

or su parte, el esclarecido Héctor puso en orden a los troyanos. Y Posidón, el de cabellera, y el preclaro Héctor, auxiliando éste a los troyanos y aquél a los extendieron el campo de la terrible pelea. El mar, agitado, llegó hasta las tiendas de los argivos, y los combatientes se embistieron con gran alboroto. No braman olas del mar cuando, levantadas por el soplo terrible del Bóreas, se rompen en la hace tanto estrépito el ardiente fuego en la espesura del monte, al quemarse una í suena tanto el viento en las altas copas de las encinas, si arreciando muge; ue el griteno de troyanos y aqueos en el momento en que, vociferando de un pantoso, vinieron a las manos.

preclaro Héctor arrojó el primero la lanza a Ayante, que contra él arremetía, y ó; pero acertó a darle en el sitio en que se cruzaban sobre el pecho la correa del el tahalí de la espada, guarnecida con argénteos clavos, y ambos protegieron el cuerpo. Irritóse Héctor porque la lanza había sido arrojada inútilmente por su retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte. El gran Ayante nio, al ver que Héctor se retiraba, cogió una de las muchas piedras que servían zar las naves y rodaban entonces entre los pies de los combatientes, y con ella le el pecho, por cima del escudo, junto a la garganta; la piedra, lanzada con ímpetu, omo un torbellino. Como viene a tierra la encina arrancada de raíz por el. rayo del

us, despidiendo un fuerte olor de azufre, y el que se halla cerca desfallece, pues el gran Zeus es formidable, de igual manera, el robusto Héctor dio consigo en el cayó en el polvo: la pica se le fue de la mano, quedaron encima de él escudo y la armadura de labrado bronce resonó en torno del cuerpo. Los aqueos corrieron éctor, dando recias voces, con la esperanza de arrastrarlo a su campo; mas, arrojaron muchas lanzas, no consiguieron herir al pastor de hombres, ni de cerca os, porque fue rodeado por los más valientes troyanos -Polidamante, Eneas, el genor, Sarpedón, caudillo de los licios, y el eximio Glauco-, y los otros tampoco onaron, pues se pusieron delante con sus rodellas. Los amigos de Héctor lo on en brazos, sacáronlo del combate, condujéronle adonde tenía los ágiles con el labrado carro y el auriga, y se lo llevaron hacia la ciudad, mientras daba os suspiros.

las, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el Zeus engendró, bajaron a Héctor del carro y le rociaron el rostro con agua: el obró los perdidos espíritus, miró a lo alto, y, poniéndose de rodillas, tuvo un de negra sangre; luego cayó de espaldas, y la noche oscura cubrió sus ojos, ún tenía débil el ánimo a consecuencia del golpe recibido.

os argivos, cuando vieron que Héctor se ausentaba, arremetieron con más ímpetu yanos, y sólo pensaron en combatir. Entonces el veloz Ayante de Oileo fue el pri e, acometiendo con la puntiaguda lanza, hirió a Satnio Enópida, a quien una abía tenido de Énope, mientras éste apacentaba rebaños a orillas del Satnioente; Oilíada, famoso por su lanza, llegóse a él, le hirió en el ijara y le tumbó de ; y, en torno del cadáver, troyanos y dánaos trabaron un duro combate. Fue a Polidamante Pantoida, hábil en blandir la lanza; e hirió en el hombro derecho a r, hijo de Areílco: la impetuosa lanza atravesó el hombro, y el guerrero, en el polvo, cogió el sueb con sus manos. Y Polidamante exclamó con gran t y a voz en grito:

ño creo que el brazo robusto del valeroso Pantoida haya despedido la lanza en gún argivo la recibió en su cuerpo, y me figuro que le servirá de báculo para apo- ella y descender a la morada de Hades.

sí dijo. Sus jactanciosas palabras apesadumbraron a los argivos y conmovieron el del aguerrido Ayante Telamoníada, a cuyo lado cayó Protoenor. En el acto arrojó una reluciente lanza a Polidamante, que se retiraba; éste dio un salto oblicuo y ibrándose de la negra muerte; pero en cambio la recibió Arquéloco, hijo de Anté- uien los dioses habían destinado a morir: la lanza se clavó en la unión de la on el cuello, en la extremidad de la vértebra, y cortó ambos ligamentos; cayó el , y cabeza, boca y narices llegaron al suelo antes que las piernas y las rodillas. Y vociferando, al eximio Polidamante le decía:

reflexiona, oh Polidamante, y dime sinceramente: ¿La muerte de ese hombre no sa la de Protoenor? No parece vil, ni de viles nacido, sino hermano o hijo de . domador de caballos, pues tiene el mismo aire de familia.

sí dijo, porque le conocía bien; y a los troyanos se les llenó el corazón de pesar. s Acamante, que se hallaba junto al cadáver de su hermano para protegerlo, a lanza a Prómaco, el beocio, cuando éste cogía por los pies al muerto a intentaba o. Y en seguida jactóse Acamante grandemente, dando recias voces:

Argivos que sólo con el arco sabéis combatir y nunca os cansáis de proferir is! El trabajo y los pesares no han de ser solamente para nosotros, y algún día s la muerte de este mismo modo. Mirad a Prómaco, que yace en el suelo, vencido anza, para que la venganza por la muerte de un hermano no sufra dilación. Por

hombre que es víctima de alguna desgracia, anhela dejar un hermano que pueda

sí dijo. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el del aguerrido Penéleo, que arremetió contra Acamante; el cual no aguardó la la del rey Penéleo. Éste hirió a Ilioneo, hijo único que a Forbante -hombre rico y amado sobre todos los troyanos por Hermes, que le dio muchos bienes- su e había parido: la lanza, penetrando por debajo de una ceja, le arrancó la pupila, só el ojo y salió por la nuca, y el guerrero vino al suelo con los brazos abiertos. desnudando la aguda espada, le cercenó la cabeza, que cayó a tierra con el , como la fornida lanza seguía clavada en el ojo, cogióla, levantó la cabeza cual si a flor de adormidera, la mostró a los troyanos y, blasonando del triunfo, dijo:

Teucros! Decid en mi nombre a los padres del ilustre Ilioneo que le lloren en su ya que tampoco la esposa de Prómaco Alegenórida recibirá con alegre rostro a su uando, embarcándonos, nos vayamos de Troya los aqueos.

sí habló. A todos les temblaban las carnes de miedo, y cada cual buscaba adónde i librarse de una muerte espantosa.

ecidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue el primer aqueo del suelo cruentos despojos, cuando el ilustre Posidón, que bate la tierra, inclinó te en favor de los aqueos.

yante Telamonio, el primero, hirió a Hirtio Girtíada; Antíloco hizo perecer a / a Mérmero, despojándolos luego de las armas; Meriones mató a Moris a ; Teucro quitó la vida a Protoón y Perifetes; y el Atrida hirió en el ijar a or, pastor de hombres: el bronce atravesó los intestinos, el alma salió presurosa erida, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. Y el veloz Ayante, hijo de nató a muchos; porque nadie le igualaba en perseguir a los guerreros ados, cuando Zeus los ponía en fuga.

CANTO XV*

Nueva ofensiva desde las naves

se despierta, y Apolo lleva a los troyanos a las posiciones de antes de la intervención de Posidón: el campamento aqueo. Guiados por Zeus atacan las naves aqueas y les ponen en fuga.

ido los troyanos hubieron atravesado en su huida el foso y la estacada, muriendo a manos de los dánaos, llegaron al sitio donde tenían los corceles a hicieron altos y pálidos de miedo. En aquel instante despertó Zeus en la cumbre del Ida, le Hera, la de áureo trono. Levantóse y vio a los troyanos perseguidos por los que los ponían en desorden, y, entre éstos, al soberano Posidón. Vio también a endido en la llanura y rodeado de amigos, jadeante, privado de conocimiento, vo-sangre; que no fue el más débil de los aqueos quien le causó la herida. El padre ombres y de los dioses, compadeciéndose de él, miró con torva y terrible faz a así le dijo:

engaño, Hera maléfica a incorregible, ha hecho que Héctor dejara de combatir y ropas se dieran a la fuga. No sé si castigarte con azotes, para que seas la primera de tu funesta astucia. ¿Por ventura no te acuerdas de cuando estuviste colgada en / puse en tus pies sendos yunques, y en tus manos áureas a inquebrantables / Te hallabas suspendida en medio del éter y de las nubes, los dioses del vasto te rodeaban indignados, pero no podían desatarte -si entonces llego a coger a al- arrojó de estos umbrales y llega a la tierra casi sin vida- y yo no lograba echar zón el continuo pesar que sentía por el divino Heracles, a quien tú, promoviendo

pestand con el auxilio del viento Bóreas, arrojaste con perversa intención al mar. Llevaste luego a la populosa Cos; allí le libré de los peligros y le conduje ante a Argos, criadora de caballos, después que hubo padecido muchas fatigas. Todo para que pongas fin a tus engaños y sepas si to será provechoso haber venido a la mansión de los dioses a burlarme con los gozes del amor.

Í dijo. Estremecióse Hera veneranda, la de ojos de novilla, y hablándole dijo estas aladas palabras:

¡Oh testigos la Tierra y el anchuroso Cielo y el agua de la Éstige, de subterránea mansión -que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses-, y tu agrada y nuestro tálamo nupcial, por el que nunca juraría en vano: No es por mí que Posidón, el que sacude la tierra, daña a los troyanos y a Héctor y auxilia a los aqueos, que incita a imple, y ha debido compadecerse de los aqueos que son derrotados junto a las naves. Mas yo aconsejé a Posidón que fuera por mí, el de las sombrías nubes, le mandarás.

Í dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y le respondió con estas palabras:

Tú, Hera veneranda, la de ojos de novilla, cuando te sientas entre los inmortales y me acuerdo conmigo, Posidón, aunque otra cosa mucho deseara, acomodaría a Posidón su modo de pensar al nuestro. Pero, si en este momento hablas franca y valiente, ve a la mansión de los dioses y manda venir a Iris y a Apolo, famoso por su carrera que aquélla, encaminándose al ejército de los aqueos, de corazas de bronce, que obernó Posidón que cese de combatir y vuelva a su palacio; y Febo Apolo incite a la pelea, le infunda valor y le haga olvidar los dolores que le oprimen el corazón a fin de que rechace nuevamente a los aqueos, los cuales llegarán en cobardes a las naves, de muchos bancos, del Pelida Aquiles. Éste enviará a la lid a su hermano Patroclo, que morirá, herido por la lanza del preclaro Héctor, cerca de Ilio, de quitar la vida a muchos jóvenes, y entre ellos al divino Sarpedón, mi hijo. Pero por la muerte de Patroclo, el divino Aquiles matará a Héctor. Desde aquel día haré que los troyanos sean perseguidos continuamente desde las naves, hasta que ellos tomen la excelsa Ilio. Y no cesará mi enojo, ni dejaré que ningún inmortal se vaya a los dánaos, mientras no se cumpla el voto del Pelida, como lo prometí, que lo con la cabeza, el día en que la diosa Tetis abrazó mis rodillas y me suplicó que me fuera a Aquiles, asolador de ciudades.

Í dijo. Hera, la diosa de los niveos brazos, no fue desobediente, y pasó de los cielos al vasto Olimpo. Como corre veloz el pensamiento del hombre que, habiendo estado por muchas tierras, las recuerda en su reflexivo espíritu, y dice «estuve aquí o me revuelve en la mente muchas cosas, tan rápida y presurosa volaba la venerable Hera, pronto llegó al excelso Olimpo. Los dioses inmortales, que se hallaban reunidos en el palacio de Zeus, levantáronse al verla y le ofrecieron copas de néctar. Y Hera, como las demás, aceptó la que le presentaba Temis, la de hermosas mejillas, que fue la primera que corrió a su encuentro, y hablándole le dijo estas aladas palabras:

Hera! ¿Por qué vienes con esa cara de espanto? Sin duda te atemorizó tu esposo, el Crono.

Respondióle Hera, la diosa de los niveos brazos:

¿Cómo me lo preguntes, diosa Temis; tú misma sabes cuán soberbio y despiadado es el Crono de Zeus. Preside tú en el palacio el festín de los dioses, y oírás con los demás dioses que qué desgracias anuncia Zeus; figúrome que nadie, sea hombre o dios, se atreva a enojarse en el alma por más alegre que esté en el banquete.

ichas estas palabras, sentóse la venerable Hera. Afligiéronse los dioses en la de Zeus. Aquélla, aunque con la sonrisa en los labios, no mostraba alegría en la obre las negras cejas. E indignada, exclamó:

Cuán necios somos los que tontamente nos irritamos contra Zeus! Queremos os a $\text{\textcircled{d}}$ y contenerlo con palabras o por medio de la violencia; y él, sentado ii de nosotros hace caso, ni se le da nada, porque dice que en fuerza y poder es perior a todos los dioses inmortales. Por tanto sufrid los infortunios que vamente os envíe. Creo que al impetuoso Ares le ha ocurrido ya una des gracia; rió en la pelea Ascálafo, a quien amaba sobre todos los hombres y reconocía por

sí habló. Ares bajó los brazos, golpeóse los muslos, y suspirando dijo:

Jo os irritéis conmigo, vosotros los que habitáis olímpicos palacios, si voy a las e los aqueos para vengar la muerte de mi hijo; iría, aunque el destino hubiese o que me cayera encima el rayo de Zeus, dejándome tendido con los muertos, igre y polvo.

ijo, y mandó al Terror y a la Fuga que uncieran los caballos, mientras vestía las tes armas. Mayor y más terrible hubiera sido entonces el enojo y la ira de Zeus os inmortales; pero Atenea, temiendo por todos los dioses, se levantó del trono, el vestíbulo y, quitándole a Ares de la cabeza el casco, de la espalda el escudo y uesta mano la pica de bronce, que apoyó contra la pared, dirigió al impetuoso dios abras:

.oco, insensato! ¿Quieres perecer? En vano tienes oídos para oír, o has perdido la a vergüenza. ¿No oyes lo que dice Hera, la diosa de los niveos brazos, que acaba Zeus olímpico? ¿O deseas, acaso, tener que regresar al Olimpo a viva fuerza, labiendo padecido muchos males, y causar gran daño a los otros dioses? Porque jará en seguida a los altivos troyanos y a los aqueos, vendrá al Olimpo a r tumulto entre nosotros, y castigará así al culpable como al inocente. Por esta exhorto a templar tu enojo por la muerte del hijo. Algún otro superior a él en fuerza ha muerto o morirá, porque es difícil conservar todas las familias de los y salvar a todos los individuos.

icho esto, condujo a su asiento al furibundo Ares. Hera llamó afuera del palacio a a Iris, la mensajera de los inmortales dioses, y les dijo estas aladas palabras:

Zeus os manda que vayáis al Ida lo antes posible y, cuando hubiereis llegado a su a, haced lo que os encargue y ordene.

i venerable Hera, apenas acabó de hablar, volvió al palacio y se sentó en su trono. jaron en raudo vuelo al Ida, abundante en manantiales y criador de fieras, y halla-rgovidente Cronida sentado en la cima del Gárgaro, debajo de olorosa nube. Al a presencia de Zeus, que amontona las nubes, se detuvieron; y Zeus, al verlos, no , porque habían obedecido con presteza las órdenes de la querida esposa. Y, o primero con Iris, profirió estas aladas palabras:

Anda, ve, rápida Iris! Anuncia esto al soberano Posidón y no seas mensajera ándale que, cesando de pelear y combatir, se vaya a la mansión de los dioses o al no. Y si no quiere obedecer mis palabras y las desprecia, reflexione en su mente orazón si, aunque sea poderoso, se atreverá a esperarme cuando me dirija contra le aventajo mucho en fuerza y edad, por más que en su ánimo no tema decirse í, a quien todos temen.

sí dijo. La veloz Iris, de pies veloces como el viento, no desobedeció; y bajó de es ideos a la sagrada Ilio. Como cae de las nubes la nieve o el helado granizo, a

del Bóreas, nacido en el éter; tan rápida y presurosa volaba la ligera Iris; y, dose cerca del ínclito Posidón, así le dijo:

«Vengo, oh Posidón, el de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, a traerte un mensaje de Zeus, que lleva la égida. Te manda que, cesando de pelear y combatir, te la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quieres obedecer sus palabras y recias, te amenaza con venir a luchar contigo y te aconseja que evites sus manos; lize que te supera mucho en fuerza y edad, por más que en tu ánimo no temas gual a él, a quien todos temen.

«Respondióle muy indignado el ínclito Posidón, que bate la tierra:

«Oh dioses! Con soberbia habla, aunque sea valiente, si dice que me sujetará por contra mi querer a mí, que disfruto de sus mismos honores. Tres somos los herijos de Crono, a quienes Rea dio a luz: Zeus, yo y el tercero Hades, que reina en rnos. Todas las cosas se agruparon en tres porciones, y cada uno de nosotros par- l mismo honor. Yo saqué a la suerte habitar constantemente en el espumoso mar, e a Hades las tinieblas sombrías, correspondió a Zeus el anchuroso cielo en el éter y las nubes; pero la tierra y el alto Olimpo son de todos. Por tanto, no é según lo decida Zeus; y éste, aunque sea poderoso, permanezca tranquilo en la rte que le pertenece. No pretenda asustarme con sus manos como si tratase con de. Mejor fuera que con esas vehementes palabras riñese a los hijos a hijas que ó, pues éstos tendrían que obedecer necesariamente to que les ordenare.

«Plicó la veloz Iris, de pies veloces como el viento:

«He de llevar a Zeus, oh Posidón, de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, una a tan dura y fuerte? ¿No querrías modificarla? La mente de los sensatos es flexi- abes que las Erinias se declaran siempre por los de más edad.

«Contestó Posidón, que sacude la tierra:

«Diosa Iris! Muy oportuno es cuanto acabas de decir. Bueno es que el mensajero ida to que es conveniente. Pero el pesar me llega al corazón y al alma, cuando iere increpar con iracundas voces a quien el hado hizo su igual en suerte y Ahora cederé, aunque estoy irritado. Mas to diré otra cosa y haré una amenaza: echo de mí, de Atenea, que impera en las batallas, de Hera, de Hermes y del rey conservare la excelsa Ilio a impidiere que, destruyéndola, alcancen los argivos victoria, sepa que nuestra ira será implacable.

«Cuando esto hubo dicho, el dios que bate la tierra desamparó a los aqueos y se ó en el mar; pronto los héroes aqueos le echaron de menos. Entonces Zeus, que a las nubes, dijo a Apolo:

«Ve ahora, querido Febo, a encontrar a Héctor, el de broncíneo casco. Ya el que ate la tierra se fue al mar divino, para librarse de mi terrible cólera; pues hasta los ue están en torno de Crono, debajo de la tierra, hubieran oído el estrépito de combate. Mucho mejor es para mí y para él que, temeroso, haya cedido a mi orque no sin sudor se hubiera efectuado la lucha. Ahora, toma en tus manos la queada, agítala, y espanta a los héroes aqueos, y luego, cuídate, oh tú que hieres del esclarecido Héctor a infúndele gran vigor, hasta que los aqueos lleguen, , a las naves y al Helesponto. Entonces pensaré to que fuere conveniente hacer o a que los aqueos respiren de sus cuitas.

«Sí dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos, te al gavián que mata a las palomas y es la más veloz de las aves, y halló al Héctor, hijo del belicoso Príamo, ya no postrado en el suelo, sino sentado: iba o ánimo y aliento, y reconocía a los amigos que le circundaban, porque el ahogo

or habían cesado desde que Zeus, que lleva la égida, decidió animar al héroe. El que hiere de lejos, se detuvo a su lado y le dijo:

Héctor, hijo de Príamo! ¿Por qué te encuentro sentado, lejos de los demás y ido? ¿Te abrumba algún pesar?

Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

¿Quién eres tú, oh el mejor de los dioses, que vienes a mi presencia y me asustas? ¿No sabes que Ayante, valiente en la pelea, me hirió en el pecho con una lanza mientras yo mataba a sus compañeros junto a las naves de los aqueos, a hacer valer mi impetuoso valor? Figúrabame que vena hoy mismo a los muertos y la tierra de Hades, porque ya iba a exhalar el alma.

Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

¡Cuida tu obra ánimo. El Cronión te manda desde el Ida como defensor, para asistirte y ayudarte, a Febo Apolo, el de la áurea espada; a mí, que ya antes protegía tu persona y tu ciudad. Ea, ordena a tus muchos caudillos que guíen los veloces caballos hacia las naves; y yo, marchando a su frente, allanaré el camino a los corceles y ponga a los héroes aqueos.

Héctor, hijo, a infundió un gran vigor al pastor de hombres. Como el corcel avezado a correr en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo come la cebada y se desahoga, y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la cabeza y ondean las crines sobre su cuello y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas al avanzar, así se movió Héctor al ir al sitio donde los caballos pacen, tan ligeramente movía Héctor pies y manos, exhortando a los capitanes, después que oyó la voz de Apolo. Así como, cuando los pastores persiguen a un cornífero ciervo o a una cabra montés que se refugia en la roca o umbría selva, porque no estaba decidido por el hado que el animal fuese macho o hembra, atraído por la gritería, se presenta un melencólico león, a todos los pone en fuga de su empeño; así también los dánaos avanzaban en tropel, hiriendo a sus compañeros con espadas y lanzas de doble filo; mas, al notar que Héctor recorna las hileras de los aqueos, turbáronse y a todos se les cayó el alma a los pies.

Entonces Toante, hijo de Andromón y el más señalado de los etolios -era diestro en el dardo, valiente en el combate a pie firme y pocos aqueos vencíanle en el ágora donde los jóvenes contendían sobre la elocuencia-, benévolo les arengó diciendo:

¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. ¡Cómo Héctor, el de las parcas, se ha vuelto a levantar! Gran esperanza teníamos de que hubiese muerto por Ayante Telamónida; pero algún dios protegió y salvó nuevamente a Héctor, que ha quebrado las rodillas de muchos dánaos, como ahora volverá a hacerlo. ¡Ea, pues no sin la voluntad de Zeus tonante aparece tan resuelto al frente de sus tropas! Ea, procedamos todos como voy a decir. Ordenemos a la muchedumbre que guarda las naves, y cuantos nos gloriamos de ser los más valientes permanezcamos aquí a defendernos, yendo a su encuentro con las picas levantadas. Creo que, por el valor que tenga el corazón, temerá penetrar por entre los dánaos.

Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Ayante, el rey Idomeneo, Teucro, Peleides y Meges, igual a Ares, llamando a los más valientes, los dispusieron para la batalla contra Héctor y los troyanos; y la turba se retiró a las naves aqueas.

Los troyanos acometieron apiñados, siguiendo a Héctor, que marchaba con firme paso. Delante del héroe iba Febo Apolo, cubierto por una nube, con la égida de la que se cubre, terrible, hirsuta, magnífica, que Hefesto, el broncista, diera a Zeus para que la amedrentara a los hombres. Con ella en la mano, Apolo guiaba a las tropas.

Los argivos, apiñados también, resistieron el ataque. Levantóse en ambos ejércitos la batalla, las flechas saltaban de las cuerdas de los arcos y audaces manos arrojaban

mero de lanzas, de las cuales unas pocas se hundían en el cuerpo de los jóvenes; de marcial furor, y las demás clavábanse en el suelo; entre los dos campos, antes que a la blanca carne de que estaban codiciosas. Mientras Febo Apolo tuvo la égida los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Mas así que frente a los dánaos, de ágiles corceles, dando un fortísimo grito, debilitó el ánimo muchos de los aqueos y logró que se olvidaran de su impetuoso valor. Como ponen den una vacada o un hato de ovejas dos fieras que se presentan muy entrada la noche, cuando el guardián está ausente, de la misma manera, los aqueos huían desordenados, porque Apolo les infundió terror y dio gloria a Héctor y a los troyanos.

Entonces, ya extendida la batalla, cada caudillo troyano mató a un hombre. Héctor mató a Estiquio y a Arcesilao: éste era caudillo de los beocios, de bronceas armas, el otro, compañero fiel del magnánimo Menesteo. Eneas hizo perecer a Medonte y a Medonte de los cuales el primero era hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y el otro, en Filace, lejos de su patria, por haber muerto a un hermano de su madrastra; y Jaso, caudillo de los atenienses, era conocido como hijo de Esfelo Bucólida. Polites quitó la vida a Mecisteo, Polites a Equio al trabarse el combate, y el divino Apolo a Clonio. Y Paris arrojó su lanza a Deíoco, que huía por entre los combatientes; le hirió en la extremidad del hombro, y el bronce salió al otro lado.

Entonces tanto que los troyanos despojaban de las armas a los muertos, los aqueos, corriendo al foso y a la estacada, huían por todas partes y penetraban en el muro, y huían por la necesidad. Y Héctor exhortaba a los troyanos, diciendo a voz en grito: Arrojaos a las naves y dejad los cruentos despojos. Al que yo encuentre lejos de las naves, allí mismo le daré muerte, y luego sus hermanos y hermanas no le darán ánima a las llamas, sino que lo despedazarán los perros fuera de la ciudad.

Entonces diciendo esto, azotó con el látigo el lomo de los caballos; y, mientras atravesaba el campo, animaba a los troyanos. Éstos, dando amenazadores gritos, guiaban los corceles desordenados con fragor inmenso; y Febo Apolo, que iba delante, holló con sus pies las piedras del foso profundo, echó la tierra dentro y formó un camino largo y tan ancho como el brazo que media entre el hombre que arroja una lanza para probar su fuerza y el punto donde cae. Por allí se extendieron en buen orden; y Apolo, que con la égida iba a su frente, derribaba el muro de los aqueos, con la misma facilidad que un niño, jugando en la playa, desbarata con los pies y las manos un castillo de arena con ruido. Así tú, Febo, que hieres de lejos, destruías la obra que había costado a los aqueos muchos trabajos y fatigas, y a ellos los ponías en fuga.

Entonces los aqueos no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros, y con los gritos alzados, profiriendo grandes voces, imploraban el auxilio de las deidades. Y entonces Néstor geranio, protector de los aqueos, oraba levantando las manos al cielo:

Padre Zeus! Si alguien en Argos, abundante en trigales, quemó en tu obsequio los muslos de buey o de oveja, y tú pidiste que lograra volver a su patria, y tú se lo concediste asintiendo; acuérdate de ello, oh Olímpico, aparta de nosotros el día funesto, y evita que los aqueos sucumban a manos de los troyanos.

Entonces dijo rogando. El pródigo Zeus atendió las preces del anciano Nélida, y tronó con voz fuerte.

Entonces los troyanos, al oír el trueno de Zeus, que lleva la égida, arremetieron con más furor, y sólo en combatir pensaron. Como las olas del vasto mar salvan el borde de una nave y caen sobre ella, cuando el viento arrecia y las levanta a gran altura, los troyanos pasaron el muro, e, introduciendo los carros, peleaban junto a las popas de las naves de doble filo; mientras los aqueos, subidos en las negras naves, se defendían

igas largas, fuertes, de punta de bronce, que para los combates navales llevaban las.

ientras aqueos y troyanos combatieron cerca del muro, lejos de las veleras naves, permaneció en la tienda del bravo Eurípilo, entreteniéndole con la conversación de la grave herida con drogas que mitigaron los acerbos dolores. Mas, al ver que los aqueos asaltaban con ímpetu el muro y se producía clamoreo y fuga entre los troyanos; y, bajando los brazos, golpeóse los muslos, suspiró y dijo:

Eurípilo! Ya no puedo seguir aquí, aunque me necesites, porque se ha trabado la batalla. Te cuidará el escudero, y yo volveré presuroso a la tienda de Aquiles para irle a pelear. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoveré su ánimo? Eurípilo tiene la exhortación de un compañero.

Héctor, y salió. Los aqueos sostenían firmemente la acometida de los troyanos, pero, como éstos eran menos, no podían rechazarlos de las naves; y tampoco los troyanos lograron romper las falanges de los dánaos y entrar en sus tiendas y bajeles. Como la batalla se nivelaba el mástil de un navío en manos del hábil constructor que conoce bien su oficio, habérselo enseñado Atenea, de la misma manera andaba igual el combate y la batalla unos luchaban en torno de unas naves y otros alrededor de otras.

Héctor fue a encontrar al glorioso Ayante; y, luchando los dos por una nave, ninguno conseguía arredrar a éste y pegar fuego a los bajeles, ni éste lograba rechazar a quien un dios había acercado al campamento. Entonces el esclarecido Ayante dio un golpe en el pecho a Caléstor, hijo de Clito, que iba a echar fuego en un barco: el fuego cayó con estrépito, y la tea desprendióse de su mano. Y Héctor, como viera con claridad que su primo caía en el polvo delante de la negra nave, exhortó a los troyanos y comenzó a grandes voces:

Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo peleáis! No dejéis de combatir en esta batalla; defended el cuerpo del hijo de Clito, que cayó en la pelea junto a las naves, para que los aqueos no lo despojen de las armas.

Al decir estas palabras, arrojó a Ayante la luciente pica y erró el tiro; pero, en cambio, hirió a Licofrón de Citera, hijo de Mástor y escudero de Ayante, en cuyo palacio se sabe que en aquella ciudad mató a un hombre: el agudo bronce penetró en la carne por encima de una oreja; y el guerrero, que se hallaba junto a Ayante, cayó desde la nave al polvo de la tierra, y sus miembros quedaron sin vigor. Ayante dijo a su hermano:

Querido Teucro! Nos han muerto al Mastórida, el compañero fiel a quien tenemos en el palacio como a nuestros padres, desde que vino de Citera. El mismo Héctor le quitó la vida. Pero ¿dónde tienes las mortíferas flechas y el arco de Febo Apolo?

Así dijo. Oyóle Teucro y acudió corriendo, con el flexible arco y el carcaj lleno de flechas, y una vez a su lado, comenzó a disparar saetas contra los troyanos. E hirió a Polidamante hijo de Pisénor y compañero del ilustre Polidamante Pantoida, que con las flechas en la mano dirigía los corceles adonde más falanges en montón confuso se agolpaban, para congraciarse con Héctor y los troyanos; pero pronto ocurrió la desgracia, y nadie, por más que lo deseara, pudo librarle: la dolorosa flecha se le clavó en el pecho por detrás; el guerrero cayó del carro, y los corceles retrocedieron arrastrando con ellos el carro vacío. Al notarlo Polidamante, su dueño, se adelantó y los detuvo; y se puso a Astínoo, hijo de Protiaón, con el encargo de que los tuviera cerca, y se mezcló con los combatientes delanteros.

Teucro sacó otra flecha para tirarla a Héctor, armado de bronce; y, si hubiese podido herirlo y quitarle la vida mientras peleaba valerosamente, con ello diera final

ate que junto a las naves aqueas se sostenía. Mas no dejó de advertirlo en su
próvido Zeus, y salvó la vida a Héctor, a la vez que privaba de gloria a Teucro
nio, rompiéndole a éste la cuerda del magnífico arco cuando to tendía: la flecha,
ronce hacía ponderosa, torció su camino, y el arco cayó de las manos del
. Estremeciósse Teucro, y dijo a su hermano:

Oh dioses! Alguna deidad que quiere frustrar nuestros medios de combate me
arco de la mano y rompió la cuerda recién torcida, que até esta mañana para que
despedir, sin romperse, multitud de flechas.

espondióle el gran Ayante Telamonio:

Oh amigo! Deja quieto el arco con las abundantes flechas, ya que un dios lo
por odio a los dánaos; toma una larga pica y un escudo que cubra tus hombros,
ntra los troyanos y anima a la tropa. Que aun siendo vencedores, no tomen sin
as naves de muchos bancos. Sólo en combatir pensemos.

sí dijo. Teucro dejó el arco en la tienda, colgó de sus hombros un escudo formado
ro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado casco, cuyo penacho de crines
llo ondeaba terriblemente en la cimera, asió una fuerte lanza de aguzada
a punta, salió y volvió corriendo al lado de Ayante.

éctor, al ver que las saetas de Teucro quedaban inútiles, exhortó a los troyanos y
os, gritando recio:

Troyanos, licios, dárđanos, que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos,
d vuestro impetuoso valor junto a las cóncavas naves; pues acabo de ver con mis
Zeus ha dejado inútiles las flechas de un eximio guerrero. El influjo de Zeus lo
en fácilmente así los que del dios reciben excelsa gloria, como aquéllos a quienes
no quiere socorrer: ahora debilita el valor de los argivos y nos favorece a
. Combatid juntos cerca de los bajeles; y quien sea herido mortalmente, de cerca
is, cumpliéndose su destino, muera; que será honroso para él morir combatiendo
atria, y su esposa a hijos se verán salvos, y su casa y hacienda no padecerán
bo, si los aqueos regresan en las naves a su patria tierra.

sí diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Ayante, a su vez, exhortó
o a sus compañeros:

Qué vergüenza, argivos! Ya llegó el momento de morir o de salvarse rechazando
ives a los troyanos. ¿Esperáis acaso volver a pie a la patria tierra, si Héctor, el de
ite casco, toma los bajeles? ¿No oís cómo anima a todos los suyos y desea
las naves? No les manda que vayan a un baile, sino que peleen. No hay mejor
ento o consejo para nosotros que éste: combatir cuerpo a cuerpo y valerosamente
nemigo. Es preferible morir de una vez o asegurar la vida, a dejarse matar
a a infructuosamente en la terrible contienda, junto a las naves, por guerreros que
inferiores.

on estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Héctor mató a
o, hijo de Perimedes y caudillo de los focios; Ayante quitó la vida a Laodamante,
re de Anténor, que mandaba los peones, y Polidamante acabó con Oto de Cilene,
ro del Filida y jefe de los magnánimos epeos. Meges, al verlo, arremetió con la
Polidamante; pero éste hurtó el cuerpo -Apolo no quiso que el hijo de Pántoo
era entre los combatientes delanteros-, y aquél hirió en medio del pecho a
que cayó con estrépito, y el aqueo le despojó de la armadura que cubría sus
. En tanto, Dólope Lampétida, hábil en manejar la lanza (Lampo Laomedontíada
gendrado este hijo bonísimo, que estuvo dotado de impetuoso valor), se lanzó
l Filida y, acometiéndole de cerca, dióle un bote en el centro del escudo; pero el
; salvó, gracias a una fuerte coraza que protegía su cuerpo, la cual había sido

en otro tiempo a Fileo en Éfira, a orillas del río Seleente, por su huésped el rey para que en la guerra le defendiera de los enemigos, y entonces libró de la muerte a Meges. Éste, a su vez, dio una lanzada a Dólope en la parte inferior de la del bronceo casco, adornado con crines de caballo, rompióla y derribó en el suelo el penacho recién teñido de vistosa púrpura. Y mientras Dólope seguía peleando con la esperanza de vencer, el belicoso Menelao fue a ayudar a Meges; y, al ponerse a su lado sin ser visto, clavó la lanza en la espalda de aquél: la punta de la lanza salió por el pecho, y el guerrero cayó de cara. Ambos caudillos corrieron a refugiarse en la broncea armadura de los hombros; y Héctor exhortaba a todos sus deudos a pelear, especialmente al esforzado Melanipo Hicetaónida; el cual, antes de presentarse a los combates, apacentaba flexipedes bueyes en Percote, y, cuando llegaron los dánaos en sus muchas naves, fue a Troya, sobresalió entre los troyanos y habitó el palacio de Príamo, que le honraba como a sus hijos. A Melanipo, pues, le reprendía Héctor,

¿Seremos tan indolentes, Melanipo? ¿No te conmueve el corazón la muerte del hijo de Fileo? ¿No ves cómo tratan de llevarse las armas de Dólope? Sígueme; que ya es hora de combatir de cerca con los argivos, hasta que los destruyamos o arruinen ellos a Troya desde su cumbre y maten a los ciudadanos.

Después de haber hablado así, echó a andar, y siguióle el varón, que parecía un dios. A su lado Ayante Telamonio exhortó a los argivos:

¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón pundonoroso, y no os daos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son los que se salvan, los que mueren; los que huyen no alcanzan gloria ni socorro

así dijo; y ellos, que ya antes deseaban derrotar al enemigo, pusieron en su corazón las palabras y cercaron las naves con un muro de bronce. Zeus incitaba a los troyanos a los aqueos. Y Menelao, valiente en la pelea, exhortó a Antíloco:

Antíloco! Ningún aqueo de los presentes es más joven que tú, ni más ligero de cuerpo que tú, ni más fuerte en el combate. Si arremetieses a los troyanos a hirieras a alguno...

Así dijo, y alejóse de nuevo. Antíloco, animado, saltó más allá de los primeros delanteros; y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la luciente lanza.

Los troyanos, huyeron los troyanos. No fue vano el tiro, pues hirió en el pecho, cerca de la

de Melanipo, animoso hijo de Hicetaón, que acababa de entrar en combate: el cual cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. Como el perro se abalanza al terreno por una flecha que al saltar de la madriguera le tira un cazador, dejándole caer los miembros, así el belicoso Antíloco se arrojó sobre ti, oh Melanipo, para cubrirte con la armadura. Mas no pasó inadvertido para el divino Héctor; el cual, corriendo al campo de batalla, fue al encuentro de Antíloco; y éste, aunque era luchador brioso, no esperaba, parecido a la fiera que causa algún daño, como matar a un perro o a un cerdo, sino a un hombre; y huye antes que se reúnan muchos hombres; así huyó el troyano; y sobre él, los troyanos y Héctor, promoviendo inmenso alboroto hacían llover los tiros. Y Antíloco, tan pronto como llegó a juntarse con sus compañeros, se desolvió la cara al enemigo.

Los troyanos, semejantes a carniceros leones, asaltaban las naves y cumplían los deseos de Zeus, el cual les infundía continuamente gran valor y les excitaba a pelear, y al propio tiempo abatía el ánimo de los argivos, privándoles de la gloria del combate porque deseaba en su corazón dar gloria a Héctor Priámida, a fin de que éste se mostrara el abrasador y voraz fuego en las corvas naves, y se efectuara de todo en todo la voluntad de Tetis. El pródigo Zeus sólo aguardaba ver con sus ojos el resplandor de

de incendiada, pues desde aquel instante haría que los troyanos fuesen perseguidos desde las naves y daría gloria a los dánaos. Pensando en tales cosas, el dios incitaba a Héctor a ir a la triámida, ya de por sí muy enardecido, a encaminarse hacia las cóncavas naves. Héctor se enfurece Ares blandiendo la lanza, o se embravece el pernicioso fuego en la boca de poblada selva, así se enfurecía Héctor: su boca estaba cubierta de espuma, los ojos entelleaban debajo de las torvas cejas y el casco se agitaba terriblemente en sus oídos mientras peleaba. Y desde el éter Zeus protegía únicamente a Héctor, entre tantos dioses, y le daba honor y gloria; porque el héroe debía vivir poco, y ya Palas Atenea había anunciado la llegada del día fatal en que había de sucumbir a manos del Pelida. Héctor rompió las filas de los combatientes, y probaba por donde veía mayor turba y armas; mas, aunque ponía gran empeño, no pudo conseguirlo, porque los dánaos, en columna cerrada, hicieron frente al enemigo. Cual un peñasco escarpado y firme que en la ribera del espumoso mar resiste el ímpetu de los sonoros vientos y de las grandes olas que al llover se rompen, así los dánaos aguardaban a pie firme a los troyanos. Héctor, resplandeciente como el fuego, saltó al centro de la turba como la cenicientosa levantada por el viento cae desde lo alto sobre la ligera nave, llenándola de cenizas mientras el soplo terrible del huracán brama en las velas y los marineros tiembrandos porque se hallan muy cerca de la muerte, de tal modo vacilaba el ánimo en el pecho de los aqueos. Como dañino león acomete un rebaño de muchas vacas en las orillas de extenso lago y son guardadas por un pastor que, no sabiendo luchar con las fieras para evitar la muerte de alguna vaca de retorcidos cuernos, va siempre con las débiles reses o con las últimas reses; y el león salta al centro, devora una vaca y las demás espantadas, así los aqueos todos fueron puestos en fuga por Héctor y el padre Héctor mató a uno solo, a Perifetes de Micenas, hijo de aquel Copro que trajo los mensajes del rey Euristeo al fornido Heracles. De este padre obscuro nació tal hijo que superándole en toda clase de virtudes, en la carrera y en el combate, campeó por delante entre los primeros ciudadanos de Micenas y entonces dio a Héctor gloria. Pues al volverse tropezó con el borde del escudo que le cubría de pies a cabeza y cayó para defenderse de los tiros, y, enredándose con él, cayó de espaldas, y el ruido que produjo sonó de un modo horrible en torno de las sienas. Héctor lo advirtió en seguida, corriendo, metió la pica en el pecho de Perifetes y le mató cerca de sus mismos compañeros que, aunque afligidos, no pudieron socorrerle, pues temían mucho al divino Héctor.

Por fin llegaron a las naves. Defendíanse los argivos detrás de las que se habían retirado primero a la playa, y los troyanos fueron a perseguirlos: Aquéllos, al verse obligados a retirarse de las primeras naves, se colocaron apiñados cerca de las tiendas, sin moverse por el ejército porque la vergüenza y el temor se les impedían, y mutuamente se exhortaban. Y especialmente Néstor, protector de los aqueos, dirigíase a los guerreros, y en nombre de sus padres así les suplicaba:

Oh amigos! Sed hombres y mostrad que tenéis un corazón pundonoroso delante de vuestros más varones. Acordaos de los hijos, de las esposas, de los bienes, y de los padres que aún o hayan fallecido. En nombre de estos ausentes os suplico que resistáis firme y no os entreguéis a la fuga.

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Atenea les quitó los ojos la densa y divina nube que los cubría, y apareció la luz por ambos lados, en la lid sostenida por los dos ejércitos con igual tesón. Vieron a Héctor, en la pelea, y a sus propios compañeros, así a cuantos estaban detrás de los que no combatían, como a los que junto a las veleras naves daban batalla al

o le era grato al corazón del magnánimo Ayante permanecer donde los demás se habían retirado; y el héroe, andando a paso largo, iba de nave en nave llevando uno una gran percha de combate naval que medía veintidós codos y estaba adornada con clavos. Como un diestro cabalgador escoge cuatro caballos entre muchos, desde la llanura a la gran ciudad por la carretera, muchos hombres y mujeres le rodeaban, y él salta continuamente y con seguridad del uno al otro, mientras los corceles así Ayante, andando a paso seguido, recorría las cubiertas de muchas naves y su mirada iba al éter. Sin cesar daba horribles gritos, para exhortar a los dánaos a defender las tiendas. Tampoco Héctor permanecía en la turba de los troyanos, armados de escudos: como el águila negra se echa sobre una bandada de aligeras aves - gansos, cisnes cuellilargos- que están comiendo a orillas de un río; así Héctor corría en busca de una nave de negra proa, empujado por la mano poderosa de Zeus, y el dios le llevaba también a la tropa para que le acompañara.

De nuevo se trabó un reñido combate al pie de los bajeles. Hubieras dicho que, sin cansado ni fatigados, comenzaban entonces a pelear. ¡Con tal denuedo luchaban! Hechos eran sus respectivos pensamientos: los aqueos no creían escapar de aquel combate, sino perecer; los troyanos esperaban en su corazón incendiar las naves y matar a los aqueos. Y con estas ideas asaltábanse unos a otros.

Héctor llegó a tocar la popa de una nave surcadora del ponto, bella y de curso rápido quequella en que Protesilao llegó a Troya y que luego no había de llevarle otra vez a la tierra. Por esta nave se mataban los aqueos y los troyanos: sin aguardar desde lejos tiros de flechas y dardos, combatían de cerca y con igual ánimo, valiéndose de escudos, machas, segures, grandes espadas y lanzas de doble filo. Muchas hermosas dagas, y el hierro recazo, provistas de mango, cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los pies de los combatientes; y la negra tierra manaba sangre. Héctor, desde que cogió la lanza, la soltaba y, teniendo entre sus manos la parte superior de la misma, animaba a los aqueos:

Traed fuego, y todos apiñados, trabad la batalla! Zeus nos concede un día que lo necesitamos todo, pues vamos a tomar las naves que vinieron contra la voluntad de los aqueos, que nos han ocasionado muchas calamidades por la cobardía de los viejos, que no me permiten pelear cerca de aquéllas y detenían al ejército. Mas, si entonces el largovidente escucha nuestra razón, ahora él mismo nos impele y anima.

Así dijo; y ellos acometieron con mayor ímpetu a los argivos. Ayante ya no podía porque estaba abrumado por los tiros: temiendo morir, dejó la cubierta, y se movió hasta un banco de remeros que tenía siete pies, púsose a vigilar, y con la pica del navío a cuantos llevaban el voraz fuego, en tanto que exhortaba a los dánaos con entos gritos:

Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Sed hombres y mostrad vuestro valor. ¿Creéis, por ventura, que hay a nuestra espalda otros defensores o un muro sólido que libre a los hombres de la muerte? Cerca de aquí no existe ciudad defendida con torres, en la que hallemos refugio y cuyo pueblo nos dé auxilio para conseguir una ulterior victoria; sino que nos hallamos en la llanura de los troyanos, de fuertes costas a orillas del mar y lejos de la patria tierra. La salvación, por consiguiente, está en nosotros; no en ser flojos en la pelea.

Así dijo, y acometió furioso con la aguda lanza. Y cuantos troyanos, movidos por las palabras de Héctor, quisieron llevar ardiente fuego a las cóncavas naves, a todos los aqueos les dio ante con su larga pica. Doce fueron los que hirió de cerca, delante de los bajeles.

CANTO XVI*

Patroclea

vertirlo, Patroclo suplica a Aquiles que rechace al enemigo; y, no consiguiéndolo, le ruega que, venenos, le preste sus armas y le permita ponerse al frente de los mirmídones para ahuyentar a los troyanos. Accede Aquiles, y le recomienda que se vuelva atrás cuando los haya echado de las naves, pues para él no le tiene reservada la gloria de apoderarse de Troya. Mas Patroclo, enardecido por sus heridas, entre ellas la de dar muerte a Sarpedón, hijo de Zeus, persigue a los troyanos por la llanura hasta que Euforbo lo hiere y Héctor lo mata.

Se aleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de caballos, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas sobre una escarpada roca. Tan pronto como le vio el divino Aquiles, el de los pies ligeros, se inclinó de él y le dijo estas aladas palabras:

¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la abra los brazos, la tira del vestido, la detiene a pesar de que lleva prisa, y la mira con ojos curiosos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patroclo, derramas tiernas lágrimas. ¿Quieres participar algo a los mirmidones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna cosa de Ftía? Dicen que Menecio, hijo de Actor, existe aún; vive también Peleo Eácida y los mirmidones, y es la muerte de aquél o de éste lo que más nos podría afligir. ¿O llorizas por que los argivos perecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia que sufrieron? Habla, no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos.

Al oír profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo:

¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aqueos! No te irrites, porque es natural que así sea, y no me irrites por el dolor que me causa el pesar que los aterra. Los que antes eran los más fuertes, heridos unos de otros de lejos, yacen en las naves -con arma arrojada fue herido el poderoso Menecio; con la pica Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo le dio un golpe en el muslo-, y los médicos, que conocen muchas drogas, ocúpense en curar las heridas. Tú, Aquiles, eres implacable. jamás se apodere de mí rencor como el que me tienes; ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si no a los argivos de muerte indigna? ¡Despiadado! No fue tu padre el jinete que mató a Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu madre, enterada por Zeus, te haya revelado, envíame a mí con los demás argivos, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra mis hombros con tu armadura para que los troyanos me confundan contigo y cesen de atacar a los belicosos dánaos que tan abatidos están se reanimen y la batalla tenga su curso, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos extenuados de fatiga, echazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos troyanos que de pelear están cansados.

Al oír esto le suplicó el muy insensato; y con ello llamaba a la terrible muerte y a la parca. Al oír esto el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

¿Por qué lloras, y de mí, Patroclo, del linaje de Zeus, qué dijiste! No me abstengo por ningún motivo, pero que sepa y tampoco la veneranda madre me dijo nada de parte de Zeus, sino que meprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere ser su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar que me causa, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha padecido. La joven que los troyanos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar la murada ciudad, el rey Agamenón Atrida me la quitó como si yo fuera un extranjero advenedizo. Mas dejemos lo pasado, no es posible guardar siempre la ira en el pecho, aunque había resuelto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate me devolvieran a mis bajeles. Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de

osos mirmidones y llévalos a la pelea; pues negra nube de troyanos cerca ya las
en gran ímpetu, y los argivos, acorralados en la orilla del mar, sólo disponen de
espacio. Toda la ciudad de los troyanos ha comparecido confiadamente, porque
mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey
ión fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten alrededor de nuestro
Ya la mano de Diomedes Tidida no blande furiosamente la lanza para librar a los
le la muerte, ni he oído un solo grito que viniera de la odiosa cabeza del Atrida:
ena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los troyanos, que con
ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo,
npetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando
fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir,
me procures mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan
hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los
de las naves, vuelve atrás; y, aunque el tonante esposo de Hera te dé gloria, no
luchar sin mí contra los belicosos troyanos, pues contribuirías a mi deshonor. Y
o, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilio;
que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos los
mucho Apolo, el que hiere de lejos. Retrocede tan pronto como hayas hecho brillar
la salvación en las naves, y deja que se siga peleando en la llanura. Ojalá, ¡padre
eneia, Apolo!, ninguno de los troyanos ni de los argivos escape de la muerte, y
amos de ella nosotros dos, para que podamos derribar las almenas sagradas de

sí éstos conversaban. Ayante ya no resistía: vencíanle el poder de Zeus y los
s troyanos que le arrojaban dardos; su refulgente casco resonaba de un modo
en torno de las sienas, golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el
nía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo, pero
ban hacerle mover de su sitio por más tiros que le enderezaban. Ayante estaba
lo por continuo y fatigoso jadeo, abundance sudor manaba de todos sus miembros
podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

ecidme, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el
las naves aqueas.

éctor, que se hallaba cerca de Ayante, le dio con la gran espada un golpe en la
resno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ayante blandir la
pica, y la bronceína punta cayó a to lejos con gran ruido. Entonces el eximio
reconoció en su espíritu irreprochable la intervención de los dioses, estremecióse
Zeus altitonante les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria
yanos, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los troyanos arrojaron voraz
la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así
iego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

Sus, Patroclo, del linaje de Zeus, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa
el fuego destructor: no sea que se apoderen de ellas, y ni medios para huir ten-
Apresúrate a vestir las armas, y yo entre tanto reuniré la gente.

sí dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas
s grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada,
te, del Eácida, de pies ligeros; colgó al hombro una espada de bronce, guarnecida
teos clavos; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la fuerte cabeza con un
casco, cuyo penacho, de crines de caballo, ondeaba terriblemente en la cimera, y
lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza pesada,
y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de

la: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelio y regalada por Quirón a Aquiles, para que con ella matara héroes. Luego, Patroclo mandó a Janto -el amigo a quien más honraba después de Aquiles, destructor de hombres. Janto es fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas- que arrastraba en seguida los caballos. Automedonte unció debajo del yugo a Janto y Balio, ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la cual, estando en una pradera junto a la corriente del Océano, los concibió del Céfito. Y Janto puso al excelente Pédaso, que Aquiles se llevó de la ciudad de Eetión cuando la destruyó, porque, no obstante su condición de mortal, seguía a los caballos inmortales. Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. Los mirmidones, como los cerberos lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre, luego van en lametiendo con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la sed que les ha bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el combate. De la misma manera los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos alrededor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos ellos Aquiles animaba así a los que combatían en carros, como a los peones armados en los carros.

Cinuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Zeus, condujo a Ilio sus naves. En cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para que las dirigieran, reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo Patroclo, el de labrada coraza, hijo del río Esperqueo, que las celestiales lluvias le habían dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acostó con el infatigable Esperqueo; aunque se creyera que esto había tenido efecto con el hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con ella y le constituyó una gran familia. En la segunda sección el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la cual se enamoró el poderoso Argicida al verla con sus hermanas que entre las que danzaban al son del canto en un coro de Artemis, la diosa que lleva el arco y ama el bullicio de la caza; el benéfico Hermes subió en seguida al aposento de Polidora, y allí se unieron clandestinamente y ella le dio un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el combate. Cuando Ilitía, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vio los rayos del sol, el fuerte Equecles Actórida la tomó por esposa, constituyéndole una gran familia. El anciano Filante crió y educó al niño con tanto amor como si hubiera sido hijo suyo. En la tercera división el belicoso Psandro Memálida, que, después de Peleo, el pañero del Pelió, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en combate con la lanza.- La cuarta línea estaba a las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces. Cuando Aquiles los hubo puestos todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante: Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves he hecho a los troyanos mientras duró mi cólera, ni las acusaciones con que todos me habéis acusado: «¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. No te desaliento, pues retienes a tus compañeros en las naves contra su voluntad! Reténlos en las naves surcadoras del ponto y volvamos a la patria, ya que la patria me ha anidado de tal suerte en tu corazón.» Así acostumbrabais hablarme cuando os llamaba.

Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y yo os doy a uno pelear con valeroso corazón contra los troyanos. Aquiles, así diciendo, les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oír a su rey, cerraron filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada torre que resista el ímpetu de los vientos, así, tan unidos, estaban los cascos y los

idos escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada uno en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los escudos se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! De repente todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedonte; los cuales con igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquiles entró en su tienda y alzó la tapa de un arca hermosa y labrada que Tetis, la de argentados pies, había traído en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y mantos, que le abrigasen del viento, y de afelpados cobertores. Allí tenía una copa de primorosa labor que nadie para beber el negro vino ni para ofrecer libaciones a otro dios que al padre de Aquiles. Cólala del arca, y, purificándola primero con azufre, la limpió con agua cristalina; luego se lavó las manos, llenó la copa, y, puesto en medio del recinto con los ojos puestos al cielo, libó el negro vino y oró a Zeus, que se complace en lanzar rayos, sin que nadie se le pasara inadvertido:

Zeus soberano, Dodoneo, Pelásgico, que vives lejos y reinas en Dodona, de frío invierno, donde moran los selos, tus intérpretes, que no se lavan los pies y duermen en el suelo, escuchaste mis palabras cuando te invoqué, y para honrarme oprimiste duramente a los aqueos. Pues también ahora cúmpleme este voto: Yo me quedo donde están reunidas las naves y mando al combate a mi compañero con muchos mirmidones: haz que la victoria, largovidente Zeus, a infúndele valor en el corazón para que Héctor vea si el troyano sabe pelear solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven con furia cuando va conmigo a la contienda de Ares. Y cuando haya apartado de los bajeles la nave y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y con los compañeros que combaten.

Así dijo rogando. El pródigo Zeus le oyó; y de las dos cosas el padre le otorgó una: que se apartase de las naves el combate y la pelea, y nególe que volviera ileso de la batalla. Hecha la libación y la rogativa al padre Zeus, entró Aquiles en la tienda, dejó la tapa del arca y apareció otra vez delante de la tienda, porque deseaba en su corazón participar en la terrible lucha de troyanos y aqueos.

Los mirmidones seguían con armas y en buen orden al magnánimo Patroclo, hasta que se lanzaron a los troyanos y les arremetieron con grandes bríos, esparciéndose como las aves que moran en el camino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre de ir en bandadas, las irritan y consiguen con su imprudencia que dañen a buen número de perales, si algún caminante pasa por allí y sin querer las mueve, vuelan y defienden con tanto valor como el valeroso a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejantes, se esparcieron los mirmidones desde las naves, y levantóse una gritaría inmensa. Y Patroclo exhortaba a sus hermanos, diciendo con voz recia:

Mirmidones compañeros del Pelida Aquiles! Sed hombres, amigos, y mostrad el mismo impetuoso valor para que honremos al Pelida, que es el más valiente de cuantos hay en las naves, como lo son también sus guerreros, que de cerca combaten; y para que el poderoso Atrida Agamenón la falta que cometió no honrando al mejor de los troyanos.

Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron sobre los troyanos y en las naves resonaron de un modo horrible los gritos de guerra.

Cuando los troyanos vieron al esforzado hijo de Menecio y a su escudero, ambos armados con armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron. Temieron que, junto a las naves, el Pelida, ligero de pies, había renunciado a su cólera y preferido volver a la amistad. Y cada uno miraba adónde podría huir para librarse de la muerte terrible.

Patroclo fue el primero que tiró la reluciente lanza en medio de la pelea, al lí donde los troyanos se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Protesilao; e irrecmes, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio de ancha boca; a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; Patroclo, dando un gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los peonios compañeros murieron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía en el combate. De este modo Patroclo los echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. Patroclo quedó allí medio quemada, los troyanos huyeron con gran alboroto, los dánaos se retiraron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como cuando Zeus cubre el mundo con una espesa nube de la elevada cumbre de una gran montaña y aparecen los montes y las cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta bóveda; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego; pero no por eso hubo tregua en el combate. Pues los troyanos no huían abiertamente desde las negras naves, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún permanecían, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre. El esforzado hijo de Menelao, el primero, hirió con la aguda lanza a Areílco, que había vuelto la espalda para escapar; el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el troyano dio de ojos en el suelo. Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado izquierdo, y dejó sin vigor sus miembros. El Filida, observando que Anficlo iba a escapar, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la pierna, donde más grueso es el músculo: la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la bronceada lanza a Atimnio, el hermano de Antíloco, en el íjar, y el troyano cayó a sus pies; el hermano de Atimnio, Maris, por tal muerte, se puso delante del cadáver y arremetió con la lanza a Antíloco; y Antíloco, el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, le previno y antes que Maris pudiera arremeter a Antíloco le acertó él en la espalda: la punta desgarró el tendón de la parte superior del brazo y rompió el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. De tal suerte, estos dos esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles como los hijos de Amisodaro, el que alimentó a la indomable Quimera, causa de males para los aqueos, fueron vencidos por los dos hermanos y descendieron al Érebo.- Patroclo acometió y cogió vivo a Cleobulo, atropellado por la turba, y le quitó la vida hiriéndole en el cuello con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se cubrió con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del guerrero.- Patroclo y Licón fueron a encontrarse, y, habiendo arrojado sus lanzas en vano, pues no acertaron el tiro, se acometieron con las espadas: Licaón dio a su enemigo un tajo en la parte superior del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió junto a la empuñadura; Penéleo hundió la suya en el cuello de Licón, debajo de la oreja, y se lo cortó entero: la cabeza cayó a un lado, sostenida tan sólo por la piel, y los miembros quedaron sin su vigor.- Meriones dio alcance con sus ligeros pies a Acamante, cuando subía a la nave, y le hirió en el hombro derecho: el troyano cayó en tierra, y las tinieblas cubrieron sus ojos.- A Erimante metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: la lanza atravesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los ojos; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la cual si fuese oscura nube, envolvió al guerrero.

Entonces cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces perros cometen a corderos o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el campo por la impericia del pastor, pues así que aquéllos los ven se los llevan y

zan por tener los últimos un corazón tímido; así los dánaos cargaban sobre los
 , y éstos, pensando en la fuga horrisona, olvidábanse de su impetuoso valor.

El gran Ayante deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de
pero el héroe, que era muy experto en la guerra, cubriendo sus anchos hombros
escudo de pieles de toro, estaba atento al silbo de las flechas y al ruido de los
Bien conocía que la victoria se inclinaba del lado de los enemigos, pero resistía
ocurraba salvar a sus compañeros queridos.

Como se va extendiendo una nube desde el Olimpo al cielo, después de un día
cuando Zeus prepara una tempestad, así los troyanos huyeron de las naves, dando
ya no fue con orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de allí, con
los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los troyanos, a
detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo
los de los caudillos por el extremo del timón, allí los dejaron.- Patroclo iba
 , exhortando vehementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los
 ; los cuales, una vez puestos en desorden, llenaban todos los caminos huyendo
y clamoreo; la polvareda llegaba a to alto debajo de las nubes, y los solípedos
volvían a la ciudad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde veía más gente
lo desordenada, allí se encaminaba vociferando; los guerreros caían de cara
le los ejes de sus carros, y éstos volcaban con gran estruendo. Al llegar al foso,
ellos inmortales que los dioses habían regalado a Peleo como espléndido presente
con de un salto, deseosos de seguir adelante; y, cuando a Patroclo el ánimo le
a ir hacia Héctor para herirlo, ya los veloces corceles de éste se to habían
Como en el otoño descarga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Zeus
olenta lluvia, irritado contra los hombres que en el foro dan sentencias inicuas y
la justicia, no temiendo la venganza de los dioses; y todos los ríos salen de madre
rentes cortan muchas colinas, braman al correr desde lo alto de las montañas al
púreo y destruyen las labores del campo; de semejante modo corrían las yeguas
 , dando lastimeros relinchos.

Patroclo, cuando hubo separado de los demás enemigos a los que formaban las
falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de permitirles que subiesen
lad; y, acometiéndoles entre las naves, el río y el alto muro, los mataba para
 . muchos de los suyos. Entonces envasóle a Prónoo la brillante lanza en el pecho,
ste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le dejó sin vigor los miembros: el
cayó con estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Enope, que se hallaba
o en el lustroso asiento y en su turbación había dejado que las riendas se le fuesen
mo: clavóle desde cerca la lanza en la mejilla derecha, se la hizo pasar por los
y to levantó por cima del barandal. Como el pescador sentado en una roca pro-
saca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del reluciente bronce, así
 , alzando la brillante lanza, sacó del carro a Téstor con la boca abierta y le arrojó
al suelo; el troyano, al caer, perdió la vida.- Después hirió de una pedrada en
e la cabeza a Erilao, que a acometerle venía, y se la partió en dos dentro del
sco: el troyano dio de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte.- Y
mente fue derribando en la fértil tierra a Erimante, Anfótero, Epaltes, Tlepólemo
rida, Equio, Piris, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

Patroclo, al ver que sus compañeros, de corazas sin cintura, sucumbían a manos
clo Menecíada, increpó a los deiformes licios:

Qué vergüenza, oh licios! ¿Adónde huís? Sed esforzados. Yo saldré al encuentro
ombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los troyanos,
a muchos valientes les ha quebrado las rodillas.

hijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se echó a llorar. Como dos buitres de corvas uñas y combado pico riñen, dando chillidos, se echó a llorar; así aquéllos se acometieron vociferando. Violos el hijo del artero Héctor, compadecido, dijo a Hera, su hermana y esposa:

Ay de mí! La parca dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, muera por Patroclo Menecíada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: ¿mataré vivo de la luctuosa batalla, para llevarlo al opulento pueblo de la Licia, o me sucumba a manos del Menecíada?

Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la muerte al hijo de un hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? Pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en tu mente: Piensa que, si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá matar a tu hijo del duro combate, pues muchos hijos de los inmortales pelean en torno de la ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero, si Sarpedón muere caro y tu corazón le compadece, deja que muera a manos de Patroclo en reñido combate; y cuando el alma y la vida le abandonen, ordena a la Parca el dulce Sueño que lo lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le hagan sepulchro y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los héroes.

Así dijo. El padre de los hombres y de los dioses no desobedeció, a hizo caer sobre Patroclo sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar en el monte Troya, lejos de su patria.

Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patroclo arrojó la lanza, y se echó a dar en el empuje del ilustre Trasimelo, escudero valeroso del rey Sarpedón, a quien se desmenuzó en vigor los miembros. Sarpedón acometió a su vez; y, despidiendo la reluciente lanza, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó y se echó a perder el vital aliento. El caballo cayó en el polvo, y el ánimo voló de su cuerpo. Se echó a correr los otros dos corceles por separarse, crujió el yugo y enredáronse las riendas de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedonte, famoso por su valor, encontró el remedio: desenvainando la espada de larga punta, que llevaba junto al muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se echó a correr y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con roedor.

Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquélla pasó por el hombro izquierdo de Patroclo sin herirlo. Patroclo despidió la suya y no en balde acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas manos los artífices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los ojos de Patroclo y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo del campo. Como el rojizo y animoso toro, a quien devora un león que se ha echado entre los fexípedes bueyes, brama al morir entre las mandíbulas del león, así Patroclo, como el licio escudado, herido de muerte por Patroclo, se enfurecía; y, como al compañero, le hablaba de este modo:

¡Caro Glauco, guerrero afamado entre los hombres! Ahora debes portarte como un león audaz luchador; ahora te ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. Desde todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y me tú mismo con el bronce. Constantemente, todos los días, seré para ti motivo

ienza y oprobio, si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me
de la armadura. ¡Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército!
sí dijo; y el velo de la muerte le cubrió los ojos y las narices. Patroclo,
ole el pecho con el pie, le arrancó el asta, con ella siguió el d;afragma, y salieron
la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los
de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro
ieños.

lauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón y se le turbó el ánimo porque
a socorrerlo. Apretóse con la mano el brazo, pues le abrumaba una herida que
le había causado disparándole una llecha cuando él asaltaba el alto muro y el
defendía a los suyos; y oró de esta suerte a Apolo, el que hiere de lejos:

Dyeme, oh soberano, ya te halles en el opulento pueblo de Licia, ya te encuentres
a; pues desde cualquier lugar puedes atender al que está afligido, como lo estoy
'engo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se
hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear
nemigos. Ha muerto un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Zeus, el cual ya ni a
defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame
para que mi voz anime a los licios a combatir y yo mismo luche en defensa del

sí dijo rogando. Oyóle Febo Apolo y en seguida calmó los dolores, secó la negra
e la grave herida a infundió valor en el ánimo del troyano. Glauco, al notarlo, se
que el gran dios hubiese escuchado su ruego. En seguida fue por todas partes y
a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. Después, en
e a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamante Pantoida, al divino
a Eneas y a Héctor armado de bronce; y, deteniéndose cerca de los mismos, dijo
das palabras:

Héctor! Te olvidas del todo de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los
/ de la patria tierra, y ni socorrerles quieres. Yace en tierra Sarpedón, el rey de los
cudados, que con su justicia y su valor gobernaba a Licia. El broncíneo Ares to
lo con la lanza de Patroclo. Oh amigos, venid a indignaos en vuestro corazón: no
os mirmidones le quiten la armadura a insulten el cadáver, irritados por la muerte
inaos, a quienes dieron muerte nuestras picas junto a las veleras naves.

sí dijo. Los troyanos sintieron grande a inconsolable pena, porque Sarpedón,
orastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a ella a muchos hombres y
lela los superaba a todos. Con grandes bríos dirigiéronse aquéllos contra los
y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo
da, de corazón valiente, animó a los aqueos; y dijo a los Ayantes, que ya de
r estaban deseosos:

Ayantes! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como
ido hasta aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que primero asaltó nuestra
¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarlo, quitarle la armadura
ombros y matar con el cruel bronce a alguno de los compañeros que lo de-

...

sí dijo, aunque ellos ya deseaban rechazar al enemigo. Y troyanos y licios por una
mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y
on a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de
eros, y Zeus cubrió con una dañosa obscuridad la reñida contienda, para que pro-
a yor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

En un principio, los troyanos rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fue un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epíro de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budeo; por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a los aqueos de argénteos pies, y ellos le enviaron a Ilio, abundante en hermosos corceles, con un destructor de las filas de guerreros, para que combatiera contra los troyanos. Él echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dio una pedrada en la cabeza que se le partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el cuerpo del Sarpedón, y a su alrededor esparcióse la destructora muerte. Apesadumbróse el griego por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas, como el vilán persigue a unos grajos o estorninos: de la misma manera acometiste, oh héroe Patroclo, a los licios y troyanos, airado en tu corazón por la muerte del amigo. Cuando una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le cortó los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. En el espacio recorre el luengo venablo que lanza un hombre, ya en el juego para escapar, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan, otro tanto se retiraron los aqueos, cediendo al empuje de los troyanos. Glauco, capitán de los escudados licios, al ver que volvió la cara y mató al magnánimo Baticles, hijo amado de Calcón, se retiró a su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y por su valor: escapábase Glauco, y Baticles iba a darle alcance, cuando aquél se volvió rápidamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticles cayó con estrépito, los aqueos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los troyanos, muy interesados, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no se olvidaron de su impetuoso empuje y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces Meriones mató a un troyano, a Laógono, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Zeus Ideo, a quien el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la cabeza cayó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas, con su broncínea lanza, con el intento de herir a Meriones, que se adelantaba protegido por su escudo. Pero Meriones la vio venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la lanza perdió su fuerza. Penetró, pues, la vibrante punta en la tierra, y la lanza quedó en vano por el robusto brazo. Eneas, con el corazón irritado, dijo:

Meriones! Aunque eres ágil saltador, mi lanza te habría apartado para siempre del campo de batalla, si te hubiese herido.

Respondióle Meriones, célebre por su lanza:

Eneas! Difícil lo será, aunque seas valiente, aniquilar la fuerza de cuantos aqueos te salgan a pelear contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del pecho con el agudo bronce, en seguida, a pesar de tu vigor y de la confianza que tienes en tu fuerza, me darías gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

Meriones así dijo; y el valeroso hijo de Menecio le reprendió, diciendo:

Meriones! ¿Por qué, siendo valiente, te entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con palabras injuriosas no lograremos que los troyanos dejen el cadáver; preciso será que ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños, y las palabras sirven en el consejo. Conviene, pues, no hablar, sino combatir.

Meriones, diciendo esto, echó a andar y siguióle Meriones, varón igual a un dios. Como el ruido que producen los leñadores en la espesura de un monte y que se deja oír a todo el mundo era el estrépito que se elevaba de la tierra espaciosa al ser golpeados el bronce, y los bien contruidos escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de los aqueos. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los

la sangre y el polvo to cubrían completamente de pies a cabeza. Agitábanse todos r del cadáver como en la primavera zumban las moscas en el establo por cima de lillas llenas de leche, cuando ésta hace rebosar los tarros: de igual manera bullían en torno del muerto. Zeus no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; nplando a los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas acerca de la muerte clo: vacilaba entre si en la encarnizada contienda el esclarecido Héctor debería n el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de bro, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como to más con que el bravo escudero del Pelida Aquiles hiciera arredrar a los troyanos y a armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vida a muchos guerreros, comenzó ndo timidez primeramente a Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y a los demás troyanos a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se a la balanza sagrada de Zeus. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; eron muchos hombres a su alrededor cuando el Cronión avivó el duro combate. eos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de o la entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y en eus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale sangre, condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río, úngele con a, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos : el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el blo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos le harán exequias y le erigirán lo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.

sí dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la batalla, y en seguida levantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y, ándole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, estiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, to dejaron en el rico pueblo de Licia.

atroclo animaba a los corceles y a Automedonte y perseguía a los troyanos y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atenido a la orden la, se hubiera visto libre de la funesta parca, de la negra muerte. Pero siempre el ento de Zeus es más eficaz que el de los hombres (aquel dios pone en fuga al forzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a o), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

¿cuál fue el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses to a la muerte?

ueron primeramente Adrasto, Autónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y o; y después, Élaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la

ntonces los aqueos habrían tomado Troya, la de altas puertas, por las manos de , que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en construida torre para dañar a aquél y ayudar a los troyanos. Tres veces óse Patroclo a un ángulo de la elevada muralla; tres veces rechazólo Apolo, con sus manos inmortales el refulgence escudo. Y cuando, semejante a un dios, por cuarta vez, increpóle la deidad terriblemente con estas aladas palabras:

Retírate, Patroclo del linaje de Zeus! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los oyanos sea destruida por to lanza, ni por Aquiles, que tanto te aventaja.

sí dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera de Apolo, ere de lejos.

éctor se hallaba con el carro y los solípedos corceles en las puertas Esceas, y ideciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a ue las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, sele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécuba a hijo de Dimante, y en la Frigia, junto a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, Zeus:

Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. guía los corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo ria.

n diciendo esto, el dios volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a es que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la scitó entre los argivos funesto tumulto y dio gloria a Héctor y a los troyanos. lejó entonces a los demás dánaos, sin que fuera a matarlos, y enderezó a Patroclo llos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la a; cogió con la diestra una piedra Blanca y erizada de puntas que llenaba la , estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo en seguida a un combatiente, pues el alió vano: dio la aguda piedra en la frente de Cebríones, auriga de Héctor, que era tardo del ilustre Príamo, y entonces gobernaba las riendas de los caballos. La e llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los Cebríones; y éste, cual si fuera un buzo, cayó del asiento bien construido, porque uyó de sus miembros. Y burlándose de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

Oh dioses! ¡Muy ágil es el hombre! ¡Cuán fácilmente salta a lo buzo! Si se n el ponto, en peces abundance, ese hombre saltaría de la nave, aunque el mar a tempestuoso, y podría saciar a muchas personas con las ostras que pescara. ita facilidad ha dado la voltereta del carro a la llanura! Es indudable que también nos tienen buzos.

1 diciendo esto, corrió hacia el héroe con la impetuosidad de un león que devasta los hasta que es herido en el pecho y su mismo valor lo mata; de la misma oh Patroclo, te arrojaste enardecido sobre Cebríones. Héctor, por su parte, saltó o al suelo sin dejar las armas. Y entrambos luchaban en torno de Cebríones como brientos leones que en la cumbre de un monte pelean furiosos por el cadáver de va, así los dos aguerridos campeones, Patroclo Meneciada y el esclarecido leseaban herirse el uno al otro con el cruel bronce. Héctor había cogido al muerto ibeza y no lo soltaba; Patroclo lo asía de un pie, y los demás troyanos y dánaos 1 encarnizado combate.

omo el Euro y el Noto contienden en la espesura de un monte, agitando la selva, y las largas ramas de los fresnos, encinas y cortezudos cornejos chocan con inmenso estrépito, y se oyen los crujidos de las que se rompen, de semejante oyanos y aqueos se acometían y mataban, sin acordarse de la perniciosa fuga. or de Cebríones se clavaron en tierra muchas agudas lanzas y aladas flechas que de los arcos; buen número de grandes piedras herían los escudos de los que an en torno suyo; y el héroe yacía en el suelo, sobre un gran espacio, envuelto en lino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros.

asta que el sol hubo recorrido la mitad del cielo, los tiros alcanzaban por igual a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se encaminó al ocaso, los aqueos eran

res, contra to dispuesto por el destino; y, habiendo arrastrado el cadáver del héroe fuera del alcance de los dardos y del tumulto de los troyanos, le quitaron la arde los hombros.

Patroclo acometió furioso a los troyanos: tres veces los acometió, cual si fuera el res, dando horribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y cuando, semejante a un arremetiste, oh Patroclo, por cuarta vez, viose claramente que ya llegabas al fin de to vida, pues el terrible Febo salió a to encuentro en el duro combate. Mas Febo no vio al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso delante, alargando la mano, le dio un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al ver los ojos del héroe padecieron vértigos. Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco de los ojos a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el casco se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de oro, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa como el divino Aquiles. Entonces Zeus permitió también que to llevara Héctor, porque Héctor se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica de bronce, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al suelo; el soberano Apolo, hijo de Zeus, desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se apoderó del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se quedó atónito, y entonces desde cerca clavóle aguda lanza en la espalda, entre los brazos, el dárdano Euforbo Pantoida; el cual aventajaba a todos los de su edad en el uso de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que se enfrentó con su carro para aprender a combatir derribó a veinte guerreros de sus carros. Éste fue, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza, pero no to hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y, retrocediendo, se volvió con la turba, sin esperar a Patroclo, aunque le viera desarmado; mientras éste, por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para morir.

Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían rodeado con el agudo bronce, fue en su seguimiento, por entre las filas, y le envainó la pica en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó con estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso alimento donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira y se agota, así Héctor Priámida privó de la vida, hiriéndolo de cerca con la lanza, al hijo de Menecio, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, dijo estas aladas palabras:

Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres y llevártelas en los bajeles a to patria tierra. ¡Insensato! Los veloces caballos de Troya vuelan al combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre los otros troyanos, aparto de los míos el día de la servidumbre, mientras que a ti to te rodean los buitres. ¡Ah, infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, to ha socorrido. Cuando me enseñaste las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones, y de este modo: «No vuelvas a las cóncavas naves, caballero Patroclo, antes de to to la coraza que envuelve el pecho de Héctor, matador de hombres, teñida de rojo. Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir.

Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo:

Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria Zeus y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los brazos. Si veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto.

¡ por mi lanza. Matáronme la parca funesta y el hijo de Leto, y, entre los
¡, Euforbo, y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a
que fijarás en la memoria. Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte
a cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del eximio Aquiles Eácida.

penas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los
os y descendió al Hades, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y
el esclarecido Héctor le dijo, aunque muerto le veía:

Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo
la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?

¡ Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la broncínea lanza y lo
e espaldas. Inmediatamente se encaminó, lanza en mano, hacia Automedonte, el
e servidor del Eácida, de pies ligeros, pues deseaba herirlo, pero los veloces
inmortales, que a Peleo le dieron los dioses como espléndido presente, ya to
de la batalla.

CANTO XVII*

Principalía de Menelao

habla un encarnizado combate entre aqueos y troyanos para apoderarse de las arenas y el cadáver
oclo. Por fin, Menelao y Meriones, protegidos por los dos Ayante, cargan a sus espaldas con el
de Patroclo y se lo llevan al campamento.

¡ lejó de advertir el Atrida Menelao, caro a Ares, que Patroclo había sucumbido en
manos de los troyanos; y, armado de luciente bronce, se abrió camino por los
entes delanteros y empezó a moverse en torno del cadáver para defenderlo. Como
rímeriza da vueltas alrededor de su becerrillo mugiendo tiernamente, porque an
aba lo que era el parto, de semejante manera bullía el rubio Menelao cerca de
. Y colocándose delante del muerto, enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo,
taba a matar a quien se le opusiera. Tampoco Euforbo, el hábil lancero hijo de
se descuidó al ver en el suelo al eximio Patroclo, sino que se detuvo a su lado y
enelao, caro a Ares:

¡ Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Retírate, suelta el cadáver
para estos sangrientos despojos; pues, en la reñida pelea, ninguno de los troyanos
¡ auxiliares ilustres envasó su lanza a Patroclo antes que yo lo hiciera. Déjame
inmensa gloria entre los troyanos. No sea que, hiriéndote, te quite la dulce vida.
¡ pondióle muy indignado el rubio Menelao:

¡ Padre Zeus! No es bueno que nadie se vanaglorie con tanta soberbia. Ni la pantera,
n, ni el dañino jabalí que tienen gran ánimo en el pecho y están orgullosos de su
e presentan tan osados como los hábiles lanceros hijos de Pántoo. Pero el fuerte
or, domador de caballos, no siguió gozando de su juventud cuando me aguardó,
de injuriarme diciendo que yo era el más cobarde de los guerreros dánaos, y no
haya podido volverse con sus pies para regocijar a su esposa y a sus venerandos
Del mismo modo te quitaré la vida a ti, si osas afrontarme, y te aconsejo que
a tu ejército y no te pongas delante, pues el necio sólo conoce el mal cuando ya
¡ o.

¡ habló, sin persuadir a Euforbo, que contestó diciendo:

¡ Menelao, alumno de Zeus, ahora pagarás la muerte de mi hermano, de que canto te
ejaste viuda a su mujer en el reciente tálamo; causaste a nuestros padres llanto y
ofundo. Yo conseguiría que aquellos infelices cesaran de llorar, si, llevándome to
¡ tus armas, las pusiera en las manos de Pántoo y de la divina Frontis. Pero no se

mucho tiempo el combate, ni quedará sin decidir quién haya de ser el vencedor y vencido.

Esto, dio un bote en el escudo liso del Atrida, pero no pudo romper el bronce, a punta se torció al chocar con el fuerte escudo. El Atrida Menelao acometió, a su la pica, orando al padre Zeus, y, al ver Euforbo a retroceder, se la clavó en la parte de la garganta, empujó el asta con la robusta mano y la punta atravesó el delicado Euforbo cayó con estrépito, resonaron sus armas y se mancharon de sangre sus , semejantes a los de las Gracias, y los rizos, que llevaba sujetos con anillos de plata. Cual frondoso olivo que, plantado por el Labrador en un lugar solitario donde el agua, crece hermoso, es mecido por vientos de toda clase y se cubre de blancas flores, viniendo de repente el huracán, te arranca de la tierra y te tiende en el suelo; así a Menelao dio muerte a Euforbo, hijo de Pánthoo y hábil lancero, y en seguida se a quitarle la armadura.

Como un montaraz león, confiado en su fuerza, coge del rebaño que está paciendo la vaca, le rompe la cerviz con Los fuertes dientes, y, despedazándola, traga la sangre y las entrañas; y así los perros como los pastores gritan mucho a su alrededor, pero sin atreverse a ir contra la fiera porque el pálido temor los domina, de la misma manera ninguno tuvo bastante ánimo en su pecho para salir al encuentro del glorioso Aquiles. Y el Atrida se habría llevado fácilmente las magníficas armas del Pantoida, si no le diese impedido Febo Apolo; el cual, tomando la figura de Mentos, caudillo de los troyanos, suscitó contra aquél a Héctor, igual al veloz Ares, con estas aladas palabras:

Héctor! Tú corres ahora tras lo que no es posible alcanzar: los corceles del rey Eácida. Difícil es que ninguno ni de los hombres ni de los dioses los sujete y los lleve, fuera de Aquiles, que tiene una madre inmortal. Y en tanto, Aquiles, belicoso hijo de Atreo, que defiende el cadáver de Patroclo, ha muerto a uno de los esforzados troyanos, a Euforbo Pantoida, acabando con el impetuoso valor de Aquiles.

Aquiles, habiendo hablado así, volvió a la batalla. Héctor sintió profundo dolor en las entrañas, ojeó las hileras y vio en seguida al Atrida que despojaba de la espléndida armadura a Euforbo, y a éste tendido en el suelo y vertiendo sangre por la herida. Aquiles, armado como se hallaba de luciente bronce y dando agudos gritos, abrióse paso entre los combatientes delanteros cual si fuese una llama inextinguible encendida por el viento. No le pasó inadvertido al hijo de Atreo, que gimió al oír las voces, y a su alma espíritu así le dijo:

¡Ay de mí! Si abandono estas magníficas armas y a Patroclo, que por vengarme me está tendido, temo que se irritará cualquier dánao que te presencie. Y si por culpa de la pelea con Héctor y Los troyanos, como ellos son muchos y yo estoy solo, me cerquen; pues Héctor, el de tremolante casco, trae aquí a todos Los troyanos. ¿Por qué el corazón me hace pensar en tales cosas? Cuando, oponiéndose a la batalla, el hombre lucha con un guerrero protegido por algún dios, pronto le hace grave daño. Así, pues, ninguno de Los dánaos se irritará conmigo porque me opongo a Héctor, que combate amparado por Las deidades. Pero, si a mis oídos llegase la voz de Ayante, valiente en la pelea, volvería aquí con él y sólo pensaríamos en irnos aunque fuese contra un dios, para ver si podríamos arrastrar el cadáver y llevarlo al Pelida Aquiles. Sería esto lo mejor para hacer llevaderos los presentes

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegaron las voces de los troyanos, acaudilladas por Héctor. Menelao dejó el cadáver y retrocedió, como se hace de cuando en cuando. Como el melencólico león, a quien alejan del establo los

los hombres con gritos y venablos, siente que el corazón audaz se le encoge y a de mala gana el redil; de la misma suerte apartábase de Patroclo el rubio Menelao, quien, al juntarse con sus amigos, se detuvo, volvió la cara a los troyanos y miró en los ojos al gran Ayante, hijo de Telamón. Pronto le distinguió a la izquierda de Menelao, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear, pues Febo Apolo les había infundido un gran terror. Corrió a encontrarle; y, poniéndose a su lado, le dijo estas palabras:

Ayante! Ven, amigo; apresurémonos a combatir por Patroclo muerto, y quizás podamos llevar a Aquiles el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

Así dijo; y conmovió el corazón del aguerrido Ayante, que atravesó al momento las filas junto con el rubio Menelao. Héctor había despojado a Patroclo de las magníficas armas y se lo llevaba arrastrando, para separarle con el agudo bronce la cabeza de los hombros y entregar el cadáver a los perros de Troya. Pero acercósele Ayante con su cuerpo como una torre; y Héctor, retrocediendo, llegó al grupo de sus amigos, saltó al suelo y entregó las magníficas armas a los troyanos para que las llevaran a la ciudad, donde habían de causarle inmensa gloria. Ayante cubrió con su gran escudo al Menelao, que tuvo firme. Como el león anda en torno de sus cachorros cuando llevándolos por el campo se le salen al encuentro los cazadores, y, haciendo gala de su fuerza, baja los ojos ocultando sus ojos, de aquel modo corría Ayante alrededor del héroe Patroclo. Frente a él se oía puesta hallábase el Atrida Menelao, caro a Ares, en cuyo pecho el dolor iba creciendo.

Glauco, hijo de Hipóloco, caudillo de los licios, dirigió entonces la torva faz a Héctor y le increpó con estas palabras:

Héctor, el de más hermosa figura, muy falto estás del valor que la guerra requiere! Inmerecida es tu buena fama, cuando solamente sabes huir. Piensa cómo en Ilio defenderás la ciudad y sus habitantes, solo y sin más auxilio que los hombres que quedan en Ilio. Ninguno de los licios ha de pelear ya con los dánaos en favor de la ciudad puesto que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra el enemigo. ¿Cómo, oh cruel, salvarás en la turba a un oscuro combatiente, si dejas que el enemigo, huésped y amigo tuyo, llegue a ser presa y botín de los argivos? Mientras esto sucede, prestó grandes servicios a la ciudad y a ti mismo; y ahora no te atreves a llevar el su cadáver a los perros. Por esto, si los licios me obedecieren, volveríamos a nuestra patria, y la ruina más espantosa amenazaría a Troya. Mas, si ahora tuvieran los licios el valor audaz a intrépido que suelen mostrar los que por la patria sostienen las armas y luchas con los enemigos, pronto arrastraríamos el cadáver de Patroclo hasta Ilio en seguida que el cuerpo de éste fuera retirado del campo y conducido a la gran ciudad. Si el rey Príamo, los argivos nos entregarían, para rescatarlo, las hermosas armas de Menelao, y también podríamos llevar a Ilio el cadáver del héroe; pues Patroclo fue el argivo más valiente que hay en las naves, como asimismo lo son sus tropas, que baten cuerpo a cuerpo. Pero tú no osaste esperar al magnánimo Ayante, ni resistir a Menelao en la lucha, ni combatir con él, porque te aventaja en fortaleza.

Dirigiéndole con torva faz, respondió Héctor, el de tremolante casco:

Glauco! ¿Por qué, siendo cual eres, hablas con tanta soberbia? ¡Oh dioses! Te he visto a menudo como el hombre de más seso de cuantos viven en la fértil Licia, y ahora he oído de ti que te atreves a darme por to que pensaste y dijiste al asegurar que no puedo sostener la ciudad de Ilio. Nunca me espantó la batalla, ni el ruido de los caballos; ni me preocupa el pensamiento de Zeus, que lleva la égida, es más eficaz que el de los dioses, y el dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria,

El mismo le haya incitado a combatir. Mas, ea, ven acá, amigo, ponte a mi lado, ¡la mis hechos, y verás si seré cobarde en la batalla, como has dicho, aunque dure lía; o si haré que alguno de los dánaos, no obstante su ardimiento y valor, cese de el cadáver de Patroclo.

ando así hubo hablado, exhortó a los troyanos, dando grandes voces:

Troyanos, licios, dánaos, que cuerpo a cuerpo peleáis! Sed hombres, amigos, y vuestro impetuoso valor, mientras visto las armas hermosas del eximio Aquiles, espojé al fuerte Patroclo después de matarlo.

ichas estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, salió de la funesta lid, y, o con ligera planta, alcanzó pronto y no muy lejos a sus amigos que llevaban ciudad las magníficas armas del hijo de Peleo. Allí, fuera del luctuoso combate o y cambió de armadura: entregó la propia a los belicosos troyanos, para que la en la sacra Ilio, y vistió las armas divinas del Pelida Aquiles, que los dioses es dieron a Peleo, y éste, ya anciano, cedió a su hijo, quien no había de usarlas npo que llegara a la vejez llevándolas todavía.

uando Zeus, que amontona las nubes, vio que Héctor, apartándose, vestía las el divino Pelida, moviendo la cabeza, habló consigo mismo y dijo:

Ah, mísero! No piensas en la muerte, que ya se halla cerca de ti, y vistes las vinas de un hombre valentísimo a quien todos temen. Has muerto a su amigo, tan omo fuerte, y le has quitado ignominiosamente la armadura de la cabeza y de los s. Mas todavía dejaré que avances una gran victoria como compensación de que aca no recibirá de tus manos, volviendo tú del combate, las magníficas armas del

ijo el Cronión, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento. La armadura de le vino bien a Héctor, apoderóse de éste un terrible furor bélico, y sus miembros izaron y fortalecieron; y el héroe, dando recias voces, enderezó sus pasos a los lustres y se les presentó con las resplandecientes armas del magnánimo Pelión. Y lose a cada uno para animarlos con sus palabras -a Mestles, Glauco, Medonte, o, Asteropeo, Disénor, Hipótoo, Forcis, Cromio y el augur Énnomo-, los instigó s aladas palabras:

Oíd, tribus innúmeras de aliados que habitáis alrededor de Troya! No ha sido por ni por la necesidad de reunir una muchedumbre por lo que os he traído de ciudades, sino para que defendáis animosamente de los belicosos aqueos a las y a los tiernos infantes de los troyanos. Con este pensamiento abrumo a mi le exijo dones y víveres para excitar vuestro valor. Ahora cada uno haga frente y al enemigo, ya muera, ya se salve, que tales son los lances de la guerra. Al que el cadáver de Patroclo hasta las filas de los troyanos, domadores de caballos, y ler a Ayante, le daré la mitad de los despojos, reservándome la otra mitad, y su rá tan grande como la mía.

sí dijo. Todos arremetieron con las picas levantadas y cargaron sobre los dánaos, ían grandes esperanzas de arrancar el cuerpo de Patroclo de las manos de Ayante íada. ¡Insensatos! Sobre el mismo cadáver, Ayante hizo perecer a muchos de este héroe dijo entonces a Menelao, valiente en la pelea:

Oh amigo, oh Menelao, alumno de Zeus! Ya no espero que salgamos con vida de illa. Ni temo tanto por el cadáver de Patroclo, que pronto saciará en Troya a los aves de rapiña, cuanto por tu cabeza y por la mía; pues el nublado de la guerra, todo to cubre, y a no sotros nos espera una muerte cruel. Ea, llama a los más va-ánaos, por si alguno to oye.

sí dijo. Menelao, valiente en la pelea, no desobedeció; y, alzando recio la voz, s dánaos:

Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos, los que bebéis en la tienda de los Agamenón y Menelao el vino que el pueblo paga, mandáis las tropas y os viene el honor y la gloria! Me es difícil ver a cada uno de los caudillos. ¡Tan grande es ate que aquí se ha empeñado! Pero acercaos vosotros, indignándoos en vuestro de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos.

sí dijo. Oyóle en seguida el veloz Ayante de Oileo, y acudió antes que nadie, o a través del campo. Sguiéronle Idomeneo y su escudero Meriones, igual al a Enialio. ¿Y quién podría retener en la memoria y decir los nombres de cuantos ueron llegando para reanimar la pelea?

.os troyanos acometieron apinados, con Héctor a su frente. Como en la cadura de un río que las celestiales lluvias alimentan, las ingentes olas chocan lo contra la corriente del mismo, refluyen al mar y las altas orillas resuenan en on una gritería tan grande marcha ban bs troyanos. Mientras tanto, los aqueos cían firmes alrededor del cadáver del Menecíada, conservando el mismo ánimo y ndose con los escudos de bronce; y el Cronión rodeó de espesa niebla sus es cascos, porque nunca había aborrecido al Menecíada mientras vivió y fue del Eácida, y entonces veía con desagrado que el cadáver pudiera llegar a ser de los perros troyanos. Por esto el dios incitaba a los compañeros a que lo ran.

n un principio, los troyanos rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, y éstos, irando al muerto, huyeron espantados. Y si bien los altivos troyanos no eron matar con sus lanzas a ningún aqueo, como deseaban, empezaron a arrastrar er. Poco tiempo debían los aqueos permanecer alejados de éste, pues los hizo yante; el cual, así por su figura, como por sus obras, era el mejor de los dánaos, del eximio Pelión. Atravesó el héroe las primeras Filas, y parecido por su al jabalí que en el monte dispersa fácilmente, dando vueltas por los matorrales, a s y a los florecientes mancebos, de la misma manera el esclarecido Ayante, hijo re Telamón, acometió y dispersó las falanges de troyanos que se agitaban en Patroclo con el decidido propósito de llevarlo a la ciudad y alcanzar gloria.

ipótoo, hijo preclaro del pelasgo Leto, había atado una correa a un tobillo de , alrededor de los tendones; y arrastraba el cadáver por el pie, a través del reñido , para congraciarse con Héctor y los troyanos. Pronto le ocurrió una desgracia, de e, por más que to deseara, pudo librarlo. Pues el hijo de Telamón, acometiéndole e la turba, le hirió de cerca por el casco de broncéneas carrilleras: el casco, do de un penacho de crines de caballo, se quebró al recibir el golpe de la gran anejada por la robusta mano; el cerebro fluyó sanguinolento por la herida, a lo l asta; el guerrero perdió las fuerzas, dejó escapar de sus manos al suelo el pie del mo Patroclo, y cayó de pechos, junto al cadáver, lejos de la fértil Larisa; y así no gar a sus progenitores la crianza, ni fue larga su vida, porque sucumbió vencido nza del magnánimo Ayante. A su vez, Héctor arrojó la reluciente lanza a Ayante, e, al notarlo, hurtó un poco el cuerpo, y la broncénea arma alcanzó a Esquedio, magnánimo ífito y el más valiente de los focios, que tenía su casa en la célebre y reinaba sobre muchos hombres: clavóse la broncénea punta debajo de la a y, atravesándola, salió por la extremidad del hombro. El guerrero cayó con , y sus armas resonaron.

yante hirió en medio del vientre al aguerrido Forcis, hijo de Fénope, que defendía er de Hipótoo; y el bronce rompió la cavidad de la coraza y desgarró las entrañas:

no, caído en el polvo, cogió el suelo con las manos. Arredraronse los antes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, y los cadáveres de Forcis y de Hipótoo, y quitaron de sus hombros las respectivas armas.

Entonces los troyanos hubieran vuelto a entrar en Ilio, acosados por los belicosos y vencidos por su cobardía; y los argivos hubiesen alcanzado gloria, contra la voluntad de Zeus, por su fortaleza y su valor; pero el mismo Apolo instigó a Eneas, por la figura del heraldo Perifante Epítida, que había envejecido ejerciendo de guía en la casa del padre del héroe y sabía dar saludables consejos. Así irado, habló Apolo, hijo de Zeus, diciendo:

Eneas! ¿De qué modo podríais salvar la excelsa Ilio, hasta si un dios se opusiera? ¿No es visto hacerlo a otros varones que confiaban en su fuerza y vigor, en su bravura y en su valentía, y no en la muchedumbre de tropas formadas por un pueblo intrépido. Mas, al presente, Zeus quiere que la victoria quede por vosotros y no por los dánaos; y vosotros huís temblando, sin atir.

Así dijo. Eneas, como viera delante de sí a Apolo, el que hiere de lejos, le dio gracias, y a grandes voces dijo a Héctor:

Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus aliados! Es una vergüenza que sufráis en Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por nuestra cobardía. Una vez que he venido a decirme que Zeus, el árbitro supremo, será aún nuestro auxiliar en la guerra, Marchemos, pues, en derechura a los dánaos, para que no se lleven a las naves el cadáver de Patroclo.

Así habló; y, saltando mucho más allá de los combatientes delanteros, se detuvo. Los troyanos volvieron la cara y afrontaron a los aqueos. Entonces Eneas dio una lanzada a Patroclo, hijo de Arisbante y compañero valiente de Licomedes. Al verlo derribado en el suelo, se compadeció Licomedes, caro a Ares; y, parándose muy cerca del enemigo, arrojó su lanza, hirió en el hígado, debajo del diafragma, a Apisaón Hipásida, pastor de cabras, y le dejó sin vigor las rodillas: este guerrero procedía de la fértil Peonia, y fue asesinado por el hijo de Asteropeo, el que más descollaba en el combate. Vioto caer el belicoso Patroclo, y, apiadándose, corrió hacia él, dispuesto a pelear con los dánaos. Mas no le permitió; pues cuantos rodeaban por todas partes a Patroclo se cubrían con los escudos y se defendían en las lamas. Ayante recorría las filas y daba muchas órdenes: mandaba que nadie retrocediese, abandonando el cadáver, ni combatiendo se adelantara a los demás sino que todos rodearan al muerto y pelearan de cerca. Así se lo encargaba el Ayante. La tierra estaba regada de purpúrea sangre y caían muertos, unos en pos de otros; muchos troyanos, poderosos auxiliares, y dánaos; pues estos últimos no se defendían sino sin derramar sangre, aunque perecían en mucho menor número porque cuidaban de defenderse recíprocamente en medio de la turba, para evitar la cruel muerte.

Así combatían, con el ardor del fuego. No hubieras dicho que aún subsistiesen el Ayante y Patroclo, pues hallábanse cubiertos por la niebla todos los guerreros ilustres que rodeaban al cadáver del Menecíada. Los restantes troyanos y aqueos, de las grebas, libres de la obscuridad, luchaban al cielo sereno: los vivos rayos del sol brillaban en el campo, sin que apareciera ninguna nube sobre la tierra ni en las montañas, y los combatientes y descansaban alternativamente, hallándose a gran distancia unos de otros, procurando librarse de los dolorosos tiros que les dirigían los contrarios. Y en el centro padecían muchos males a causa de la niebla y del combate, y los más heridos estaban dañados por el cruel bronce. Dos varones insignes, Trasimedes y Angenor, ignoraban aún que el eximio Patroclo hubiese muerto y creían que, vivo aún, estaba combatiendo con los troyanos en la primera fila. Ambos, aunque estaban en la cuenta de que

pañeros eran muertos o derrotados, peleaban separadamente de los demás; que había ordenado Néstor, cuando desde las negras naves los envió a la batalla.

Todo el día sostuvieron la gran contienda y el cruel combate. Cansados y sudosos sus rodillas, las piernas y más abajo los pies, y manchados de polvo las manos y los rostros peleaban en torno del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Como un día a los obreros, para que la estiren, una piel grande de toro cubierta de grasa, y mojándola, se distribuyen a su alrededor, y tirando todos sale la humedad, penetra en la piel que queda perfectamente extendida por todos lados, de la misma manera aquellos del cadáver acá y acullá, en un reducido espacio, y tenían grandes esfuerzos de arrastrarlo los troyanos hacia Ilio, y los aqueos a las cóncavas naves. Un grito feroz se producía alrededor del muerto; y ni Ares, que enardece a los guerreros, ni la furia por airada que estuviera, habrían hallado nada que baldonar, si todo hubiesen pasado: el funesto combate de hombres y caballos suscitó Zeus aquel día sobre el campo de Patroclo. El divino Aquiles ignoraba aún la muerte del héroe, porque la pelea se hacía empeñado muy lejos de las veleras naves, al pie del muro de Troya. No se imaginaba que hubiese muerto, sino que después de acercarse a las puertas volvería vivo; tampoco esperaba que llegara a tomar la ciudad, ni solo, ni con él mismo. Así se oía muchas veces a su madre cuando, hablándole separadamente de los demás, expresaba el pensamiento del gran Zeus. Pero entonces la diosa no le anunció la gran noticia que acababa de ocurrir: la muerte del compañero a quien más amaba.

Los combatientes, blandiendo afiladas lanzas, se acometían continuamente uno con el otro del cadáver; y unos a otros se mataban. Y hubo quien entre los aqueos, de las corazas, habló de esta manera:

Oh amigos! No sería para nosotros acción gloriosa la de volver a las cóncavas naves antes la negra tierra se nos trague a todos; que preferible fuera, si hemos de morir, que a los troyanos, domadores de caballos, que arrastren el cadáver a la ciudad y a gloria.

Y a su vez alguno de los magnánimos troyanos así decía:

Oh amigos! Aunque la parca haya dispuesto que sucumbamos todos junto a ese campo, nadie abandone la batalla.

Con tales palabras excitaban el valor de sus compañeros. Seguía el combate, y el trépido llegaba al cielo de bronce, a través del infecundo éter.

Los corceles de Aquiles lloraban, fuera del campo de la batalla, desde que supieron que el auriga había sido postrado en el polvo por Héctor, matador de hombres. Por más que se les temedonte, hijo valiente de Dioces, los aguijaba con el flexible látigo y les dirigía palabras, ya suaves, ya amenazadoras; ni querían volver atrás, a las naves y al vasto campo, ni encaminarse hacia los aqueos que estaban peleando. Como la columna se cae firme sobre el túmulo de un varón difunto o de una matrona, tan inmóviles quedaban aquellos con el magnífico carro. Inclínaban la cabeza al suelo, de sus ojos caían a tierra ardientes lágrimas con que lloraban la pérdida del auriga, y las crines estaban manchadas y caídas a ambos lados del yugo.

Al verlos llorar, el Cronión se compadeció de ellos, movió la cabeza, y, hablando mismo, dijo:

Ah, infelices! ¿Por qué os entregamos al rey Peleo, a un mortal, estando vosotros de la vejez y de la muerte? ¿Acaso para que tuvieseis penas entre los míseros mortales? Porque no hay un ser más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y viven sobre la tierra. Héctor Priámida no será llevado por vosotros en el labrado campo, ni lo permitiré. ¿Por ventura no es bastante que se haya apoderado de las armas y de esta manera? Daré fuerza a vuestras rodillas y a vuestro espíritu, para que

alvo a Automedonte desde la batalla a las cóncavas naves; y concederé gloria a
anos, los cuales seguirán matando hasta que lleguen a las naves de muchos
se ponga el sol y la sagrada obscuridad sobrevenga.»

sí diciendo, infundió gran vigor a los caballos: sacudieron éstos el polvo de las
arrastraron velozmente el ligero carro hacia los troyanos y los aqueos.
donte, aunque afligido por la suerte de su compañero, quería combatir desde el
con los corceles se echaba sobre los enemigos como el buitre sobre los ánsares; y
isma facilidad huía del tumulto de los troyanos, que arremetía a la gran turba de
a seguirles el alcance. Pero no mataba hombres cuando se lanzaba a perseguir,
estando solo en el sagrado asiento, no le era posible acometer con la lanza y
l mismo tiempo los veloces caballos. Viole al fin su compañero Alcimedonte,
aerces Hemónida; y, poniéndose detrás del carro, dijo a Automedonte:

Automedonte! ¿Qué dios te ha sugerido tan inútil propósito dentro del pecho y to
do de te buen juicio? ¿Por qué, estando solo, combates con los troyanos en la pri
? Tu compañero recibió la muerte, y Héctor se vanagloria de cubrir sus hombros
rmas del Eácida.

espondióle Automedonte, hijo de Diores:

Alcimedonte! ¿Cuál otro aqueo podría sujetar o aguijar estos caballos inmortales
de tú, si no fuera Patroclo, consejero igual a los dioses, mientras estuvo vivo?
la muerte y la parca to alcanzaron. Recoge el látigo y las lustrosas riendas, y yo
el carro para combatir.

sí dijo. Alcimedonte, subiendo en seguida al veloz carro, empuñó el látigo y las
y Automedonte saltó a tierra. Advirtiólo el esclarecido Héctor; y al momento dijo
que a su lado estaba:

Eneas, consejero de los troyanos, de bronceas corazas! Advierto que los
del Eácida, ligero de pies, aparecen nuevamente en la lid guiados por aurigas
Y creo que me apoderaría de los mismos, si tú quisieras ayudarme; pues,
endo nosotros a los aurigas, éstos no se.. atreverán a resistir ni a pelear frente a

sí dijo; y el valeroso hijo de Anquises no dejó de obedecerle. Ambos pasaron
, protegiendo sus hombros con sólidos escudos de pieles secas de buey, cubiertas
sa capa de bronce. Siguiéronles Cromio y el deiforme Areto, que tenían grandes
as de matar a los aurigas y llevarse los corceles de erguido cuello. ¡Insensatos!
erramar sangre habían de escapar de Automedonte. Éste, orando al padre Zeus,
fuerza y vigor las negras entrañas; y en seguida dijo a Alcimedonte, su fiel
pro:

Alcimedonte! No tengas los caballos lejos de mí; sino tan cerca, que sienta su
sobre mi espalda. Creo que Héctor Priámida no calmará su ardor hasta que suba
de Aquiles y gobierne los corceles de hermosas crines, después de darnos muerte
os y desbaratar las filas de los guerreros argivos; o él mismo sucumba, peleando
combatientes delanteros.

sí habiendo hablado, llamó a los dos Ayantes y a Menelao:

Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Menelao! Dejad a los más fuertes el cuidado
r al muerto y defenderlo, rechazando las haces enemigas; y venid a libramos del
l a nosotros que aún vivimos, pues se dirigen a esta parte, corriendo por el
combate, Héctor y Eneas, que son los más valientes de los troyanos. En la mano
ioses está to que haya de ocurrir. Yo arrojaré mi lanza, y Zeus se cuidará del

ijo; y, blandiendo la ingente lanza, acertó a dar en el escudo liso de Areto, que no tener a aquélla: atravesóla la punta de bronce, y rasgando el cinturón se clavó en el escudo del guerrero. Como un joven hiere con afilada segur a un buey montaraz por el cuello de las astas, le corta el nervio y el animal da un salto y cae, de esta manera el escudo saltó y cayó boca arriba y la lanza aguda, vibrando aún en sus entrañas, dejóle sin vida sus miembros.- Héctor arrojó la reluciente lanza contra Automedonte, pero éste, al verla venir, evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la fornida lanza se clavó en el escudo detrás de él, y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su fuerza y se atacaron de cerca con las espadas, si no les hubiesen obligado a separarse los otros; los cuales, enardecidos, abriéronse paso por la turba y acudieron a las voces de Héctor. Temieronlos Héctor, Eneas y el deiforme Cromio, y, retrocediendo, dejaron que yacía en el suelo con el corazón traspasado. Automedonte, igual al veloz viento, se apoderó de las armas y, gloriándose, pronunció estas palabras:

¡En el pesar de mi corazón por la muerte del Menecíada se ha aliviado un poco; pero soy inferior al varón a quien he dado muerte.

Después de decir esto, tomó y puso en el carro los sangrientos despojos; y en seguida subió al carro, con los pies y las manos ensangrentados como el león que ha devorado un toro. Después de esto se trabó una pelea encarnizada, funesta, luctuosa, en torno de Patroclo. Después de esto vino Atenea, que vino del cielo, enviada a socorrer a los dánaos por el mandato de Zeus, cuya mente había cambiado. De la suerte que Zeus tiende en el cielo el arco iris, como señal de una guerra o de un invierno tan frío que obliga a abandonar las labores del campo y entristece a los rebaños, de este modo la diosa, descendiendo en purpúrea nube, penetró por las tropas aqueas y animó a cada guerrero. Después de esto enderezó sus pasos hacia el fuerte Menelao, hijo de Atreo, que se hallaba cerca; después de esto tomó la figura y voz infatigable de Fénix, le exhortó diciendo:

¡Sería para ti, oh Menelao, motivo de vergüenza y de oprobio que los veloces aqueos despedazaran cerca del muro de Troya el cadáver de quien fue compañero fiel del rey. ¡Combate denodadamente y anima a todo el ejército!

Respondióle Menelao, valiente en la pelea:

Padre Fénix, anciano respetable! Ojalá Atenea me infundiese vigor y me librara de los tiros. Yo quisiera ponerme al lado de Patroclo y defenderlo, porque su muerte me movió mucho mi corazón; pero Héctor tiene la terrible fuerza de una llama, y me matará con el bronce, protegido por Zeus, que le da gloria.

Después de esto dijo. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, holgándose de que aquél la invocara entre todas las deidades, le vigorizó los hombros y las rodillas, a infundió en él la audacia de la mosca, la cual, aunque sea ahuyentada repetidas veces, vuelve a picar porque la sangre humana le es agradable; de una audacia semejante llenó la diosa las entrañas del héroe. Encaminóse Menelao hacia el cadáver de Patroclo y tomó la reluciente lanza. Hallábase entre los troyanos Podes, hijo de Eetión, rico y valiente a quien Héctor honraba mucho en la ciudad porque era su compañero querido en sus días de paz; a éste, que ya emprendía la fuga, atravesólo el rubio Menelao con la fornida lanza que se clavó en el ceñidor, y el troyano cayó con estrépito. Al punto, el rubio Menelao arrastró el cadáver desde los troyanos adonde se hallaban sus amigos.

Después de esto incitó a Héctor, poniéndose a su lado después de tomar la figura de Fénix, que éste tenía la casa en Abides, y era para el héroe el más querido de sus huéspedes. Después de esto figurado, dijo Apolo, el que hiere de lejos:

Héctor! ¿Cuál otro aqueo te temerá, cuando huyes temeroso ante Menelao, que fue guerrero débil y ahora él solo ha levantado y se lleva fuera del alcance de los

el cadáver de tu fiel amigo a quien mató, del que peleaba con denuedo entre los
antes delanteros, de Podes, hijo de Eetiún?

sí dijo, y negra nube de pesar envolvió a Héctor, que en seguida atravesó las
filas, cubierto de reluciente bronce. Entonces el Cronida tomó la esplendorosa
queada, cubrió de nubes el Ida, relampagueó y tronó fuertemente, agitó la égida,
victoria a los troyanos, poniendo en fuga a los aqueos.

primero que huyó fue Penéleo, el beocio, por haber recibido, vuelto siempre de
los troyanos, una herida leve en el hombro; y Polidamante, acercándose a él, le
la lanza, que desgarró la piel y llegó hasta el hueso.- Héctor, a su vez, hirió en la
y dejó fuera de combate a Leito, hijo del magnánimo Alección; el cual huyó
lo y mirando en torno suyo, porque ya no esperaba que con la lanza en la mano
combatir con los troyanos.- Contra Héctor, que perseguía a Leito, arrojó
su lanza y le dio un bote en el peto de la coraza, junto a la tetilla; pero
aquella en la unión del asta con el hierro; y los troyanos gritaron. Héctor

su lama contra Idomeneo Deucálida, que iba en un carro; y por poco no acertó a
pero el bronce se clavó en Céranos, escudero y auriga de Meriones, a quien acom-
lesde que partieron de la bien construida Licto. Idomeneo salió aquel día de las
aves al campo, como infante; y hubiera procurado a los troyanos un gran triunfo,
viese llegado Céranos guiando los veloces corceles: éste fue su salvador, porque le
día cruel al perder la vida a manos de Héctor, matador de hombres. A Céranos,
ióle Héctor debajo de la quijada y de la oreja: la punta de la lanza hizo saltar los
atravesó la lengua. El guerrero cayó del carro, y dejó que las riendas vinieran al
eriones, inclinándose, recogiólas, y dijo a Idomeneo:

quija con el látigo los caballos hasta que llegues a las veleras naves; pues ya tú
onoces que no serán los aqueos quienes alcancen la victoria.

sí habló; a Idomeneo fustigó los corceles de hermosas crines, guiándolos hacia
naves, porque el temor había entrado en su corazón.

o les pasó inadvertido al magnánimo Ayante y a Menelao que Zeus otorgaba a los
la inconstante victoria. Y el gran Ayante Telamonio fue el primero en decir:

Oh dioses! Ya hasta el más simple conocería que el padre Zeus favorece a los
. Los tiros de todos ellos, sea cobarde o valiente el que dispara, no yerran el
porque Zeus los encamina; mientras que los nuestros caen al suelo sin dañar a
a, pensemos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y volvernos, para regocijarse
os amigos; los cuales deben de atligirse mirando hacia acá, y sin duda piensan
o podemos resistir la fuerza y las invictas manes de Héctor, matador de hombres,
tendremos que caer en las negras naves. Ojalá algún amigo avisara rápidamente
, pues no creo que sepa la infausta nueva de que ha muerto su compañero amado.
puedo distinguir entre los aqueos a nadie capaz de hacerlo, cubiertos como están
sa niebla hombres y caballos. ¡Padre Zeus! ¡Libra de la espesa niebla a los
serena el cielo, concede que nuestros ojos vean, y destrúyenos en la luz, ya que
ice!

sí dijo; y el padre, compadecido de verle derramar lágrimas, disipó en el acto la
ad y apartó la niebla. Brilló el sol y toda la batalla quedó alumbrada. Y entonces
nte a Menelao, valiente en la pelea:

Mira ahora, Menelao, alumno de Zeus, si ves a Antíloco, hijo del magnánimo
vivo aún; y envíale para que vaya corriendo a decir al belicoso Aquiles que ha
u compañero más amado.

sí dijo; y Menelao, valiente en la pelea, obedeció y se fue, como se aleja del
un león después de irritar a los canes y a los hombres que, vigilando toda la

o le han dejado comer los pingües bueyes -el animal, ávido de carne, acomete, la consigue porque audaces manos le arrojan muchos venablos y teas encendidas hacen temer, aunque está enfurecido-; y al despuntar la aurora se va con el corazón de tan mala gana, Menelao, valiente en la pelea, se apartaba de Patroclo, porque tenían temor de que los aqueos, vencidos por el fuerte miedo, lo dejaran y fuera de los enemigos. Y se lo recomendó mucho a Meriones y a los Ayantes, les:

Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Meriones! Acordaos ahora de la mansedumbre de Patroclo, el cual supo ser amable con todos mientras gozó de vida. Pero ya la Parca le alcanzaron.

Al oír esto, el rubio Menelao partió mirando a todas partes como el águila (el ave, que vuela de vista más perspicaz entre cuantas vuelan por el cielo), a la cual, aun en las alturas, no le pasa inadvertida una liebre de pies ligeros echada debajo de un árbol frondoso, y se abalanza a ella y en un instante la coge y le quita la vida; del mismo modo, oh Menelao, alumno de Zeus, tus brillantes ojos dirigiéndose a todos lados, observa numerosa de los compañeros, para ver si podrías hallar vivo al hijo de Néstor. Entonces distinguió a la izquierda del combate, donde animaba a sus compañeros y les animaba a pelear. Y deteniéndose a su lado, hablóle así el rubio Menelao:

Ea, ven acá, Antíloco, alumno de Zeus, y sabrás una infausta nueva que ojalá no te darte! Creo que tú mismo conocerás, con sólo tender la vista, que un dios nos dio la derrota a los dánaos y que la victoria es de los troyanos. Ha muerto el más valiente aqueo, Patroclo, y los dánaos le echan muy de menos. Corre hacia las naves y anuncia a Aquiles; por si, dándose prisa en venir, puede llevar a su bajel el cuerpo desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

Entonces dijo. Estremeciéndose Antíloco al oírle, estuvo un buen rato sin poder hablar, se le caían de las lágrimas sus ojos y la voz sonora se le cortó. Mas no por esto descuidó de la orden de Menelao: entregó las armas a Laódoco, el eximio compañero que a su vez llevaba los solípedos caballos, y echó a correr.

Después de haber estado por sus pies fuera del combate, fuese llorando a dar al Pelida Aquiles la mala noticia. Y a ti, oh Menelao, alumno de Zeus, no te aconsejó el ánimo que te quedaras allí para socorrer a los fatigados compañeros de Antíloco, aunque los pilios le echan muy de menos a su jefe. Envióles, pues, el divino Trasimedes; y volviendo a la izquierda hacia el cadáver del héroe Patroclo, se detuvo junto a los Ayantes, y en seguida

les dijo: Ya he enviado a aquél a las veleras naves, para que se presente a Aquiles, el de los pies ligeros; pero no creo que Aquiles venga en seguida, por más airado que esté con el Héctor, porque sin armas no podrá combatir con los troyanos. Pensemos nosotros cómo nos será más fácil sacar el cadáver y librarnos, en la lucha con los troyanos, de la muerte y la Parca.

Entonces respondióle el gran Ayante Telamonio:

Oportuno es cuanto dijiste, ínclito Menelao. Tú y Meriones introducidos en el combate, levantad el cadáver y sacadlo de la lid. Y nosotros dos, que tenemos igual fama, llevamos el mismo nombre y siempre hemos sostenido juntos el vivo combate, nosotros los argivos, peleando a vuestra espalda con los troyanos y el divino Héctor.

Entonces dijo. Aquéllos cogieron al muerto y alzaronlo muy alto; y gritó el ejército al ver que los aqueos levantaban el cadáver. Arremetieron los troyanos como los jabalíes, adelantándose a los jóvenes cazadores, persiguen al jabalí herido; así como los troyanos corren detrás del jabalí y anhelan despedazarlo, pero, cuando el animal, fiado en su fuerza, se vuelve, retroceden y espantados se dispersan; del mismo modo los troyanos

en tropel y herían a los aqueos con las espadas y lanzas de doble filo; pero, los Ayantes volvieron la cara y se detuvieron, a todos se les mudó el color del te y ninguno osó adelantarse para disputarles el cadáver. De tal manera ambos caudillos llevaban presurosos el cadáver desde la batalla por cóncavas naves. Tras ellos suscitóse feroz combate: como el fuego que prende la paja, se levanta de pronto y resplandece, y las caws se arruinan entre grandes ruidos que el viento, enfurecido, mueve; de igual suerte, un horrísono tumulto de caballos blancos acompañaba a los que se iban retirando. Así como mulos vigorosos sacan del campo y arrastran por áspero camino una viga o un gran tronco destinado a mástil de nave, así apresuran el paso, pero su ánimo está abatido por el cansancio y el sudor: de la misma manera ambos caudillos transportaban animosamente el cadáver. Detrás de ellos, los Ayantes contenían a los troyanos como el valladar selvoso extendido por gran parte de la llanura refrena las corrientes perjudiciales de los ríos de curso arrebatado, les hace tomar otro camino y les señala el cauce por donde todos han de correr, y jamás los ríos pueden romperlo con la fuerza de sus aguas; de semejante modo, los Ayantes apartaban a los troyanos como los que les seguían peleando, especialmente Eneas Anquisiada y el preclaro Aquiles. Como vuela una bandada de estorninos o grajos, dando horribles chillidos, así ven al gavilán que trae la muerte a los pajarillos, así entonces los aqueos, dirigidos por Eneas y Héctor, corrían chillando horriblemente y se olvidaban de luchar. Muchas armas hermosas de los dánaos fugitivos cayeron en el foso o en sus frentes. La batalla continuaba sin intermisión alguna.

CANTO XVIII *

Fabricación de las armas

Aquiles, al enterarse de la noticia de la muerte de su amigo Patroclo, ansía vengarlo. Su madre, Tetis, le rogó que fabricase un escudo que reemplazase al que Héctor tomó como botín del cadáver de Patroclo.

Entre los troyanos y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, Aquiles, mensajero de veloces pies, fue en busca de Aquiles. Hallóle junto a las naves, de las que se iban retirando, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

¡Ay de mí! ¿Por qué los melenudos aqueos vuelven a ser derrotados, y corren por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan reservado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el día en que yo naciera, el cielo se oscureció, y que el día en que yo muriera, el cielo se aclararía. El día en que yo naciera, el cielo se oscureció, y el día en que yo muriera, el cielo se aclararía. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menecio. ¡Infeliz! Yo sé que, tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no me peleara valerosamente con Héctor.

Entre tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del rey Príamo; y, derramando ardientes lágrimas, dióle la triste noticia:

Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no te esperaba. Patroclo yace en el suelo, y troyanos y aqueos combaten en el campo; el cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura.

Aquiles dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas manos y la arrojó sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y la negra ceniza manchó la diadema; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se cubrió los ojos. Las esclavas que Aquiles y Patroclo habían cautivado salieron corriendo; y, dando agudos gritos, fueron desde la puerta a rodear a Aquiles; todas se arrojaron a sus pies y se cubrieron el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba,

grimas y tenía de las manos a Aquiles, cuyo gran corazón deshacíase en suspiros, por de que se cortase la garganta con el hierro. Dio Aquiles un horrendo gemido; veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y pió en sollozos; y cuantas diosas nereidas había en aquellas profundidades, todas egaron a su alrededor. Allí estaban Glauce, Talía, Cimódoce, Nesea, Espío, Toe, i de ojos de novilla, Cimótoe, Actea, Limnorea, Mélite, Yera, Anfítoe, Ágave, roto, Ferusa, Dinámene, Dexámene, Anfínome, Calianira, Dóride, Pánope, la Galatea, Nemertes, Apseudes, Calianasa, Clímene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritía, la de hermosas trenzas, y las restantes nereidas que habitan en el hondo del mar. uecina gruta se llenó de ninfas, y todas se golpeaban el pecho. Y Tetis, dando o a los lamentos, exclamó:

d, hermanas nereidas, para que sepáis cuántas penas sufre mi corazón. ¡Ay de mí, ada! ¡Ay de mí, madre infeliz de un valiente! Parí a un hijo ilustre, fuerte a entre los héroes, que creció semejante a un árbol; le crié como a una planta en értil y to mandé a Ilio en las corvas naves para que combatiera con los troyanos; e recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras e la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle Iré a ver al hijo querido y me dirá qué pesar le aflige ahora que no interviene en las.

í diciendo, salió de la gruta; las nereidas la acompañaron llorosas, y las olas del ompían en torno de ellas. Cuando llegaron a la fértil Troya, subieron todas a la nde las muchas naves de los mirmidones habían sido colocadas junto a la del quiles. La veneranda madre se acercó al héroe, que suspiraba profundamente; y, do el aire con agudos clamores, abrazóle la cabeza, y en tono lastimero ió estas aladas palabras:

lijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me to ocultes. cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que todos los aqueos, de ti, fueran acorralados junto a las naves y padecieran vergonzosos desastres.

alando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido; pero ¿qué placer puede me, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los ros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de le despojó de las armas prodigiosas, encanto de la vista, magníficas, que los galaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que lo colocaron en el de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las es ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que nso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás vuelto a la ues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor e la vida, atravesado por mi lanza, recibiendo de este modo la condigna pena por e de Patroclo Menecíada.

pondióle Tetis, derramando lágrimas:

eve será tu existencia, a juzgar por lo que dices, pues la muerte te aguarda así que erezca.

ntestó muy afligido Aquiles, el de los pies ligeros:

uera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron: ha lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, ue no he de volver a la patria tierra, ni he salvado a Patroclo ni a los muchos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil la tierra, siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de bronceínas

pues en el ágora otros me superan. Ojalá pereciera la discordia para los dioses y hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta al hombre sensato cuando más e la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo. Así me irritó el ombres, Agamenón. Pero dejemos to pasado, aunque afligidos, pues es preciso el furor del pecho. Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor; y yo la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el Heracies pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Zeus Cronida, sino arca y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir. Así yo, si he de tener igual yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloriosa fama y haré que de las matronas troyanas o dardanias, de profundo seno, den fuertes suspiros y as manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas. Conozcan que durante mpo me he abstenido de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohíbas que ie no lograrás persuadirme.

espondióle Tetis, la de argénteos pies:

í, hijo, es justo, y no puede reprobarse que libres a los afligidos compañeros de rte terrible; pero to magnífica armadura de luciente bronce la tienen los troyanos, ; el de tremolante casco, se vanagloria de cubrir con ella sus hombros. Con todo figuro que no durará mucho su jactancia, pues ya la muerte se le avecina. Tú no en la contienda de Ares hasta que con tus ojos me veas volver; y mañana, al l alba, vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefesto. ando así hubo hablado, dejó a su hijo; y volviéndose a sus hermanas de la mar,

bajad vosotras al anchuroso seno del mar para ver al anciano marino y el palacio e, a quien se lo contaréis todo; y yo subiré al elevado Olimpo para que Hefesto, el tífice, dé a mi hijo una magnífica y reluciente armadura.

í habló. Las nereidas se sumergieron prestamente en las olas del mar, y Tetis, la argénteos pies, enderezó sus pasos al Olimpo para procurar a su hijo las magnífis.

ientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos, de hermosas grebas, con gritería inmensa a vista de Héctor, matador de hombres, llegaron a las naves esponento; y ya no podían sacar fuera de los tiros el cadáver de Patroclo, escudero les, porque de nuevo los alcanzaron los troyanos con sus carros y Héctor, hijo de que por su vigor parecía una llama. Tres veces el esclarecido Héctor asió a por los pies a intentó arrastrarlo, exhortando con horrendos gritos a los troyanos; es los dos Ayantes, revestidos de impetuoso valor, le rechazaron. Héctor, con n su fuerza, unas veces se arrojaba a la pelea, otras se detenía y daba grandes ero nunca se retiraba del todo. Como los pastores pasan la noche en el campo y guen apartar de la presa a un fogoso león muy hambriento; de semejante modo, osos Ayantes no lograban ahuyentar del cadáver a Héctor Priámida. Y éste to a, consiguiendo inmensa gloria, si no se hubiese presentado al Pelión, para rle que tomase las armas, la veloz Iris, de pies ligeros como el viento; a la cual Hera, sin que to supieran Zeus ni los demás dioses. Colocóse la diosa cerca de y pronunció estas aladas palabras:

Levántate, Pelida, el más portentoso de los hombres! Ve a defender a Patroclo, o cuerpo se ha trabado un vivo combate cerca de las naves. Mátanse allí los lefendiendo el cadáver, y los troyanos acometiendo con el fin de arrastrarlo a la Ilio. Y el que más empeño tiene en llevárselo es el esclarecido Héctor, porque su e incita a cortarle la cabeza del tierno cuello para clavarla en una estaca. ie, no yazgas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete

erros troyanos; pues será para ti motivo de afrenta que el cadáver reciba algún

espondióle el divino Aquiles, el de los pies ligeros:

Diosa Iris! ¿Cuál de las deidades te envía como mensajera?

¡jole la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

Me manda Hera, la ilustre esposa de Zeus, sin que lo sepan el excelso Cronida ni is dioses inmortales que habitan el nevado Olimpo.

¡plicóle Aquiles, el de los pies ligeros:

Cómo puedo ir a la batalla? Los troyanos tienen mis armas, y mi madre no me entrar en combate hasta que con estos ojos la vea volver, pues aseguró que me na hermosa armadura fabricada por Hefesto. Entre tanto no sé de cuál guerrero estir las armas, a no ser que tomase el escudo de Ayante Telamoníada; pero creo se halla entre los combatientes delanteros y pelea con la lanza por el cadáver de

ontestóle la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

¡bien sabemos nosotros que aquéllos tienen tu magnífica armadura; pero muéstrate yanos en la orilla del foso para que, temiéndote, cesen de pelear; los belicosos que tan abatidos están, se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por mpo.

n diciendo esto, fuese Iris, ligera de pies. Aquiles, caro a Zeus, se levantó, y ubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada, y además la divina entre las rcundóle la cabeza con áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama. Como sde lejos el humo que, saliendo de una isla donde se halla una ciudad sitiada por nigos, llega al éter, cuando sus habitantes, después de combatir todo el día en a batalla, fuera de la ciudad, al ponerse el sol encienden muchos fuegos, cuyo or sube a to alto, para que los vecinos los vean, se embarquen y les libren del e igual modo el resplandor de la cabeza de Aquiles llegaba al éter. Y acercándose a del foso, fuera de la muralla, se detuvo, sin mezclarse con los aqueos, porque a el prudente mandato de su madre. Allí dio recias voces y a alguna distancia enea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los troyanos. Como se oz sonora de la trompeta cuando vienen a cercar la ciudad enemigos que la vida an sonora fue entonces la voz del Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce del todos se les conturbó el corazón, y los caballos, de hermosas crines, volvíanse rás con los carros porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se n atónitos al ver el terrible a incesante fuego que en la cabeza del magnánimo acía arder Atenea, la diosa de ojos de lechuza. Tres veces el divino Aquiles gritó del foso, y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares; y doce de valientes guerreros murieron atropellados por sus carros y heridos por sus propias Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de los tiros y nlo en un lecho. Los amigos le rodearon llorosos, y con ellos iba Aquiles, el de ligeros, derramando ardientes lágrimas, desde que vio al fiel compañero do por el agudo bronce y tendido en el féretro. Háblele mandado a la batalla con y sus corceles, y ya no podía recibirlo, porque de ella no tornaba vivo.

era veneranda, la de ojos de novilla, obligó al sol infatigable a hundirse, mal de , en la corriente del Océano. Y una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron ada pelea y el general combate.

os troyanos, por su parte, retirándose de la dura contienda, desuncieron de los os veloces corceles y se reunieron en el ágora antes de preparar la cena. on el ágora de pie y nadie osó sentarse; pues a todos les hacía temblar el que

se presentara después de haber permanecido tanto tiempo apartado del funesto . Fue el primero en arengarles el prudente Polidamante Pantoida, el único que to futuro y to pasado: era amigo de Héctor, y ambos nacieron en la misma noche; idamante superaba a Héctor en la elocuencia, y éste descollaba más que él en el le la lanza. Y arengándoles benévolo, así les dijo:

ensadlo bien, amigos, pues yo os exhorto a volver a la ciudad en vez de aguardar nal aurora en la llanura, junto a las naves, y tan lejos del muro como al presente mos. Mientras ese hombre estuvo irritado con el divino Agamenón, fue más fácil : contra los aqueos; y también yo gustaba de pernoctar junto a las veleras naves, lo que acabaríamos tomando los corvos bajeles. Ahora temo mucho al Pelida, de ros, que con su ánimo arrogante no se contentará con quedarse en la lla nura, oyanos y aqueos sostiene el furor de Ares, sino que luchará para apoderarse de d y de las mujeres. Volvamos a la población; seguid mi consejo, antes de que o que voy a decir. La noche inmortal ha detenido al Pelida, de pies ligeros; pero, na nos acomete armado y nos encuentra aquí, conoceréis quién es, y llegará a la sagrada Ilio el que logre escapar, pues a muchos de los troyanos se los los perros y los buitres. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Si, aun is afligidos, seguís mi consejo, tendremos el ejército reunido en el ágora durante , pues la ciudad queda defendida por las torres y las altas puertas con sus tablas labradas, sólidamente unidas. Por la mañana, al apuntar la aurora, subiremos a las torres; y si aquél viniere de las naves a combatir con nosotros al pie del or para él; pues habrá de volverse después de cansar a los caballos, de erguido on carreras de todas clases, llevándolos errantes en torno de la ciudad. Pero no nimo para entrar en ella, y nunca podrá destruirla; antes se to comerán los veloces

irándole con torva faz, exclamó Héctor, el de tremolante casco:

Polidamante! No me place lo que propones de volver a la ciudad y encerrarnos en ín no os cansáis de vivir dentro de los muros? Antes todos los hombres dotados ra llamaban a la ciudad de Príamo rica en oro y en bronce, pero ya las hermosas saparecieron de las casas: muchas riquezas han sido llevadas a la Frigia y a la en-a Meonia para ser vendidas, desde que Zeus se irritó contra nosotros. Y ahora jo del artero Crono me ha concedido alcanzar gloria junto a las naves y acorrallar . mar a los aqueos, no des, ¡oh necio!, tales consejos al pueblo. Ningún troyano to rá, porque no lo permitiré. Ea, procedamos todos como voy a decir. Cenad en el ento, sin romper las filas; acordaos de la guardia y vigilad todos. Y el troyano ta gran temor por sus bienes, júntelos y entréguelos al pueblo para que en común man; pues es mejor que los disfrute éste que no los aqueos. Mañana, al apuntar la restiremos la armadura y suscitaremos un reñido combate junto alas cóncavas na-i verdaderamente el divino Aquiles pretende salir del campamento, le pesará is, cuanto más se arriesgue. Porque intento no huir de él, sino afrontarle en la rorrisona; y alcanzará una gran victoria, o seré yo quien la consiga. Que Enialio os común y suele causar la muerte del que matar deseaba.

sí se expresó Héctor, y los troyanos le aclamaron, ¡oh necios!, porque Palas es quitó el juicio. ¡Aplaudían todos a Héctor por sus funestos propósitos y ni uno a Polidamante, que les daba un buen consejo! Tomaron, pues, la cena en el ento; y los aqueos pasaron la noche dando gemidos y llorando a Patroclo. El oniendo sus manos homicidas sobre el pecho del amigo, dio comienzo a las lamentaciones, mezcladas con frecuentes sollozos. Como el melenudo león a 1 cazador ha quitado los cachorros en la poblada selva, cuando vuelve a su

era se aflige y, poseído de vehemente cólera, recorre los valles en busca de aquel de igual modo, y despidiendo profundos suspiros, dijo Aquiles entre los reyes:

Oh dioses! Vanas fueron las palabras que pronuncié un día en el palacio para salvar al héroe Menecio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte como, tomada Ilio, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los reyes todos sus deseos; y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una tierra, aquí en Troya; porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano rey Peleo, ni Tetis, mi madre, sino que esta tierra me contendrá en su seno. Ahora, cuando voy a ir de penetrar en la tierra, oh Patroclo, después que tú, no lo haré las honras que mereces hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánimo matador. Muere ante la pira, para vengar tu muerte, doce hijos de ilustres troyanos. Y en tanto que yo estoy tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las madres y dardánias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente fuerza para entrar a saco opulentas ciudades de hombres de voz articulada.

Cuando esto hubo dicho, el divino Aquiles mandó a sus compañeros que pusieran un gran trípode para que cuanto antes le lavaran a Patroclo las manchas de san- gres. Colocaron sobre el ardiente fuego una caldera propia para baños, sostenida por el trípode; llenáronla de agua, y metiendo leña debajo la encendieron: el fuego rodeó la caldera y calentó el agua. Cuando ésta hirvió en la caldera de bronce reluciente, el cadáver, ungiéronlo con pingüe aceite y taparon las heridas con un unguento que tenía a nueve años; después, colocándolo en el lecho, lo envolvieron de pies a cabeza con tela de lino y lo cubrieron con un velo blanco. Los mirmidones pasaron la noche con el rey de Aquiles, el de los pies ligeros, dando gemidos y llorando a Patroclo. Y Zeus en este modo a Hera, su hermana y esposa:

¡Lograste al fin, Hera veneranda, la de ojos de novilla, que Aquiles, ligero de pies, llegara a la batalla. Sin duda nacieron de ti los melenudos aqueos.

Respondió Hera veneranda, la de ojos de novilla:

¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Si un hombre, no obstante su ser de mortal y no saber Canto, puede realizar su propósito contra otro hombre, ¿cómo, yo, que me considero la primera de las diosas por mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos, no había de causar dolor a los troyanos estando irritada contra ellos?

Así éstos conversaban. Tetis, la de argénteos pies, llegó al palacio imperecedero de donde que brillaba como una estrella, lucía entre los de las deidades, era de bronce y estaba edificado el cojo en persona. Halló al dios bañado en sudor y moviéndose en los fuegos, pues fabricaba veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la pared del bien construido palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio poder pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a la casa. ¡Cosa terrible! Estaban casi terminados, faltándoles tan sólo las labradas asas, y el dios le dio los clavos para pegárselas. Mientras hacía tales obras con sabia inteligencia, Tetis, la diosa de argénteos pies. La bella Caris, que llevaba luciente diadema y era el ilustre cojo, vio venir, salió a recibirla, y, asiéndola por la mano, le dijo:

Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? ¿Por qué solías frecuentarlo. Pero sígueme, y te ofreceré los dones de la hospitalidad.

Cuando dichas estas palabras, la divina entre las diosas introdujo a Tetis y la hizo sentar en un hermoso oso trono labrado, tachonado con clavos de plata y provisto de un escabel para ella. Y, llamando a Hefesto, ilustre artífice, le dijo:

Hefesto! Ven acá, pues Tetis te necesita para algo.

respondió el ilustre cojo de ambos pies:

Respetable y veneranda es la diosa que ha venido a este palacio. Fue mi salvadora que me tocó padecer, pues vime arrojado del cielo y caí a lo lejos por la voluntad de mi madre, que me quería ocultar a causa de la cojera. Entonces mi corazón me pidió que soportar terribles penas, si no me hubiesen acogido en su seno como yo y Tetis; Eurínome, hija del retluyente Océano. Nueve años viví con ellas rodeado muchas piezas de bronce -broches, redondos brazaletes, sortijas y collares- en una cueva profunda, rodeada por la inmensa, murmurante y espumosa corriente del río. De todos los dioses y los mortales hombres, sólo to sabían Tetis y Eurínome, las que antes me salvaron. Hoy que Tetis, la de hermosas trenzas, viene a mi casa, quiero pagarle el beneficio de haberme conservado la vida. Sírveme hermosos regalos de hospitalidad, mientras recojo los fuelles y demás herramientas.

Hefesto; y levantóse de cabeza al yunque el gigantesco e infatigable numen que al andar arrastrando sus gráciles piernas. Apartó de la llama los fuelles y puso en un arcón las herramientas con que trabajaba; enjugóse con una esponja el sudor del rostro, se lavó los ojos, del vigoroso cuello y del velludo pecho, vistió la túnica, tomó el fornido bastón y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes porque tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras de los inmortales dioses. Ambas sostenían cuidadosamente a su señor, y éste, Hefesto, se sentó en un trono reluciente cerca de Tetis, asió la mano de la deidad, y le

Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? ¿Por qué solías frecuentarlo. Di qué deseas; mi corazón me impulsa a ejecutarlo, si puedo hacerlo y es hacedero.

respondióle Tetis, derramando lágrimas:

Hefesto! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo tan graves pesares como a mí me ha enviado el Cronida Zeus? De las ninfas del río que me camentó a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida, y tuve que tolerar, contra mi voluntad, el tálamo de un hombre que yace ya en el palacio, rendido a la triste hora me envía otros males: concedióme que pariera y alimentara un hijo insigne como los héroes, que creció semejante a un árbol, to crié como a una planta en terreno fértil y to mandé a Ilio en las corvas naves, para que combatiera con los troyanos; y ya no volveré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y yo vivo del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. Los dioses me habían asignado, como recompensa, una joven, y el rey Agamenón se la dio a las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón, pero los dioses me acorralaron a los aqueos junto a los bajeles y no les dejaban salir del campo de batalla, y los próceres argivos intercedieron con Aquiles y le ofrecieron espléndidos regalos. Entonces, aunque se negó a librarles de la ruina, hizo que vistiera sus armas y me envié a la batalla con muchos hombres. Combatieron todo el día en las Termópilas; y los aqueos hubieran destruido la ciudad, a no haber sido por Apolo, el dios que se puso entre los combatientes delanteros al esforzado hijo de Menecio, que tanto estrababa, y dio gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a mi hijo una vida cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, y espada; pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los troyanos, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido.

contestóle el ilustre cojo de ambos pies:

¡Cobra ánimo y no te apures por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte cuando el terrible destino se le presente, como tendrá una hermosa armadura irarán cuantos la vean.

Así habló; y, dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llamada que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avivó y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra lo requería. El dios puso al torno bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió con la mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple borde brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el escudo y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia.

Allí puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; allí las constelaciones que el cielo coronan, las Pléyades, las Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada con el nombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la que se deja de bañarse en el Océano.

Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se celebraban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por un coro a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes y niñas formaban ruedas, dentro de las cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas miraban al espectáculo desde los vestíbulos de las casas.- Los hombres estaban reunidos en el ágora, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la cual debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba que no tenía satisfacción; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el asunto presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos, que aplaudían mentalmente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los jueces, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los libros de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio que habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que demostrara la justicia de su causa.

En la otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de sus armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los del segundo querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población. Los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. Los niños y ancianos subidos en la muralla la defendían. Los sitiados marchaban al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, y los soldados, grandes, armados y distinguidos, como dioses; pues los hombres eran de menor estatura. Luego en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río en un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente bronce y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y los reyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores que creaban tocando la zampoña, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados iban a venir, corrían a su encuentro y al punto se apoderaban de los rebaños de bueyes con magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y los ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una batalla en la cual heríanse unos a otros con bronceas lanzas. Allí se agitaban la confusión, el tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero vivo y a otro herido y a otro ileso, y arrastraba, asíéndolo de los pies, por el campo de la

un tercero que ya había muerto; y el ropaje que cubría su espalda estaba teñido de color humano. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los

presentó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba una vez: acá y acullá muchos labradores guiaban las yuntas, y, al llegar al confín del campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos iban atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro extremo del noval. Y la tierra que dejaban a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de un color que usual constituía una singular maravilla.

había asimismo un campo real donde los jóvenes se cogían las mieses con hoces y muchos manojos caían al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavillas: tres eran éstos, y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban a casa. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el arco alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para comer un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida para los bajadores, haciendo abundantes puches de blanca harina.

también entalló una hermosa viña de oro, cuyas cepas, cargadas de negros racimos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. Rodeábanla un foso de negruzco y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los trabajadores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas, cogían el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la lira, y una osa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso lino, y todos le acompañaban cantando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

Después de esto, vino luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y cuando salían del establo, mugiendo, para pastar a las orillas de un sonoro río, junto a un cañaveral. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies blancos los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y estaban anudados a un toro que daba fuertes mugidos. Perseguíanlos mancebos y perros. Pero los perros no podían grabar desgarrar la piel del corpulento toro y tragaban los intestinos y la negra carne mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlos, y azuzaban a los perros: éstos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca y se mantenían al encuentro de las fieras.

Después de esto, vino también el ilustre cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde había candidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

Después de esto, el ilustre cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó para el rey Cnoso en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de pies blancos, cogidos de las manos, se divertían bailando: éstas llevaban vestidos de sutil lino y guirnaldas, y aquéllos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con aceites preciosos y bordados con bordados de oro suspendidos de argénteos tahalíes. Unas veces, moviendo los pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero, cuando se aplica su mano al torno y to prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se mantenían en hilera y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se mantenían en contemplarlo. Entre ellos un divino aedo cantaba, acompañándose con la lira, y así que se oía el preludio, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la sombra.

En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano. Después de esto, que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquiles una coraza brillante que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea y que a sus sienas se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

uando el ilustre cojo de ambos pies hubo fabricado todas las armas, entrególas a
de Aquiles. Y Tetis saltó, como un gavián desde el nevado Olimpo, llevando la
e armadura que Hefesto había construido.

CANTO XIX*

Renunciamiento de la cólera

chado con la armadura que le había fabricado Hefesto, Aquiles se remncilia con Agamenón.
lamenta la muerte de Patroclo y el ejército aqueo se prepara para la batalla que va a tener lugar.

aurora, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del Océano para llevar la
s dioses y a los hombres, cuando Tetis llegó a las naves con la armadura que
le había entregado. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo,
ruidosamente y en tomo suyo a muchos amigos que derramaban lágrimas. La di-
e las diosas se puso en medio, asió la mano de Aquiles y hablóle de este modo:
jo mío! Aunque estamos afligidos, dejemos que ése yazga, ya que sucumbió por
tad de los dioses; y tú recibe la armadura fabricada por Hefesto, tan excelente y
no jamás varón alguno la haya llevado para proteger sus hombros.

diosa, apenas acabó de hablar, colocó en el suelo delante de Aquiles las labradas
éstas resonaron. A todos los mirmidones les sobrevino temblor; y, sin atreverse
as de frente, huyeron espantados. Mas Aquiles, así que las vio, sintió que se le
ría la cólera; los ojos le centellearon terriblemente, como una llama, debajo de los
s; y el héroe se gozaba teniendo en las manos el espléndido presente de la deidad.
lo bubo deleitado su ánimo con la contemplación de la labrada armadura, dirigió
re estas aladas palabras:

madre mía! El dios te ha dado unas armas como es natural que sean las obras de
rtales y como ningún hombre mortal las hiciera. Ahora me armaré, pero temo
ntras tanto penetren las moscas por las heridas que el bronce causó al esforzado
Menecio, engendren gusanos, desfiguren el cuerpo -pues le falta la vida- y co-
todo el cadáver.

pondióle Tetis, la diosa de argénteos pies:

jo, no te turbe el ánimo tal pensamiento. Yo procuraré apartar los importunos
es de moscas, que se ceban en la carne de los varones muertos en la guerra. Y,
stuviera tendido un año entero, su cuerpo se conservaría igual que ahora o mejor
Tú convoca al ágora a los héroes aqueos, renuncia a la cólera contra Agamenón,
pueblos, ármate en seguida para el combate y revístete de valor.

cho esto, infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía y rojo
la nariz de Patroclo, para que el cuerpo se hiciera incorruptible.

livino Aquiles se encaminó a la orilla del mar, y, dando horribles voces, convocó
oes aqueos. Y cuantos solían quedarse en el recinto de las naves, y hasta los pilo-
las gobernaban, y como despenseros distribuían los víveres, fueron entonces al
orque Aquiles se presentaba, después de haber permanecido alejado del triste
durante mucho tiempo. El intrépido Tidida y el divino Ulises, servidores de
udieron cojeando, apoyándose en el arrimo de la lanza -aún no tenían curadas las
heridas-, y se sentaron delante de todos. Agamenón, rey de hombres, llegó el
también estaba herido, pues Coón Antenórida hábale clavado su broncínea pica
la encarnizada lucha. Cuando todos los aqueos se hubieron congregado,
dose entre ellos dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

trida! Mejor hubiera sido para entrambos, para ti y para mí, continuar unidos que
, con el corazón angustiado, roedora disputa por una joven. Así la hubiese muerto

en las naves con una de sus flechas el mismo día que la cautivé al tomar a y no habrían mordido el anchuroso suelo tantos aqueos como sucumbieron a el enemigo mientras duró mi cólera. Para Héctor y los troyanos fue el beneficio, uro que los aqueos se acordarán largo tiempo de nuestra disputa. Mas dejemos lo aunque nos hallemos afligidos, puesto que es preciso refrenar el furor del pecho. hora depongo la cólera, que no sería razonable estar siempre irritado. Mas, ea, os melenudos aqueos a que peleen; y veré, saliendo al encuentro de los troyanos, in pasar la noche junto a los bajeles. Creo que con gusto se entregará al descanso gre escapar del feroz combate, puesto en fuga por mi lanza.

í habló; y los aqueos, de hermosas grebas, holgáronse de que el magnánimo enunciara a la cólera. Y el rey de hombres, Agamenón, les dijo desde su asiento, itarse en medio del concurso:

Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Bueno será que escuchéis sin pirme, pues lo contrario molesta hasta al que está ejercitado en hablar. ¿Cómo se ír o decir algo en medio del tumulto producido por muchos hombres? Turbaríase r aunque fuese elocuente. Yo me dirigiré al Pelida; pero vosotros, los demás prestadme atención y cada uno penetre bien mis palabras. Muchas veces los ne han dirigido las mismas Palabras, increpándome por to ocurrido, y yo no soy ble, sino Zeus, la Parca y Erinia, que vaga en las tinieblas; los cuales hicieron a mi alma, durante el ágora, cruel ofuscación el día en que le arrebaté a Aquiles ipensa. Mas, ¿qué podía hacer? La divinidad es quien lo dispone todo. Hija la de Zeus es la pernicioso Ofuscación, a todos tan funesta: sus pies son s y no los acerca al suelo, sino que anda sobre las cabezas de los hombres, a causa daño, y se apodera de uno, por lo menos, de los que contienden. En otro ue aciaga para el mismo Zeus, que es tenido por el más poderoso de los hombres dioses; pues Hera, no obstante ser hembra, le engañó cuando Alcmene había de ornido Heracles en Teba, ceñida de hermosas murallas. El dios, gloriándose, dijo todas las deidades: «Oídmelos todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que cho mi corazón me dicta. Hoy Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un ie, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de mi sangre, reinará dos sus vecinos.» Y hablándole con astucia, le replicó la venerable Hera: ás, y no llevarás al cabo to que dices. Y si no, ea, Olímpico, jura solemnemente ará sobre todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la familia de los hombres ados de to sangre, caiga hoy entre los pies de una mujer.» Así dijo; Zeus, no ando el dolo, prestó el gran juramento que tan funesto le había de ser. Pues Hera audo vuelo la cima del Olimpo, y pronto llegó a Argos de Acaya, donde vivía la lustre de Esténelo Persida; y, como ésta se hallara encinta de siete meses os, la diosa sacó a luz el niño, aunque era prematuro, y retardó el parto de i, deteniendo a las Ilitias. Y en seguida participóselo a Zeus Cronida, diciendo: Zeus, fulminador! Una noticia tengo que darte. Ya nació el noble varón que sobre los argivos: Euristeo, hijo de Esténelo Persida, descendiente tuyo. No es de reinar sobre aquéllos.» Así dijo, y un agudo dolor penetró el alma del dios, ado en su corazón, cogió a Ofuscación por los nítidos cabellos y prestó solemne to de que Ofuscación, tan funesta a todos, jamás volvería al Olimpo y al cielo o. Y, volteándola con la mano, la arrojó del cielo. En seguida llegó Ofuscación a os cultivados por los hombres. Y Zeus gemía por causa de ella, siempre que lababa a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le iba imponiendo. , cuando el gran Héctor, el de tremolante casco, mataba a los argivos junto a las e las naves, yo no podía olvidarme de Ofus cación, cuyo funesto influjo había

entado. Pero ya que falté y Zeus me hizo perder el juicio, quiero aplacarte y muchos regalos, y tú ve al combate y anima a los demás guerreros. Voy a darte y lo ofreció en tu tienda el divino Ulises. Y si quieres, aguarda, aunque estés te por combatir, y mis servidores traerán de la nave los presentes para que veas paces de apaciguar tu ánimo los que te brindo.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! Luego podrás regalarme estas como es justo, o retenerlas. Ahora pensemos solamente en la batalla. Preciso es perdamos el tiempo hablando, ni difiramos la acción - la gran empresa está aún por para que vean nuevamente a Aquiles entre los combatientes delanteros, do con su broncea lanza las falanges teucras. Y vosotros pensad también en con los enemigos.

Contestó el ingenioso Ulises:

Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no exhortes a los aqueos a que peleen en con los troyanos, cerca de Ilio; que no durará poco tiempo la batalla cuando las vengan a las manos y la divinidad excite el valor de ambos ejércitos. Ordénales, contrario, a los aqueos que en las veleras naves se hartan de manjares y vino, pues fuerza y valor. Estando en ayunas no puede el varón combatir todo el día, hasta la el sol, con el enemigo; aunque su corazón lo desee, los miembros se le en sin que él lo advierta, le rinden el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al ero el que pelea todo el día con los enemigos, saciado de vino y de manjares, el pecho un corazón audaz y sus miembros no se cansan hasta que todos se han de la lid. Ea, despide las tropas y manda que preparen el desayuno; el rey de , Agamenón, traiga los regalos en medio del ágora para que los vean todos los con sus propios ojos y to regocijes en el corazón; jure el Atrida, de pie entre los que nunca subió al lecho de Briseide ni se juntó con ella, como es costumbre, oh e hombres y mujeres; y tú, Aquiles, procura tener en el pecho un ánimo benigno. go se te ofrezca en el campamento un espléndido banquete de reconciliación, para i falte de lo que se te debe. Y el Atrida sea en adelante más justo con todos; pues ede reprender que se apacigue a un rey, a quien primero se injurió.

Dijo entonces el rey de hombres, Agamenón:

Con agrado escuché tus palabras, Laertiada, pues en todo lo que narraste y e has sido oportuno. Quiero hacer el juramento; mi ánimo me lo aconseja, y no a un perjurio mi invocación a la divinidad. Aquiles aguarde, aunque esté te por combatir, y los demás continuad reunidos aquí hasta que traigan de mi s presentes y consagremos con un sacrificio nuestra fiel amistad. A ti mismo lo rgo y ordeno: escoge entre los jóvenes aqueos los más principales; y, ándoos a mi nave, traed cuanto ayer ofrecimos a Aquiles, sin dejar las mujeres. Y a travésando el anchuroso campamento aqueo, vaya a buscar y prepare un jabalí olarlo a Zeus y al Sol.

Replicó Aquiles, el de los pies ligeros:

Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! Todo esto debierais hacerlo se suspenda el combate y no sea tan grande el ardor que inflama mi pecho. insepultos los que mató Héctor Priámida cuando Zeus le dio gloria, y vosotros usejáis que comamos! Yo mandana a los aqueos que combatieran en ayunas, sin ida; y que a la puesta del sol, después de vengar la afrenta, celebraran un gran e. Hasta entonces no han de entrar en mi garganta ni manjares ni bebidas, a causa erte de mi compañero; el cual yace en la tienda, atravesado por el agudo bronce, ies hacia el vestíbulo y rodeado de amigos que le lloran. Por esto, aquellas cosas

interesan a mi espíritu, sino tan sólo la matanza, la sangre y el triste gemir de los s.

respondióle el ingenioso Ulises:

Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de todos los aqueos! Eres más fuerte / me superas no poco en el manejo de la lanza, pero to aventajo mucho en el porque nací antes y mi experiencia es mayor. Acceda, pues, to corazón a to que cir. Pronto se cansan los hombres de pelear, si, haciendo caer el bronce muchas al suelo, la mies es escasa, porque Zeus, el árbitro de la guerra humana, inclina al o la balanza. No es justo que los aqueos lloren al muerto con el vientre, pues antes los que sucumben unos en pos de otros todos los días, ¿cuándo podríamos sin pena? Se debe enterrar con ánimo firme al que muere y llorarle un día, y antes hayan escapado del combate funesto piensen en comer y beber para vestir el indomable bronce y pelear continuamente y con más tesón aún contra los s. Ningún guerrero deje de salir aguardando otra exhortación, que para su daño la quien se quede junto a las naves argivas. Vayamos todos juntos y exc itemos al es contra los troyanos, domadores de caballos.

Ulijo; mandó que le siguiesen los hijos del glorioso Néstor, Meges Filida, Toante, s, Licomedes Creontíada y Melanipo, y encaminóse con ellos a la tienda de ón Atrida. Y apenas hecha la proposición, ya estaba cumplida. Lleváronse de la s siete trípodes que el Atrida había ofrecido, veinte calderas relucientes y doce ; a hicieron salir siete mujeres, diestras en primorosas labores, y a Briseide, la de s mejillas, que fue la octava. Al volver, Ulises iba delante con los diez talentos de él mismo había pesado, y le seguían los jóvenes aqueos con los presentes. Puto todo en medio del ágora; alzóse Agamenón, y al lado del pastor de hombres se ltibio, cuya voz parecía la de una deidad, sujetando con la mano a un jabalí. El acó el cuchillo que llevaba colgado junto a la gran vaina de la espada, cortó por s algunas cerdas del jabalí y oró, levantando las manos a Zeus; y todos los sentados en silencio y en buen orden, escuchaban las palabras del rey. Éste, los ojos al anchuroso cielo, hizo esta plegaria:

Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y luego la Tierra, el Erinias que debajo de la tierra castigan a los muertos que fueron perjuros, de que e puesto la mano sobre la joven Briseide para yacer con ella ni para otra cosa sino que en mi tienda ha permanecido intacta. Y si en algo perjurare, envíenme s los muchísimos males con que castigan al que, jurando, contra ellos peca.

Ulijo; y con el cruel bronce degolló el jabalí que Taltibio arrojó, haciéndole dar a gran abismo del espumoso mar para pasto de los peces. Y Aquiles, lose entre los belicosos argivos, habló en estos términos:

Zeus padre! Grandes son los infortunios que mandas a los hombres. Jamás el ie hubiera suscitado el enojo en el pecho, ni hubiese tenido poder para arrebataven contra mi voluntad; pero sin duda quería Zeus que muriesen muchos aqueos. l a comer para que luego trabemos el combate.

sí se expresó; y al momento disolvió el ágora. Cada uno volvió a su respectiva os magnánimos mirmidones se hicieron cargo de los presentes, y, llevándolos l bajel del divino Aquiles, dejáronlos en la tienda, dieron sillas a las mujeres, y s ilustres guiaron a los caballos al sitio en que los demás estaban.

riseide, que a la áurea Afrodita se asemejaba, cuando vio a Patroclo atravesado udo bronce, se echó sobre el mismo y prorrumpió en fuertes sollozos, mientras manos se golpeaba el pecho, el delicado cuello y el f lindo rostro. Y, llorando nujer semeiante a una diosa, así decía:

Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé a la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me una desgracia tras otra! Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad; y los nanos queridos que una misma madre me diera murieron también. Pero tú, el ligero Aquiles mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me llorar, diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquiles, me llevaría en su nave a Ftía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el nupcial. Y ahora que has muerto no me cansaré de llorar por ti, que siempre has

me lle. Así dijo llorando, y las mujeres sollozaron, aparentemente por Patroclo, y en por sus propios males. Los caudillos aqueos se reunieron en torno de Aquiles y aron que comiera; pero él se negó, dando suspiros:

¿O os ruego, si alguno de mis compañeros quiere obedecerme aún, que no me a saciar-el deseo de comer o de beber; porque un grave dolor se apodera de mí. ré hasta la puesta del sol y soportaré la fatiga.

Así diciendo, despidió a los demás reyes, y sólo se quedaron los dos Atridas, el Ulises, Néstor, Idomeneo y el anciano jinete Fénix para distraer a Aquiles, que rofundamente afligido. Pero nada podía alegrar el corazón del héroe, mientras no en sangriento combate. Y acordándose de Patroclo, daba hondos y frecuentes s, y así decía:

En otro tiempo, tú, infeliz, el más amado de los compañeros, me servías en esta liligente y solícito, el agradable desayuno cuando los aqueos se daban prisa por luctuoso combate con los troyanos, domadores de caba Ilos. Y ahora yaces, do por el bronce, y yo estoy ayuno de comida y de bebida, a pesar de no faltarme, ledad que de ti siento. Nada peor me puede ocurrir; ni que supiera que ha muerto o, el cual quizás llora allá en Ftía por no tener a su lado un hijo como yo, mientras n los troyanos en país extranjero a causa de la odiosa Helena; ni que falleciera mi ado que se cría en Esciro, si el deiforme Neoptólemo vive todavía. Antes el abrigaba en mi pecho la esperanza de que sólo yo perecería aquí en Troya, lejos s, criador de caballos, y de que tú, volviendo a Ftía, irías en una veloz nave negra , recogerías a mi hijo y le mostrarías todos mis bienes: las posesiones, los y el palacio de elevado techo. Porque me figuro que Peleo ya no existe; y, si le 1 poco de vida, estará afligido, se verá abrumado por la odiosa vejez y temerá recibir la triste noticia de mi muerte.

Así dijo, llorando, y los caudillos gimieron, porque cada uno se acordaba de a quienes había dejado en su respectivo palacio. El Cronión, al verlos sollozar, adeció de ellos, y al instante dirigió a Atenea estas aladas palabras:

Hija mía! Desamparas de todo en todo a ese eximio varón. ¿Acaso tu espíritu ya ida de Aquiles? Hállase junto a las naves de altas popas, llorando a su compañero los demás se fueron a comer, y él sigue en ayunas y sin probar bocado. Ea, ve y en su pecho un poco de néctar y ambrosía para que el hambre no le atormente.

Con tales palabras instigó a hacer to que ella misma deseaba. Atenea emprendió , cual si fuese un halcón de anchas alas y aguda voz, desde el cielo a través del los aqueos se armaban en el ejército, cuando la diosa derramó en el pecho de un poco de néctar y de ambrosía deliciosa, para que el hambre molesta no hiciera las rodillas del héroe; y en seguida regresó al sólido palacio del prepotente os guerreros afluyeron a un lugar algo distante de las veleras naves. Cuan os caen los copos de nieve que envía Zeus y vuelan helados al impulso del

nacido en el éter, en tan gran número veíanse salir del recinto de las naves los cascos, los abollonados escudos, las fuertes corazas y las lanzas de fresno. El gaba hasta el cielo; toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce, y un gran ruido se levantaba de los pies de los guerreros. Armábase entre éstos Aquiles: rechinándole los dientes, con los ojos centelleantes como encendida el corazón traspasado por insoportable dolor, lleno de ira contra los troyanos, héroe la armadura regalo del dios Hefesto, que la había fabricado. Púsose en las elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza; al hombro una espada de bronce guarnecida con argénteos clavos y embrazó el fuerte escudo cuyo resplandor semejaba desde lejos al de la luna. Como aparece encendido en un sitio solitario en to alto de un monte a los navegantes que vagan ar, abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la nanera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquiles llegaba al éter. Después la cabeza con el fornido yelmo de crines de caballo que brillaba como un a su alrededor ondearon las áureas y espesas crines que Hefesto había colocado mera. El divino Aquiles probó si la armadura se le ajustaba, y si, llevándola novía con facilidad los miembros; y las armas vinieron a ser como alas que an al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, pesada, grande y que entre todos los aqueos solamente él podía manejar: había sido cortada de un e la cumbre del Pelio y regalada por Quirón al padre de Aquiles para que con ella héroes. En tanto, Automedonte y Alcimo se ocupaban en uncir los caballos: los con hermosas correas, les pusieron el freno en la boca y tendieron las riendas rás, atándolas al fuerte asiento. Sin dilación cogió Automedonte el magnífico saltó al carro. Aquiles, cuya armadura relucía como el fúlgido Hiperión, subió y exhortó con horribles voces a los caballos de su padre: tanto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo a la muchedumbre ínaos al que hoy os guía cuando nos hayamos saciado de combatir, y no le dejéis. ¡Iá como a Patroclo.

Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza -sus crines, cayendo en torno de la lad del yugo, llegaban al suelo, y, habiéndole dotado de voz Hera, la diosa de los razos, respondió desde debajo del yugo:

Joy te salvaremos aún, impetuoso Aquiles; pero está cercano el día de tu muerte, pables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y la Parca cruel. No fue por lentitud ni por nuestra pereza que los troyanos quitaron la armadura de los ; de Patroclo; sino que el más fuerte de los dioses, a quien parió Leto, la de cabellera, matóle entre los combatientes delanteros y dio gloria a Héctor. s correríamos tan veloces como el soplo del Céfiro, que es tenido por el más pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un hombre. ichas estas palabras, las Erinias le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquiles, el es ligeros, le dijo:

Janto! ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya ni destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas, con todo eso, no scansar hasta que harte de combate a los troyanos.

¡Jyo; y, dando voces, dirigió los solípedos caballos por las primeras filas.

CANTO XX *

Combate de los dioses

Los dioses, en asamblea extraordinaria, no se ponen de acuerdo sobre a quién había que favorecer. Zeus, enfurecido, vuelve al combate y mata a tantos troyanos que los cadáveres obstruyen la corriente del río.

Después de que los aqueos se armaban junto a los corvos bajeles, alrededor de ti, oh hijo de Atenea, cansable en la batalla, los troyanos se apercebían también para el combate en una llanura.

Zeus ordenó a Temis que, partiendo de las cumbres del Olimpo, en valles abundante, se dirigiera al ágora a los dioses, y ella fue de un lado para otro y a todos les mandó que fueran al palacio de Zeus. No faltó ninguno de los ríos, a excepción del Océano; y de las ninfas habitan los bellos bosques, las fuentes de los ríos y los herbosos prados, dejaron de presentarse. Tan luego como llegaban al palacio de Zeus, que amontonaba las nubes, sentábanse en bruñidos pórticos, que para el padre Zeus había construido con sabia inteligencia.

Zeus, pues, se reunieron. Tampoco el que bate la tierra desobedeció a la diosa, sino que viniendo desde el mar a los dioses, se sentó en medio de todos y exploró la voluntad de Zeus:

¿Por qué, oh tú que lanzas encendidos rayos, llamas de nuevo a los dioses al ágora? ¿Tienes algún propósito acerca de los troyanos y de los aqueos? El combate y la guerra van a encenderse entre ambos pueblos.

Zeus respondióle Zeus, que amontonaba las nubes:

¿No temiste, tú que bates la tierra, el designio que encierra mi pecho y por el cual os doy? Me cuido de ellos, aunque van a perecer. Yo me quedaré sentado en la cumbre del Olimpo y recrearé mi espíritu contemplando la batalla; y los demás ¿idos hacia los aqueos y los troyanos y cada uno auxilie a los que quiera. Pues, si Aquiles combatiese con los troyanos, éstos no resistirían ni un instante la acometida del Pelión, el de los aqueos. Ya antes huían espantados al verlo; y temo que ahora, que tan enfurecido ánimo por la muerte de su compañero, destruya el muro de Troya contra la voluntad del hado.

Zeus habló el Cronida y promovió una gran batalla. Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos: encamináronse a las naves Hera, Palas Atenea, Posidón, que se enojaba, el benéfico Hermes de prudente espíritu, y con ellos Hefesto, que, orgulloso de su fuerza, cojeaba arrastrando sus gráciles piernas; y enderezaron sus pasos a los dioses: Ares, el de tremolante casco, el intonso Febo, Ártemis, que se complace en tirar dardos, Leto, el Janto y la risueña Afrodita.

Después de que los dioses se mantuvieron alejados de los hombres, mostráronse los aqueos contentos porque Aquiles volvía a la batalla después del largo tiempo en que se había abstenido de tener parte en la triste guerra, y los troyanos se espantaron y un fuerte dolor les ocupó los miembros, tan pronto como vieron al Pelión, ligero de pies, que con su potente armadura semejaba al dios Ares, funesto a los mortales. Mas, luego que las diosas penetraron por entre la muchedumbre de los guerreros, levantóse la Discordia, que enardece a los varones; Atenea daba fuertes gritos, unas veces desde el foso cavado al pie del muro, y otras en los altos y sonoros promontorios; y como se le parecía un negro torbellino, vociferaba también y animaba vivamente a los aqueos, ya desde el punto más alto de la ciudad, ya corriendo por la Bella Colina, a lo largo del Simoente.

En este modo los felices dioses, instigando a unos y a otros, los hicieron venir a las armas y promovieron una reñida contienda. El padre de los hombres y de los dioses tronó

mente en las alturas; Posidón, por debajo, sacudió la inmensa tierra y las excelsas de los montes; y retemblaron así las laderas y las cimas del Ida, abundante en aves, como la ciudad troyana y las naves aqueas. Asustóse Aidoneo, rey de los muertos, y saltó del trono gritando; no fuera que Posidón, que sacude la tierra, la sacudiera y se hicieran visibles las mansiones horrendas y tenebrosas que las mismas naves aborrecen. ¡Tanto estrépito se produjo cuando los dioses entraron en combate! Primero Posidón le hizo frente Febo Apolo con sus aladas flechas; a Enialio, Atenea, de ojos de lechuza; a Hera, Ártemis, que lleva arco de oro, ama el bullicio de la caza, se complace en tirar saetas y es hermana del que hiere de lejos; a Leto, el poderoso con Hermes; y a Hefesto, el gran río de profundos vórtices, llamado por los dioses y por los hombres Escamandro.

Entonces los dioses salieron al encuentro los unos de los otros. Aquiles deseaba romper el camino en derechura a Héctor Priámida, pues el ánimo le impulsaba a saciar con la sangre del héroe a Ares, infatigable luchador. Mas Apolo, que enardece a los guerreros, hizo que Eneas se oponiera al Pelión, infundiéndole gran valor y hablándole así, después de haber oído la voz y la figura de Licaón, hijo de Príamo:

Eneas, consejero de los troyanos! ¿Qué es de aquellas amenazas hechas por ti en nombre de los reyes troyanos, de que saldrías a combatir con el Pelida Aquiles?

En su vez Eneas le respondió diciendo:

Priámida! ¿Por qué me ordenas que luche, sin desearlo mi voluntad, con el Pelida Aquiles? No fuera la primera vez que me viese frente a Aquiles, el de los pies ligeros, en otro tiempo, cuando vino adonde pacían nuestras vacas y tomó a Lirneso y a perseguirme por el Ida con su lanza; y Zeus me salvó, dándome fuerzas y me quitó de encima de mis rodillas. Sin su ayuda hubiese sucumbido a manos de Aquiles y de que le precedía, le daba la victoria y le animaba a matar léleges y troyanos con la lanza. Por eso ningún hombre puede combatir con Aquiles, porque a su lado siempre alguna deidad que le libra de la muerte. En cambio, su lanza vuela recta y tiene hasta que ha atravesado el cuerpo de un enemigo. Si un dios igualara las cosas en el combate, Aquiles no me vencería fácilmente; aunque se gloriase de ser de bronce.

Entonces aplicóle el soberano Apolo, hijo de Zeus:

Héroe! Ruega tú también a los sempiternos dioses, pues dicen que naciste de la tierra, hija de Zeus, y aquél es hijo de una divinidad inferior. La primera descendió de la tierra, tu madre tuvo por padre al anciano del mar. Levanta el indomable bronce y no te preocupes por oír palabras duras o amenazas.

Después de haber dicho estas palabras, acabó de hablar, infundió grandes bríos al pastor de hombres; y éste, que iba con una reluciente armadura de bronce, se abrió paso por los combatientes delanteros. Con sus brazos de níveo color, no dejó de advertir que el hijo de Anquises atravesaba la línea para salir al encuentro del Pelión; y, llamando a otros dioses, les dijo:

Considerad en vuestra mente, Posidón y Atenea, cómo esto acabará; pues Eneas, de reluciente bronce, se encamina en derechura al Pelión por excitación de Febo Apolo. No hagámosle retroceder, o alguno de nosotros se ponga junto a Aquiles, le daremos gran valor y no deje que su ánimo desfallezca; para que conozca que le quieren más poderosos, y que son débiles los dioses que en el combate y la pelea ayudan a los troyanos. Todos hemos bajado del Olimpo a intervenir en esta batalla, para que Aquiles no padezca hoy ningún daño de parte de los troyanos; y luego sufrirá lo que yo dispuse, hilando el lino, cuando su madre te dio a luz. Si Aquiles no se entera de la voluntad de los dioses, sentirá temor cuando en el combate le salga al encuentro alguna deidad. Pues los dioses, en dejándose ver, son terribles.

respondióle Posidón, que sacude la tierra:

Hera! No te irrites más de lo razonable, pues no te es preciso. Ni yo quisiera que , que somos los más fuertes, promoviéramos la contienda entre los dioses. Vayá-le este camino y sentémonos en aquella altura, y de la batalla cuidarán los . Y si Ares o Febo Apolo dieren principio a la pelea o detuvieren a Aquiles y no n combatir, iremos en seguida a luchar con ellos, y me figuro que pronto tendrán arse y volver al Olimpo, a la reunión de los demás dioses, vencidos por la fuerza ros brazos.

ichas estas palabras, el dios de los cerúleos cabellos llevólos al alto terraplén que nos y Palas Atenea habían levantado en otro tiempo para que el divino Heracles a de la ballena cuando, perseguido por ésta, pasó de la playa a la llanura. Allí y los otros dioses se sentaron, extendiendo en derredor de sus hombros una rable nube; y al otro lado, en la cima de la Bella Colina, en torno de ti, oh Febo, es de lejos, y de Ares, que destruye las ciudades, acomodáronse las deidades ras de los troyanos.

sí unos y otros, sentados en dos grupos, deliberaban y no se decidían a empezar el ombate. Y Zeus desde lo alto les incitaba a comenzarlo.

do el campo, lleno de hombres y caballos, resplandecía con el lucir del bronce; y retumbaba debajo de los pies de los guerreros que a luchar salían. Dos varones, is entre los más valientes, deseosos de combatir, se adelantaron a los suyos para rse entre ambos ejércitos: Eneas, hijo de Anquises, y el divino Aquiles. se primero Eneas, amenazador, tremolando el sólido casco: protegía el pecho con escudo y vibraba broncea lanza. Y el Pelida desde el otro lado fue a oponérsele r voraz león, para matar al cual se reúnen los hombres de todo un pueblo; y el rincipio sigue su camino despreciándolos; mas, así que uno de los belicosos le hiere con un venablo, se vuelve hacia él con la boca abierta, muestra los ubiertos de espuma, siente gemir en su pecho el corazón valeroso, se azota con nuslos y caderas para animarse a pelear, y con los ojos centelleantes arremete sta que mata a alguien o él mismo perece en la primera fila; así le instigaban a su valor y ánimo esforzado a salir al encuentro del magnánimo Eneas. Y tan omo se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, habló :

Eneas! ¿Por qué te adelantas tanto a la turba y me aguardas? ¿Acaso el ánimo te combatir conmigo por la esperanza de reinar sobre los troyanos, domadores de , con la dignidad de Príamo? Si me matases, no pondría Príamo en tu mano tal nsa; porque tiene hijos, conserva entero el juicio y no es insensato. ¿O quizás te netido los troyanos acotarte un hermoso campo de frutales y sembradío que a los ventaja, para que puedas cultivarlo, si me quitas la vida? Me figuro que te será onseguirlo. Ya otra vez te puse en fuga con mi lanza. ¿No recuerdas que, te solo, te aparté de tus bueyes y te perseguí por el monte Ida corriendo con anta? Entonces huías sin volver la cabeza. Luego te refugiaste en Limeso y yo ciudad con la ayuda de Atenea y del padre Zeus, y me llevé las mujeres las esclavas; mas a ti te salvaron Zeus y los demás dioses. No creo que ahora te como espera tu corazón; y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te quedes mí, antes que padezcas algún daño; que el necio sólo conoce el mal cuando ha

a su vez Eneas le respondió diciendo:

Pelida! No creas que con esas palabras me asustarás como a un niño, pues sé proferir injurias y baldones. Conocemos el linaje de cada uno de nosotros y

ueron nuestros respectivos padres, por haberlo oído contar a los mortales ; que ni tú viste a los míos, ni yo a los tuyos. Dicen que eres prole del eximio Tenea por madre a Tetis, ninfa marina de hermosas trenzas; mas yo me glorío de del magnánimo Anquises y mi madre es Afrodita: aquéllos o éstos tendrán que y la muerte de su hijo, pues no pienso que nos separemos sin combatir, después rnos pueriles insultos. Si deseas saberlo, to diré cuál es mi linaje, de muchos). Primero Zeus, que amontona las nubes, engendró a Dárdano, y éste fundó la a al pie del Ida, en manantiales abundoso; pues aún la sacra Ilio, ciudad de de voz articulada, no había sido edificada en la llanura. Dárdano tuvo por hijo al tonio, que fue el más opulento de los mortales hombres: poseía tres mil yeguas nas de sus tiernos potros, pacían junto a un pantano.- El Bóreas enamoróse de de las que vio pacer, y, transfigurado en caballo de negras crines, hubo de ellas ros que en la fértil tierra saltaban por encima de las mieses sin romper las espigas ncho dorso del espumoso mar corrían sobre las mismas olas.- Erictonio fue padre que reinó sobre los troyanos; y éste dio el ser a tres hijos irrepreensibles: Ilo, y el deiforme Ganimedes, el más hermoso de los hombres, a quien arrebataron es a causa de su belleza para que escanciara el néctar a Zeus y viviera con los es. Ilo engendró al eximio Laomedonte, que tuvo por hijos a Titono, Príamo, Clitio a Hicetaón, vástago de Ares. Asáraco engendró a Capis, cuyo hijo fue s. Anquises me engendró a mí, y Príamo al divino Héctor. Tal alcuña y tal ie glorío de tener. Pero Zeus aumenta o disminuye el valor de los guerreros como porque es el más poderoso. Ea, no nos digamos más palabras como si fuésemos arados así en medio del campo de batalla. Fácil nos sería inferimos tantas que una nave de cien bancos de remeros no podría llevarlas. Es voluble la lengua ombres, y de ella salen razones de todas clases; hállanse muchas palabras acá y cual hablares tal oirás la respuesta. Mas ¿qué necesidad tenemos de altercar, do a injuriándonos, como mujeres irritadas, las cuales, movidas por roedor salen a la calle y se zahieren diciendo muchas cosas, verdaderas unas y falsas ie la cólera les dicta? No lograrás con tus palabras que yo, estando deseoso de r, pierda el valor antes de que con el bronce y frente a frente peleemos. Ea, monos en seguida con las broncíneas lanzas.

ijo; y, arrojando la fornida lanza, clavóla en el terrible y horrendo escudo de que resonó grandemente en torno de ella. El Pelida, temeroso, apartó el escudo obusta mano, creyendo que la luenga lanza del magnánimo Eneas lo atravesaría ite. ¡Insensato! No pensó en su mente ni en su espíritu que los eximios presentes oses no pueden ser destruidos con facilidad por los mortales hombres, ni ceder a zas. Y así la pesada lanza de Eneas no perforó entonces la rodela por haberlo im- a lámina de oro que el dios puso en medio, sino que atravesó dos capas y dejó ctas, porque eran cinco las que el dios cojo había reunido: las dos de bronce, dos s de estaño, y una de oro, que fue donde se detuvo la lanza de fresno.

quiles despidió luego la ingente lanza, y acertó a dar en el borde del liso escudo s, sitio en que el bronce era más delgado y el boyuno cuero más tenue: el fresno in atravesólo, y todo el escudo resonó. Eneas, amedrentado, se encogió y levantó o; la lanza, deseosa de proseguir su curso, pasóle por cima del hombro, después er los dos círculos de la rodela, y se clavó en el suelo; y el héroe, evitado ya el edóse inmóvil y con los ojos muy espantados de ver que aquélla había caído tan quiles desnudó la aguda espada; y, profiriendo horribles voces, arremetió contra éste, a su vez, cogió una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían que él manejaba fácilmente. Y Eneas tirara la piedra a Aquiles y le acertara en el

en el escudo que habría apartado del héroe la triste muerte, y el Pelida privara de Eneas, hiriéndole de cerca con la espada, si al punto no lo hubiese advertido que sacude la tierra, el cual dijo entre los dioses inmortales:

Oh dioses! Me causa pesar el magnánimo Eneas, que pronto, sucumbiendo a el Pelión, descenderá al Hades por haber obedecido las palabras de Apolo, que lejos. ¡Insensato! El dios no le librará de la triste muerte. Mas ¿por qué ha de sin ser culpable, las penas que otros merecen, habiendo ofrecido siempre gratos a los dioses que habitan el anchuroso cielo? Ea, librémosle de la muerte, no sea honrada se enoje si Aquiles lo mata, pues el destino quiere que se salve a fin de perezca sin descendencia ni se extinga del todo el linaje de Dárdano, que fue por el Cronida con preferencia a los demás hijos que tuvo de mujeres mortales. Ya él aborrece a los descendientes de Príamo; pero el fuerte Eneas reinará sobre los , y luego los hijos de sus hijos que sucesivamente nazcan.

Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

Oh tú que sacudes la tierra! Resuelve tú mismo si has de salvar a Eneas o permitir obstante su valor, sea muerto por el Pelida Aquiles. Pues así Palas Atenea como es jurado repetidas veces a vista de los inmortales todos, que jamás libraríamos a unos del día funesto, aunque Troya entera fuese pasto de las voraces llamas por encendido los belicosos aqueos.

Cuando Posidón, que sacude la tierra, oyó estas palabras, fuese; y andando por la parte el estruendo de las lanzas, llegó adonde estaban Eneas y el ilustre Aquiles. Allí cubrió de niebla los ojos del Pelida Aquiles, arrancó del escudo del magnánimo la lanza de fresno con punta de bronce que depositó a los pies de aquél, y arrebató lo alzándolo de la tierra. Eneas, sostenido por la mano del dios, pasó por cima de filas de héroes y caballos hasta llegar al otro extremo del impetuoso combate, donde los caucos se armaban para pelear. Y entonces Posidón, que sacude la tierra, se retiró, y le dijo estas aladas palabras:

Eneas! ¿Cuál de los dioses te ha ordenado que cometieras la locura de luchar a cuerpo con el animoso Pelión, que es más fuerte que tú y más caro a los dioses? Retírate cuantas veces le encuentres, no sea que lo haga descender a la casa de Hades antes de lo dispuesto por el hado. Mas, cuando Aquiles haya muerto, cumplido su destino, pelea con fiada entre los combatientes delanteros, y matará ningún otro aqueo.

Así diciendo, dejó a Eneas allí, después que le hubo amonestado y apartó la niebla de los ojos de Aquiles. Éste volvió a ver con claridad, y, gimiendo, a su propio espíritu le decía:

Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece: esta lanza yace en el suelo no veo al varón contra quien la arrojé, con intención de matarle. Ciertamente a ellos aman los inmortales dioses; ¡y yo creía que se jactaba de ello vanamente! Mas pues; que no tendrá ánimo para medir de nuevo sus fuerzas conmigo, quien yo soy gustoso de la muerte. Exhortaré a los belicosos dánaos y probaré el valor de los mis enemigos, saliéndoles al encuentro.

Así dijo; y, saltando por entre las filas, animaba a los guerreros:

No permanezcáis alejados de los troyanos, divinos aqueos! Ea, cada hombre a otro y sienta anhelo por pelear. Difícil es que yo solo, aunque sea valiente, a tantos guerreros y con todos luche; y ni a Ares, que es un dios inmortal, ni a los demás sería posible recorrer un campo de batalla tan vasto y combatir en todas partes lo que puedo hacer con mis manos, mis pies o mi fuerza, no me muestro

Entraré por todos lados en las hileras de las falariges enemigas, y me figuro que lograrán los troyanos que a mi lanza se acerquen.

Con estas palabras los animaba. También el esclarecido Héctor exhortaba a los troyanos, dando gritos, y aseguraba que saldría al encuentro de Aquiles:

Animosos troyanos! ¡No temáis al Pelión! Yo de palabra combatiría hasta con los dioses; pero es difícil hacerlo con la lanza, siendo, como son, mucho más fuertes. Yo no llevará al cabo todo cuanto dice, sino que en parte lo cumplirá y en parte lo dejaré a medio hacer. Iré a encontrarlo, aunque por sus manos se parezca a la llama; sí, porque por sus manos se parezca a la llama, y por su fortaleza al reluciente hierro.

Con tales voces los excitaba. Los troyanos calaron las lanzas; trabóse el combate y pronto se oyó gritería, y entonces Febo Apolo se acercó a Héctor y le dijo:

Héctor! No te adelantes para luchar con Aquiles; espera su acometida mezclado con la oscuridad y el tedio, confundido con la turba. No sea que consiga herirte desde lejos con una flechada, o de cerca con la espada.

Así habló. Héctor se fue, amedrentado, por entre la multitud de guerreros apenas pudo oír las palabras del dios. Aquiles, con el corazón revestido de valor y dando gritos, arremetió a los troyanos, y empezó por matar al valeroso Ifitión, jefe de un escuadrón, caudillo de muchos hombres, a quien una ninfa náyade había tenido de un dios, asolador de ciudades, en el opulento pueblo de Hida, al pie del nevado Tmolos. Aquiles acertó a darle con la lanza en medio de la cabeza, cuando arremetía, y se la dividió en dos partes. El troyano cayó con estrépito, y el divino Aquiles dijo:

Yaces en el suelo, Otrintida, el más portentoso de todos los hombres! En este momento sorprendió la muerte; a ti, que habías nacido a orillas del lago Gigeo, donde heredad paterna, junto al Hilo, abundante en peces, y el Hermo voraginoso.

Así dijo jactándose. Las tinieblas cubrieron los ojos de Ifitión, y los carros de los troyanos se despedazaron con las llantas de sus ruedas en el primer reencuentro. Aquiles después, en la sien, atravesándole el casco de bronceas carrilleras, a Demoleonte, jefe de un escuadrón, adalid en el combate, hijo de Anténor; y el casco de bronce no detuvo la lanza, cuando entró y rompió el hueso, conmoviéndose interiormente el cerebro, y el troyano cayó cuando peleaba con ardor. Luego, como Hipodamante saltara del carro y se dio a fuga, le envasó la pica en la espalda: aquél exhalaba el aliento y bramaba como cuando los jóvenes arrastran a los altares del soberano Heliconio y el dios que sacude el terremoto se goza al verlo; así bramaba Hipodamante cuando el alma valerosa dejó sus huesos. Seguidamente acometió con la lanza al deiforme Polidoro Priámida, a quien su padre permitía que fuera a las batallas porque era el menor y el predilecto de sus hijos. Aquiles se acercó a Polidoro en la carrera; y entonces, por pueril petulancia, haciendo gala de la fuerza de sus pies, agitábase el troyano entre los combatientes delanteros, hasta que cayó a la vida: al verlo pasar, el divino Aquiles, ligero de pies, hundióle la lanza en medio del pecho, donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y era doble la coraza, y la lanza pasó al otro lado cerca del ombligo; el joven cayó de rodillas dando lastimeros golpes. Una oscura nube le envolvió; e, inclinándose, procuraba sujetar con sus manos los huesos, que le salían por la herida.

Como pronto como Héctor vio a su hermano Polidoro cogiéndose las entrañas y cayendo hacia el suelo, se le puso una nube ante los ojos y ya no pudo combatir a Polidoro; sino que, blandiendo la aguda lanza a impetuoso como una llama, se dirigió al encuentro de Aquiles. Y éste, al advertirlo, saltó hacia él, y dijo muy ufano estas palabras:

:

Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grave herida, el que mi compañero amado. Ya no huiremos asustados, el uno del otro, por los senderos que nos guíate.

Y dijo; y mirando con torva faz al divino Héctor, le gritó:

Acércate para que más pronto llegues de tu perdición al término!

Y no turbarse, le respondió Héctor, el de tremolante casco:

¡Pelida! No esperes amedrentarme con palabras como a un niño; también yo sé injurias y baldones. Reconozco que eres valiente y que te soy muy inferior. Pero no de los dioses está si yo, siendo inferior, te quitaré la vida con mi lanza; pues tiene afilada punta.

Y diciendo esto, blandió y arrojó su lanza; pero Atenea con un tenue soplo del glorioso Aquiles, y el arma volvió hacia el divino Héctor y cayó a sus pies. Aquiles acometió, dando horribles gritos, a Héctor, con intención de matarlo; pero Apolo, el troyano, haciéndolo con gran facilidad por ser dios, y lo cubrió con densa neblina. Aquiles tres veces el divino Aquiles, ligero de pies, atacó con la broncea lanza, tres veces el golpe en el aire. Y cuando, semejante a un dios, arremetía por cuarta vez, el héroe a Héctor con voz terrible, dirigiéndole estas aladas palabras:

Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el ruido de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde te encuentro y un dios me ayude; ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

Y así dijo; y con la lanza hirió en medio del cuello a Drópe, que cayó a sus pies.

Y al momento detuvo a Demuco Filetórida, valeroso y alto, a quien pinchó con la lanza en una rodilla, y luego quitóle la vida con la gran espada. Después acometió a Polixeno y a Dárdano, hijos de Biante: habiéndolos derribado del carro en que iban, a Polixeno le hizo perecer arrojándole la lanza, y a éste hiriéndole de cerca con la espada.

Y así mató a Tros Alastórida, que vino a abrazarle las rodillas por simularse de él, que era de la misma edad del héroe, en vez de matarlo le hacía un beso y lo dejaba vivo. ¡Insensato! No conoció que no podría persuadirle, pues no era hombre de condición benigna y mansa, sino muy violento. Ya aquél le abrazó las rodillas con intención de suplicarle, cuando le hundió la espada en el hígado: se abrió éste, llenando de negra sangre el pecho, y las tinieblas cubrieron los ojos del héroe que quedó exánime. Inmediatamente Aquiles se acercó a Mulio; y, metiéndole la lanza en una oreja, la broncea punta salió por la otra. Más tarde hirió en medio de la cabeza a Equeclo, hijo de Agenor, con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se abrió con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del héroe. Posteriormente atravesó con la broncea lanza el brazo de Deucalión, en el momento que se juntan los tendones del codo; y el troyano esperó, con la mano izquierda y viendo que la muerte se le acercaba: Aquiles le cercenó de un tajo la cabeza que con el casco arrojó a lo lejos, la medula salió de las vértebras y el guerrero cayó tendido en el suelo. Dirigióse acto seguido contra Rigmo, ilustre hijo de Píroo, que era el hijo de la fértil Tracia, y le hirió en medio del cuerpo: clavóle la broncea lanza en el pecho, y le derribó del carro. Y, como viera que su escudero Areítoo torcía la cabeza de los caballos, envasóle la aguda lanza en la espalda, y también le derribó en tierra, y los corceles huían espantados.

Y así fue la suerte que, al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida Tracia, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran a todos lados; de esta manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como, uncidos al carro,

de la suerte que, al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida Tracia, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran a todos lados; de esta manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, a los que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como, uncidos al carro,

los bueyes de ancha frente para que trillen la blanca cebada en una era bien a, se desmenuzan presto las espigas debajo de los pies de los mugientes bueyes; colípedos corceles, guiados por el magnánimo Aquiles, hollaban a un mismo adáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre y los resacas estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las ruedas despedían. Y el Pelida deseaba alcanzar gloria y tenía las invictas anchadas de sangre y polvo.

CANTO XXI *

Batalla junto al río

El río pide ayuda al río Simoente y quiere sumergir a Aquiles, pero el dios Hefesto le obliga a volver al río. Apolo se transfigure en troyano y se hace perseguir por el héroe para que los demás puedan entrar en la ciudad; conseguido su objeto, el dios se descubre.

Cuando los troyanos llegaron al vado del vortiginoso Janto, río de hermosa corriente acaudalada, el inmortal Zeus engendró, Aquiles los dividió en dos grupos. A los del primero el héroe por la llanura hacia la ciudad, por donde los aqueos huían espantados el río, cuando el esclarecido Héctor se mostraba furioso; por allí se derramaron los troyanos en su fuga, y Hera, para detenerlos, los envolvió en una densa niebla. Los otros rodaron al caudaloso río de argénteos vórtices, y cayeron en él con gran ruido: resonaba la corriente, retumbaban ambas orillas y los troyanos nadaban acá y allá gritando, mientras eran arrastrados en torno de los remolinos. Como las langostas se desmenuzan por la violencia de un fuego que estalla de repente vuelan hacia el río y se echan a nadar en el agua, de la misma manera la corriente sonora del Janto de profundos remolinos se llenó, por la persecución de Aquiles, de hombres y caballos que en el mismo momento se hundieron.

Aquiles, vástago de Zeus, dejó su lanza arrojada a un tamariz de la orilla, saltó al río como si fuese una deidad, con sólo la espada y meditando en su corazón acciones buenas y comenzó a herir a diestro y a siniestro: al punto levantóse un horrible clamoreo y se recibían los golpes, y el agua bermejeó con la sangre. Como los peces huyen ante el delfín, y, temerosos, llenan los senos del hondo puerto, porque aquél devora a quien coge, de la misma manera los troyanos iban por la impetuosa corriente del río y se hundían, temblando, debajo de las rocas. Cuando Aquiles tuvo las manos cansadas de matar, cogió vivos, dentro del río, a doce mancebos para inmolarlos más tarde en memoria de la muerte de Patroclo Meneciada. Sacólos atónitos como cervatos, les ató los brazos por detrás con las correas bien cortadas que llevaban en las flexibles túnicas y los condujo a los amigos que los condujeran a las cóncavas naves. Y el héroe acometió de matar a los troyanos, para hacer en ellos grandestruendo.

Entonces se encontró Aquiles con Licaón, hijo de Príamo Dardánida; el cual, huyendo, salió del río. Ya anteriormente le había hecho prisionero encaminándose de noche a casa de Príamo: Licaón cortaba con el agudo bronce los ramos nuevos de un árbol para hacer los barandales de un carro, cuando el divinal Aquiles, presentándose con una revista calamitosa, se lo llevó mal de su grado. Transportóle luego en una nave a Lemnos, y allí lo puso en venta: el hijo de Jasón pagó el precio.

Eetión de Imbros, que era huésped del troyano, dio por él un cuantioso rescate y lo llevó a la divina Arisbe. Escapóse Licaón, y, volviendo a la casa paterna, estuvo con sus amigos durante once días su regreso de Lemnos; mas, al duodécimo día, le hizo caer nuevamente en manos de Aquiles, que debía mandarle al Hades, sin que él lo deseara. Como el divino Aquiles, el de los pies ligeros, le viera inerme -sin escudo ni lanza, porque todo lo había tirado al suelo- y que salía del río con el

batido por el sudor y las rodillas vencidas por el cansancio, sorprendióse, y a su mo espíritu así le habló:

¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. Ya es posible que los a quienes maté resuciten de las sombrías tinieblas; cuando éste, librándose del l, ha vuelto de la divina Lemnos, donde fue vendido, y las olas del espumoso mar ntos detienen no han impedido su regreso. Mas, ea, haré que pruebe la punta de para ver y averiguar si volverá nuevamente o se quedará en el seno de la fértil e hasta a los fuertes retiene.

usando en tales cosas, Aquiles continuaba inmóvil. Licaón, asustado, se le acercó las rodillas; pues en su ánimo sentía vivo deseo de librase de la triste muerte y gra Parca. El divino Aquiles levantó en seguida la enorme lanza con intención de pero Licaón se encogió y corriendo le abrazó las rodillas; y aquélla, pasándole del dorso, se clavó en el suelo, codiciosa de cebarse en el cuerpo de un hombre. Licaón suplicaba a Aquiles; y, abrazando con una mano sus rodillas y ole con la otra la aguda lanza, sin que la soltara, estas aladas palabras le decía:

¡Oh ruego abrazado a tus rodillas, Aquiles: respétame y apiádate de mí. Has de oh alumno de Zeus, por un suplicante digno de consideración; pues comí en to fruto de Deméter el día en que me hiciste prisionero en el campo bien cultivado, dome lejos de mi padre y de mis amigos, me vendiste en Lemnos: cien bueyes te persona. Ahora te daría el triple por rescatarme. Doce días ha que, habiendo mucho, volví a Ilio; y otra vez el hado funesto me pone en tus manos. Debo de so al padre Zeus, cuando nuevamente me entrega a ti. Para darme una vida corta, ó Laótoe, hija del anciano Altes, que reina sobre los belicosos léleges y posee la Pédaso junto al Satnioente. A la hija de aquél la tuvo Príamo por esposa con otras de la misma nacimos dos varones y a entrambos nos habrás dado muerte. Ya ucumbir entre los infantes delanteros al deiforme Polidoro, hiriéndole con la ica; y ahora la desgracia llegó para mí, pues no espero escapar de tus manos que un dios me ha echado en ellas. Otra cosa to diré que fijarás en la memoria: nates; pues no soy del mismo vientre que Héctor, el que dio muerte a to dulce y o amigo.

n tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba a Aquiles, pero fue amarga esta que escuchó:

insensato! No me hables del rescate, ni to menciones siquiera. Antes que a le llegara el día fatal, me era grato abstenerme de matar a los troyanos y fueron los que cogí vivos y vendí luego; mas ahora ninguno escapará de la muerte, si un one en mis manos delante de Ilio y especialmente si es hijo de Príamo. Por Can-o, muere tú también. ¿Por qué te lamentas de este modo? Murió Patroclo, que aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy yo, a quien engendró un istre y dio a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y la Parca cruel. una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el , hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco.

¡Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón del troyano que, soltando la lanza, y tendió ambos brazos. Aquiles puso mano a la tajante espada a hirió a Licaón en ula, junto al cuello: metióle dentro toda la hoja de dos filos, el troyano dio de el suelo y su sangre fluía y mojaba la tierra. El héroe cogió el cadáver por el pie, al río para que la corriente se to llevara, y profirió con jactancia estas aladas :

¡Haz ahí entre los peces que tranquilos te lamerán la sangre de la herida. No te tu madre en un lecho para llorarte, sino que serás llevado por el voraginoso

dro al vasto seno del mar. Y algún pez, saliendo de las olas a la negruzca y
da superficie, comerá la blanca grasa de Licaón. Así perezcaís los demás
hasta que lleguemos a la sacra ciudad de Ilio, vosotros huyendo y yo detrás ha-
gran riza. No os salvará ni siquiera el río de hermosa corriente y argénteos
os, a quien desde antiguo sacrificáis muchos toros y en cuyós vórtices echáis
s solípedos caballos. Así y todo, pereceréis miserablemente unos en pos de otros,
e hayáis expiado la muerte de Patrocio y el estrago y la matanza que hicisteis en
os junto a las naves, mientras estuve alejado de la lucha.

sí habló, y el río, con el corazón irritado, revolvía en su mente cómo haría cesar
el Aquiles de combatir y libraría de la muerte a los troyanos. En tanto, el hijo de
rigió su ingente lanza a Asteropeo, hijo de Pelegón, con ánimo de matarlo. A
le habían engendrado el Axio, de ancha corriente, y Peribea, la hija mayor de
eno; que con ésta se unió aquel río de profundos remolinos. Encaminóse, pues,
hacia Asteropeo, el cual salió a su encuentro llevando dos lanzas; y el Janto,
por la muerte de los jóvenes a quienes Aquiles había hecho perecer sin
ón en la misma corriente, infundió valor en el pecho del troya-no. Cuando ambos
s se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, fue el
en hablar, y dijo:

Quién eres tú y de dónde, que osas salirme al encuentro? Infelices de aquéllos
jos se oponen a mi furor.

Respondióle el preclaro hijo de Pelegón:

Magnánimo Pelida! ¿Por qué sobre el abolengo me interrogas? Soy de la fértil
que está lejos; vine mandando a los peonios, que combaten con largas picas, y
e días que llegué a Ilio. Mi linaje trae su origen del Axio de ancha corriente, del
e esparce su hermosísimo raudal sobre la tierra: Axio engendró a Pelegón,
por su lanza, y de éste dicen que he nacido. Pero peleemos ya, esclarecido

sí habló, en son de amenaza. El divino Aquiles levantó el fresno del Pelión, y el
steropeo, que era ambidextro, tiróle a un tiempo las dos lanzas: la una dio en el
pero no to atravesó porque la lámina de oro que el dios puso en el mismo la
la otra rasguñó el brazo derecho del héroe, junto al codo, del cual brotó negra
mas el arma pasó por encimá y se clavó en el suelo, codiciosa de la carne.
arrojó entonces la lanza, de recto vuelo, a Asteropeo con intención de matarlo, y
iro: la lanza de fresno cayó en la elevada orilla y se hundió hasta la mitad del

Pelida, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, arremetió
do a Asteropeo, quien con la mano robusta intentaba arrancar del escarpado
lanza de Aquiles: tres veces la meneó para arrancarla, y otras tantas careció de
¿ cuando, a la cuarta vez, quiso doblar y romper la lanza de fresno del Eácida,
le Aquiles y con la espada le quitó la vida: hirióle en el vientre, junto al ombligo;
ronse en el suelo todos los intestinos, y las tinieblas cubrieron los ojos del
que cayó anhelante. Aquiles se abalanzó a su pecho, le quitó la armadura; y,
do del triunfo, dijo estas palabras:

¿az ahí. Difícil era que tú, aunque engendrado por un río, pudieses disputar la
a los hijos del prepotente Cronión. Dijiste que to linaje procede de un río de
rriente; mas yo me jacto de pertenecer al del gran Zeus. Engendróme un varón
a sobre muchos mirmidones, Peleo, hijo de Éaco; y este último era hijo de Zeus.
o Zeus es más poderoso que los nos, que corren al mar, así también los
ientes de Zeus son más fuertes que los de los ríos. A tu lado tienes uno grande, si
uede auxiharte. Mas no es posible combatir con Zeus Cronión. A éste no le

ni el fuerte Aqueloo, ni el grande y poderoso Océano de profunda corriente del
en todos los ríos, todo el mar y todas las fuentes y grandes pozos; pues también el
teme el rayo del gran Zeus y el espantoso trueno, cuando retumba desde el cielo.
ujo; arrancó del escarpado borde la broncea lanza y abandonó a Astropeo al lí,
en la arena, tan pronto como le hubo quitado la vida: el agua turbia bañaba el
y anguilas y peces acudieron a comer la grasa que cubría los riñones. Aquiles se
los peonios que peleaban en carros; los cuales huían por las márgenes del vo-
río, desde que vieron que el más fuerte caía en el duro combate, vencido por las
la espada del Pelida. Éste mató entonces a Tersíloco, Midón, Astípilo, Mneso,
Enio y Ofelestes. Y a más peonios diera muerte el veloz Aquiles, si el río de
os remolinos, irritado y transfigurado en hombre, no le hubiese dicho desde uno
ofundos vórtices:

Oh Aquiles! Superas a los demás hombres tanto en el valor como en la comisión
nes nefandas; porque los propios dioses te prestan constantemente su auxilio. Si
e Crono te ha concedido que destruyas a todos los troyanos, apártalos de mí y
en el llano tus proezas. Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que
n el cauce y no me dejan verter el agua en la mar divina; y tú sigues matando de
atroz. Pero, ea, cesa ya; pues me tienes asombrado, oh príncipe de hombres.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Se hará, oh Escamandro, alumno de Zeus, como tú lo ordenas; pero no me
é de matar a los altivos troyanos hasta que los encierre en la ciudad y, peleando
or, él me mate a mí o yo acabe con él.

Esto dicho, arremetió a los troyanos, cual si fuese un dios. Y entonces el río de
os remolinos dirigióse a Apolo:

Oh dioses! Tú, el del arco de plata, hijo de Zeus, no cumples las órdenes del
, el cual to encargó muy mucho que socorrieras a los troyanos y les prestaras to
asta que, llegada la tarde, se pusiera el sol y quedara a obscuras el fértil campo.

ujo. Aquiles, famoso por su lanza, saltó desde la escarpada orilla al centro del río.
e le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente, y, arrastrando
cadáveres de hombres muertos por Aquiles, que había en el cauce, arrojólos a la
ugiendo como un toro, y en Canto salvaba a los vivos dentro de la hermosa
, ocultándolos en los profundos y anchos remolinos. Las revueltas olas rodeaban
s, la corriente caía sobre su escudo y le empujaba, y el héroe ya no se podía tener
Asióse entonces con ambas manos a un olmo corpulento y frondoso; pero éste,
o de raíz, rompió el borde escarpado, oprimió la hermosa corriente con sus
ramas, cayó entero al río y se convirtió en un puente. Aquiles, amedrentado, dio
salió del abismo y voló con pie ligero por la llanura. Mas no por esto el gran
istió de perseguirlo, sino que lanzó tras él olas de sombría cima con el propósito
cesar al divino Aquiles de combatir y librar de la muerte a los troyanos. El
alvó cerca de un tiro de lanza, dando un brinco con la impetuosidad de la rapaz
egra, que es la más forzada y veloz de las aves; parecido a ella, el héroe coma y
e resonaba horriblemente sobre su pecho. Aquiles procuraba huir, desviándose a
pero la corriente se iba tras él y le perseguía con gran ruido. Como el fontanero
el agua desde el profundo manantial por entre las plantas de un huerto y con un
n la mano quita de la reguera los estorbos; y la corriente sigue su curso, y mueve
ecitas, pero al llegar a un declive murmura, acelera la marcha y pasa delante del
guía; de igual modo, la corriente del río alcanzaba continuamente a Aquiles,
os dioses son más poderosos que los hombres. Cuantas veces el divino Aquiles,
; pies ligeros, intentaba esperarla, para ver si le perseguían todos los inmortales

en su morada en el espacioso cielo, otras tantas, las grandes olas del río, que las pesadas lluvias alimentan, le azotaban los hombros. El héroe, ahierto en su corazón, pero el río, siguiéndole con la rápida y tortuosa corriente, le cansaba las rodillas y a él el suelo al que ponía los pies. Y el Pelida, levantando los ojos al vasto cielo, dijo:

Zeus padre! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme a mí, miserable, de la furia del río, y luego sufriré cuanto sea preciso? Ninguna de las deidades del cielo me culpa como mi madre, que me halagó con falsas predicciones: dijo que me salvaría al pie del muro de los troyanos, armados de coraza, las veloces flechas de Ojalá me hubiese muerto Héctor, que es aquí el más bravo! Entonces un valiente muerto y despojado a otro valiente. Mas ahora quiere el destino que yo perezca a una temprana muerte, cercado por un gran río; como el niño pórquerizo a quien arrastran las heladas invernales del torrente que intentaba atravesar.

Así se expresó. En seguida Posidón y Atenea, con figura humana, se le acercaron y tomaron de las manos mientras le animaban con palabras. Posidón, que sacude la tierra, comenzó a hablar y dijo:

Pelida! No tiembles, ni te asustes. ¡Tal socorro vamos a darte, con la venia de nosotros los dioses, yo y Palas Atenea! Porque no dispone el hado que seas muerto todavía, y éste dejará pronto de perseguirte, como verás tú mismo. Te daremos un buen consejo, por si quieres obedecer: no descansas tu brazo en la batalla funesta hasta el momento de cerrarlo dentro de los ínclitos muros de Ilio a cuantos troyanos logren escapar. Y si has sido privado de la vida a Héctor, vuelve a las naves; que nosotros te ayudaremos a alcanzar gloria.

Al escuchar estas palabras, ambas deidades fueron a reunirse con los demás inmortales. El Pelida, impelido por el mandato de los dioses, enderezó sus pasos a la llanura inundada por las aguas del río, en la cual flotaban cadáveres y hermosas armas de jóvenes muertos en batalla. El héroe caminaba derechamente, saltando por el agua, sin que el anchuroso río le detenera; pues Atenea le había dado muchos bríos. Pero el Escamandro no cedía a la voluntad; sino que, irritándose aún más contra el Pelión, hinchaba y levantaba a tope las aguas y a gritos llamaba al Simoente:

Hermano querido! Juntémonos para contener la fuerza de ese hombre, que pronto llegará a gran ciudad del rey Príamo, pues los troyanos no le resistirán en la batalla. Ven pronto en mi auxilio: aumenta tu caudal con el agua de las fuentes, concita a todos los ríos, levanta grandes olas y arrastra con estrépito troncos y piedras, para que anochezcas a ese feroz guerrero que ahora triunfa y piensa en hazañas propias de los dioses. Pero nada no le valdrán ni su fuerza, ni su hermosura, ni sus magníficas armas, que han de quedar en el fondo de este lago cubiertas de cieno. A él te envolveré en abundante arena, cayendo en torno suyo mucho cascajo; y ni siquiera sus huesos podrán ser recogidos de los aqueos: tanto limo amontonaré encima. Y tendrá su túmulo aquí mismo, y no podrá que los aqueos se te erijan cuando le hagan las exequias.

Al decir esto y, revuelto, arremetió contra Aquiles, alzándose furioso y mugiendo con la furia de la sangre y los cadáveres. Las purpúreas ondas del río, que las celestiales lluvias habían levantado, se mantenían levantadas y arrastraban al Pelida. Pero Hera, temiendo que el dios derribara a Aquiles, gritó, y dijo en seguida a Hefesto, su hijo amado:

Levántate, estevado, hijo querido; pues creemos que el Janto voraginoso es tu enemigo en el combate! Socorre pronto a Aquiles, haciendo aparecer inmensa llama. Voy a ayudarte con el Céfito y el veloz Noto una gran borrasca, para que viniendo del mar levante el destructor incendio y se quemén las cabezas y las armas de los troyanos. Tú saca los árboles de las orillas del Janto, métele en el fuego, y no te dejes persuadir ni

bras dulces ni con amenazas. No cese tu furia hasta que yo te lo diga gritando; y apaga el fuego infatigable.

Así dijo; y Hefesto, arrojando una abrasadora llama, incendió primeramente la que quemó muchos cadáveres de guerreros a quienes había muerto Aquiles; secóse el río, y el agua cristalina dejó de correr. Como el Bóreas seca en el otoño un campo sembrado y se alegra el que lo cultiva, de la misma suerte, el fuego secó la llanura que quemó los cadáveres. Luego Hefesto dirigió al río la resplandeciente llama y así los olmos, los sauces y los tamariscos, como el loto, el junco y la juncia que allí se lanzaban habían crecido junto a la hermosa corriente. Anguilas y peces padecían y morían acá y allá, en los remolinos o en la corriente, oprimidos por el soplo del fuego de Hefesto. Y el río, quemándose también, así habiaba:

Hefesto! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo ni con tu hijo. Cesa de perseguirme y en seguida el divino Aquiles arroje de la ciudad a los troyanos. ¿Qué interés tengo en la contienda ni en auxiliar a nadie?

Así habló, abrasado por el fuego; y la hermosa corriente hervía. Como en una olla puesta sobre un gran fuego, la grasa de un puerco cebado se funde, hierve y borbuja por todas partes, mientras la leña seca arde debajo; así la hermosa corriente se agitaba con el fuego y el agua hervía, y, no pudiendo avanzar hacia adelante, paraba su curso a esperar por el vapor que con su arte produjera el ingenioso Hefesto. Y el río, dirigiendo súplicas a Hera, estas aladas palabras le decía:

Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente, atacándome a mí solo entre los dioses? No debo de ser para ti tan culpable como todos los demás que favorecen a los troyanos. Yo desistiré de ayudarlos, si tú lo mandas; pero que éste cese también. Y juraré a los troyanos del día fatal, aunque Troya entera llegue a ser pasto de las voraces bestias, por haberla incendiado los belicosos aqueos.

Cuando Hera, la diosa de los niveos brazos, oyó estas palabras, dijo en seguida a su hijo amado:

Hefesto hijo ilustre! Cesa ya, pues no conviene que, a causa de los mortales, a un mortal atormentemos.

Así dijo. Hefesto apagó la abrasadora llama, y las olas retrocedieron a la hermosa llanura.

tan pronto como el ánimo del Janto fue abatido, ellos cesaron de luchar porque Hera, irritada, los contuvo; pero una reñida y espantosa pelea se suscitó entonces entre los demás dioses: divididos en dos bandos, vinieron a las manos con fuerte furor; bramó la vasta tierra, y el gran cielo resonó como una trompeta. Oyólo Zeus, en el Olimpo, y con el corazón alegre reía al ver que los dioses iban a embestirse. Estuvieron separados largo tiempo; pues el primero Ares, que horada los escudos, dirigiéndose a Atenea con la bronceada lanza, estas injuriosas palabras le decía:

Por qué nuevamente, oh mosca de perro, promueves la contienda entre los dioses con tu insostenible audacia? ¿Qué poderoso afecto te mueve? ¿Acaso no te acuerdas de cuando incitabas a Diomedes Tidida a que me hiriese, y cogiendo tú misma la reluciente lanza, me enderezaste contra mí y me desgarraste el hermoso cutis? Pues me figuro que me pagarás cuanto me hiciste.

Cuando Atenea acabó de hablar, dio un bote en el escudo floqueado, horrendo, que ni el Zeus rompería, allí acertó a dar Ares, manchado de homicidios, con la ingente mano la diosa, volviéndose, aferró con su robusta mano una gran piedra negra y le lanzó a las puntas que estaba en la llanura y había sido puesta por los antiguos como lindero del campo; e, hiriendo con ella al furibundo Ares en el cuello, dejóle sin vigor los brazos. Vino a tierra el dios y ocupó siete yeguas, el polvo manchó su cabellera y

as resonaron. Rióse Palas Atenea; y, gloriándose de la victoria, profirió estas alabras:

Necio! Aún no has comprendido que me jacto de ser mucho más fuerte, puesto ; oponer tu furor al mío. Así padecerás, cumpliéndose las imprecaciones de tu madre que maquina males contra ti porque abandonaste a los aqueos y favoreces a los troyanos.

ando esto hubo dicho, volvió a otra parte los ojos refulgentes. Afrodita, hija de ío por la mano a Ares y le acompañaba, mientras el dios daba muchos suspiros y odía recobrar el aliento. Pero la vio Hera, la diosa de los niveos brazos, y al jo a Atenea estas aladas palabras:

Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Aquella mosca de perro . sacar del dañoso combate, por entre el tumulto, a Ares, funesto a los mortales. as ella!

e tal modo habló. Alegrósele el alma a Atenea, que corrió hacia Afrodita, y la robusta mano descargó un golpe sobre el pecho. Desfallecieron las rodillas y ón de la diosa, y ella y Ares quedaron tendidos en la fértil tierra. Y Atenea, iándose, pronunció estas aladas palabras:

Ojalá fuesen tales cuantos auxilian a los troyanos en las batallas contra los armados de coraza; así, tan audaces y atrevidos como Afrodita que vino a a Ares desafiando mi furor; y tiempo ha que habríamos puesto fin a la guerra con de la bien construida ciudad de Ilio!

sí se expresó. Sonrióse Hera, la diosa de los niveos brazos. Y el soberano que sacude la tierra, dijo entonces a Apolo:

Febo! ¿Por qué nosotros no luchamos también? No conviene abstenerse, una vez le más han dado principio a la pelea. Vergonzoso fuera que volviésemos al Olimnorada de Zeus erigida sobre bronce, sin haber combatido. Empieza tú, pues eres r en edad y no parecería decoroso que comenzara yo que nací primero y tengo eriencia. ¡Oh necio, y cuán irreflexivo es to corazón! Ya no te acuerdas de los males que en torno de Ilio padecemos los dos, solos entre los dioses, cuando ; por Zeus trabajamos un año entero para el soberbio Laomedonte; el cual, con la . de darnos el salario convenido, nos mandaba como señor. Yo cerqué la ciudad yyanos con un muro ancho y hermosísimo, para ha cerla inexpugnable; y tú, Febo, bas los flexípedes bueyes de curvas astas en los bosques y selvas del Ida, en undoso. Mas cuando las alegres horas trajeron el término del ajuste, el soberbio onte se negó a pagarnos el salario y nos despidió con amenazas. A ti te amenazó derte, atado de pies y manos, en lejanas islas; aseguraba además que con el os cortaría a entrambos las orejas; y nosotros nos fuimos pesarosos y con el rritado porque no nos dio la paga que había prometido. ¡Y todavía se lo s, favoreciendo a su pueblo, en vez de procurar con nosotros que todos los perezcan de mala muerte con sus hijos y castas esposas!

ntestó el soberano Apolo, que hierde de lejos:

Batidor de la tierra! No me tendrías por sensato si combatiera contigo por los mortales que, semejantes a las hojas, ya se hallan florecientes y vigorosos lo los frutos de la tierra, ya se quedan exánimes y mueren. Pero abstengámonos da de combatir y peleen ellos entre sí.

sí diciendo, le volvió la espalda; pues por respeto no quería llegar a las manos ío paterno. Y su hermana, la campestre Ártemis, que de las fieras es señora, lo duramente con injuriosas voces:

¿Huyes ya, tú que hieres de lejos, y das la victoria a Posidón, concediéndole la gloria? ¡Necio! ¿Por qué llevas ese arco inútil? No oiga yo que te jactes en el nombre de mi padre, como hasta aquí lo hiciste ante los inmortales dioses, de luchar cuerpo con Posidón.

Así dijo, y Apolo, que hieres de lejos, nada respondió. Pero la venerable esposa de Leto, que se complace en tirar flechas:

¿Cómo es que pretendes, perra atrevida, oponerte a mí? Difícil te será resistir mi arco, aunque lleves arco y Zeus te haya hecho leona entre las mujeres y te permita la que te plazca. Mejor es cazar en el monte fieras agrestes o ciervos, que luchar a muerte con quienes son más poderosos. Y, si quieres probar el combate, ¿para que sepas bien cuánto más fuerte soy que tú; ya que contra mí quieres tus fuerzas.

Así dijo; asíóla con la mano izquierda por ambas muñecas, quitóle de los hombros, con la mano derecha el arco y el carcaj, y riendo se puso a golpear con éstos las orejas de Ártemis, que se agachaba la cabeza, ora a un lado, ora a otro, mientras las veloces flechas se esparcían a su alrededor. Ártemis huyó llorando, como la paloma que perseguida por el gavilán vuela a refugiarse en el hueco de excavada roca, porque no había dispuesto el hado que aquél la matara. De igual manera huyó la diosa, vertiendo lágrimas y dejando allí el arco y aljaba. Y el herido Argicida dijo a Leto:

Leto! Yo no pelearé contigo, porque es arriesgado luchar con las esposas de Zeus, que cubren la cumbre de las nubes. ¡Jácate muy satisfecha, delante de los inmortales dioses, de que te defiendan con tu poderosa fuerza.

Así dijo. Leto recogió el corvo arco y las saetas que habían caído acá y acullá, en un torbellino de polvo; y se fue en pos de su hija. Llegó ésta al Olimpo, a la casa de Zeus erigida sobre bronce; sentóse llorando en las rodillas de su padre, y el suelo temblaba alrededor de su cuerpo. El padre Cronida cogióla en el regazo; y, como siempre, dulcemente, le preguntó:

¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te ha maltratado, como si en tu vida hubieses cometido alguna falta?

Respondióle Ártemis, que se recrea con el bullicio de la caza y lleva hermosa corona:

¿Tu esposa Hera, la de los niveos brazos, me ha maltratado, padre; por ella la guerra y la contienda han surgido entre los inmortales.

Así éstos conversaban. En tanto, Febo Apolo entró en la sagrada Ilio, temiendo por la bien edificada ciudad: no fuera que en aquella ocasión lo destruyesen los troyanos, contra lo ordenado por el destino. Los demás dioses sempiternos volvieron al Olimpo, algunos irritados unos y envanecidos otros por el triunfo; y se sentaron junto a Zeus, el cual cubría las nubes. Aquiles, persiguiendo a los troyanos, mataba hombres y solípedos. De la suerte que cuando una ciudad es presa de las llamas y llega el humo al cielo, porque los dioses se irritaron contra ella, todos los habitantes trabajan y padecen grandes males, de igual modo Aquiles causaba a los troyanos fatigas y

El anciano Príamo estaba en la sagrada torre; y, como viera al ingente Aquiles, y a los troyanos puestos en confusión, huyendo espantados y sin fuerzas para resistirle, se puso a gemir y bajó de aquella para exhortar a los ínclitos varones que custodiaban las puertas de la muralla:

¡Abrid las puertas y sujetadlas con la mano hasta que lleguen a la ciudad los troyanos que huyen espantados. Aquiles es quien los estrecha y pone en desorden, y ellos no han de ocurrir desgracias. Mas, tan pronto como aquéllos respiren, refugiados

el muro, entornad las hojas fuertemente unidas; pues estoy con miedo de que ese funesto entre por el muro.

sí dijo. Abrieron las puertas, quitando los cerrojos, y a esto se debió la salvación opas. Apolo saltó fuera del muro para librar de la ruina a los troyanos. Éstos, s por la sed y llenos de polvo, huían por el campo en derechura a la ciudad y su alla. Y Aquiles los perseguía impetuosamente con la lanza, teniendo el corazón de violenta rabia y deseando alcanzar gloria.

ntonces los aqueos hubieran tomado a Troya, la de altas puertas, si Febo Apolo no incitado al divino Agenor, hijo ilustre y valiente de Anténor, a esperar a Aquiles. infundióle audacia en el corazón, y, para apartar de él a las crueles Parcas, se su lado, recostado en una encina y cubierto de espesa niebla. Cuando Agenor vio Aquiles, asolador de ciudades, se detuvo, y en su agitado corazón vacilaba sobre o que debería tomar. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

Ay de mí! Si huyo del valiente Aquiles por donde los demás corren espantados y den, me cogerá también y me matará sin que me pueda defender. Si dejando que an derrotados por el Pelida Aquiles, me fuese por la llanura troyana, lejos del ista llegar a los bosques del Ida, y me escondiera en los matorrales, podría volver r la tarde, después de tomar un baño en el río para refrescarme y quitarme el las ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No sea que aquél advierta alejo de la ciudad por la llanura, y persiguiéndome con ligera planta me dé y ya no podré evitar la muerte y las Parcas, porque Aquiles es el más fuerte de s hombres. Y si delante de la ciudad le salgo al encuentro... Vulnerable es su or el agudo bronce, hay en él una sola alma y dicen los hombres que el héroe es ero Zeus Cronida le da gloria.

sto, pues, se decía; y, encogiéndose, aguardó a Aquiles, porque su corazón o estaba impaciente por luchar y combatir. Como la pantera, cuando oye el de los perros, sale de la poblada selva y va al encuentro del cazador, sin que 1 su ánimo ni el miedo ni el espanto, y si aquél se le adelanta y la hiere desde lesde lejos, no deja de luchar, aunque esté atravesada por la jabalina, hasta venir las manos o sucumbir, de la misma suerte, el divino Agenor, hijo del preclaro , no quería huir antes de entrar en combate con Aquiles. Y, cubriéndose con el do, le apuntaba la lanza, mientras decía con fuertes voces:

grandes esperanzas concibe tu ánimo, esclarecido Aquiles, de tomar en el día de iudad de los altivos troyanos. ¡Insensato! Buen número de males habrán de pa- todavía por causa de ella. Estamos dentro muchos y fuertes varones que, o por nuestros padres, esposas e hijos, salvaremos a Ilio; y tú recibirás aquí a muerte, a pesar de ser un terrible y audaz guerrero.

ijo. Con la robusta mano arrojó el agudo dardo, y no erró el tiro; pues acertó a dar rna del héroe, debajo de la rodilla. La greba de estaño recién construida resonó nente, y el bronce fue rechazado sin que lograra penetrar, porque lo impidió la a, regalo del dios. El Pelida arremetió a su vez con Agenor, igual a una deidad; olo no le dejó alcanzar gloria, pues, arrebatando al troyano, le cubrió de espesa le mandó a la ciudad para que saliera tranquilo de la batalla.

iego el que hiere de lejos apartó del ejército al Pelión, valiéndose de un engaño.

figura de Agenor, y se puso delante del héroe, que se lanzó a perseguirlo. Mien- uiles iba tras de Apolo, por un campo paniego, hacia el río Escamandro, de os vórtices, y corría muy cerca de él, pues el odio le engañaba con esta astucia a ie tuviera siempre la esperanza de darle alcance en la carrera, los demás troyanos, en tropel, llegaron alegres a la ciudad, que se llenó con los que allí se

n. Ni siquiera se atrevieron a esperarse los unos a los otros, fuera de la ciudad y
), para saber quiénes habían escapado y quiénes habían muerto en la batalla, sino
yeron presurosos a la ciudad cuantos, merced a sus pies y a sus rodillas, lograron

CANTO XXII*

Muerte de Héctor

es, después de decirle que se vengaría de él si pudiera, torna al campo de batalla y delante de las
de la ciudad encuentra a Héctor, que le esperaba; huye éste, aquél le persigue y dan tres vueltas a
d de Troya; Zeus coge la balanza de oro y ve que el destino condena a Héctor, el cual, engañado
nea se detiene y es vencido y muerto por Aquiles, no obstante saber éste que ha de sucumbir poco
que muera el caudillo troyano.

troyanos, refugiados en la ciudad como cervatos, se recostaban en los hermosos
s, refrigeraban el sudor y bebían para apagar la sed; y en tanto los aqueos se iban
lo a la muralla, con los escudos levantados encima de los hombros. La Parca
sólo detuvo a Héctor para que se quedara fuera de Ilio, en las puertas Esceas. Y
solo dijo al Pelión:

¿Por qué, oh hijo de Peleo, persigues en veloz carrera, siendo tú mortal, a un dios
? Aún no conociste que soy una deidad, y no cesa to deseo de alcanzarme. Ya no
s de pelear con los troyanos, a quienes pusiste en fuga; y éstos han entrado en la
n, mientras to extraviabas viniendo aquí. Pero no me matarás, porque el hado no
enó a morir.

y indignado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Oh tú, que hieres de lejos, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste,
me acá desde la muralla, cuando todavía hubieran mordido muchos la tierra
llegar a Ilio. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado
lidad a los troyanos, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamente me
de ti, si mis fuerzas to permitieran.

o y, muy alentado, se encaminó apresuradamente a la ciudad; como el corcel
r en la carrera de carros trota veloz por el campo, tan ligeramente movía Aquiles
dillas.

anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la
tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos
chias estrellas durante la noche oscura y recibe el nombre de "perro de Orión",
on ser brillantísimo constituye una señal funesta porque trae excesivo calor a los
mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe,
éste corría. Gimió el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profi-
des voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil
puertas y sentía vehemence deseo de combatir con Aquiles. Y el anciano, ten-
los brazos, le decía en tono lastimero:

Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los amigos, a ese hombre, para
nueras presto a manos del Pelión, que es mucho más vigoroso. ¡Cruel! Así fuera
a los dioses, como a mí: pronto se lo comerían, tendido en el suelo, los perros y
res, y mi corazón se libraría del terrible pesar. Me ha privado de muchos y
s hijos, matando a unos y vendiendo a otros en remotas islas. Y ahora que los
s se han encerrado en la ciudad, no acierto a ver a mis dos hijos Licaón y
s, que parió Laótoe, ilustre entre las mujeres. Si están vivos en el ejército, los
mos con bronce y oro, que todavía to hay en el palacio; pues a Laótoe la dotó

damente su anciano padre, el ínclito Altes. Pero, si han muerto y se hallan en la de Hades, el mayor dolor será para su madre y para mí que los engendramos; ¡del pueblo durará menos, si no mueres tú, vencido por Aquiles. Ven adentro del jo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas; y no quieras procurar gloria al Pelida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de liz y desgraciado que aún conserva la razón; pues el padre Cronida me quitará la a senectud y con aciaga suerte, después de presenciar muchas desventuras: muer-hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el el terrible combate y las nueras arrastradas por las funestas manos de los aqueos. lo, por fin, alguien me deje sin vida los miembros, hiriéndome con el agudo o con arma arrojadiza, los voraces perros que con comida de mi mesa crié en el para que lo guardasen despedazarán mi cuerpo en la puerta exterior, beberán mi y, saciado el apetito, se tenderán en el pórtico. Yacer en el suelo, habiendo sido do en la lid por el agudo bronce, es decoroso para un joven, y cuanto de él pueda do es bello, a pesar de la muerte; pero que los perros destrocen la cabeza y la canecidas y las panes verendas de un anciano muerto en la guerra es to más triste o les puede ocurrir a los míseros mortales.

se expresó el anciano, y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas, logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, el seno, mostróle el pecho, y, derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras: Héctor! ¡Hijo mío! Respeta este seno y apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el ira acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro. ¡Cruel! Si te mata, no orarte en tu lecho, querido pimpollo a quien parí, y tampoco podrá hacerlo tu rica porque los veloces perros te devorarán muy lejos de nosotras, junto a las naves

esta manera Príamo y Hécuba hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas , sin que lograsen persuadirle, pues Héctor seguía aguardando a Aquiles, que ya aba. Como silvestre dragón que, habiendo comido hierbas venenosas, espera ante da a un hombre y con feroz cólera echa terribles miradas y se enrosca en la de la cueva, así Héctor, con inextinguible valor, permanecía quieto, desde que el terso escudo a la torre prominente. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le

y de mí! Si traspongo las puertas y el muro, el primero en dirigirme baldones damante, el cual me aconsejaba que trajera el ejército a la ciudad la noche funes- e el divinal Aquiles decidió volver a la pelea. Pero yo no me dejé persuadir mejor hubiera sido aceptar su consejo--, y ahora que he causado la ruina del con mi imprudencia temo a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, y bien menos valiente que yo exclame: «Héctor, fiado en su pujanza, perdió las Así hablarán; y preferible fuera volver a la población después de matar a o morir gloriosamente delante de ella. ¿Y si ahora, dejando en el suelo el do escudo y el fuerte casco y apoyando la pica contra el muro, saliera al encuen-repreensible Aquiles, le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las que Alejandro trajo a Ilio en las cóncavas naves, que esto fue to que originó la / le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene; y más nara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formarían dos lotes con bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?... Mas ¿por qué en tales cosas me usar el corazón? No, no iré a suplicarle; que, sin tenerme compasión ni respeto, ría inermes, como a una mujer, tan pronto como dejara las armas. Imposible es

r con él, desde una encina o desde una roca, un coloquio, como un mancebo y cella; como un mancebo y una dondella suelen mantener. Mejor será empezar el cuanto antes, para que veamos pronto a quién el Olímpico concede la victoria.

les pensamientos revolvía en su mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le Aquiles, igual a Enialio, el impetuoso luchador, con el terrible fresno del Pelión hombro derecho y el cuerpo protegido por el bronce que brillaba como el or del encendido fuego o del sol naciente. Héctor, al verlo, se puso a temblar y ya permanecer allí; sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y el Pelida, lo en sus pies ligeros, corrió en seguimiento del mismo. Como en el monte el que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo tras la tímida paloma, ésta huye losos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola s veces, porque su ánimo le incita a cogerla, así Aquiles volaba enardecido y novía las ligeras rodillas huyendo azorado en torno de la muralla de Troya. siempre por la carretera, fuera del muro, dejando a sus espaldas la atalaya y el ntoso donde estaba el cabrahígo; y llegaron a los dos cristalinos manantiales, que uentes del Escamandro voraginoso. El primero tiene el agua caliente y lo cubre el omo si hubiera allí un fuego abrasador; el agua que del segundo brota es en el omo el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca de ambos hay unos lavaderos de grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían s magníficos vestidos en tiempo de paz, antes que llegaran los aqueos. Por al lí el uno huyendo y el otro persiguiéndolo: delante, un valiente huía, pero otro más perseguía con ligereza; porque la contienda no era por una víctima o una piel de emios que suelen darse a los vencedores en la carrera, sino por la vida de Héctor, r de caballos. Como los solípedos corceles que tomán parte en los juegos en e un difunto corren velozmente en torno de la meta donde se ha colocado como mportante un trípode o una mujer, de semejante modo aquéllos dieron tres veces a la ciudad de Príamo, corriendo con ligera planta. Todas las deidades los laban. Y Zeus, padre de los hombres y de los dioses, comenzó a decir:

Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi se compadece de Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado en mi obsequio mbres del Ida, en valles abundoso, y en la ciudadela de Troya; y ahora el divino le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, delibe- lioses, y decidid si lo salvaremos de la muerte ó dejaremos que, a pesar de ser o, sucumba a manos del Pelida Aquiles.

Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

Oh padre, que lanzas el ardiente rayo y amontonas las nubes! ¿Qué dijiste? ¿De rieres librar de la muerte horrisona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el idenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

Contestó Zeus, que amontona las nubes:

tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo r complaciente. Obra conforme a tus deseos y no desistas.

Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba, y Atenea bajó en ielo de las cumbres del Olimpo.

ntre canto; el veloz Aquiles perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor. Como el en el monte por valles y cuestas tras el cervatillo que levantó de la cama, y, si esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que ente lo descubre; de la misma manera, el Pelión, de pies ligeros, no perdía de Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardanias, al as tomes bien construidas, por si desde arriba le socorrían disparando flechas;

tas Aquiles, adelantándosele, lo apartaba hacia la llanura, y aquél volaba sin des-
cerca de la ciudad. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al
do, ni éste huir de aquél; de igual manera, ni Aquiles con sus pies podía dar
a Héctor, ni Héctor escapar de Aquiles. ¿Y cómo Héctor se hubiera librado
de las Parcas de la muerte que le estaba destinada, si Apolo, acercándosele por
ra y última vez, no le hubiese dado fuerzas y agilizado sus rodillas?

El divino Aquiles hacía con la cabeza señales negativas a los guerreros, no
podoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la
herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron
nautiales, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes de
e que tiende a lo largo - la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos -, cogió
nedio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que
ió hasta el Hades. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano. Atenea, la diosa
le lechuza, se acercó al Pelión, y le dijo estas aladas palabras:

¡Espero, oh esclarecido Aquiles, caro a Zeus, que nosotros dos procuraremos a los
nnumensa gloria, pues al volver a las naves habremos muerto a Héctor, aunque sea
le en la batalla. Ya no se nos puede escapar, por más cosas que haga Apolo, el
e de lejos, postrándose a los pies del padre Zeus, que lleva la égida. Párate y
a iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente.

Así habló Atenea. Aquiles obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo en seguida,
ose en el arrimo de la pica de asta de fresno y bronceada punta. La diosa dejóle y
contrar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo,
el héroe y pronunció estas aladas palabras:

Mi buen hermano! Mucho te estrecha el veloz Aquiles, persiguiéndote con ligero
edor de la ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechacemos su ataque.

Respondióle el gran Héctor, de tremolante casco:

Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano predilecto entre cuantos somos
Hécuba y de Príamo, pero desde ahora hago cuenta de tenerte en mayor aprecio,
l verme con tus ojos osaste salir del muro y los demás han permanecido dentro.

Contestó Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

Mi buen hermano! El padre, la venerable madre y los amigos abrazábanme las
y me suplicaban que me quedara con ellos - ¡de tal modo tiemblan todos! -, pero
o se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brio y sin dar
l la pica, para que veamos si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos
a las cóncavas naves, o sucumbe vencido por to lanza.

Así diciendo, Atenea, para engañarlo, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros
on frente a frente, dijo el primero el gran Héctor, el de tremolante casco:

o huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta,
, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu
la. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates tú. Ea,
os a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que
lan nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria
quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas,
les, entregaré el cadáver a los aqueos. Pórtate tú conmigo de la misma manera.

Irándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios. Como no es
que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo
s y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros,
puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos

de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda clase de valor, porque es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes defender. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la

lanza diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla caer, se inclinó para evitar el golpe: clavóse la broncínea lanza en el suelo, y Palas la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. Héctor dijo al eximio Pelión:

Erraste el golpe, oh Aquiles, semejante a los dioses! Nada te había revelado Zeus de mi destino, como afirmabas; has sido un hábil forjador de engañosas palabras, pero, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la pica en la espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente te enfrento, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que penetrara en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los troyanos, si tú fueras más valiente; porque eres su mayor azote.

Héctor así habló; y, blandiendo la ingente lanza, despidióla sin errar el tiro, pues dio un golpe en medio del escudo del Pelida. Pero la lanza fue rechazada por la rodela, y Héctor al ver que aquella había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando la cabeza, pues no tenía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de la armadura de escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su lado. Entonces Héctor comprendiólo todo, y exclamó:

Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba fuera del muro, pero está dentro del muro, y fue Atenea quien me engañó. Cercana tengo la muerte, que ni tardará, ni puedo evitarla. Así les habrá placido que sea, desde ahora, a Zeus y a su hijo, el que hiere de lejos; los cuales, benévolos para conmigo, me libran de los peligros. Ya la Parca me ha cogido. Pero no quisiera morir sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los dioses.

Héctor dijo esto, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. Cuando se levantó, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando las nubes, para arrebatar la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera se lanzó Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles embistióle, a su vez, con el rebotante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y el brillante casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes plumas de oro que Hefesto había colocado en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero más luminoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad de la noche, de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, y pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo le ofrecería menos resistencia. Éste lo tenía protegido por la excelente armadura que quitó a Patroclo después de matarlo, y sólo quedaba descubierto el lugar en el que las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta que es el sitio por donde sale el alma: por allí el divino Aquiles envasó la pica a Héctor, que ya lo enfrentó con la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el cuello con la pica de fresno que el bronce hacía ponderosa, para que pudiera hablar y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, diciendo:

¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y te confiaste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mu-

fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras

Con lánguida voz respondió Héctor, el de tremolante casco:

Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los te despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que la gloria te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver. Que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego.

Irándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

¡No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el odio me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has hecho! Nadie podrá apartar de tu cabeza a los perros, aunque me traigan diez o veinte veces el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a oro; ni, aun así, la veneranda madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para que no sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo.

Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco:

¡Bien lo conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un clavo de hierro. Guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que venga Apolo te darán la muerte, no obstante tu valor, en las puertas Esceas.

Después de estas palabras acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los ojos y descendió al Hades, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y vivo. El divino Aquiles le dijo, aunque muerto lo viera:

¡Muere! Y yo recibiré la Parca cuando Zeus y los demás dioses inmortales me permitan que se cumpla mi destino.

Entonces se levantó; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, quitóle de los brazos las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos los demás aqueos, admiraron su valor y el continente y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de herirlo. Y hubo un silencio contemplándole, habló así a su vecino:

Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando en dejarse palpar que cuando estaba vivo, y las naves con el ardiente fuego.

¡Pero si algunos hablaban, y acercándose lo herían. El divino Aquiles, ligero de pies, se puso como un toro cuando hubo despojado el cadáver, se puso en medio de los aqueos y pronunció las siguientes palabras:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Ya que los dioses nos permiten vencer a ese guerrero que causó mucho más daño que todos los otros juntos, dejemos las armas cerquemos la ciudad para conocer cuál es el propósito de los troyanos: si abandonarán la ciudadela por haber sucumbido Héctor, o se atreverán a defenderla todavía a pesar de que éste ya no existe. Mas ¿por qué en tales cosas me hace el corazón? En las naves yace Patroclo muerto, insepulto y no llorado; y no lo lloramos, mientras me halle entre los vivos y mis rodillas se muevan; y si en el Hades se encuentran los muertos, aun allí me acordaré del compañero amado. Ahora, pues, vamos a llevar el peán a las cóncavas naves, y llevémonos este cadáver. Hemos ganado una victoria: matamos al divino Héctor, a quien dentro de la ciudad los troyanos dirigían como al si fuese un dios.

Entonces se levantó; y, para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de los pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y lo arrastró, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica lanza, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran ruido levantaba el cadáver mientras era arrastrado; la negra cabellera se esparcía por

y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía toda en el polvo; porque Zeus la entregó a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajaran.

Así toda la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se arrancó los cabellos; y, arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos llantos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo se lamentaba. No parecía sino que toda la excelsa Ilio fuese desde su cumbre a por el fuego. Los guerreros apenas podían contener al anciano, que, excitado por el pesar, quería salir por las puertas Dardánias; y, revolcándose en el estiércol, les hablaba a todos llamando a cada varón por sus respectivos nombres:

Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de Ilio, vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso me ayude mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le dio a luz y crió para que fuese una plaga de los troyanos; pero es a mí a quien ha causado tantos males. ¡A cuántos hijos míos mató, que se hallaban en la flor de la juventud! Pero lamenta tanto por ellos, aunque su suerte me haya afligido, como por uno cuya muerte me causa el vivo dolor que me precipitará en el Hades: por Héctor, que hubiera querido morir en mis brazos, y entonces nos hubiésemos saciado de llorarle y plañirle la vida que le dio a luz y yo mismo.

Así habló llorando, y los ciudadanos suspiraron. Y Hécuba comenzó entre las mujeres el funeral lamento:

Oh hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué, después de haber padecido terribles males, seguiré viviendo ahora que has muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo de orgullo para mí y el baluarte de todos, de los troyanos y de las troyanas, que te temían como a un dios. Vivo, constituías una excelsa gloria para ellos; pero ya la muerte y la Parca te alcanzaron.

Así dijo llorando. La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún veraz mensajero le había dado noticia de que su marido se quedara fuera de las puertas; y en lo más hondo del pecho tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de variado color. Mandado en su casa a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un brasero grande, para que Héctor se bañase en agua caliente al volver de la batalla. ¡Cuánta pena! Ignoraba que Atenea, la de ojos de lechuza, le había hecho sucumbir muy pronto a manos de Aquiles. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la ciudad, y temeciéronse sus miembros, y la lanzadera le cayó al suelo. Y al instante dijo a las mujeres que le rodeaban: ¡Vas de hermosas trenzas!

¡Venid, seguidme vos; voy a ver qué ocurre. Oí la voz de mi venerable suegra; el dolor me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumescen: algún infortunio me amenaza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero lamenta tanto que el divino Aquiles haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, lea a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes, sino que se adelantaba en bravura a nadie cedía.

Después de haber dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el corazón, y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de mujeres que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo; en seguida vio a Héctor arrastrado delante de la ciudad, pues los veloces caballos lo arrastraban rápidamente hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche cubrían sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Arrancóse de su cabeza los pendientes, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la áurea Afrodita le dio el día en que Héctor se la llevó del palacio de Eetión, constituyéndole una

e. A su alrededor hallábanse muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la miraban aturdida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, llorando con desconsuelo dijo entre las troyanas:

Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en el palacio de Príamo; yo en Teba, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual me crió cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera sucedido! Ahora tú descienes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me dejas en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que me crió con ambos tú y yo, infortunados... Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; ni el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los campos. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adelante, cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, le quita a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto, ya de la túnica; y alguno, herido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a beber la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole la espalda y increpándole con injuriosas voces: "¡Vete, enhoramala!, le dice, que tu padre me crió a escote con nosotros". Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano triste, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía medula y carne de ovejas, y, cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en el regazo de su ama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha perdido a su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuando los aqueos te peyaban saciado con tu carne, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a las naves, lejos de tus padres; habiendo en el palacio vestiduras finas y hermosas, esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; que no te aprovechen, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un motivo de orgullo de los ojos de los troyanos y de las troyanas. Así dijo llorando, y las mujeres gimieron.

CANTO XXIII *

Juegos en honor de Patroclo

En el día Aquiles celebra unos espléndidos funerales en honor de Patroclo, mientras ata el cadáver de los pies a su carro y se lo lleva arrastrándolo por el polvo; y desde entonces todos los días, al amanecer, cuando sale la aurora, se vuelve a arrastrar hasta dar tres vueltas alrededor del túmulo de Patroclo.

Gemían los troyanos en la ciudad. Los aqueos, una vez llegados a las naves y al momento, se fueron a sus respectivos bajeles. Pero a los mirmidones no les permitió que se dispersaran; y, puesto en medio de los belicosos compañeros, les dijo:

Mirmidones, de rápidos corceles, mis compañeros amados! No desatemos del yugo los hermosos corceles; acerquémonos con ellos y los carros a Patroclo, y lloremoslo, que el honor que a los muertos se les debe. Y cuando nos hayamos saciado de triste llanto, desunciremos los caballos y aquí mismo cenaremos todos.

Así habló. Ellos seguían a Aquiles en compacto grupo y gemían con frecuencia. Y cuando dieron tres vueltas alrededor del cadáver con los caballos de hermoso pelo: hallaba entre los guerreros y les excitaba el deseo de llorar. Regadas de lágrimas en las arenas, regadas de lágrimas se veían las armaduras de los hombres. ¡Tal era el motivo de fuga para los enemigos, de quien entonces padecían soledad! Y el

valero Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y me nombró tu hijo; así también, una misma urna, la ánfora de oro que te dio tu veneranda madre, nuestros huesos.

Y le ofreció Aquiles, el de los pies ligeros:

¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo haré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves instantes, para saciarnos de triste llanto.

Y diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: disipóse el alma cual humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una vuelta y exclamó con voz lúgubre:

Oh dioses! Cierto es que en la morada de Hades quedan el alma y la imagen de los muertos, pero la fuerza vital desaparece por entero. Toda la noche ha estado cerca del alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para hacerme todo lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía.

Y así dijo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del campamento sollozando lastimeramente, cuando despuntó la Aurora de rosáceos dedos. Entonces el rey Agamenón mandó que de todas las tiendas saliesen hombres con mulos y con leña; y a su frente se puso un varón excelente, Meriones, escudero del valeroso Aquiles. Los mulos iban delante; tras ellos caminaban los hombres, llevando en sus espaldas machetes de cortar madera y sogas bien torcidas; y así subieron y bajaron cuevas, y montañas y veredas. Mas, cuando llegaron a los bosques del Ida, abundante en árboles, se apresuraron a cortar con el afilado bronce encinas de alta copa que caían en pedruzcos. Los aqueos las partieron en rajadas y las cargaron sobre los mulos. En éstos, midiendo con sus pasos la tierra, volvieron atrás por los espesos matorrales para regresar a la llanura. Todos los leñadores llevaban troncos, porque así lo ordenó Meriones, escudero del valeroso Idomeneo. Y los fueron dejando sucesivamente en un sitio de la orilla del mar, que Aquiles indicó para que allí se erigiera un túmulo de Patroclo y de sí mismo.

Después que hubieron descargado la inmensa cantidad de leña, se sentaron todos y aguardaron. Aquiles mandó en seguida a los belicosos mirmidones que tomaran las cinchas y unrieran los caballos; y ellos se levantaron, vistieron la armadura, y los escuderos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, seguía la nube de la infantería, y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto de cabello que en sus manos se habían cortado. El divino Aquiles sostenía la cabeza, y estaba triste porque así se iba para el Hades al eximio compañero.

Y cuando llegaron al lugar que Aquiles les señaló, dejaron el cadáver en el suelo, y se fue a amontonar abundante leña. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ligeros tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera, que conservaba para ofrecerla al río Esperqueo; y exclamó apenado, fijando los ojos en el río:

Esperqueo! En vano mi padre Peleo te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra, te cortaré la cabellera en tu honor y te inmolaré una sacra hecatombe de cinereros cerca de tus fuentes, donde están el bosque y el perfumado altar a ti dedicado. Tal voto hizo el anciano, pero tú no has cumplido su deseo. Y ahora, como yo vuelvo a la tierra patria, daré mi cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve.

Y habiendo hablado así, puso la cabellera en las manos del compañero querido, y así le excitó el deseo de llorar. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si no se hubiese acercado a Agamenón para decirle:

Atrida! Puesto que la gente aquea to obedecerá más que a nadie, y tiempo habrá iarse de llanto, aparta de la pira a los guerreros y mándales que preparen la cena; ue resta nos cuidaremos nosotros, a quienes corresponde de un modo especial l muerto. Quédense tan sólo los caudillos.

l oírlo, el rey de hombres, Agamenón, despidió la gerte para que volviera a las en proporcionadas; y los que cuidaban del funeral amontonaran leña, levantaron de cien pies por lado, y, con el corazón alligido, pusieron en lo alto de ella el le Patrocio. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y es bueyes de curvas astas; y el magnánimo Aquiles tomó la grasa de aquéllas y cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos os. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de las abocó al lecho; y, exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y, do a dos, echólos igualmente en la pira. Siguiéronles doce hijos valientes de ; ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón ; crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la , gimió y nombró al compañero amado:

Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometí. o devora contigo a doce hijos valientes de troyanos ilustres; y a Héctor Priámida regaré a la hoguera para que to consuma, sino a los perros.

sí dijo en son de amenaza. Pero los canes no se acercaron a Héctor. La diosa , hija de Zeus, los apartó día y noche, y ungió el cadáver con un divino aceite ara que Aquiles no lo lacerase al arrastrarlo. Y Febo Apolo cubrió el espacio por el muerto con una sombna nube que hizo pasar del cielo a la llanura, a fin de dor del sol no secara el cuerpo, con sus nervios y miembros.

n tanto, la pira en que se hallaba el cadáver de Patroclo no ardía. Entonces el .quiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: apartóse de la pira, oró a los vientos y Céfiro y votó ofrecerles solemnes sacrificios; y, haciéndoles repetidas es con una copa de oro, les rogó que acudieran para que la leña ardiese bien y los s fueran consumidos prestamente por el fuego. La veloz Iris oyó las súplicas, y isar a los vientos, que estaban reunidos celebrando un banquete en la morada del so Céfiro. Iris llegó corriendo y se detuvo en el umbral de piedra. Así que la evantáronse todos, y cada uno la ¡lamaba a su lado. Pero ella no quiso sentarse, y ió estas palabras:

lo puedo sentarme; porque voy, por cima de la corriente del Océano, a la tierra de es, que ahora ofrecen hecatombes a los inmortales, para entrar a la parte en los os. Aquiles ruega al Bóreas y al estruendoso Céfiro, prometiéndoles solemnes os, que vayan y hagan arder la pira en que yace Patroclo, por el cual gimen los dos.

abló así y fue. Los vientos se levantaron con inmenso ruido, esparciendo las asaron por cima del ponto, y las olas crecían al impulso del sonoro soplo, , por fin, a la fértil Troya, cayeron en la pira y el fuego abrasador bramó iente. Durante toda la noche, los dos vientos, soplando con agudos silbidos, la llama de la pira, durante toda la noche, el veloz Aquiles, sacando vino de una le oro, con una copa de doble asa, to vertió y regó la tierra, a invocó el alma del Patroclo. Como solloza un padre, quemando los huesos del hijo recién casado, erte ha sumido en el dolor a sus progenitores, de igual modo sollozaba Aquiles al los huesos del amigo; y, arrastrándose en torno de la hoguera, gemía sin cesar.

Quando el lucero de la mañana apareció sobre la tierra anunciando el día, y poco a poco la aurora, de azafrañado velo, se esparció por el mar, apagábase la hoguera y la llama. Los vientos regresaron a su morada por el ponto de Tracia, que gemía a causa de la hinchazón de las olas alborotadas, y el Pelida, habiéndose separado un poco de Atrida, acostóse, rendido de cansancio, y el dulce sueño le venció. Pronto los caudillos fueron en gran número alrededor del Atrida; y el alboroto y ruido que hacían al despertar a Aquiles. Incorporóse el héroe; y, sentándose, les dijo estas palabras:

Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Primeramente apagad con negro humo de la pira alcanzó la violencia del fuego; recojamos después los huesos de Menecíada, distinguiéndolos bien - fácil será reconocerlos, porque el cadáver en medio de la pira y en los extremos se quemaron confundidos hombres y mujeres, y pongámoslos en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa donde se conserven hasta que yo descienda al Hades. Quiero que le erijáis un túmulo no muy grande, que le corresponde al muerto; y más adelante, aqueos, los que estéis vivos en las naves y en los bancos cuando yo muera, hacedlo anchuroso y alto.

Así dijo, y ellos obedecieron al Pelión, de pies ligeros. Primeramente apagaron con cenizas la parte de la pira a que alcanzó la llama, y la ceniza cayó en abundancia; desgajaron, llorando, los blancos huesos del dulce amigo y los encerraron en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa; dejaron la urna en la tienda, tendiendo sobre ella misma un sutil velo; trazaron el ámbito del túmulo en torno de la pira, echaron cenizas y se apartaron, y a inmediatamente amortaron la tierra que antes habían excavado. Y, cuando el túmulo, volvieron a su sitio. Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, como en un gran circo; y al momento sacó de las naves, para premio de los que fueran vencedores en los juegos, calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, de hermosa cintura y luciente hierro.

Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero ganara llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas, de veintidós medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita, que llevaba en su vientre un feto de mulo; para el tercero, una hermosa caldera no puesta al fuego y luciente, cuya capacidad era de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro; y para el quinto, un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía. Y, estando en pie, dijo a los aqueos:

Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Estos premios que en medio de los juegos se reparten son para los aurigas. Si los juegos se celebraran en honor de otro difunto, me darían a mi tienda los mejores. Ya sabéis cuánto mis caballos aventajan en ligereza a los otros porque son inmortales: Posidón se los regaló a mi padre Peleo, y éste me los ha regalado a mí. Pero yo me quedaré, y también los solípedos corceles, porque perdieron al noble benigno auriga que tantas veces derramó aceite sobre sus crines, después de lavarlos con agua pura. Ambos, habiéndose quedado quietos, sienten soledad de él; y con las cinchas colgando hasta tocar la tierra permanecen en pie y afligidos en su corazón. Pero no os preocupéis, aqueos, pues, los aqueos que confiéis en vuestros corceles y sólidos carros!

Así hablo el Pelida, y los veloces aurigas se reunieron. Levantóse mucho antes que el rey de hombres Eumelo, hijo amado de Admeto, que descollaba en el arte de conducir el carro. Presentóse después el fuerte Diomedes Tidida, el cual puso el yugo a los caballos de Tros, que había quitado a Eneas cuando Apolo salvó a este héroe. Alzóse rubio Menelao Atrida, del linaje de Zeus, y unció al carro una yegua y un caballo de Eeta, propia de Agamenón, y Podargo, que era suyo. Había dado la yegua a Eeta, como presente, Equepolo, hijo de Anquises, por no seguirle a la ventosa Ilio tranquilo en la vasta Sición, donde moraba, de la abundante riqueza que Zeus le

cedido; ésta fue la yegua que Menelao unció al yugo, la cual estaba deseosa de Fue el cuarto en aparejar los corceles de hermoso pelo Antíloco, hijo ilustre del mo rey Néstor Nelida: de su carro tiraban caballos de Pilos, de pies ligeros. Y su le acercó y empezó a darle buenos consejos, aunque no le faltaba inteligencia: Antíloco! Si bien eres joven, Zeus y Posidón to quieren y to han enseñado todo el auriga. No es preciso, por tanto, que yo lo instruya. Sabes perfectamente cómo llos deben dar la vuelta en torno de la meta, pero tus corceles son los más lentos r, y temo que algún suceso desagradable ha de ocurrirte. Empero, si otros son más veloces, sus conductores no to aventajan en obrar sagazmente. Ea, pues, piensa en emplear toda clase de habilidades para que los premios no se to El leñador más hace con la habilidad que con la fuerza; con su habilidad el bierna en el vinoso ponto la veloz nave combatida por los vientos; y con su d puede un auriga vencer a otro. El que confía en sus caballos y en su carro les vueltas imprudentemente acá y acullá, y luego los corceles divagan en la carrera puede sujetar, mas el que conoce los arbitrios del arte y guía caballos inferiores s ojos continuamente en la meta, da la vuelta cerca de la misma, y no le pasa ido cuándo debe aguijar a aquéllos con el látigo de piel de buey: así los domina a la vez que observa a quien le precede. La meta de ahora es muy fácil de y voy a indicártela para que no dejes de verla. Un tronco seco de encina o de e la lluvia no ha podrido aún, sobresale un codo de la tierra; encuéntrase a uno y o del mismo, cuando el camino acaba, sendas piedras blancas; y luego el terreno por todas partes y propio para las carreras de carros: el tronco debe de haber ido a la tumba de un hombre que ha tiempo murió, o fue puesto como mojón por uos; y ahora el divino Aquiles, el de los pies ligeros, to ha elegido por meta. e a ésta y den la vuelta casi tocándola carro y caballos; y tú inclínate en el fuerte iacia la izquierda y anima con imperiosas voces al corcel del otro lado afojándole as. El caballo izquierdo se aproxime tanto a la meta, que parezca que el cubo de onstruida rueda haya de llegar al tronco, pero guárdate de chocar con la piedra: ue hieras a los corceles, rompas el carro y causes el regocijo de los demás y la n de ti mismo. Procura, oh querido, ser cauto y prudente. Pero, si aguijando los , logras dar la vuelta a la meta, ya nadie se to podrá anticipar ni alcanzarte aunque guíe al divino Arión -el veloz caballo de Adrasto, que descendía de un ea arrastrado por los corceles de Laomedonte, que se criaron aquí tan excelentes. sí dijo Néstor Nelida, y volvió a sentarse cuando hubo enterado a su hijo de to ortante de cada cosa.

Meriones fue el quinto en aparejar los caballos de hemoso pelo. Subieron los a los carros y echaron suertes en un casco que agitaba Aquiles. Salió primero la oco Nestórida; después, la del rey Eumelo; luego, la de Menelao Atrida, famoso nza; en seguida, la de Meriones; y por último, la del Tidida, que era el más hábil. ise en fila, y Aquiles les indicó la meta a to lejos, en el terreno llano; y encargó a scudero de su padre, que se sentara cerca de aquélla como observador de la a fin de que, reteniendo en la memoria cuanto ocurriese, les dijese luego la

odos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los n con ardientes voces. Y éstos, alejándose de las naves, corrían por la llanura con pidez; la polvareda que levantaban envolvíaes el pecho como una nube o un o, y las crines ondeaban al soplo del viento. Los carros unas veces tocaban al olo, y otras daban saltos en el aire; los aurigas permanecían en los asientos con el

palpitante por el deseo de la victoria; cada cual animaba a sus corceles, y éstos levantando polvo, por la llanura.

Las, cuando los veloces caballos llegaron a la segunda mitad de la carrera y ya hacia el espumoso mar, entonces se mostró la pericia de cada conductor, pues aquellos empezaron a galopar. Venían delante las yeguas, de pies ligeros, de Feretíada. Seguíanlas los caballos de Diomedes, procedentes de los de Tros; y tan cerca del primer carro, que parecía que iban a subir en él: con su aliento en la espalda y anchos hombros de Eumelo, y volaban poniendo la cabeza sobre él. Diomedes le hubiera pasado delante, o por lo menos hubiera conseguido que la quedase indecisa si Febo Apolo, que estaba irritado con el hijo de Tideo, no le hecho caer de las manos el lustroso látigo. Afligióse el héroe, y las lágrimas cayeron sus ojos al ver que las yeguas corrían más que antes, y en cambio sus miembros aflojaban, porque ya no sentían el azote. No le pasó inadvertido a Atenea que llegara esta treta al Tidida; y, corriendo hacia el pastor de hombres, devolvióle el látigo la vez que daba nuevos bríos a sus caballos. Y la diosa, irritada, se encaminó al camino hacia el hijo de Admeto y le rompió el yugo: cada yegua se fue por su lado, cada camino; el timón cayó a tierra, y el héroe vino al suelo, junto a una rueda, hiriéndose en los ojos, boca y narices, se rompió la frente por encima de las cejas, se le arrasaron las mejillas de lágrimas, y la voz, vigorosa y sonora, se le cortó. El Tidida guió los solípedos, desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás; porque él tenía vigor a sus corceles y le concedió a él la gloria del triunfo. Seguía el rubio Menelao. Atrida. E inmediate a él iba Antíloco, que animaba a los caballos de su padre:

¡Corred y alargad el paso cuanto podáis. No os mando que compitéis con aquellos caballos del aguerrido Tidida, a los cuales Atenea dio ligereza, concediéndole a él la gloria del triunfo. Mas alcanzad pronto a los corceles del Atrida y no os quedéis atrás para que no os avergüence Eta con ser hembra. ¿Por qué os atrasáis, excelentes? Lo que os voy a decir se cumplirá: se acabarán para vosotros los cuidados en el campo de Néstor, pastor de hombres, y éste os matará en seguida con el agudo bronce si tra desidia nos llevamos el peor premio. Seguid y apresuraos cuanto podáis. Y yo como, valiéndome de la astucia, me adelanto en el lugar donde se estrecha el camino, no se me escapará la ocasión.

Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más rápidamente un breve rato. Pronto el belicoso Antíloco alcanzó a descubrir el punto débil del camino -había allí una hendedura de la tierra, producida por el agua que durante el invierno, la cual robó parte de la senda y cavó el suelo-, y por aquel lado iba Menelao sus corceles, procurando evitar el choque con los demás carros. Antíloco, torciendo la rienda a sus caballos, sacó el carro fuera del camino, y por un momento cerca seguía a Menelao. El Atrida temió un choque, y le dijo gritando:

Antíloco! De temerario modo guías el carro. Detén los corceles; que ahora el camino es angosto, y en seguida, cuando sea más ancho, podrás ganarme la delantera. No choquen los carros y seas causa de que recibamos daño.

Así dijo. Pero Antíloco, como si no le oyese, hacía correr más a sus caballos que los otros con el aguijón. Cuanto espacio recorre el disco que tira un joven desde lo alto del muro para probar la fuerza, tanto aquellos se adelantaron. Las yeguas del Atrida y él mismo, voluntariamente, dejó de avivarlas; no fuera que los solípedos, tropezando los unos con los otros, volcaran los fuertes carros, y ellos cayeran en el camino por el anhelo de alcanzar la victoria. Y el rubio Menelao, reprendiendo a Antíloco, exclamó:

Antífoco! Ningún mortal es más funesto que tú. Ve enhoramala; que los aqueos amos en to cierto cuando to tenía mos por sensato. Pero no te llevarás el premio antes jures.

Después de hablar así, animó a sus caballos con estas palabras:

No aflojéis el paso, ni tengáis el corazón afligido. A aquéllos se les cansarán los rodillas antes que a vosotros, pues ya ambos pasaron de la edad juvenil.

Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más mente, y pronto se hallaron cerca de los otros.

Los argivos, sentados en el circo, no quitaban los ojos de los caballos; y éstos levantando polvo por la llanura. Idomeneo, caudillo de los cretenses, fue quien vio antes que nadie los primeros corceles que llegaban; pues era el que estaba en el alto por haberse sentado en un altozano, fuera del circo. Oyendo desde lejos la auriga que animaba a los corceles, la reconoció; y al momento vio que corría, yéndose a los demás, un caballo magnífico, todo bermejo, con una mancha en la lanca y redonda como la luna. Y poniéndose en pie, dijo estas palabras a los

Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Veo los caballos yo solo o vosotros? Paréceme que no son los mismos de antes los que vienen delanteros, ni yo el auriga: deben de haberse lastimado en la llanura las yeguas que poco ha eran ras. Las vi cuando doblaban la meta; pero ahora no puedo distinguirlas, aunque con mis ojos todo el campo troyano. Quizá las riendas se le fueron al auriga, y, imposible gobernar las yeguas al llegar a la meta, no dio felizmente la vuelta: me he caído, el carro estará roto, y las yeguas, dejándose llevar por su ánimo, se habrán echado fuera del camino. Pero levantaos y mirad, pues yo no lo bien: paréceme que el que viene delante es un varón etolio, el fuerte Diomedes, el fuerte, domador de caballos, que reina sobre los argivos.

El veloz Ayante de Oileo increpó con injuriosas voces:

Idomeneo! ¿Por qué charlas antes de to debido? Las voladoras yeguas vienen a lo lejos por la llanura espaciosa. Tú no eres el más joven de los argivos, ni tu la mejor, pero siempre hablas mucho y sin substancia. Preciso es que no seas tan estando presentes otros que to son superiores. Esas yeguas que aparecen las son las de antes, las de Eumelo, y él mismo viene en el carro y tiene las riendas. El caudillo de los cretenses le respondió enojado:

Ayante, valiente en la injuria, detractor; pues en todo lo restante estás por debajo de los argivos a causa de tu espíritu perverso. Apostemos un trípode o una caldera y nombrémos al Atrida Agamenón para que manifieste cuáles son las yeguas que vienen y tú lo aprendas perdiendo la apuesta.

Así habló. En seguida el veloz Ayante de Oileo se alzó colérico para contestarle con las bras duras. Y la contienda habría pasado más adelante entre ambos, si el propio Ayante levantándose, no les hubiese dicho:

Ayante a Idomeneo! No alterquéis con palabras duras y pesadas, porque no es así; y vosotros mismos os irritaríais contra el que así to hiciera. Sentaos en el circo a la vista en los caballos, que pronto vendrán aquí por el anhelo de alcanzar la meta, y sabréis cuáles corceles argivos son los delanteros y cuáles los rezagados.

Así dijo; el Tidida, que ya se había acercado un buen trecho, aguijaba a los caballos, y constantemente les azotaba la espalda con el látigo, y ellos, levantando en alto el polvo, recorrían velozmente el camino y rociaban de polvo al auriga. El carro, hecho de oro y estaño, corría arrastrado por los veloces caballos y las llantas casi no huella en el tenue polvo. ¡Con tal ligereza volaban los corceles! Cuando

es llegó al circo, detuvo el luciente carro; copioso sudor corría de la cerviz y del
e los corceles hasta el suelo, y el héroe, saltando a tierra, dejó el látigo colgado
l. Entonces no anduvo remiso el esforzado Esténelo, sino que al instante tomó el
o y entregó a los magnánimos compañeros; y mientras éstos conducían la cautiva
la y se llevaban el trípode con asas, desunció del carro a los corceles.

Después de Diomedes llegó Antíloco, descendiente de Neleo, el cual se había
do a Menelao por haber usado de fraude y no por la mayor ligereza de su carro;
y todo, Menelao guiaba muy cerca de él los veloces caballos. Cuando el corcel
las ruedas del carro en que lleva a su señor por la llanura (las últimas cerdas de la
an la llanta y un corto espacio los separa mientras aquél corre por el campo
): tan rezagado estaba Menelao del eximio Antíloco; pues, si bien al principio se
la distancia de un tiro de disco, pronto volvió a alcanzarle porque el fuerte vigor
gua de Agamenón, de Etá, de hermoso pelo, iba aumentando. Y si la carrera
sido más larga, el Atrida se le habría adelantado, sin dejar dudosa la victoria.-
s, el buen escudero de Idomeneo, seguía al ínclito Menelao, como a un tiro de
ies sus corceles, de hermoso pelo, eran más tardos y él muy poco diestro en guiar
en un certamen. - Presentóse, por último, el hijo de Admeto tirando de su hermoso
conduciendo por delante los caballos. Al verlo, el divino Aquiles, el de los pies
se compadeció de él, y dirigió a los argivos estas aladas palabras:

Tiene el último con los solípedos caballos el varón que más descuella en guiarlos.
osle, como es justo, el segundo premio, y llévase el primero el hijo de Tideo.

Así habló y todos aplaudieron lo que proponía. Y le hubiese entregado la yegua
s aqueos lo aprobaban-, si Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, no se hubiera
o para decir con razón al Pelida Aquiles:

Oh Aquiles! Mucho me irritaré contigo si llevas a cabo lo que dices. Vas a
e el premio, atendiendo a que recibieron daño su carío y los veloces corceles y él
ado, pero tenía que rogar a los inmortales y no habría llegado el último de todos.
mpadeces y es grato a to corazón, como hay en tu tienda abundante oro y posees
rebaños, esclavas y solípedos caballos, entrégale, tomándolo de estas cosas, un
aún mejor que éste, para que los aqueos to alaben. Pero la yegua no la daré, y
e quitármela quien desee llegar a las manos conmigo.

Así habló. Sonrióse el divino Aquiles, el de los pies figeros, holgándose de que
o se expresara en tales términos, porque era amigo suyo; y en respuesta, díjole
das palabras:

Antíloco! Me ordenas que dé a Eumelo otro premio, sacándolo de mi tienda, y así
Voy a entregarle la coraza de bronce que quité a Asteropeo, la cual tiene en sus
ra franja de luciente estaño, y constituirá para él un presente de valor.

Así dijo, y mandó a Automedonte, el compañero querido, que la sacara de la tienda;
y llevósela; y Aquiles la puso en las manos de Eumelo, que la recibió alegre-

ro levantóse Menelao, afligido en su corazón y muy irritado contra Antíloco. El
le dio el cetro, y ordenó a los argivos que callaran. Y el varón igual a un dios
ciendo:

Antíloco! Tú, que antes eras sensato, ¿qué has hecho? Desluciste mi habilidad y
ste mis corceles, haciendo pasar delante a los tuyos, que son mucho peores. ¡Ea,
s y príncipes de los argivos! Juzgadnos imparcialmente a entrambos: no sea que
de los aqueos, de broncíneas corazas, exclame: "Menelao, violentando con
a Antíloco, ha conseguido llevarse la yegua, a pesar de la inferioridad de sus
por ser más valiente y poderoso." Y si queréis, yo mismo lo decidiré; y creo que

lánao me podrá reprender, porque el fallo será justo. Ea, Antíloco, alumno de
n aquí y, puesto, como es costumbre, delante de los caballos y el carro, teniendo
no el flexible látigo con que los guiabas y tocando los corceles, jura, por el que
icude la tierra, que si detuviste mi carro fue involuntariamente y sin dolo.

espondióle el prudente Antíloco:

'erdóname, oh rey Menelao, pues soy más joven y tú eres mayor y más valiente.
n desconocidas las faltas que comete un mozo, porque su pensamiento es rápido
cio escaso. Apacígüese, pues, tu corazón: yo mismo te cedo la yegua que he
; y, si de cuanto tengo me pidieras algo de más valor que este premio, preferina
n seguida, oh alumno de Zeus, a perder para siempre tu afecto y ser culpable
le los dioses.

sí habló el hijo del magnánimo Néstor, y, conduciendo la yegua adonde estaba el
e la puso en la mano. A éste se le alegró el alma: como el rocío cae en torno de
gas cuando las mieses crecen y los campos se erizan, del mismo modo, oh
, tu espíritu se bañó en gozo. Y, respondiéndole, pronunció estas aladas palabras:
Antíloco! Aunque estaba irritado, seré yo quien ceda; porque hasta aquí no has
rudente ni ligero y ahora la juventud venció a la razón. Absténte en lo sucesivo
r engañar a los que to son superiores. Ningún otro aqueo me ablandaría tan
pero has padecido y trabajado mucho por mi causa, y tu padre y tu hermano
. accederé, pues, a tus súplicas y te daré la yegua, que es mía, para que éstos
e mi corazón no fue nunca ni soberbio ni cruel.

ijo; entregó a Noemón, compañero de Antíloco, la yegua para que se la llevara, y
reluciente caldera. Meriones, que había llegado el cuarto, recogió los dos talentos
Quedaba el quinto premio, el vaso con dos asas; y Aquiles levantólo, atravesó el
o ofreció a Néstor con estas palabras:

'oma, anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo,
no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte
pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera, que ya to
a vejez penosa.

sí diciendo, se to puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió
s aladas palabras:

í, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor
, ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles a partir de los hombros. Ojalá fuese
n y mis fuerzas tan robustas como cuando los epeos enterraron en Buprasio al
o Amarinceo, y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debían
se en honor del rey. Allí ninguno de los epeos, ni de los pilios, ni de los
mos etolios, pudo igualarse conmigo. Vencí en el pugilato a Clitomedes, hijo de
, en la lucha a Anceo Pleuronio, que osó afrontarme; en la carrera pasé delante de
e era robusto; y en arrojar la lanza superé a Fileo y a Polidoro. Sólo los hijos de
é dejaron atrás con su carro porque eran dos; y me disputaron la victoria a causa
rse reservado los mejores premios para este juego. Eran aquéllos hermanos
, y el uno gobernaba con firmeza los caballos, sí, gobernaba con firmeza los
, mientras el otro con el látigo los aguijaba. Así era yo en aquel tiempo. Aho ra los
enes entren en las luchas; que ya debo ceder a la triste senectud, aunque entonces
iera entre los héroes. Ve y continúa celebrando los juegos fúnebres de tu amigo.
gustoso el presente, y se me alegra el corazón al ver que to acuerdas siempre del
stor y nó dejas de advertir con qué honores he de ser honrado entre los aqueos.
ades to concedan por ello abundantes gracias.

sí habló; y el Pelida, oído todo el elogio que de él hizo el Nelida, fuese por entre edumbre de los aqueos. En seguida sacó los premios del duro pugilato: condujo al tó en medio de él una mula de seis años, cerril, difícil de domar, que había de ser del trabajo; y puso para el vencido una copa de doble asa. Y, estando en pie, s argivos:

Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Invitemos a los dos varones que sean otros, a que levanten los brazos y combatan a puñadas por estos premios. Aquél a polo conceda la victoria, reconociéndolo así todos los aqueos, conduzca a su mula sufridora del trabajo; el vencido se llevará la copa de doble asa.

sí habló. Levantóse al instante un varón fuerte, alto y experto en el pugilato: jo de Panopeo. Y, poniendo la mano sobre la mula paciente en el trabajo, dijo: ¿cérquese el que haya de llevarse la copa de doble asa, pues no creo que ningún on siga la mula, si ha de vencerme en el pugilato. Me glorío de mantenerlo mejor ie. ¿No basta acaso que sea inferior a otros en la batalla? No es posible que un sea diestro en todo. Lo que voy a decir se cumplirá: al campeón que se me e rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense nidos, para llevárselo cuando sucumba a mis manos.

sí se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y tan sólo se levantó har con él Euríalo, varón igual a un dios, hijo del rey Mecisteo Talayónida, el a Teba cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció a todos los cadmeos. a, famoso por su lanza, animaba a Euríalo con razones, pues tenía un gran deseo lcanzara la victoria, y le ayudaba a disponerse para la lucha: atóle el cinturón y le ; bien cortadas correas de piel de buey salvaje. Ceñidos ambos contendientes, cieron en medio del circo, levantaron las robustas manos, acometiéronse y los brazos se entrelazaron. Crujían de un modo horrible las mandíbulas y el sudor de todos los miembros. El divino Epeo, arremetiendo, dio un golpe en la mejilla ral que le espiaba; y Euríalo no siguió en pie largo tiempo, porque sus hermosos os desfallecieron. Como, encrespándose la mar al soplo del Bóreas, salta un pez lla poblada de algas y las negras olas to cubren en seguida, así Euríalo, al recibir dio un salto hacia atrás. Pero el magnánimo Epeo, cogiéndole por las manos, lo rodeáronle los compañeros y se to llevaron del circo-arrastraba los pies, escupía angre y la cabeza se le inclinaba a un lado; sentáronle entre ellos, desvanecido, y recoger la copa doble.

Pelida sacó después otros premios para el tercer jue go, la penosa lucha, y se los u los dánaos: para el vencedor un gran trípode, apto para ponerlo al fuego, que los preciaban en doce bueyes; para el vencido, una mujer diestra en muchas labores da en cuatro bueyes, que sacó en medio de ellos. Y, estando en pie, dijo a los ar-

evantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

sí habló. Alzóse en seguida el gran Ayante Telamonio y luego el ingenioso ecundo en ardides. Puesto el ceñidor, fueron a encontrarse en medio del circo y ron con los robustos brazos como se enlazan las vigas que un ilustre artífice une, uir alto palacio, para que resistan el embate de los vientos. Sus espaldas crujían, das fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y ontendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria y con ella el bien construido Pero ni Ulises lograba hacer caer y derribar por el suelo a Ayante, ni éste a aquél, a gran fuerza de Ulises se to impedía. Y cuando los aqueos mosas grebas ya an a cansarse de la lucha, dijo el gran Ayante Telamonio:

Laertiada, del linaje de Zeus, Ulises, fecundo en ardidés! Levántame, o te
yo; y Zeus se cuidará del resto.

abiendo hablado así, lo levantaba; mas Ulises no se olvidó de sus ardidés, pues,
por detrás un golpe en la corva, dejóle sin vigor los miembros, le hizo venir al
espaldas, y cayó sobre su pecho: la muchedumbre quedó admirada y atónita al
arlo. Luego, el divino y paciente Ulises alzó un poco a Ayante, pero no
ó sóstenerlo en vilo; porque se le doblaron las rodillas y ambos cayeron al suelo,
erca del otro, y se mancharon de polvo. Levantáronse, y hubieran luchado por
ez, si Aquiles, poniéndose en pie, no los hubiese detenido:

lo luchéis ya, ni os hagáis más daño. La victoria que dó por ambos. Recibid igual
retiraos para que entren en los juegos otros aqueos.

sí dijo. Ellos le escucharon y obedecieron; pues en seguida, después de haberse
el polvo, vistieron la túnica.

Pelida sacó otros premios para la velocidad en la carrera. Expuso primero una
le plata labrada, que tenía seis medidas de capacidad y superaba en hermosura a
de la tierra. Los sidonios, eximios artífices, la fabricaron primorosa; los fenicios,
de llevarla por el sombrío ponto de puerto en puerto, se la regalaron a Toante;
e, Euneo Jasónida la dio al héroe Patroclo para rescatar a Licaón, hijo de Príamo;
es Aquiles la ofreció como premio, en honor del difunto amigo, al que fuese más
correr con los pies ligeros. Para el que llegase el segundo señaló un buey
to y pingüe, y para el último, medio talento de oro. Y estando en pie, dijo a los

evantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

sí habló. Levantóse al instante el veloz Ayante de Oileo, después el ingenioso
por fin Antíloco, hijo de Néstor, que en la carrera vencía a todos los jóvenes.
se en fila y Aquiles les indicó la meta. Empezaron a correr desde el sitio
, y el Oilíada se adelantó a los demás, aunque el divino Ulises le seguía de cerca.
lista del pecho el huso que una mujer de hermosa cintura revuelve en su mano,
devana el hilo de la trama, y tiene constantemente junto al seno, tan inmediato a
corría el divinal Ulises: pisaba las huellas de aquél antes de que el polvo cayera
de las mismas y le echaba el aliento a la cabeza, corriendo siempre con suma
Todos los aqueos aplaudían los esfuerzos que realizaba Ulises por el deseo de
la victoria, y le animaban con sus voces. Mas cuando les faltaba poco para
la carrera, Ulises oró en su corazón a Atenea, la de ojos de lechuza:

oyeme, diosa, y ven a socorrerme propicia, dando a mis pies más ligereza.

así dijo rogando. Palas Atenea le oyó, y agilitóle los miembros todos y
mente los pies y las manos. Ya iban a coger el premio, cuando Ayante, corriendo,
esbalón -pues Atenea quiso perjudicarlo- en el lugar que habían llenado de
los bueyes mugidores sacrificados por Aquiles, el de los pies ligeros, en honor
clo; y el héroe llenóse de boñiga la boca y las narices. El divino y paciente Ulises
delante y se llevó la craters; y el preclaro Ayante se detuvo, tomó el buey
, y, asiéndolo por el asta, mientras escupía el estiércol, habló así a los argivos:

Oh dioses! Una diosa me dañó los pies; aquélla que desde antiguo acorre y
a Ulises cual una madre.

sí dijo, y todos rieron con gusto. Antíloco recibió, sonriente, el último premio; y
estas palabras a los argivos:

s diré, argivos, aunque todos lo sabéis, que los dioses honran a los hombres de
d, hasta en los juegos. Ayante es un poco mayor que yo; Ulises pertenece a la ge-
precedente, a los hombres antiguos, dicen que es ya de edad propecta, pero

, y contender con él en la carrera es muy difícil para cualquier aqueo que no sea

sí dijo, ensalzando al Pelida, de pies ligeros. Aquiles respondióle con estas:

Antíloco! No en balde me habrás elogiado, pues añadido a tu premio medio talento

sí diciendo, se to puso en la mano, y Antíloco lo recibió con alegría. Acto
el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica, un escudo y un casco, que
armas que Patroclo había quitado a Sarpedón. Y puesto en pie, dijo a los argivos:
vitemos a los dos varones que sean más esforzados, a que, vistiendo las armas y
el tajante bronce, pongan a prueba su valor ante el concurso. Al primero que
car el gallardo cuerpo de su adversario, le rasguñe el vientre atrevesándole la
a y le haga brotar la negra sangre, daréle esta magnífica espada tracia, tachonada
os de plata, que quité a Asteropeo. Ambos campeones se llevarán las restantes
les daremos un espléndido banquete en nuestra tienda.

sí dijo. Levantóse en seguida el gran Ayante Telamonio y luego el fuerte
es Tidida. Tan pronto como se hubieron armado, separadamente de la
umbre, fueron a encontrarse en medio del circo, deseosos de combatir y
se con torva faz; y todos los aqueos se quedaron atónitos. Cuando se hallaron
frente, tres veces se acometieron y tres veces procuraron herirse de cerca. Ayante
ote en el escudo liso del adversario, peor no pudo llegar a su cuerpo, porque la
o impidió. El Tidida intentaba alcanzar con la punta de la luciente lanza el cuello
, por cima del gran escudo. Y los aqueos, temiendo por Ayante, mandaron que
a lucha y ambos contendientes se llevaran igual premio; pero el héroe dio al
i gran espada, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor.

uego el Pelida sacó la bola de hierro sin bruñir que en otro tiempo lanzaba el
Eetión: el divino Aquiles, el de los pies ligeros, mató a este príncipe y se llevó en
s la bola con otras riquezas. Y, puesto en pie, dijo a los argivos:

Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha! La presente bola procurará al
ciere cuanto hierro necesite durante cinco años, aunque sean muy extensos sus
campos; y sus pastores y labradores no tendrán que ir por hierro a la ciudad.

sí habló. Levantóse en seguida el intrépido Polípetes; después, el vigoroso
, igual a un dios; luego, Ayante Telamoníada, y, por fin, el divino Epeo.
ise en fila, y el divino Epeo cogió la bola y la arrojó, después de voltearla, y todos
os se rieron. La tiró el segundo, Leonteo, vástago de Ares. El gran Ayante
nio la despidió también, con su robusta mano, y logró pasar las señales de los
s tiros. Tomóla entonces el intrépido Polípetes y cuanta es la distancia a que
cayado cuando to lanza el pastor y voltea por cima de la vacada, tanto pasó la
espacio del circo; aplaudieron los aqueos, y los amigos del esforzado Polípetes,
dese, llevaron a las cóncavas naves el premio que su rey había ganado.

uego sacó Aquiles azulado hierro para los arqueros, colocando en el circo diez
grandes y otras diez pequeñas. Clavó en la arena, a lo lejos, un mástil de navío
de atar en su punta, por el pie y con delgado cordel, una tímida paloma; a
a tirarle saetas, diciendo:

¡El que hiera a la tímida paloma llévese a su casa Cudas las hachas grandes; el que
dar en la cuerda sin tocar al ave, como más inferior, tomará las hachas pequeñas.

sí dijo. Levantóse en seguida el robusto caudillo Teucro y luego Meriones,
o escudero de Idomeneo. Echaron dos suertes en un casco de bronce, y,
las, salió primero la de Teucro. Éste arrojó al momento y con vigor una flecha,

er a Apolo una hecatombe perfecta de corderos primogénitos; y, si bien no tocó negóselo Apolo-, la amarga saeta rompió el cordel muy cerca de la pata por la había atado a la paloma: ésta voló al cielo, el cordel quedó colgando y los aqueos ron. Meriones arrebató apresuradamente el arco de las manos de Teucro, acercó a a la flecha que de antemano tenía preparada, votó a Apolo sacrificarle una be de corderos primogénitos; y, viendo a la tímida paloma que daba vueltas al lá o del aire, cerca de las nubes, disparó y le atravesó una de las alas. La flecha vino a los pies de Meriones; y el ave, posándose en el mástil del navío de negra proa, el cuello y abatió las tupidas alas, la vida huyó veloz de sus miembros y aquélla mástil a lo lejos. La gente lo contemplaba con admiración y asombro. Meriones or tanto, todas las diez hachas grandes, y Teucro se llevó a las cóncavas naves las s.

uego el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica y una caldera no puesta uego, que era del valor de un buey y estaba decorada con flores. Dos hombres en arrojar la lanza se levantaron: el poderoso Agamenón Atrida y Meriones, o esforzado de Idomeneo. Y el divino Aquiles, el de los pies ligeros, les dijo: Atrida! Pues sabemos cuánto ventajas a todos y que así en la fuerza como en a lanza eres el más señalado, toma este premio y vuelve a las cóncavas naves. Y emos la pica al héroe Meriones, si te place lo que te propongo. sí habló. Agamenón, rey de hombres, no dejó de obedecerle. Aquiles dio a s la pica de bronce, y el héroe Atrida tomó el magnífico premio y se lo entregó al Taltibio.

CANTO XXIV * *Rescate de Héctor*

dioses se apiadan de Héctor, y Zeus encarga a Tetis que amoneste a su hijo para que devuelva el er, a la vez que manda a Priamo, por medio de Iris, que con un solo heraldo vaya con magníficos ntes a la tienda de Aquileo para rescatar el cuerpo de Héctor. Príamo obedece y parte con el lo ideo y dos carros; antes de llegar al campamento se les aparece Hermes, que los guía hasta la a del héroe; entra Príamo y, echándose a los pies de Aquiles, le dirige la súplica más ovedora; Aquiles entrega el cadáver, los dos ancianos lo conducen a Troya y se celebran con toda midad las honras fúnebres de Héctor, que era el principal sostén de la ciudad asediada.

lvióse la junta y los guerreros se dispersaron por las veloces naves, tomaron la se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero sin que el sueño, que todo to rinde, pudiera vencerlo: daba vueltas acá y al lá, y rgura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, to que de mancomún había llevado al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora ndo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, pía en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y vantándose, vagaba inquieto por la orilla del mar. Nunca le pasaba inadvertido el r de la aurora sobre el mar y sus riberas: entonces uncía al carro los ligeros cor- atando al mismo el cadáver de Héctor, arrastrábalo hasta dar tres vueltas al del difunto Menecíada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de le libraba de toda injuria y lo protegía con la égida de oro para que Aquiles no el cuerpo mientras lo llevaba por el suelo.

: tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Al contemplarlo, ocíanse los bienaventurados dioses a instigaban al vigilante Argicida a que

el cadáver. A todos les gustaba tal propósito, menos a Hera, a Posidón y a la
e ojos de lechuza, que odiaban como antes a la sagrada Ilio, a Príamo y a su
or la injuria que Alejandro había inferido a las diosas cuando fueron a su cabaña
ó vencedora a la que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando, después de la
le Héctor, llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los ímortales:

is, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en vuestro honor
le bueyes y de cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar
er y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y
lo, que al momento to entregarían a las llamas y le harían honras fúnebres; por el
, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe
entos no razonables, tiene en su pecho un ánimo inflexible y medita cosas
como un león que, dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se
a a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín, de igual modo perdió
la piedad y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece o daña a los varones.
quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de
lamentarse, porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas
después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo
alrededor del túmulo de su compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni
roso. Tema que nos irriteemos contra él, aunque sea valiente, porque
ándose insulta a to que tan sólo es ya insensible tierra.

pondióle irritada Hera, la de los niveos brazos:

ría como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquiles y a Héctor los
en igual estima. Pero Héctor fue mortal y dióle el pecho una mujer; mientras que
es hijo de una diosa a quien yo misma alimenté y crié y casé luego con Peleo,
rdialmente amado por los inmortales. Todos los dioses presenciasteis la boda; y
ste la cítara y con los demás tuviste parte en el festín; ¡oh amigo de los malos,
pérfido!

olicó Zeus, el que amontona las nubes:

era! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que
amos; pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de
mortales viven en Ilio, porque nunca se olvidó de dedicamos agradables
, jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores
os deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor: es imposible
aga a hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su
Mas, si alguno de los dioses llamase a Tetis para que se me acercara, yo le diría a
ue fuere oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Príamo, restituyera
er.

í se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el
; saltó al negro ponto entre Samos y la escarpada Imbros, y resonó el estrecho. La
lanzó a lo profundo, como descende el plomo asido al cuerno de un buey
z que lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a
chas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa lloraba, en medio de ellas, la suerte
jo irreprensible, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y,
losele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

n, Tetis, pues to llama Zeus, el conocedor de los eternals decretos.

pondióle la diosa Tetis, de argénteos pies:

'or qué aquel gran dios me ordena que vaya? Me da vergüenza juntarme con los
es, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré
sus palabras no resulten vanas y sin efecto.

diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan oscuro que no había fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la scendieron al cielo y hallaron al largovidente Cronida con los demás felices nos dioses congregados en torno suyo. Sentóse Tetis al lado de Zeus, porque le cedió el sitio, y Hera púsole en la mano una copa de oro y la consoló con . Tetis devolvió la copa después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de s comenzó a hablar de esta manera:

¿Vienes al Olimpo, oh diosa Tetis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente o sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué to he llamado. Hace nueve días uscitó entre los inmortales una contienda acerca del cadáver de Héctor, y de asolador de ciudades, a instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el muerto, prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y Ve en seguida al ejército y amonesta a tu hijo. Dile que los dioses están muy contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéniene a Héctor en las corvas naves y no permite que to rediman; por si, ome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré la diosa Iris al mo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a dones que aplaquen su enojo.

Así se expresó; y Tetis, la diosa de argénteos pies no fue desobediente. Bajando en ielo de las cumbres del Olimpo, llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, mpañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolido e la tienda una grande y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca e, le acarició con la mano y hablóle en estos términos.

Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin e ni de la comida ni de la cama? Bueno es que goces del amor con una mujer, no has de vivir mucho tiempo; la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora e atención, pues vengo como mensajera de Zeus. Dice que los dioses están muy contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque éndote retienes a Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, el cadáver y acepta su rescate.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Sea así. Quien traiga el rescate se lleve el muerto, ya que con ánimo benévolo el Olímpico lo ha dispuesto.

En este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas alabras. Y en tanto, el Cronida envió a Iris a la sagrada Ilio:

Anda, ve, rápida Iris! Deja to asiento del Olimpo, entra en Ilio y di al magnánimo que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles que aplaquen su enojo. Vaya solo, sin que ningún troyano se le junte, y íele un heraldo más viejo que él, para que guíe los mulos y el carro de hermosas / conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el divino Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo, pues le daremos el Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando haya en la tienda del héroe, éste no to matará, a impedirá que los demás to hagan. Pues no es insensato, ni temerario ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar a un te.

Así dijo. Levantóse Iris, la de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; gando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio r del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas, y el anciano aparecía en medio,

en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se ban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la or haber dejado la vida en manos de los argivos. Detúvose la mensajera de Zeus : Príamo, y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los os, así le dijo:

Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte ino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Zeus, que, aun estando lejos, se mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ve solo, sin que ningún troyano se te ompañado de un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de s ruedas, y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe to ánimo, pues por guía el Argicida, el cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando trado en la tienda del héroe, éste no te matará a impedirá que los demás lo hagan. uiles no es insensato, ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar licante.

ando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos araran un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la su: on sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado guardaba muchas preciosidades; y, llamando a su esposa Hécuba, hablóle en minos:

Oh infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido, por orden de Zeus, a encargarme a a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que apla- enojo. Ea, dime: ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me vivamente a ir al llá, a las naves, al campamento vasto de los aqueos.

sí dijo. La mujer prorrumpió en sollozos y respondió diciendo:

Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes to hizo célebre entre los extranjeros quéllos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos tarte ante los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y te se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor desde ntados en el palacio; ya que, cuando le di a luz, el hado poderoso hiló de esta estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos adres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincándole es. Entonces quedarían vengados los insultos que ha hecho a mi hijo; que éste, aquél to mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los : y a las troyanas de profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el

ontestó el anciano Príamo, semejante a un dios:

lo te opongas a mi resolución, ni me seas ave de mal agüero en el palacio. No me rás. Si me diese la orden uno de los que viven en la tierra, aunque fuera adivino, o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo ie oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus pa- / si mi destino es morir en las naves de los aqueos, de bronceas corazas, to náteme Aquiles tan luego como abrace a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle. ijo, y, levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, ntos sencillos, doce tapetes, doce palios blancos, y otras tantas túnicas. Pesó ez talentos de oro. Y, por fin, sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una

La copa que los tracios le dieron cuando fue, como embajador, a su país, y era un regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del vehemente deseo de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, echándolos con injuriosas palabras:

Idos ya, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra casa y venías a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Zeus Cronida me ha hecho con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ciudad tomada y destruida, descienda yo a la mansión de Hades.

Y con el cetro echó a los hombres. Éstos salieron apremiados por el anciano. Príamo reprendió a sus hijos Héleno, Paris, Agatón divino, Pamón, Polites valiente en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el conspicuo Dío; a los nueve les dio órdenes, diciendo:

¡Daos prisa, malos hijos, ruines! Ojalá que en lugar de Héctor hubieseis muerto a las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troilo, que iba en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un sino de una divinidad, Ares les dio muerte; y restan los que son indignos, los danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo con sus yugos y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas las cosas, para que emprendamos el camino?

Así dijo. Ellos, temiendo la reconvención del padre, sacaron un carro de mulas, de las mejores, con ruedas magníficas, recién construido; pusieron encima el arca, que ataron bien; y ataron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una de las nueve codas que servía para atarlo. Colgaron después el yugo sobre la parte superior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la correa, la cual hicieron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunieron en un punto. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el pulimentado carro los mejores animales para el rescate de Héctor; uncieron las mulas de tiro, de fuertes que en otro tiempo habían regalado los misios a Príamo como espléndido regalo, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de comer y pulimentado pesebre.

Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos, uncían los caballos en el alto carro, acercóseles Hécuba, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, llena de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y, deteniéndose delante de ella, dijo a Príamo:

¡Príamo, haz la libación al padre Zeus y suplicale que puedas volver del campamento seguro a tu casa; ya que tu ánimo lo incita a ir a las naves contra mi deseo. Ruega, Príamo, al Cronión Ideo, el dios de las sombrías nubes que desde lo alto contempla a la tierra, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es conocida y cuya fuerza es inmensa, para que, en viéndola con tus propios ojos, vayas, por el agujero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el largovidente Zeus te enviase su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los dánaos por mucho que lo desees.

Respondióle Príamo, semejante a un dios:

Oh mujer! No dejaré de hacer lo que me recomiendas. Bueno es levantar las manos a Zeus, para que de nosotros se apiade.

Así dijo el anciano, y mandó a la esclava despensera que le diese agua limpia a las manos. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado,

a copa de mams de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédeme que al la tienda de Aquiles le sea yo grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi to veloz mensajera, el ave que to es más querida y cuya fuerza es inmensa, para ués de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los de rápidos corceles.

sí dijo rogando. Oyóle el pródigo Zeus, y al momento envió la mejor de las aves , un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de percnón. Cuanta suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien al marco y asegurada por un cerrojo, tanto espacio ocupaba con sus alas, desde otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. , todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

l anciano subió presuroso al carro y to guió a la calle, pasando por el vestíbulo y o sonoro. Iban delante las mulas que tiraban del carro de cuatro ruedas, y eran las por el prudente Ideo; seguían los caballos que el viejo aguijaba con el látigo e atravesaran prestamente la ciudad; y todos los amigos acompañaban al rey, ndo abundantes lágrimas, como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado idad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilio. Mas, al atravesar Príamo y el la llanura, no dejó de advertirlo el largovidente Zeus, que vio al anciano y se ocio de él. Y, llamando en seguida a su hijo Hermes, le habló diciendo:

Hermes! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del res, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naves aqueas, de suerte que lánao le vea ni le descubra hasta que haya llegado a la tienda del Pelida.

sí habló. El mensajero Argicida no fue desobediente: calzóse al instante los ivinos talaes que le llevaban sobre el mar y la tierra inmensa con la rapidez del / tomó la vara con la cual adornece los ojos de cuantos quiere o despierta a los rmen. Llevándola en la mano, el poderoso Argicida emprendió el vuelo, llegó nto a Troya y al Helesponto, y echó a andar, transfigurado en un joven príncipe a mienza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

uando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron s y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la dvirtió el heraldo la presencia de Hermes, que estaba junto a él, y hablando a lijo:

Atiende, Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo a un y me figuro que al punto nos ha de matar. Ea, huyamos en el carro, o supliqué brazando sus rodillas, para ver si se compadece de nosotros.

sí dijo. Turbósele al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en bles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Hermes se llegó al móle por la mano y le interrogó diciendo:

,Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulas durante la noche divina, duermen los demás mortales? ¿No temes a los aqueos, que respiran valor, los) son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos to nducir tantas riquezas en. esta obscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? res joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar a . ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño y, además, te defendería de cualmbre, porque te encuentro semejante a mi querido padre.

espondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que serpo y aspecto dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres

¡jole a su vez el mensajero Argicida:

¡Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con ad: ¿mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilio, por haber muerto el varón te, to hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?

Contestóle el anciano Príamo, semejante a un dios:

Quién eres, hombre excelente, y cuáles los padres de que naciste, que con tanta dad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?

¡plicó el mensajero Argicida:

¡Me quieres probar, oh anciano, y por eso me hablas del divino Héctor. Muchas vieron estos ojos en la batalla, donde los varones se hacen ilustres, y también legó a las naves matando argivos, a quienes hería con el agudo bronce. Nosotros ábamos sin movernos, porque Aquiles estaba irritado contra el Atrida y no nos elea. Pues yo soy servidor de Aquiles, con quien vine en la misma nave bien da; desciendo de mirmidones y tengo por padre a Políctor, que es rico y anciano . Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme mpañar al héroe. Y ahora he venido de las naves a la llanura, porque mañana los de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad: se aburren de iosos, y los reyes aqueos no pueden contener su impaciencia por entrar en

¡spondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

¡Si eres servidor del Pelida Aquiles, ea, dime toda la verdad: ¿mi hijo yace aún las naves, o Aquiles lo ha desmembrado y entregado a sus perros?

Contestóle el mensajero Argicida:

Oh anciano! Ni los perros ni las aves lo han devorado, y todavía yace junto a la Aquiles, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se i lo comen los gusanos que devoran a los hombres muertos en la guerra. Cuando a divinal aurora, Aquiles lo arrastra sin piedad alrededor del túmulo de su compa- rido; pero ni aun así lo desfigura, y tú mismo, si a él te acercaras, lo admirarías rán fresco está: la sangre le ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas recibió -pues fueron muchos los que le envasaron el bronce- todas se han cerrado. Todo los bienaventurados dioses cuidan de to buen hijo, aun después de muerto, ra muy caro a su corazón.

¡sí habló. Alegróse el anciano, y respondió diciendo:

Oh hijo! Bueno es ofrecer a los inmortales los debidos dones. jamás mi hijo, si no un sueño que haya existido, olvidó en el palacio a los dioses que moran en el y por esto se acordaron de él en el fatal trance de la muerte. Mas, ea, recibe de os esta linda copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta ie a la tienda del Pelida.

¡jole a su vez el mensajero Argicida:

¡Quieres tentarme, anciano, porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus i que acepte el regalo sin saberlo Aquiles. Le temo y me da mucho miedo de- : no fuera que después se me siguiese algún daño. Pero te acompañaría :amente en una velera nave o a pie, aunque fuera hasta la famosa Argos, y nadie :ometerte, despreciando al guía.

ijo; y, subiendo el benéfico Hermes al carro, recogió al instante el látigo y las a infundió gran vigor a los corceles y mulas. Cuando llegaron al foso y a las ue protegían las naves, los centinelas comenzaban a preparar la cena, y el ro Argicida los adormeció a todos; en seguida abrió la puerta, descorriendo los a introdujo a Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, a la elevada tienda que los mirmidones habían construido para el rey con troncos), cubriéndola con un techo inclinado de frondosas cañas que cortaron en la rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una abeto que quitaban o ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquiles la descorna sin ntonces el benéfico Hermes abrió la puerta a introdujo al anciano y los presentes elida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo a Príamo:

Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Hermes; y mi padre me envió para que guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso dios inmortal se tomara públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, as rodillas del Pelida y suplícale por su padre, por su madre de hermosa cabellera hijo, para que conmuevas su corazón.

uando esto hubo dicho, Hermes se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del tierra, dejó a Ideo con el fin de que cuidase de los caballos y mulas, y fue derecho da en que moraba Aquiles, caro a Zeus. Hallóle dentro y sus amigos estaban . aparte; sólo dos de ellos, el héroe Automedonte y Álcimo, vástago de Ares, le pues acababa de cenar; y, si bien ya no comía ni bebía, aun la mesa continuaba El gran Príamo entró sin ser visto, acercóse a Aquiles, abrazóle las rodillas y besó manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que, de la cruel Ofuscación, mató en su patria a otro varón y ha emigrado a país de igual manera asombróse Aquiles de ver al deiforme Príamo; y los demás se lieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles, lole estas palabras:

cuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizá los vecinos circunstantes le y no hay quien te salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, o que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su gado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes paciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía vinieron los aqueos: diez y nueve procedían de un solo vientre; a los restantes s mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró las; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú te poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las : los aqueos, a fin de redimirlo de tí, y traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a s, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de to padre; que yo soy todavía más : piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a la mano del hombre matador de mis hijos.

sí habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y, asiendo de la mano a apartóle suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los Aquiles, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres; y Aquiles lloraba es a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda. que el divino Aquiles se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma y niembros, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y, compasivo su blanca cabeza y su blanca barba, díjole estas aladas palabras:

Ah, infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo osaste lo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tantos hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y, aunque estamos afligidos, dejemos reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para ovecha. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo ándescuitados. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que aparte: en el uno están los males y en el otro los bienes. Aquél a quien Zeus, que hace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras buena ventura; pero el que tan sólo recibe penas vive con afrenta, una gran hambre que sobre la divina tierra y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los dios ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo claros dones desde su nacimiento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los mortales, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le dio un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo engendró a Neoptólí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuidó en su vejez, porque permanezco en muy lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, Peleo, no, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, Chipre, Tracia, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre por tu riqueza y por tu prole. Mas, desde que los dioses celestiales te trajeron e sta ciudad, se celebró alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrelo todo y no dejes que de tu corazón se apodere incesante pesar, pues nada conseguirás por tu hijo, ni lograrás que se levante, antes tendrás que padecer un nuevo

respondió en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

No me hagas sentar en esta silla, alumno de Zeus, mientras Héctor yace insepultado. Entrégamelo cuanto antes para que lo contemple con mis ojos, y tú recibe el rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver al patrio suelo, ya que me has dejado vivir y ver la luz del sol.

Dirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

No me irrites más, oh anciano! Tengo acordado entregarte a Héctor, pues para eso me envió como mensajera la madre que me dio a luz, la hija del anciano del que aprendo también, oh Príamo, y no se me oculta, que un dios te trajo a las velas de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se atreve a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni desatrancana con nuestras puertas. Absténte, pues, de exacerbar los dolores de mi corazón; no sea que yo, oh anciano, no te respete en mi tienda, aunque siendo mi suplicante, y viole las leyes de Zeus.

Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Pelida, saltando como un viento, salió de la tienda, y no se fue solo, pues le siguieron dos de sus servidores: el atomedonte y Alcimo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba desde que murió Patroclo. En seguida desengancharon caballos y mulas, introdujeron el vocero del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro los rescates de la cabeza de Héctor. Tan sólo dejaron dos mantos y una túnica blanca, para envolver el cadáver antes que lo entregara para que lo llevaran a casa.

llamó entonces a las esclavas y les mandó que lo lavaran y ungieran, y que llevaran el cadáver a otra parte para que Príamo no viese a su hijo; no fuera que, afligiéndose no pudiese reprimir la cólera en su pecho a irritase el corazón de Aquiles, y éste a, quebrantando las órdenes de Zeus. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas cubrieron con la túnica y el hermoso palio, después el mismo Aquiles lo levantó y

en un lecho, y por fin los compañeros lo subieron al lustroso carro. Y el héroe dijo, nombrando a su amigo:

«No te enojés conmigo, oh Patroclo, si en el Hades te enteras de que he entregado a Héctor a su padre; pues me ha traído un rescate digno, y de él te dedicaré la arte.

Así habló el divino Aquiles y volvió a la tienda. Sentóse en la silla, labrada con arte, de que antes se había levantado y que se hallaba adosada al muro, y en dirigió a Príamo estas palabras:

«Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y al despuntar a podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de seis trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus dos hijos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató con el arco de plata; a aquéllas dio muerte Ártemis, que se complace en tirar porque la madre osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que ella había dado a luz dos hijos, y ella había tenido muchos; y los de la diosa, no más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron en su sangre, y no hubo quien los enterrara porque el Cronión a la gente la había convertido en piedra; pero, al llegar el décimo, los dioses celestiales los sepultaron. Y Níobe, se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las rocas montes yermos de Sípilo, donde, según dice, están las grutas de las ninfas que convirtieron al Aqueloo, y aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las ninfas le causaron. Mas, ea, divino anciano, cuidemos también nosotros de comer, y de beber, cuando hayas transportado el hijo a Ilio, podrás hacer llanto sobre el mismo, y yo te acompañaré muy llorado.

Al decir esto, el veloz Aquiles levantóse y degolló una blanca oveja; sus compañeros la desollaron y prepararon bien como era debido; la descuartizaron con arte, cortando con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego. Aquiles donde repartió pan en hermosas cestas, y Aquiles distribuyó la carne. Ellos se sentaron a la diestra a los manjares que tenían delante; y, cuando hubieron satisfecho el hambre con comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, el héroe parecía un dios; y, a su vez, Aquiles admiró a Príamo Dardánida, con su noble rostro y escuchando sus palabras. Y, cuando se hubieron deleitado, se miraron el uno al otro, el anciano Príamo, semejante a un dios, dijo el primero:

«Mándame ahora, sin tardanza, a la cama, oh alumno de Zeus, para que yo pueda descansar, y gocemos del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo murió en tus manos, pues continuamente gimo y devoro innumerables corgojas, y me dome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y me siento satisfecho con el negro vino la garganta, pues desde entonces nada había probado.

«Dijo. Aquiles mandó a sus compañeros y a las esclavas que pusieran camas debajo de los techos, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen sobre ellos y dejasen encima afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la tienda llevando antorchas en sus manos, y aderezaron diligentemente dos lechos. Y el de los pies ligeros, chanceándose, dijo a Príamo:

«Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que alguno de los caudillos venga, como suelen, a consultarme sobre sus proyectos; si alguno de ellos lo viera en esta veloz y obscura noche, podría decirlo en seguida a Agamenón, pastor de rebaños, y quizás se diferiría la entrega del cadáver. Mas, ea, habla y dime con sinceridad cuántos días quieres hacer honras al divino Héctor, para, mientras tanto, yo me ocupo de hacer quieto y contener el ejército.

respondióle en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, haciendo lo que circe, oh Aquiles, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en el monte; y la leña hay que traerla de lejos, del monte, y los troyanos tienen mucho que hacer. Durante nueve días to lloraremos en el palacio, el décimo to sepultaremos y el undécimo celebrará el banquete fúnebre, el undécimo le erigiremos un túmulo y el duodécimo no volveremos a pelear, si necesario fuere.

Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros:

Yo haré como dispones, anciano Príamo, y suspenderé la guerra tanto tiempo como tú quieras.

Así, pues, diciendo, estrechó por el puño la diestra del anciano para que no sintiera temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron, al lado del rey, en el interior de la mansión. Aquiles durmió en el interior de la tienda, sólidamente, y a su lado descansó Briseide, la de hermosas mejillas.

Las demás deidades y los hombres que combaten en carros durmieron toda la noche en los brazos tendidos del dulce sueño; pero éste no se apoderó del benéfico Hermes, que se preguntó cómo sacaría del recinto de las naves al rey Príamo sin que lo advirtiesen los guardianes de las puertas. E, inclinándose sobre la cabeza del rey, así le dijo:

Oh anciano! No te inquieta el peligro cuando duermes así, en medio de los otros, después que Aquiles te ha respetado. Acabas de rescatar a tu hijo, dando presentes; pero los otros hijos que al lado se quedaron tendrían que dar tres veces el precio para redimirte vivo, si llegaran a descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos.

Así dijo. El anciano sintió temor y despertó al heraldo. Hermes unció caballos y continuó el acto guió por entre el ejército sin que nadie lo advirtiera.

Después de haber pasado el río, al llegar al vado del vorraaginoso Janto, río de hermosa corriente que el dios Zeus había engendrado, Hermes se fue al vasto Olimpo. La Aurora de rojo velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, iban con los corceles hacia la ciudad, y les seguían las mulas con el cadáver. Ningún hombre ni mujer de hermosa cintura los vio llegar antes que Casandra, semejante a la profetisa; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro y en él a su padre y al prisionero de la ciudad, y vio detrás a Héctor, tendido en un lecho que las mulas llevaban. En seguida prorrumpió en sollozos y fue clamando por toda la ciudad:

¿Dónde está el cadáver de Héctor, troyanos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de verlo vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo.

Así dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó allí, en la ciudad. Todos sintieron dolor y fueron a juntarse cerca de las puertas con el que les traía el cadáver. La madre y la querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de los corceles y tocando con sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los cabellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Héctor, si el anciano no les hubiera dicho desde el carro:

¡Dejad a un lado para que yo pase con las mulas; y, una vez to haya conducido al cadáver, no os hartaréis de llanto.

Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del palacio, pusieron el cadáver en torneado lecho y hicieron sentar a su alrededor a los que querían llorar: éstos cantaban dolientes querellas, y las mujeres lloraban con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de niveos brazos, que con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dio comienzo a las lamentaciones exclamando:

Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. Ve nosotros ¡infelices! hemos engendrado es todavía infante y no creo que llegue a la edad; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los niños. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un rey; o algún aqueo te cogerá de la mano y te arrojará de lo alto de una torre, horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus amigos tanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables palabras que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos. Así dijo llorando, y las mujeres gemieron. Y entre ellas, Hécuba empezó a su vez el lamento:

Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No puede dudarse de que en vida temerario a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquiles, con sus pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger vendiólos al otro lado del estrecho, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el casco de bronce de larga punta, lo arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su hermano Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces en el suelo, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del arco, mata con sus suaves flechas.

Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fue a dar principio al funeral lamento:

Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, que vino a Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van transcurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de tu boca una palabra buena o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas esposas de aquéllos, o la suegra -pues el suegro fue siempre cariñoso como un padre- contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el dolor afligido lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta ciudad quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan.

Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el Príamo dijo al pueblo:

Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte de los griegos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causar daño hasta que llegue la duodécima aurora.

Así dijo. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulas, se fue fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearón abundante leña; y, cuando una vez apuntó la aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron llorando el cuerpo del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira y le prendieron fuego.

Después, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, rodeó el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos acudieron y se reunieron, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la violencia del fuego había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y derramando las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron en una urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, rodearon con muchas y grandes piedras, y erigieron el túmulo. Habían puesto

as por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas,
retían. Levantado el túmulo, volviéronse; y, reunidos después en el palacio del
no, alumno de Zeus, celebraron un espléndido banquete fúnebre.
sí hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

FIN DE ILÍADA